

A dark, atmospheric photograph of a newborn baby curled in a nest of straw. The baby is the central focus, appearing pale and vulnerable. Above the baby, the name 'FRAN BARRERO' is written in a stylized, white, serif font with red, blood-like splatters. Below the baby, the title 'AMURAO' is written in a similar white serif font, followed by the subtitle 'La soberbia de los nonatos' in a smaller, plain white font. At the bottom of the frame, a scalpel lies horizontally, its blade pointing to the left, adding a sense of danger and horror to the scene.

**FRAN
BARRERO**

AMURAO
La soberbia de los nonatos

AMURAO

La soberbia de los nonatos

—

FRAN BARRERO

Primera edición: Enero de 2019

© Fran Barrero

© Venus Publicaciones

www.venus-publicaciones.com

www.franbarrero.es

AVISO LEGAL: Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diseño de la portada: Fran Barrero

Depósito Legal: M-21.991-2016

ISBN:

Biografía

Nacido en Huelva (España) en 1976, Fran Barrero es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2012 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil*, primera entrega de la *Trilogía de Alfil*. En la actualidad ha publicado también:

Alfil Blanco

Alfil Rojo

Anatomía de un suicidio

Bloody Mary y Bloody Mary 2

Wanda y el robo del cristal

El otro lado del retrato

Herencia de Cenizas

Lluvia de otoño

Amurao: El purgatorio de los niños perdidos

Amurao: Monstruos en la oscuridad

www.franbarrero.com

www.facebook.com/VenusPublicaciones/

[@VenusFranB](https://www.instagram.com/VenusFranB)

*«La gente que no ha sufrido en la vida suele caer fácilmente en la
soberbia»*
Javier Sanz

*«Dios castiga en los hijos las culpas de los padres, porque sabe que
no hay mayor dolor para los padres que el dolor de los hijos»*
Jacinto Benavente

Para Puri.

MARTES

Quizá sea la emoción y éxtasis del momento, pero he tenido la sensación de que el tiempo no había avanzado siquiera; hasta que las primeras luces del alba han entrado por la ventana, solo entonces he sido consciente de que Virginia había cumplido con creces su misión. Ahora yace entre tus brazos, mi Señor, perdonada y acogida tras expiar sus pecados. ¡Qué suerte la suya! Y pensar que solo unas horas antes aún cargaba con esa cínica sonrisa de superioridad...

Todavía no puedo quitarme de la cabeza el olor de su cabello. El champú que había usado me era familiar, pero no conseguía ni logro ahora recordar cuál. Tan cerca estuve de ella que podría haber descubierto mis intenciones, más aún cuando me acerqué y metí la nariz entre sus cabellos. ¡Lo sé, soy un estúpido! He estado a punto de arruinarlo todo. Si me hubiese descubierto allí mismo, en el ascensor de su edificio, habría tenido que cancelar el ritual. ¡Menuda forma de empezar mi cometido! Pero no pude contenerme, la emoción ante la idea de llevar a cabo lo que tanto tiempo he soñado y hemos planeado ha sido superior a mi autocontrol.

Espero que no se repita mañana. No, debo acogermelo al plan y acometer cada ceremonia tal como está calculada. La emoción y excitación por el privilegio de mi tarea no pueden tomar el control. Ni siquiera cuando veo las lágrimas y oigo los gemidos, el apagado siseo del bisturí recorriendo su suave piel, la oscura sangre brotar, el fruto de la soberbia aparecer entre mis dedos, aún moviéndose, luchando por sobrevivir...

En tu eminencia, atiéndeme por mi humildad.

Son las ocho y cuarenta y siete de la mañana cuando escribo estas líneas, hace dos horas que abandoné la casa de Virginia, tras ducharme y fregar con lejía la bañera. La imagen de mi cuerpo desnudo y cubierto por completo de sangre, frente al espejo del

baño, fue tan excitante que no pude apartar la mirada durante un largo rato. No era yo, sino un ángel enviado por ti, Altísimo, para cumplir tus designios.

Para castigar el pecado de la soberbia.

18 de diciembre

¿Sería capaz de hacerlo? Ella no era estúpida, sabía que pensarlo o planificarlo siempre es más sencillo que llevarlo a cabo. El día elegido había llegado por fin y, por el momento, se mostraba mucho más calmada de lo que había imaginado. Eso era positivo, la calma es un poderoso aliado, evita cometer errores y favorece las decisiones en las que hay que improvisar.

Improvisar... mal asunto. No, esta noche debía salir todo como estaba estudiado.

Llevaba tres semanas vigilándolo, haciendo guardia cada noche, a veces frente a la puerta del edificio y otras ante el bar que frecuentaba a diario. Para lograrlo, tuvo que pedir un cambio de turno que no comprendió ni su pareja ni el resto de compañeros y jefes, pero ninguno de ellos insistió en sus motivos, por suerte. Y es que no podía demorar más el cumplimiento de la promesa que se había hecho meses atrás.

Y ahí estaba él.

Joaquín Ruiz era un animal de costumbres, nunca mejor dicho lo de animal, bastaba con ver las fotografías de su nueva novia, le había destrozado la cara y roto dos costillas; un tratamiento similar al que daba a menudo a su anterior pareja. Esperaban un hijo cuando una brutal paliza acabó con las vidas de la madre y el feto.

Joaquín Ruiz, de lunes a domingo, iba de casa al bar y del bar a casa; en el bar se gastaba casi toda la pensión por minusvalía que recibía del Estado y en casa lo esperaba una chica diez años menor, rumana y desamparada, el perfil favorito de los desechos sociales como él: chicas que no tienen quienes las protejan ni otro lugar adonde ir; sus vidas se basan en sobrevivir día a día y esperar que la siguiente paliza no sea la definitiva.

Acababa de salir del bar, caminando con un más que dudoso equilibrio hacia su casa. Cristina lo observaba con cara de asco desde el interior del coche. «¿Cómo semejante excremento puede engatusar a una chica joven para que arruine su vida a su lado? Mírate, das asco. Eres basura, y esta noche yo seré el camión que te recoja del contenedor en el que vives».

Eran las dos de la madrugada y la calle estaba desierta, hacía frío, algún gato había maullado minutos atrás y no pasaba un coche desde hacía más de una hora. Por suerte, había dejado de llover y Cristina sentía que todo jugaba a su favor. La suerte estaba de su parte, algo muy valioso, ya que la barriada de la Navidad no era la mejor zona para estar sola a esas horas; claro que ella no tenía miedo, sabía desenvolverse bien entre los tipos con los que podría cruzarse por allí y contaba con su nueve milímetros oculta en la espalda. Lo cierto es que las máximas dificultades en su plan habían sido el buscar una excusa para patrullar sin compañero y lograr usar su coche particular sin que otros policías o el comisario lo supieran.

Había aparcado en la calle perfecta, bajo una farola fundida y desde donde podía ver la fachada del bar. Se bajó del coche con cuidado de no emitir el más mínimo ruido y se acercó a Joaquín por la espalda.

—¿Qué tal, guapo? ¿Me invitas a una copa?

Él se giró despacio, le costaba mantener el equilibrio. La observó de arriba abajo, con intriga primero y luego con deseo. Cristina no llevaba el uniforme, en su lugar vestía ropa comprada esa misma mañana: una minifalda muy corta, tacones altos y una cazadora abierta que mostraba su escote; todo de color negro para ser invisible en la noche. Joaquín babeaba mientras ella seguía manteniendo su papel, y conteniendo magistralmente las arcadas que le producía su aspecto y olor.

—Joder, qué buena estás.

—Invítame a una copa y te hago una mamada.

—¿Y si te invito después de la mamada?

—Vaya, eres un tipo listo. Está bien, tú ganas.

—Podemos ir a mi casa, está... por ahí —balbució señalando con el dedo.

—Aquí detrás hay una zona oscura, cerca del bar. Podemos ir allí y así no tenemos que subir escaleras.

—¿Cómo sabes que no vivo en un bajo o que no tengo ascensor?

«Mierda».

Los nervios, que de pronto habían aparecido sin ser invitados, no eran buenos compañeros en la misión. Cristina trató de improvisar, no tenía mucho tiempo y podría aparecer alguien por la calle. No debería ser tan difícil convencerlo estando completamente borracho.

—Aquí hay pocos edificios con ascensor y a mí no me gusta subir escaleras con estos tacones. Además, no quiero sudar, ya tengo bastante calor ahora. —Despacio, se bajó la cremallera de la cazadora unos centímetros más, mostrando su pecho desnudo casi por completo.

Él no respondió, se volvió dócil y la acompañó los cincuenta metros que los separaban de la calle donde estaba aparcado el coche de ella. Durante el corto trayecto manoseó su trasero mientras balbuceaba todo lo que pensaba hacerle.

No hubo tiempo para más arrumacos, tampoco para conversar. Cuando Joaquín se bajaba torpemente la cremallera del pantalón, Cristina lo dejó inconsciente de un puñetazo en la mandíbula. Delgado y con metro setenta de altura, fue fácil para ella meterlo en el asiento trasero del coche. No lo maniató ni amordazó, el trayecto no duraría ni diez minutos.

Mientras conducía, estuvo a punto de vomitar al pensar en la sucia mano sobándole el culo. Si no hubiera tenido la tela de la minifalda entre su piel y la del trozo de mierda que llevaba en el asiento trasero, si hubiese intentado tocar algo más... no habría podido contenerse y le habría disparado en la cara allí mismo. Salió del barrio con las luces apagadas y conduciendo muy despacio, la calle Carretas terminaba en los límites de la ciudad: el paseo Marítimo, desierto a esas horas. Un saliente en el mismo sirvió para aparcar el coche, las dos farolas más cercanas estaban fundidas, ella misma había disparado a las bombillas la noche anterior.

Cuando Joaquín recobró el sentido, algo más de media hora después, se asustó ante la penumbra que lo invadía todo. Desde la distancia llegaba algo de luz de la ciudad, además de la débil luna

creciente. La humedad, el frío, la oscuridad y el dolor de cabeza componían un cóctel que lo aterrizó hasta hacerle temblar.

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy empapado?

—Parece que se te haya pasado la borrachera de golpe. El cuerpo es sabio, ¿verdad? Es lo que tiene sentirse en peligro.

—¿Quién coño eres? ¿Qué quieres de mí?

Trató de levantarse del suelo pero seguía estando mareado y se desplomó de nuevo. Se llevó una mano a la mandíbula y escupió bastante sangre en el suelo.

—Me has roto dos dientes, pedazo de puta. Voy a...

El golpe hizo que diese con la cara contra el pegajoso barro de la marisma, pero no fue tan potente como para volver a dejarlo inconsciente. No había tiempo para esperar a que volviera a despertar, algún coche patrulla podría pasar por la zona y arruinar su plan.

—¿No reconoces el sitio? Estás muy cerca de casa, en la marisma de la ría, cerca del puente. ¿Qué más me has preguntado?

—¿Por qué me has traído aquí? No te he hecho nada.

—¿Recuerdas a tu anterior pareja?

—¿Mi anterior...? ¿A qué coño viene eso ahora?

—¿La recuerdas? —gritó ella.

—Sí. ¿Qué pasa con esa puta?

La fuerte patada le rompió dos costillas. Joaquín gruñó de dolor. Tras retorcerse unos segundos por el suelo, quedó tan rebozado en barro que parecía haber salido de una letrina atascada de mierda. Cristina esbozó una sonrisa, aquel aspecto era el que mejor definía a la escoria que tenía ante sí.

—¿Te lo pasaste bien golpeándola, puto cobarde? ¿Te lo estás pasado bien con la nueva ingenua que tienes en casa?

—¿Y a ti qué te importa? Yo no he hecho nada malo. La policía ha venido muchas veces, incluso me investigaron cuando ella murió, y no me ha condenado ningún juez.

—Es lo que tiene la justicia, que no siempre acierta.

—¿Estás loca? ¡Voy a denunciarte, hija de puta!

—¿Y cómo lo harás? —Se acercó a él y le susurró—: los muertos no pueden denunciar.

Viendo que el peligro era mayor del esperado, Joaquín trató de levantarse y golpearla, pero no logró más que otro puñetazo en la cara, luego llegó otro, y otro más, y otro, y otro... Cristina no paró hasta que sació su rabia y su frustración por no haber salvado a quien tanto la había ayudado meses atrás. Se lo debía. No lograba quitarse de la cabeza la mirada inocente y los ojos llorosos de agradecimiento de la chica, como tampoco el aspecto que tenía cuando la vio un mes después en el depósito de cadáveres. Jamás se habría imaginado a sí misma haciendo lo que estaba a punto de culminar, pero ni un atisbo de arrepentimiento cruzó por su mente. No, no iba a temblarle el pulso en el momento decisivo.

Acabó empapada en sudor y lágrimas.

Joaquín no estaba muerto, solo inconsciente y con algunas fracturas que debían ser atendidas con urgencia, pero eso no ocurriría. Cristina sacó una cuerda del bolsillo de su cazadora y ató las manos y los pies de Joaquín con un nudo que había visto en un video de una página web sobre bondage, y que había ensayado docenas de veces. En una hora subiría la marea, inundando toda la marisma en la que se encontraban. El cuerpo aparecería muerto al día siguiente, en el caso de que se enganchara con algún arbusto y alguien pasara en barca por la zona y lo viese. Lo más probable es que el río lo empujase hasta el océano y allí las corrientes lo llevaran a la costa portuguesa, donde saldría a flote tres días más tarde tras hincharse con los gases de la descomposición.

Regresó al coche caminando con dificultad por el barro, usaba unas botas de agua dos tallas mayores para despistar una posible investigación futura. Se quitó las botas y las metió en una bolsa de basura, también echó los guantes, toda la ropa y la peluca pelirroja, se vistió con su uniforme y cambió las matrículas falsas por las originales de su coche. Metió la bolsa de basura en el maletero, ya la tiraría más tarde a un contenedor en la otra punta de la ciudad. Entró en el coche, puso un disco de Barry White para tratar de calmar los nervios que aún sentía en el estómago y condujo durante veinte minutos hasta llegar al cementerio de Nuestra Señora de la Soledad.

Suspiró aliviada, todo había salido a la perfección.

Comenzaba a llover de nuevo cuando se bajó del coche en plena puerta del camposanto. Estaba cerrado, ya contaba con ello y no le importó. Desde la cancela se divisaba la zona donde se ubicaba la fosa común para quienes no tenían recursos para pagar un entierro digno: mendigos, víctimas sin identificar y demás pobres diablos que habían pasado a una vida indiscutiblemente mejor.

—Siento no haber tenido dinero para pagarte un nicho que llevase tu nombre. Al menos, puedo venir y mirarte a los ojos con la satisfacción de haber cumplido la promesa que te hice. Ese hijo de puta no volverá a pegar ni matar a ninguna mujer más.

Sacó un pañuelo de papel del bolsillo y se secó las lágrimas, aunque la lluvia, cada vez más intensa, ya le tenía empapada toda la cara.

—Solo hablamos durante unos días, pero creamos un vínculo que sigo sintiendo en mi interior, sobre todo cuando observo a mi bebé y eso me recuerda que tú nunca llegaste a conocer al tuyo, ni él tampoco pudo nacer y tener una oportunidad.

Volvió a limpiarse las lágrimas, la lluvia arreciaba.

—Quitando a la niña y a Fran, el trabajo de policía es lo más valioso que tengo en mi vida, pero no podía seguir llevando una placa que implica proteger al ciudadano mientras esa escoria seguía con vida, y haciéndole daño a otra pobre desgraciada. ¿Sabes que me ascendieron a subinspectora? Conseguí mi sueño gracias a ti, te lo debo. No me importa lo que me pase a partir de ahora, que descubran mi crimen, que me encarcelen... Creo haber hecho lo correcto, lo que este sistema imperfecto debió hacer hace años. En fin... No tengo mucho más que decirte, solo que te echo de menos y que ahora no imaginas el bienestar que me embarga. Cuídate, dondequiera que estés.

Maldita sea, quince minutos en doble fila y ya había recibido más insultos que en toda su vida, menudo malhumor llevaba el resto de conductores que pasaban por la calle. Quedaban solo unos días para las vacaciones navideñas pero, por lo que pudo apreciar Ana,

aún no les había llegado el espíritu festivo a quienes madrugaban esa mañana de lluvia.

La chica había llamado a su compañera de trabajo varias veces al teléfono móvil y al fijo, pero no respondía a ninguno de los dos. Decidió salir del coche y llamarla al portero automático. Nada. Entró en el edificio, aprovechando que una vecina salía con dos niñas vestidas de uniforme, subió en el ascensor hasta la cuarta planta y llamó con insistencia a la puerta.

¿Dónde se había metido? O... ¿le habría pasado algo?

Aquello no era lógico. Si no respondía al teléfono ni estaba en casa, ¿qué le había ocurrido a la persona más formal y puntual que conocía? Algo no iba bien y Ana comenzó a preocuparse. Dejó a un lado la imagen mental del coche en doble fila recibiendo una multa y se centró en la de su amiga y compañera del trabajo en el cuarto de baño con el cuello partido tras una caída accidental. De pronto, recordó que tenía una copia de sus llaves desde hacía un año, cuando Virginia se fue de vacaciones a la playa y necesitaba que echasen un ojo a Garfield, el gato que tenía por entonces.

¿Dónde demonios tenía esas llaves? ¡Claro, en la guantera del coche! Bajó de nuevo y suspiró aliviada al ver que no le habían puesto una multa. Buscó entre paquetes de pañuelos de papel, la documentación del coche, la ventosa de su antiguo GPS y varios chicles de diferentes sabores. ¡Por fin!

Regresó al edificio y, cuando se enfrentaba a la cerradura, se abrió de repente una puerta a su espalda. Con el susto, se le cayeron las llaves al suelo. Un chico de menos de treinta años vestido con traje y corbata la miraba sin saber muy bien el motivo de su reacción.

—¡La leche, qué susto me has dado!

—Pues lo siento —respondía con gesto inquisitivo—. ¿Se puede saber quién eres?

—Soy Ana, la compañera de trabajo de Virginia, no contesta al móvil ni al fijo, tampoco ahora a la puerta.

—No estará en casa.

—Me lo habría dicho, me toca esta semana conducir a mí. Ella nunca se olvida de esas cosas, aunque le surja un imprevisto.

—Tal vez haya sido una emergencia, quizá se encuentra mal y ha ido al hospital.

—No, ella nunca se olvidaría de decírmelo, es la persona más metódica del mundo. Por cierto, no te vayas, voy a entrar con mi llave y no quisiera hacerlo sola.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Quiero que me acompañes. Es por si ha sufrido un accidente, tal vez en la bañera, o si le ha dado un infarto. No querría estar sola si encuentro... ya sabes, un cadáver.

El chico no pudo evitar un suspiro de desesperación, pero accedió a acompañarla al interior; más bien, a iniciar la expedición por el interior de la vivienda tras abrir Ana la puerta. Esta, aferrada a su chaqueta, caminaba muerta de miedo tras el chico. Las luces de toda la casa seguían encendidas. Entraron en la cocina, a la derecha del recibidor, luego siguieron hasta el salón, de allí pasaron al cuarto de baño y por último el dormitorio de Virginia, donde Ana se desmayó y el chico vomitó ante el espectáculo. Tardó varios minutos en recuperar el control de su cuerpo y mente, entonces pudo coger el teléfono móvil y llamar a la Policía.

Marcos miró hacia su izquierda, el sol acababa de entrar por las ventanas de su despacho a esa hora temprana. Agradecía el aporte de calor bajo la ola de frío que azotaba a todo el país, especialmente en una ciudad cálida como Huelva, pero la luz creaba reflejos molestos en la pantalla de su ordenador; así que, muy a su pesar, se levantó y giró las persianas venecianas. Aún seguía con el abrigo puesto; hasta que la calefacción y el pequeño brasero bajo la mesa no le hicieran recuperar la sensibilidad de las rodillas y los pies, no se despojaría de él. La humedad de una ciudad como esa, con puerto y marisma, solía ser una tortura durante el invierno, más aún cuando bajaba drásticamente la temperatura.

Volviendo la vista hacia el invierno anterior, el primero trabajando en su nuevo destino, no pudo contener el suspiro al recordar todo lo que había pasado en su vida. Logró superar la muerte de su compañero en su anterior comisaría de Sevilla, suceso por el que se

culpaba incluso en sueños; se reencontró con su amor de adolescencia y pronto cumplirían un año juntos, y llevaban unas semanas buscando su primer hijo; también había resuelto dos difíciles casos con relevancia mediática que le valieron nuevas menciones honoríficas. En definitiva, se sentía adaptado al cien por cien en su nueva vida y feliz por cada una de las facetas que la compo...

—¡Aaaachís!

—Menudo trancazo has pillado, seguro que por dormir con el culo al aire. —El subinspector David Sobrá, su compañero, acababa de entrar por la puerta del despacho que compartían como si se tratara de un oso: la cabeza afeitada, barba espesa pero bien cuidada y ciento veinte kilos de músculo que le conferían un aspecto completamente diferente a su personalidad afable y siempre dispuesta a bromear o salir de fiesta.

—Creo que estoy incubando una gripe de esas que recuerdas durante años.

—Tienes que entrenar más en el gimnasio. Con un cuerpo bien alimentado y tonificado, no hay catarro que valga. Mírame, años llevo sin enfermar, ni un mísero resfriado. Y no necesito estufas en los pies —dijo señalando con el dedo hacia el pequeño brasero que hacía más llevaderas las horas de trabajo de oficina de su compañero.

—Me parece estupendo, pero no me des la murga. Bastante tengo con no poder respirar y sentir como si me fuese a estallar la cabeza.

—Vale, vale. Me siento y desayuno.

—Te veo desde hace dos días algo nervioso, tenso y distraído, ¿te pasa algo?

—Nada, una discusión con Sandra, una tontería.

—¿Quieres hablar de ello?

—En otro momento, ahora prefiero desayunar en silencio.

Eso era más fácil de decir que de hacer. David engulliría cada mañana y durante media hora varios bollos con el café, haciendo un ruido que ponía de los nervios a Marcos; aunque eso era mejor que oír chistes guarros o que le contase detalles de la última fiesta a la que fue.

Trató de centrarse en un caso que estaba a punto de resolver, no se trataba de ningún asesinato ni robo a gran escala como el que su compañera Cristina Collado había resuelto el verano anterior, solo una pandilla de adolescentes que extorsionaban a los comerciantes de las calles del centro para sacarles algo de dinero a cambio de no prender fuego a sus locales. Desde el mes de octubre habían calcinado cinco negocios cuyos dueños no habían accedido a sus peticiones. El alcalde apretaba al comisario para solucionar la situación y por ese motivo, tratando de acelerar la resolución del caso, se incluyó a inspectores y subinspectores de homicidios.

—Tenemos por fin un testigo —dijo con voz nasal.

—¿Qué dices? —respondió David con la boca llena.

—Hemos logrado un testimonio de alguien que les vio prender fuego a uno de los locales, creo que la pastelería. El testigo ha identificado a dos de los chicos, quizás uno de ellos sea Billy el Niño.

—Son menores. Acabarán cumpliendo dos años en un reformatorio, donde nadarán los jueves en la piscina y tendrán clases de música e informática los martes; y luego saldrán para hacer cosas de mayores.

—Bueno, este es nuestro trabajo.

—Además, Billy el Niño es un Vargas; esa familia no dejará que uno de los suyos entre en un reformatorio sin hacer mucho ruido.

—Prefiero tener que contener a una familia gitana a ver cómo los empresarios de la ciudad pagan para que no les prendan fuego a sus negocios.

—Eso está claro... Solo te decía que tendremos jaleo estas Navidades. —David buscó en Youtube un villancico y subió el volumen de los altavoces al máximo.

Marcos suspiró hondo, aquel sería un día muy largo.

Todos se extrañaron al verla entrar en la comisaría vestida de uniforme y a esa hora temprana. Cristina respondió a las dudas diciendo que había cambiado nuevamente de turno, que la noche se

había terminado para ella. Ahora que era madre, no pensaba en otra cosa más que en dormir con su bebé.

Al quitarse los guantes y encender su ordenador, tras saludar a Nuria Carvalho, su mejor amiga, observó las rojeces de sus nudillos; no le importó que sus compañeros lo vieran, ninguno sospecharía lo que había estado haciendo durante la madrugada. A esas alturas y conociendo cómo se extienden los rumores por la comisaría, todos sabrían ya que la tarde anterior le había propinado una paliza a un compañero en el gimnasio. No pudo evitarlo, seguía sin controlar la rabia que le provocaba su nueva situación. Llevaba un mes incorporada a su puesto de trabajo y solo pensaba en lo desamparada que dejaba a su hija, más aún durante las patrullas nocturnas. ¿Cómo podía el resto de madres ir a trabajar dejando a sus bebés de tan solo unos meses en una guardería o bajo el cuidado de familiares o conocidos? No le cabía en la cabeza semejante locura, por eso llamaba a su madre unas veinte veces cada día, así se aseguraba de que la pequeña Eva había desayunado bien, no tenía el pañal sucio y seguía respirando mientras dormía en su cuna. Hacer caso a los foros de madres de internet, o a los consejos alarmistas de sus amigas que ya habían sido madre, iba a acabar con sus nervios. Entrenar con pesas y algo de artes marciales en el gimnasio cada tarde era lo único que aplacaba su excitación, aunque no siempre lograba controlarse. Ahora, tras su última noche patrullando... descansaría en paz y trataría de recuperar tiempo con la niña.

Lo que ocurriese con Joaquin Ruiz ya no dependía de ella, asumiría el castigo en caso de que encontrasen el cuerpo y sus compañeros lograran descubrir su implicación en el homicidio. Fuese o no descubierta, también le tocaría rendir cuentas a Dios tras su muerte, si es que Este existía. Pero no se arrepentiría de su decisión, jamás, la había meditado lo suficiente y, llegado el caso, sabía que su pareja, su hija y el resto de familiares y amigos apoyarían su decisión.

—Victor no te quita ojo, creo que no le ha sentado bien hacer guantes contigo.

La voz de Fran Pedraza, su compañero y padre de su hija, la sacó de sus pensamientos.

—Pues que no se queje. Cuando él le puso un ojo de luto a Miguel, bien que presumía por la comisaría. En esta ocasión, yo no he dicho una palabra, así que debería estarme agradecido.

—Al final se ha extendido la noticia de igual forma.

—Y tú no has tenido nada que ver en eso, ¿verdad?

—Ja, ja, ja, solo se lo dije a David.

—¿A David Sobrá? Pues ya lo saben incluso en las comisarías de Sevilla.

—El próximo día —añadía Fran—, si es que decide subir al ring otra vez contigo, voy a grabarlo y le mandaré copia a todos los de la central.

—Claro, eso estaría bien.

—¿Me estás haciendo caso? Te has evadido de repente.

—Perdona, es que estaba pensando que quizá mi madre no se acuerde de que hoy tiene que ir a vacunar a la niña.

—Tu madre se acuerda a la perfección, además de saber leer. Le has puesto una nota en la puerta del frigorífico y otra sobre la mesa del comedor. Deja de ser tan controladora y céntrate. Hace un mes que te incorporaste al trabajo y aún sigues obsesionada con que la niña tendrá un accidente o se morirá en cualquier momento.

—Es que es tan pequeña y depende tanto de mí... Seguro que me echa de menos en este momento.

—No, no, por favor, no lo hagas otra vez.

—La última, te lo juro.

—Por Dios, aún no son las nueve y seguro que ya lo has hecho dos veces antes.

Cristina no hizo caso, llamó por teléfono a su madre para que le acercase el auricular al bebé y así la pequeña pudiera oír su voz. Fran se levantó y fue a hablar con unos compañeros para no verlo, seguía sin comprender esa actitud en su pareja. También echaba de menos a su hija, pero sabía que estaba en buenas manos y que podrían verla en cuanto regresasen a casa.

—Tienen un testigo.

—¿Cómo dices? —preguntó Cristina Collado tras colgar el teléfono y ver que Fran volvía sonriente a su mesa.

—Marcos y David tienen un testigo que irá a juicio contra Billy el Niño.

—Menos mal, menuda gentuza. Lo que nos faltaba en la ciudad era una pandilla de menores de edad extorsionando a los comerciantes. Como si esto fuese una película americana.

—Solo tres días han tardado en dar con testigos y huellas.

—No digas eso, hace parecer inútiles a los agentes que llevaban el caso antes.

—Bueno, uno de ellos era Victor.

—No sigas por ahí o tendremos un problema con él.

A su izquierda se formó un revuelo que hizo dejar de trabajar y conversar a todos. Aquello lo había experimentado Cristina una vez antes, lo recordaba tan claro como si no hubiese pasado ya un año desde entonces. Había ocurrido algo grave, uno de esos casos que paralizan durante unos minutos el tiempo en la comisaría.

Cristina cerró los ojos, se olvidó durante unos segundos de su hija, por primera vez desde que dio a luz, y rezó para que sucediese algo concreto, algo con lo que había soñado desde que decidió ser policía. Abrió los ojos y vio cómo Irene salía corriendo del despacho del comisario para entrar en el de Marcos y David. Todo ocurría despacio, como si observase una película a cámara lenta, casi no oía el murmullo de los demás compañeros a su alrededor. David salió el primero, luego Irene y Marcos los siguió a ambos. Al cruzar el pasillo frente a ella, el inspector le dedicó una mirada y un: «Collado, vamos».

¡Premio!

La programación del día apareció en la pantalla del ordenador portátil tras abrir el correo electrónico enviado por su productor. Laura Moreno debía entrevistar a los vecinos y responsables del Belén viviente de Beas, el pueblo que cada Navidad se hacía protagonista por organizar varias escenas bíblicas con niños y animales sobre la Natividad de Jesús. La reportera había cubierto durante varios años esa noticia, una de las que más le gustaban por tratar con niños, con la Navidad, con un ambiente familiar, de gratitud y esperanza, que le provocaban una sonrisa y aún más ganas de vivir en un momento tan dichoso como el que disfrutaba.

Mandó un mensaje de móvil a Javi, su operador cámara, con la petición de que devolviera el mensaje al recibirlo. No se fiaba de él tras varios días en los que aparecía tarde o tras salir de fiesta, y excusándose en no haber visto la programación hasta el último minuto. A veces pensaba que Javi ya había cumplido un ciclo a su lado y debía pedir otro operador de cámara a la cadena, pero luego recordaba los casos vividos en los últimos años, especialmente el secuestro de un adolescente el verano anterior y los asesinatos en serie de niños en Riotinto, su gran reportaje de las navidades pasadas, y olvidaba todo lo malo que le transmitía quien llevaba siglos quejándose constantemente y tratando de acostarse con ella y con todo lo que llevase faldas a su alrededor.

Una vez cumplidas sus obligaciones laborales, cambió el pijama por un chandal e hizo la cama, luego tomó un batido de proteínas y salió a correr a la calle. Hacía frío, mucho más del que recordaba de los pasados inviernos, pero al menos no llovía en ese momento; y sabía que el frío se disiparía a medida que fuera avanzando metros hasta la avenida de Andalucía, a la que pensaba dar cuatro vueltas completas antes de regresar para darse una ducha en casa.

En casa. En el nuevo piso que habían alquilado Marcos y ella tras su estancia idílica en un espectacular apartamento de tres habitaciones en la calle La Fuente, un sueño que solo pudo acariciar durante los ocho meses que duró el programa de sucesos del que fue presentadora. Ahora que había regresado como reportera al programa Andalucía Directo, asumiendo que la felicidad estaba más allá de la progresión en su profesión, mostraba una sonrisa radiante y un disfrute que habían aumentado la audiencia hasta casi duplicarla.

Atrás quedaron las carreras por el campo a oscuras, las persecuciones de asesinos en serie, romper su coche en un barranco, zulos con hedor a gasolina y sangre, no dormir durante días o mentir a su pareja por lograr una primicia que contar en directo. Había regresado al mundo de los mortales, con un trabajo de horarios fijos y, eso sí, un sueldo mísero pero suficiente para pagar facturas y seguir adelante. Su vida era perfecta, más aún de lo que su pareja sabía hasta el momento, ya que tenía una falta de

dos semanas. Si había logrado quedarse embarazada, el 2018 sería su año más mágico.

La idea de tener un bebé inundaba su mente de ilusión a la vez que de incertidumbre, miedo incluso, por cómo cambiaría su vida a partir de tener una persona a su cargo, un niño o una niña que la necesitaría las veinticuatro horas del día. ¿Sería capaz de soportarlo? ¿De compaginarlo con el trabajo? ¿Sería una buena madre que le proporcionase todo lo que necesitara? ¿Qué necesitaba un hijo? ¿Seguridad, comida, techo, un futuro? ¿Sería capaz de garantizar su educación y su bienestar, incluso cuando ya fuese mayor de edad, en un mundo tan loco y caótico como este?

Había regresado tras su rutina de entrenamiento matinal y, después de una ducha relajante, en este momento se mordía las uñas mientras tomaba el segundo café de la mañana sentada en el alféizar de la ventana del salón. Las vistas del nuevo piso eran lo mejor del cambio, podía observar la gran zona peatonal que antes era el Estadio Colombino. La avenida de Federico Molina estaba llena de vida las veinticuatro horas del día y eso le encantaba. Claro que los gruesos cristales de las ventanas ayudaban lo suyo, porque abrirlas y recibir el ruido del tráfico, y de los centenares de personas que allí paseaban, era una tortura.

Un mensaje de móvil llegó justo en ese momento, Laura vio en la pantalla que se trataba de Javi, con un escueto pero suficiente OK. Aún quedaban muchas horas para ir al pueblo a grabar, esa falta de actividad provocaba cada día que se plantease la idea de escribir un libro, aunque le imponía mucho respeto y no sabía ni cómo empezar. Quizá fuese mejor escribir de forma periódica en un blog, algunos periodistas lo hacían a modo de desahogo, artículos de opinión de tamaño medio, crítica social y política... ¿Quién sabe?

Suspiró y decidió hacer lo mismo de siempre: tareas de la casa, incluso preparar la cena para la noche, aunque no sabía a qué hora regresaría tras la emisión, y mucho menos la de Marcos, que solía quedarse a veces en comisaría o adelantaba trabajo haciendo entrevistas e interrogatorios. La convivencia podría parecer difícil con sus trabajos de horarios imposibles, pero para ellos era perfecta al seguir haciendo la misma vida que cada uno tenía antes de comenzar la relación, con el extra de dormir juntos y compartir

algunos desayunos y cenas, además de fines de semana y vacaciones en las que se escapaban lo más lejos posible de la ciudad.

¿Seguiría siendo perfecta su relación cuando tuvieran un hijo? Muchas cosas tendrían que cambiar, ¿estarían dispuestos los dos a hacerlo?

—Se acabó la incertidumbre, voy al hospital.

—**D**os viejos están en la cama, dándole al tema de lo lindo, y le dice la mujer al marido: «Paco, pareces un teléfono móvil». El marido le pregunta: «¿Es por el tembleque?». Y ella responde: «no, porque se te cae la línea en cuanto entras en el túnel».

Nadie se reía del chiste de David, sus compañeros lo miraban mientras él se partía de la risa en solitario. Se encontraban en el despacho del comisario, que justo en ese momento entraba por la puerta con Irene, la recepcionista. Casi no cabían todos, así que decidieron darse prisa, también para evitar el malhumor que se gastaba el comisario por las mañanas. Tras agotar los bollos del plato que puso Irene sobre la mesa en menos de un minuto, Paco Hernández comenzó a hablar. Había aparecido una chica torturada hasta la muerte en su vivienda de la calle José Fariña. El caso era para Marcos Navarro y David Sobrá, pero el impacto de la escena del crimen y unas pruebas recogidas por los agentes que llegaron con el primer aviso, provocaron que tanto el inspector Navarro como el comisario decidiesen ampliar las posibilidades de resolverlo con la ayuda de Cristina y su compañero Fran.

Irene entregó unos informes fotocopiados que no incluían gran cosa, solo algunos datos personales de la víctima, la dirección y una descripción de la escena del crimen basada en lo que vieron los agentes que acudieron a la llamada de un vecino. A esa hora, aún permanecían técnicos, forenses y testigos en la escena del crimen y debían darse prisa para llegar.

Tardaron algo menos de veinte minutos, allí se unieron a la forense y al juez de instrucción, además de los de la científica y algunos enfermeros; la mayoría con gestos de cansancio y malestar en sus caras por tener que esperar a los inspectores y permanecer unas horas más de lo usual para retirar el cadáver y volver a sus tareas. Todavía se observaban dos vecinos en el rellano del portal, tratando de que alguien les contase algo o haciendo conjeturas sobre lo que habría pasado.

Los cuatro policías atravesaron la vivienda hasta llegar al dormitorio, donde el agente que tomaba declaraciones a los testigos les dijo que se encontraba el cuerpo. Tuvieron que taparse la boca y la nariz para tratar de contener las náuseas ante el hedor a sangre, heces y vómito.

El cuerpo de la mujer estaba tumbado y desnudo sobre la cama, con sus manos y pies atados con finas cuerdas a las esquinas de la misma. Tenía el rostro en una mueca extrema de dolor, casi se había desencajado la mandíbula. Le habían abierto el abdomen desde el pecho a los genitales y extraído varios órganos, que descansaban a su lado sobre unas sábanas cuyo color era imposible de adivinar con tanta sangre. Las paredes, techo y suelo estaban salpicados también.

—Lo siento, no podemos abrir las ventanas hasta que los de la científica terminen su trabajo, así que habrá que conformarse con esto —dijo Maite Redondo, la forense, a la vez que extendía hacia Marcos Navarro una barra de Mentol. Los cuatro policías se frotaron la piel bajo la nariz y lograron recuperar parte de la compostura.

—Dime qué tienes tras el análisis preliminar de la escena. — Marcos también omitió el saludo innecesario entre ellos. Trabajaban codo con codo desde hacía un año y conocía a la perfección la personalidad y humor de la forense.

—Virginia López Molina, mujer blanca de veintisiete años, muerta hace unas ocho o nueve horas, vivía sola. Presenta una herida mortal en el abdomen, aunque creo que la extracción de órganos tuvo lugar antes de la muerte. Quien lo haya hecho no los cortó o extirpó quirúrgicamente, solo los acomodó sobre la cama al lado del cuerpo.

—¿Por qué haría eso?

—El único motivo sería el deseo de que no muriese tan pronto, o quería que la víctima lo viese mientras él trabajaba.

—Joder.

—Tranquilo, el dolor del corte principal anuló sus receptores casi por completo, dejándola sumida en un efecto parecido al que consigues con una alta dosis de morfina o heroína. Digamos que, una vez pasado el intenso dolor inicial, el resto ya casi ni se siente. Parece una locura visto desde aquí, pero la chica sufrió solo unos minutos y se fue sumiendo en un sueño a medida que se desangraba.

—Eso no quita la barbaridad que se aprecia. ¿Quién haría semejante salvajada?

—Eso es tarea tuya. Por cierto, no he terminado, ¿no quieres conocer el resto?

—Claro, disculpa.

—Le extrajo los intestinos, la vesícula biliar y el estómago, supongo que para trabajar con comodidad.

—¿A qué te refieres?

—Quería trabajar sobre el útero de la víctima, así que vació el abdomen para hacerlo sin estorbos. Un aficionado.

—¿Aficionado? —preguntó Cristina, que no podía evitar la empatía con la víctima al oír hablar del útero a los pocos meses de haber dado a luz ella misma.

—Un cirujano o cualquier médico con experiencia en anatomía habría llegado al útero sin problemas con una pequeña incisión en el abdomen y sin retirar órganos mayores que le estorbasen.

—¿Para qué quería llegar al útero?

—Ahí viene lo más interesante del caso, o lo más macabro, como queráis llamarlo. La chica estaba embarazada de unos dos meses. El asesino ha extirpado el embrión y lo ha sustituido por otro.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Aún tengo que hacer muchas pruebas para hablar con exactitud, pero te garantizo que le han abierto el útero y han cambiado su embrión por otro que no es humano.

—Vale que tenga un embrión no humano en el útero, pero ¿cómo sabes entonces que estaba embarazada?

—Tus agentes, durante el registro de la vivienda, han encontrado ecografías recientes. No pensarás que había adivinado lo de los dos meses por casualidad, ¿verdad?

Marcos no respondió.

Cristina se giró con un gesto en su rostro a mitad de camino entre la repugnancia y el terror. Y entonces lo vio frente a ella.

—¿Pero qué...?

—Esa es la parte más extraña, si puede complicarse más aún esta escena —respondió la forense.

Los otros tres policías se giraron para mirar la pared del dormitorio que había paralizado a la subinspectora Collado.

—¿Eso es sangre? —preguntó Marcos.

—Se ve que no tenía nada mejor a mano para escribir. —El humor de Maite era conocido por todos, así que nadie hizo caso al comentario fuera de lugar. Además, estaban demasiado inmersos en la lectura del párrafo que el asesino había escrito sobre la pared.

conviene que AHORA DECLARE las señales y MILAGROS que el dios altísimo ha hecho conmigo.

—Fantástico... Un loco —susurró el subinspector David Sobrá.

—David —ordenó Marcos—, quiero que saques una foto y se la lleves al experto en grafología de la Universidad. Si no tienes su teléfono, pídeselo a Irene. Cristina, ve a la central y averigua el pasaje de la cita bíblica; porque apuesto a que nuestro asesino ha sacado la frase de allí. Maite, quisiera saber lo antes posible si la sangre de la pared concuerda con la de la víctima, quizá sea del asesino. Fran, ven conmigo a entrevistar a los testigos. Nacho —uno de los policías de la científica se acercó a él—, quiero que os deis toda la prisa posible en la búsqueda de huellas y ADN en el piso. Luego busca todo aparato electrónico como teléfonos móviles, portátiles, iPads y demás. Este suceso tiene prioridad para todos los que estamos aquí ahora, ¿entendido?

—Marcos —apuntó la forense—. ¿A qué vienen tantas prisas?

—Tengo un mal presentimiento, muy malo. Quiero saber todo lo relativo a la víctima y lo que ha sucedido aquí en cuestión de horas, incluyendo esos dos vómitos del suelo.

—Uno es del testigo que descubrió el cuerpo, el otro es del agente que llegó primero al piso tras recibir la llamada de la central.

Navarro emitió un chasquido de decepción.

—¿Qué pasa con las palabras mayúsculas? —preguntó Cristina.

—Ya me he fijado. Trata de buscar una conexión con esas tres palabras.

—¿Cómo?

—No tengo ni idea, pide ayuda si lo consideras oportuno. Yo tampoco creo que haya escrito esas palabras en mayúsculas porque sí. Quizás averigüemos algo si desciframos el mensaje que nos ha dejado. —Y Marcos salió del dormitorio ante la desconcertada mirada de la decena de personas que allí había. Fran Pedraza lo siguió en silencio tras hacer una señal cómplice a su compañera Cristina.

—¡He dicho que mováis el culo, joder! Necesito este piso despejado para que los agentes lo registren a fondo —gritó el inspector desde el salón de la vivienda y todos comenzaron a cumplir sus tareas asignadas.

—**J**avier, Francisco Javier Magallanes Herrero.

—¿Magallanes? Interesante apellido. Muy bien, Javier, veo que se encuentra mejor, pero si desea más tiempo con los psicólogos, no tiene más que decirlo.

Se habían sentado en el salón de la vivienda, que hubiera sido idéntica a la de la víctima si no fuese un diseño reflejado, todo estaba en el lado contrario. Javier tenía su casa mejor decorada, limpia y ordenada. La luz, a pesar del día plomizo, entraba generosa a través de estores traslúcidos, y los muebles y paredes blancas obraban un efecto relajante, potenciado además por la luz indirecta de varios apliques en las paredes. Aquella estancia transmitía todo lo contrario al dormitorio donde se hallaba el cadáver, incluso lograba relajar a los dos policías tras el espectáculo vivido minutos antes. Javier les había ofrecido café y ahora lo tomaban mientras mantenían la conversación. En el rellano de la planta aún

permanecía Ana, la compañera de trabajo de la víctima, con un psicólogo y a la espera de su turno.

—No creo que sea necesario, supongo. Me siento algo recuperado. Aunque lo que le ha pasado a Virginia... ¡Qué locura! ¿Quién puede haber hecho...?

—Esa es nuestra tarea, para eso estamos aquí, para saberlo todo sobre ella y tratar de averiguar lo que ocurrió anoche en su piso.

—Claro, dígame en qué puedo ayudarles.

—Empecemos por detallar la relación tenía con la chica.

—Éramos vecinos y también teníamos una relación cordial, no hasta el punto de ser amigos, pero sí para pedirnos un poco de sal, ya me entiende, incluso tomar una cerveza o vino de cuando en cuando. —Francisco Javier se abrazaba el pecho con ambas manos como en un intento de remitir el temblor que aún sentía en el cuerpo

—Sí, comprendo. ¿Sabe si tenía pareja?

—No, hace muchos meses que no veo entrar al que es, o era, su novio.

—¿Sabe algo de él? ¿Algún dato que pueda facilitarnos?

—No mucho, ya le he dicho que no éramos tan amigos. Su novio dejó de venir hace bastante tiempo, desde entonces solo la veo a ella de vez en cuando, al salir o entrar del trabajo, o hacer la compra. Una noche, hace dos o tres viernes, tomamos una cerveza aquí en mi casa, no teníamos mejor plan ninguno de los dos y compartimos un par de horas, aunque no me habló nada más que de trabajo y del mal tiempo que hacía como para salir a cenar con sus amigos. No comentó nada de su novio ni yo le pregunté, luego la llamaron al móvil y se marchó, creo que era su madre.

—Bien. ¿Notó algo extraño anoche? Me refiero a ruido o gritos.

—No, no oí nada raro. A ver qué piense... Llegué sobre las nueve y media porque me pasé por el gimnasio tras el trabajo. Me duché y puse música mientras preparaba la cena, luego cené viendo una película y me fui a dormir a las once y media, más o menos.

—Vaya, muy metódico.

Javier, de cabello castaño, treinta y dos años, nariz aguileña, alto y enjuto, no supo qué decir tras ese comentario del inspector, su vida era todo orden y programación, no sabría hacerlo de otro modo.

El otro policía, de uniforme, parecía limitarse a beber el café y observarlo todo alrededor como si estuviese por vez primera en una exposición de una galería de arte. Había perdido el día de trabajo, le tocaría recuperarlo a lo largo de la semana en la empresa en la que trabajaba como contable y asesor fiscal, tendría pesadillas tras ver a su vecina en aquel estado y encima comenzaba a pensar que los policías sospechaban de él.

—Su vecina no estaba amordazada, y debió gritar mientras el asesino la... ya sabe. ¿Cómo no pudo oír nada?

—El edificio está bien insonorizado. Desde mi salón a su dormitorio hay más de siete tabiques. Además, yo suelo ver las películas con la estación de cine encendida, a un volumen considerable. —Marcos ya había apreciado los grandes altavoces que flanqueaban el salón—. A pesar de ello, ningún vecino se ha quejado nunca por el ruido.

—De acuerdo. Pues ya hemos terminado con usted. Me consta que ha hecho una descripción exacta al agente que le tomó declaración sobre lo que vio al entrar en la vivienda de su vecina. Así que no tengo más que decirle, salvo que podríamos llamarle si necesitamos algún dato más. También puede llamarnos usted si recuerda cualquier cosa que pudiera servirnos en la investigación. Y una cosa más, ¿sería tan amable de cedernos su salón durante unos minutos para entrevistarnos con la otra testigo? No queríamos perder nuestro tiempo ni el de ella desplazándonos a la comisaría.

—Claro, están en su casa. Les traeré más galletas —añadió mirando a Fran, que las había devorado todas.

La chica, Ana Fernández, de treinta y un años, metro sesenta, delgada, cabello negro por los hombros y ojos ovinos, se sentó en el sofá aún muy alterada, mucho más que el testigo anterior. Marcos pensó que sacaría poco de ella en ese estado, aun así trató de suavizar el tono y avanzar en el caso lo más rápidamente posible, todavía tenía que hablar con el resto de vecinos del rellano e indagar sobre el trabajo y vida personal (sentimental y familiar) de la víctima.

—¿Se encuentra un poco mejor?

—Sí, llevo como cinco infusiones de tila y un Valium en el cuerpo. Creo que si tomo algo más me quedaré dormida de pie.

—Me alegra ver que se está recuperando. Recuerde que los psicólogos de la policía están para ayudarla si lo necesita.

—No, gracias, ya hablé con una señora muy amable durante más de una hora y prefiero dejar de recibir consejos sobre control de respiración, forzar pensamientos positivos y demás.

—Bien, entonces espero que podamos empezar con las preguntas y así podrá marcharse a casa a descansar.

—¿A casa? ¿Quién podría descansar después de...? Tendré pesadillas de por vida. A casa... ¡Dios mío! —gritó de repente—. Dejé el coche en doble fila hace horas para subir a casa de Vir. Se lo habrá llevado la grúa.

—No debería preocuparse por eso. Le daremos una nota para entregar en el depósito. Un agente la llevará en el coche patrulla y podrá recoger su vehículo sin coste alguno.

—¿En serio? Vaya, ahora me siento muy egoísta por pensar que lo del coche era una tragedia. La pobre Vir está... —Un amago de vomitar llegó a su rostro, pero pudo contener la arcada.

—Sé que es difícil para usted, pero nos sería de mucha utilidad que nos contase lo que sepa sobre ella, cualquier cosa, especialmente y si se conocían con intimidad, lo relativo a parejas o personas que pudieran querer hacerle daño a su compañera.

—¿Vir? Pero si era un amor, no haría daño a una mosca. Quizá algo puntillosa a veces y con un gusto cuestionable sobre la ropa y la decoración, pero nada que provocase su muerte. ¿Han visto lo que le han hecho? Eso debe ser obra de un demente, un perturbado que se haya escapado del psiquiátrico.

—Esa es nuestra tarea, descubrir quién lo hizo, y espero que pueda ayudarnos a hacerlo. —Marcos se preguntó cuántas veces habría repetido aquella frase en las entrevistas con amigos y familiares de las víctimas. Ya incluso sonaba forzado, casi como un robot—. ¿Mantén ella alguna relación sentimental en la actualidad?

—No, hace como seis, no, siete meses que rompió con Feli, Felipe, y no se han vuelto a ver desde hace dos, creo.

—¿Está segura?

—Sí, habían tenido algunos encuentros posteriores. Algunas noches de fin de semana se habían encontrado en algún

restaurante o bar y, bueno... unas copas, unas risas. Donde hubo fuego, siempre quedan ascuas. ¿Se dice así?

—Creo que sí.

Eso corroboraba lo dicho por el anterior testigo. Marcos lo apuntó en su libreta.

—¿Sabe si el tal Felipe había mantenido contacto con su compañera durante estos dos últimos meses? A veces las parejas no llevan bien una ruptura.

—En realidad fue Feli el que rompió con ella. Él no quería un compromiso mayor y Vir tenía ganas de estabilizarse, incluso tener un niño antes de hacerse más mayor. No sé si sabrán que ella estaba...

—¿Embarazada? Sí, lo sabemos.

—¿Le contó Virginia cómo se tomó su exnovio la noticia de la paternidad? Porque intuyo que era el padre.

—Sí, Vir no se acostó con nadie más. Hará dos o tres semanas que se lo dijo a Feli y él le ofreció dinero para abortar. Vir lo rechazó, quería tener un hijo, así que dejaron de verse de forma definitiva. Al parecer, a Feli le daba pánico la idea de verse con un carrito por la calle y cambiar pañales o despertarse de madrugada por los gritos del bebé, así que se desentendió completamente y desapareció.

Marcos apuntó en su libreta que debía ver ese mismo día al tal Felipe.

—¿Y no le dijo su compañera que hubiese conocido a alguien, o que algún extraño la hubiese abordado por la calle, alguien que la molestase o que creyera que la seguía?

—Pues no, no me dijo nada de eso.

—Está bien. Espero que haya dejado sus datos de contacto al agente que le tomó declaración. Aquí tiene mi tarjeta, llámeme en el momento que sea si recuerda algo que pudiera sernos de ayuda.

—Claro, lo haré —tomó la tarjeta entre las dos manos y miró a los dos policías—. Lo atraparán, ¿verdad? Atraparán al enfermo que hizo eso.

—Haremos todo lo posible por hacerlo, se lo aseguro —respondió el inspector.

Tras hablar con el resto de vecinos, los policías salieron del edificio. La lluvia que caía con fuerza sobre la ciudad no sería buena

para la gripe del inspector. Este se cerró las solapas de su abrigo y corrió hacia el coche. Fran llegó primero y se sentó al volante.

—¿Adónde? —preguntó el oficial.

—A comisaría, es hora de almorzar y quiero saber qué han descubierto David y Cristina antes de ir a charlar con los padres de la chica y con el tal Felipe; dejemos unas horas más para que se tranquilicen con los psicólogos.

El reloj de la pared del fondo marcaba las dos menos diez de la tarde y las tripas de las dos policías protestaban por el hambre. Cristina se había sentado en la mesa de su amiga y compañera Nuria Carvalho, experta en buscar datos por las páginas web y foros más extraños y desconocidos de la red, toda una rata de biblioteca del siglo veintiuno, y observaba cómo esta consultaba varios enlaces con buscadores de citas bíblicas. El versículo de Daniel 4:2 estaba claro, pero no lograban encontrar nada sobre las palabras en mayúsculas; y así llevaban dos horas.

—Quizás el asesino esté perturbado y haya puesto esas palabras en mayúsculas por algún motivo personal que no tiene nada que ver con el crimen —apuntó Nuria.

—¿Cómo dices?

—Un tipo que hace las barbaridades que me has descrito, debe de estar loco. No encuentro sentido a escribir unas palabras en minúsculas y otras en mayúsculas. Lo habrá hecho sin darse cuenta siquiera.

—No lo creo.

—¿En serio? ¿Por qué?

—No había una sola falta de ortografía, algo difícil de ver en la actualidad. El tipo entró en la casa y torturó durante hora u hora y media a la chica sin que nadie oyese nada. Se marchó tal como entró, sin ser visto. Es alguien inteligente y lo tenía todo planificado, tanto su incursión como la extraña tortura y el mensaje en la pared. Apuesto a que no ha hecho nada sin tener un motivo para ello.

—Otro loco, como el de Riotinto del año pasado.

—Espero que no, que sea un simple carnicero. ¿Llegaste a leer su diario?

—¿El de Riotinto? Claro, ¿tú no?

—¡Joder, por supuesto que no! Me costó una eternidad desconectar de ese caso, fue una locura. Ni por asomo me hubiera interesado en leer la documentación posterior. Casi les costó la vida a Marcos y a David, aparte de a Laura.

—Bueno, es que una se aburre todo el día entre ordenadores, no me mires como si fuese un bicho raro.

—Está bien, perdona, es que tengo hambre, no sé cómo encontrar algo para Marcos sobre la cita de la pared y comienzo a agobiarme por si ese presentimiento que él tiene sobre el caso depende de nuestro trabajo.

—¿En serio había tanta sangre en la habitación?

—Ni te lo imaginas, ya verás las fotos del expediente, no he visto algo así ni en las películas. Creo que tendré pesadillas con aquel lugar, su olor y el aspecto de la pobre chica durante meses.

—Putos enfermos.

—Llamaré a Marcos para decirle lo de la cita bíblica.

—No hace falta, está entrado por la puerta de la comisaría.

La cocina volvía a llenarse de policías. Marcos Navarro explicaba a sus compañeros lo poco que había sacado de entrevistarse con vecinos y testigos. Paco permanecía atento. Irene tomaba notas a toda prisa de lo que se decía para añadirlas al expediente y hacer fotocopias para todos. Cristina y Nuria informaron sobre el descubrimiento de la cita bíblica y David expuso el resumen del informe recibido por el experto en grafología.

Tras meditar durante unos segundos la información, Paco tomó el control y expuso los hechos de forma ordenada:

—Tenemos a un psicópata que se cree un enviado de Dios, o iluminado, y que se ha divertido torturando y matando a una chica. Ha escrito en la pared una cita bíblica sobre el castigo a los soberbios, usando una letra de trazo mecánico, como si no obrase con sentimiento alguno. Según el manual que se entrega a todo policía con el paso de las décadas, estamos ante un loco que ha

comenzado una cruzada personal contra el mundo, el pecado o vete a saber qué. El caso es que hay que atraparlo no sea que le coja el gusto y repita en los próximos días. ¿Estamos?

Todos asintieron.

—Quiero saber a quién ha llamado la víctima en los últimos días, sus mensajes de móvil y de ordenador y las páginas web en las que ha entrado, tomad declaración a sus compañeros de trabajo, familiares y exnovio; quiero también un listado de los documentos y demás cosas de importancia halladas en su piso. Y lo quiero todo en menos de veinticuatro horas.

La reunión terminó pero, a pesar del hambre que todos tenían, no se movieron hasta unos minutos después, cuando Irene les entregó fotocopias de todos los informes detallados y documentos recopilados hasta ese instante. Entonces se marcharon al restaurante frente a la comisaría, donde se sentaron en silencio para leer el informe grafológico y las declaraciones de los testigos, aparte de la cita: Daniel 4:2 de la Biblia.

—¿Y ningún vecino pudo oír nada? —preguntó David.

—Espera, estoy enviando un mensaje a Laura para decirle que llegaré tarde esta noche.

—Con el daño que le hizo a la chica, apuesto a que gritó como si la estuvieran... ¡joder, qué bestia soy!

—Tú lo has dicho. Pero un vecino escuchaba música mientras se duchaba y hacía la cena y luego puso la televisión a todo volumen. Otro vecino no estaba en casa por vacaciones y el tercero llegó de madrugada. Los de las plantas superior e inferior dicen no haber oído nada.

—Parece que todo le salió bien a ese cabrón.

—Sí, es como si lo hubiera estudiado a fondo.

—Qué extraño lo que te ha dicho el experto en grafología —dijo Cristina—. ¿Qué es eso de escritura robotizada?

—Según el profesor, el tipo no se dejó llevar por emociones o impulsos cuando escribió, lo hizo con las pulsaciones al mínimo, en calma total, y escribiendo las mayúsculas más despacio para que fuesen perfectamente legibles. No se puede sacar nada de su personalidad o intención al no haber escrito de forma visceral o impulsiva, que sería lo normal. Dijo que las letras eran todas del

mismo tamaño, escritas en perfecta verticalidad y con trazos mecánicos.

—¿Y qué tenemos de la cita bíblica?

—«Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo» —detallaba Cristina—. Es de Daniel 4:2, pero hay mucho más, en el informe aparece todo el capítulo 4 de Daniel en la Biblia. Es muy extenso y habla de un castigo de Dios a la soberbia del Rey Nabucodonosor II, regente de Babilonia entre los años 604 al 562 antes de Cristo.

—¿Soberbia? ¿Qué hay de soberbia en estar embarazada? —preguntó Nuria.

—Trata de pensar con la mente de un perturbado. Existen millones de razones o motivos para llevarle a cometer esa atrocidad. En su cabeza todo debe de tener sentido, seguro que ha estado durante años planificando su venganza contra vete a saber qué o quién.

—Entonces, ¿buscamos a un loco?

—No pienses en él como un tipo gracioso de esos que ves en televisión diciendo tonterías, ni como los pobres diablos que quedaron desamparados cuando el Psiquiátrico cerró sus puertas hace más de una década y ahora se ven por la calle vestidos de forma estafalaria y cantando con una guitarra. El perturbado que buscamos será alguien perfectamente integrado en la sociedad, alguien que pasaría desapercibido incluso en esta mesa, con una conversación y aspecto de lo más convencional.

—¿Como el asesino de Riotinto?

—Exacto, David. Buscamos a un tipo igual de peligroso y mimetizado en el entorno. ¡Espera!

Marcos hizo callar a sus compañeros para atender una llamada que esperaba con ansiedad.

—Espero que no estés llenando la barriga mientras yo sigo atareada con la autopsia —advirtió Maite Redondo, la forense.

—En absoluto, el ruido ambiente que oyes es porque estoy haciendo interrogatorios en un restaurante.

—Vaya con el sevillano, ha aprendido a devolverme las bromas con una maestría inesperada.

—Ja, ja, ja. Da igual que te diga mil veces que soy de Huelva, siempre me llamarás así.

—Por supuesto, hasta que diga lo contrario Irene, que es quien asigna los apodos de los compañeros.

—Ya le diré unas cuantas cosas a Irene, ahora coméntame lo que hayas averiguado.

—Prepárate... El embrión que extirparon a la chica no era humano, eso te lo dije, ¿verdad?

—Claro, es de vaca.

El silencio entre ambos se hizo incómodo hasta lograr que todos los comensales de la mesa estuviesen pendiente a la conversación, aunque no oyeran lo que la forense respondía al inspector.

—¿Cómo sabes eso?

—El asesino citó en la pared un pasaje de la Biblia sobre el rey Nabocodonosor, relativo al castigo de Dios a la soberbia. Dios sustituía el corazón del rey por el de una vaca, así que es lógico pensar que si el embrión no era de la víctima, sería de una vaca.

—Veo que estás avanzando muy deprisa en la investigación. Tienes razón, un embrión de vaca de dos semanas por el humano de ocho semanas que extirpó de la chica.

—¿Alguna cosa más?

—Sí, tres. La primera es que no hemos encontrado el embrión de la víctima, así que debió llevarse el asesino; la segunda es que todo lo hizo despacio, eso se aprecia por la sangre emanada de cada corte y la cicatrización.

—¿Y la tercera?

—Que tengo hambre y me marchó a almorzar.

—Y te lo mereces, pero no me descuides, espero esta noche más noticias tuyas.

—¿Esta noche? Los análisis de sangre y órganos no son tan rápidos.

—Pero sé que tú los acelerarás para dárme los en tiempo récord.

No dejó que la forense pudiera replicar, colgó para atender otra llamada que no esperaba recibir tan pronto.

—Dime —fue lo único que dijo a Luis Martínez, responsable de la Policía Científica.

—Tengo algo, aunque queda mucho por analizar. El asesino o asesina tiene una talla cuarenta y cuatro de pie, lo sabemos por las huellas encontradas cuando caminó descalzo hacia el baño.

—¿Dejó ADN allí?

—No, por el momento no tenemos nada. Pero sabemos que se duchó o lavó a conciencia y luego fregó con lejía todo el baño.

—¿En serio?

—Sí, el piso estaba algo sucio y desordenado, pero el baño lo acababan de limpiar con lejía pura. Las huellas de sangre de la talla cuarenta y cuatro entran en el baño pero no hay nada que salga de allí. Supongo que el asesino o asesina se duchó y eliminó después todo rastro de ello. Es una suposición, pero apostaría sin dudar a que sucedió así.

—Entonces ¿no tenemos ninguna huella? ¿Tal vez cabellos?

—No hemos encontrado nada. Quien fuera el que cometió el asesinato, se ocupó de limpiar el desagüe de la bañera a conciencia. Incluso se llevó consigo la toalla con la que se secó el cuerpo.

Marcos permaneció en silencio. Dos llamadas y ninguna aportaba una pista para iniciar la búsqueda o identificación del asesino.

—¿Sigues ahí? —preguntó Luis Martínez.

—Sí, disculpa. Infórmame en el acto si encuentras cualquier cosa.

—Lo haré, aunque no cuento con ello, hay focos de partículas de talco por todas partes.

—Guantes de látex para cirugía.

—Exacto.

—Joder.

—Aun así, seguiré buscando. Te llamaré si encuentro algo.

—Lo necesito con máxima urgencia.

—Lo sé, estoy con ello.

—Gracias.

Comprobó que se le había enfriado la comida tras colgar el teléfono. Tenía hambre, así que se la comería igualmente, aunque antes de tomar los cubiertos hizo un resumen a sus compañeros, que lo esperaban con ansiedad, y pidió a un agente que buscara en

papeleras y contenedores en un radio de doscientos metros de la vivienda de la víctima; quizás el asesino se deshizo de la toalla tras salir a la calle. No confiaba en ello, era demasiado metódico como para cometer semejante error, y seguro que el servicio de recogida de basuras había vaciado los contenedores y papeleras de la zona, pero no perdía nada por probar.

A esas alturas, todos los policías implicados en el caso tenían claro que se enfrentaban a un psicópata, pero de los que lo tenían todo calculado para no cometer el más mínimo error. El tipo de asesino que solo era capturado si seguía matando o deseaba entregarse.

Laura no respondió a la pregunta de Javi, el operador de cámara sabía que era un claro síntoma de que no tenía argumentos para rebatirle.

—No dices nada, me das la razón.

—Te lo he dicho un millón de veces: que no te responda no quiere decir que te dé la razón, generalmente significa que paso de ti. No me agobies con tus quejas, bastante feliz ha empezado el día como para tener que soportarte durante el trayecto.

—Solo he dicho que este es el invierno más frío de la historia en la provincia.

—Pues muy bien.

—Hablemos entonces de otra cosa, ¿qué has hecho este fin de semana? Yo quedé con una chica que había conocido por Facebook para tomar unas copas el sábado, pero algo tuvo que pasarle, ya que no se presentó ni descuelga el teléfono, tampoco responde a mis mensajes desde entonces.

Laura no prestaba atención, prefería mirar el paisaje bajo la lluvia a través de la ventanilla. Aún no había caído la noche, pero estaba tan oscuro que costaba ver más allá de los faros del coche. Aquella carretera le transmitía paz, seguridad, buenas vibraciones, le gustaba recorrerla. Mucho más si lo hacía en silencio.

—¿Crees que le habrá pasado algo? Quizá tuvo un accidente.

—O te vio al entrar en el bar y se marchó horrorizada —murmuró Laura.

—¿Cómo dices?

—Nada, que yo no he hecho nada este fin de semana. Marcos tenía trabajo por el tema de las extorsiones a negocios del centro.

—Así que te tiene abandonada ¿eh? —El tono de Javi cambió a otro que ella conocía demasiado bien, tanto como lo detestaba—. Pues debiste llamarme, ya sabes que me tienes a tu disposición cuando te sientas solita.

—No digas una palabra más o te vomitaré encima.

Llegaron al pueblo y giraron a la derecha una vez se puso en verde el semáforo que se ubica en plena fachada de la bodega más famosa de la zona. Los carteles seguían en los mismos puntos que ambos recordaban de años anteriores, pero no se fijaron en ellos, tenían memorizado el recorrido por la cantidad de veces que habían cubierto el evento.

—Aún es temprano, hemos llegado muy pronto.

—No empieces a quejarte de nuevo. No te pagan para dormir la siesta, sino para grabar dos horas al día.

—Joder, son más de dos horas, y con este frío y lloviendo.

—Venga, no seas vago. Prepara las baterías, focos y el micro, que ya hemos llegado.

—Podríamos poner el reportaje del año pasado y nadie se daría cuenta.

—Javi, no me cabrees.

El cielo seguía cubierto de negras nubes que no cesaban de descargar agua. Laura, con un abrigo nuevo de color rojo y un gorro negro de lana sobre su larga melena castaña, entró corriendo en el recinto seguida de Javi, allí buscarían al contacto que la cadena les había proporcionado: el concejal de cultura del pueblo.

Tras saludar y hacerse algunas fotos con vecinos que la reconocieron, habló con el concejal sobre las preguntas que tenía preparadas, además de recibir las sugerencias de este respecto a lo que debía mostrar con la cámara y los datos más importantes para atraer más visitantes al pueblo y a su atracción principal.

Faltaban dos minutos para las ocho y media, Javi tenía el equipo técnico preparado: luz, sonido e imagen, y el presentador del

programa estaba a punto de darles paso desde el plató en Sevilla.

—¿Me tienes? —preguntó Laura.

—Te oigo y te veo, enfoque a las tetas y listos en cinco... cuatro... tres...

—No tendríamos Navidad o, al menos, no podríamos celebrarla como hacemos cada año sin nuestra visita obligatoria al Belén Viviente de Beas, que cada edición se reinventa en sus decorados, vestuario e incluso pequeños espectáculos de villancicos por parte de las docenas de niños que lo componen. Queridos televidentes, visitar este bello pueblo y dejar volar mi imaginación y los recuerdos de mi niñez al recorrer los pasillos que sumergen al espectador en escenas como el nacimiento de Cristo o la llegada de los Reyes Magos, es una de las experiencias más inolvidables que un amante de estas fechas y lo que simbolizan podría vivir. Y no se preocupen los que no puedan acercarse a verlo, ya que grabaremos buena parte de los escenarios a la vez que preguntamos a los asistentes su opinión y valoraciones. Pero antes de eso tendremos el privilegio de entrevistar al concejal de turismo del pueblo de Beas, máximo responsable del Belén. Buenas tardes, casi noches ya, Miguel.

—Buenas tardes, Laura. Un placer volver a verte en el pueblo.

Tras entrar en casa y dejar las llaves sobre el cuenco de cristal de la repisa a su derecha, percibió la luz suave y la melodía de Miles Davis que llegaban desde el salón y que amenizarían una noche perfecta, como lo eran las pocas que lograban compartir juntos. Cuando llegó a la estancia, vio las velas encendidas sobre el centro del mantel de las ocasiones especiales. En la cocina, al fondo, se oía el trajín de cacerolas. Hacia allí fue para dar una sorpresa al chef.

—Guau, qué bien te sienta el delantal.

Marcos se giró y le dedicó una sonrisa.

—Al final he delegado algunas entrevistas y me he escapado para estar conti... ¡Achís! —No pudo contener el fuerte estornudo.

—Parece que estás empeorando con el resfriado. ¿Has tomado algo?

—Irene me trajo Paracetamol en la comisaría.

—¿A qué hora fue eso?

—Temprano, al llegar.

—Ya deberías haber tomado otras dos dosis.

—Lo imagino, pero no sé dónde guardamos las medicinas.

—¡Qué desastre! ¿Dónde van a estar? Pues donde siempre, en el cajón de arriba a la derecha del mueble grande del comedor, dentro de una caja de zapatos de color rosa.

—Vaya, ¿cómo no pensé en buscarlo precisamente ahí?

—Ven aquí, señor sarcasmo, quiero mi beso de «¿qué tal te ha ido el día? ¿Quienes un masaje en los pies, querida?». Luego te traeré una pastilla y me daré una ducha.

—Ni se te ocurra acercarte, no quiero contagiarte, podría ser gripe. ¿Te imaginas haciendo el directo con la nariz roja e hinchada como un pimiento y estornudando cada pocos segundos?

—Hablando de directos, ¿has visto el de esta tarde?

—Me ha pillado viniendo en coche desde la comisaría.

—Vaya, es una pena, porque me ha salido de lujo. Hoy tocaba el Belén de Beas.

—Tu favorito.

—Sí, y me he sentido fenomenal todo el día.

—Se te nota en la cara, estás radiante.

—¡Zalamero! Pero tienes razón. Y durante el camino de regreso me han felicitado todos los compañeros de la cadena. Dicen que el reportaje ha tenido una barbaridad de audiencia.

—Si te lo graban, lo veremos el sábado antes de poner una película.

—¿Otra película? Me gustaría salir de fiesta. ¿De qué sirve que tu compañero David sea el mejor relaciones públicas de la ciudad si no lo aprovechamos de vez en cuando?

—Está bien, en función de cómo me encuentre con el catarro o gripe, estudiaremos la posibilidad de salir a tomar unas copas y bailar.

—Me parece bien. ¿Cómo ha ido tu trabajo?

—Mejor no preguntes, ha sido un día de perros y tenemos un caso muy jodido entre manos.

—¿En serio? Eso suena muy interesante. Deja que me duche y me lo cuentas durante la cena. No te pases con la comida, que

estoy como una foca y la cámara engorda. Por la noche no deberíamos cenar más que una ensalada y yogur.

—Déjate de historias, que no quiero pasar las noches oyendo cómo protestan mis tripas.

Marcos sonrió al pensar en lo diferente que era Laura al resto de chicas con las que podía estar. Cualquiera se horrorizaría al oír las barbaridades que su trabajo le hacía encontrar casi a diario. En cambio a Laura le fascinaban los casos, y más cuanto más macabros y retorcidos fuesen. Apostaba a que la chica se estaba duchando a toda prisa para oír los detalles del crimen. Aunque no le quedaba muy claro que fuese la mejor conversación posible para la cena, aún tenía en su mente la escena que había contemplado esa mañana.

En cuanto oyó el secador del pelo de Laura, Marcos llevó a la mesa la cena, los entrantes y una botella de vino. La chica no se puso el pijama, sino un vestido lencero que, junto al maquillaje, dejaba claras sus intenciones tras la comida. Él sonrió con entusiasmo, pero en su interior rezó pidiendo las fuerzas suficientes para cumplir con las expectativas, ya que la gripe lo había debilitado y solo ansiaba poder dormir ocho horas seguidas.

—Bueno, cuéntame ese caso en el que andas metido —preguntó ella antes incluso de empezar a comer.

—Ya sabes que...

—Sí —lo interrumpió—, te doy mi palabra de que no diré nada a nadie, ni volveré a las andadas. Aquello ya pasó, ahora me gusta hacer denuncias sociales o dar noticias felices de media hora.

—Está bien, solo espero no cortarte el apetito. Te aviso de que ha sido algo muy salvaje.

Marcos narró con pelos y señales el escenario del crimen mientras Laura parecía sentir el efecto contrario, devoraba la dorada al horno y las patatas como si llevara días sin comer. Ni siquiera pestañeaba ante los datos más desagradables.

—¡Qué fuerte, es un caso mucho mejor que el de Riotinto!

—No me asustes.

—Me refiero a que algo así hubiera salvado el programa. Describir algo así en antena hubiera multiplicado la audiencia por veinte. —Marcos se mostraba aún más escandalizado—. Quiero

decir que lo haría si se pudiera narrar semejante barbaridad. Tranquilo, soy consciente del miedo y rechazo que provocaría en la sociedad.

—Me alegro de que no me hayas soltado otra vez esa frase hecha: «el ciudadano tiene el derecho a saber y el periodista a contar la verdad».

—No, eso quedó atrás. Aunque sí te preguntaré algunas dudas que me surgen. ¿Quieres más vino?

—Prefiero no mezclarlo con el Paracetamol, gracias. Por cierto, tú no lo has probado.

—Me apetecía más cenar con agua. Espera, traeré el postre.

Laura se levantó y fue a la cocina, de allí regresó con dos flanes en sendos platos pequeños.

—He puesto la cafetera, supongo que querrás un café antes de dormir.

—Laura, lo siento, pero es que...

—No tienes que disculparte por nada. Tienes aspecto de tener fiebre y deberías meterte en la cama lo antes posible. Con un caso así, la semana será muy difícil.

—Me alegra que lo comprendas, siento que te hayas arreglado para nada.

—Bueno, me tumbaré en el sofá y pondré una película clásica, quizá piense que el vestido era para Bogart o Paul Newman.

—Con ellos, incluso con Redford, no me importaría una infidelidad.

—Ja, ja, ja.

—Por cierto, ¿qué querías preguntarme sobre el caso? Me has dicho hace unos minutos que te habían surgido dudas.

—El embrión, ¿para qué lo cambió? ¿Qué hizo con el de la víctima?

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Por qué? ¿Crees que se lo llevó como recuerdo?

—Tal vez para coleccionarlo.

—Eso significa que crees que seguirá matando. Es horrible, ¿habrá más chicas torturadas y asesinadas de esa forma?

—Espero que no, ojalá me equivoque. Pero ese mensaje bíblico en la pared, el embrión, la forma de matarla tan de ritual... No sé

qué pensar, estoy demasiado cansado para concentrarme.

—¿Y estás seguro de que su exnovio no pudo ser? Si no quería que ella tuviera el niño, tal vez tuvo un arrebató sádico.

—Estuvimos hablando con él durante toda la tarde. Su coartada es perfecta, estuvo esa noche en la cena de Navidad de su empresa.

—Entiendo. Bueno, pues vete a la cama, ya recogeré la mesa y lo dejaré todo limpio.

—Gracias, eres un cielo, no te merezco.

—Por supuesto que no, inspector, y tendrás que compensarlo — le dijo con una sonrisa pícara.

Lo que fue el cuarto de la plancha de su madre se había convertido meses atrás en su centro de operaciones, ya que no cabía todo el equipo electrónico, ni las carpetas clasificadoras, la mesa con el ordenador y los murales con fotos y apuntes clavados con chinchetas en su dormitorio.

El material crecía al mismo ritmo que las visitas que recibía su blog. Cada vez tenía más seguidores y eso implicaba más responsabilidad respecto a la información que suministraba. También la forma de hacerlo era importante, por eso ya no escribía las noticias. La cámara de vídeo era pequeña pero ofrecía una calidad asombrosa, más que suficiente para el blog; conectada a un palo selfie y con el micrófono de botón inalámbrico, sus directos estaban rompiendo récords de audiencia.

Una de las cosas que más la sorprendía era la aceptación de su aspecto por parte de los seguidores del blog. Cuando recibía comentarios y mensajes al respecto, siempre recordaba el día en que fue a hacer una entrevista al periódico más importante de la provincia: La Crónica de Huelva.

Olor a madera carcomida, un ambiente enrarecido por tabaco y colonia Varón Dandy, carcamales con viejos y baratos trajes de chaqueta y corbata, ¿dónde se ha metido? Esto no se parece en

nada a las rotativas de periódicos que ha visto en películas y series de televisión. Todos la observan como si llevaran encerrados allí desde 1965 y ella fuese el primer ser humano que vieran llegar desde el exterior. El despacho donde un redactor jefe le hace la entrevista, por llamar a la conversación de algún modo, es un cubículo lleno de cajas de cartón apiladas por el suelo, sin ventanas y con una pequeña mesa y dos sillas en el centro. Por el olor, allí es donde van a fumar todos desde la prohibición por ley.

—¿Esas tachuelas...significan algo? —es la primera pregunta del redactor, señalando con tono de burla los piercings que ella lleva en cejas, orejas y boca.

—Significan que me gusta llevarlas. ¿Cree que interfieren en la calidad de mi trabajo —responde ella.

—No en el sentido que imagina, pero piense que el puesto de reportera es para una chica que tiene que entrevistar a políticos, empresarios, ya me entiende... la imagen es importante.

Sofía no responde, solo observa al baboso dinosaurio con sobrepeso, traje gastado, mal afeitado y con claro síntoma de haber bebido ya un par de copas, aún siendo las once de la mañana. ¿Imagen? ¿Él le está dando una lección sobre imagen? Bueno, en este momento lo que hace realmente es horrorizarse al analizar su atuendo. Sofía lleva botas militares negras, medias de rejilla rotas, a modo de vestido usa una casaca de camuflaje militar muy grande, docenas de pulseras y anillos decoran sus manos, así como las uñas negras, a juego con su maquillaje de labios y ojos.

—Eres una niña mona —dice babeando—, apuesto a que con la cara lavada, sin tachuelas y con una minifalda cortita...

—Supongo que no querrá ver mi currículum —interrumpe ella—, mis notas de la Universidad ni los artículos que he redactado. Siento haberle hecho perder su tiempo. —Ni le da pie a responder, ya ha salido del cubículo maloliente y cerrado de un portazo.

Sofía bajó la tapa del portátil y se quedó mirando las luces de la ciudad a través de la ventana del cuarto. El recuerdo de la entrevista la hizo sonreír.

«Tu puta madre se va a poner una minifalda, cerdo baboso. Seis horas al día de lunes a domingo por ochocientos euros de mierda, y había doscientos candidatos... ¡Joder! Ahora trabajo menos de la mitad e ingreso más de tres mil por los anuncios publicitarios del blog».

—Y pronto tendré el trabajo perfecto, superándote incluso —le dijo al retrato de Laura Moreno que tenía clavado en el centro de su mural de corcho. La foto era en realidad una captura de pantalla del momento en que la reportera había tenido un percance cayendo ladera abajo con su coche, durante el caso de los crímenes de Riotinto que la hizo famosa a nivel nacional. Allí tocó techo su ídolo, la meta a perseguir por Sofía desde que se maravilló al verlo en directo.

Sofía miró su reloj, las diez en punto. La llegada de la noche implicaba el comienzo de su trabajo de campo. Durante el día había estado oyendo la emisora de la policía con un escáner comprado en una página web de Estados Unidos, pensó que sería una estafa para frikis, pero por trescientos dólares merecía la pena arriesgarse. La recepción de la voz no era su punto fuerte, pero funcionaba. Suficiente.

La noticia del día, la que había saturado las conversaciones de la central y las patrullas de la Policía Nacional, había eclipsado todos los artículos que pensaba cubrir en los siguientes días. Aquello era caza mayor. Mucho más que eso, era el unicornio que tanto llevaba esperando. Y no fallaría.

Estudió por última vez la programación de sus tareas y metió todo el equipo electrónico, junto con el portátil, en la mochila que se colocó a la espalda. Gritó a sus padres que no volvería muy tarde y tomó el casco y las llaves de la moto del mueble del recibidor. Antes de dirigirse a la calle José Fariña, pasó por un cajero automático para sacar seiscientos euros.

No sabía cuánto tiempo podría seguir asistiendo a las clases de zumba y realizando sesiones con pesas y máquinas en el gimnasio. Unas amigas decían que podría hasta casi el último día de su

embarazo; otras, incluida su madre, se llevaban las manos a la cabeza, alarmadas ante la idea de hacer semejante temeridad. Desde que Almudena supo que estaba en estado, no paraba de oír mensajes opuestos por todas partes: debes dar el pecho; no, ni se te ocurra, lo mejor es el biberón. Parto natural; ¿cómo? Estás loca, mejor la epidural y ni te enteras. Ve a una clínica privada; no, los hospitales públicos son los mejores. Y así hasta el infinito. Algunos de sus amigos y familiares se excedían con los mimos y cuidados hacia ella, otros parecían considerarla una apestada y ya no la llamaban para salir a dar una vuelta. Una cosa es que no pudiera tomar alcohol y otra que tuviera que estar recluida en casa. Por suerte, en el trabajo no parecía haberle sentado mal la noticia a su jefe, que necesitaría un sustituto para sus meses de baja por maternidad.

El viento y la lluvia azotaban la ciudad como si desearan castigarla, o limpiarla de quienes la ensuciaban y contaminaban. Ella se bajó del coche, tuvo suerte y encontró hueco en la pequeña callejuela entre la entrada de su edificio y las puertas del garaje de enfrente. En días como ese se arrepentía de no haber comprado una plaza cuando ella y su marido, Arturo, compraron el piso.

No serían más de veinte metros, una carrera de unos segundos bajo el pequeño paraguas que llevaba en el bolso; otros días aparcaba en el barrio de al lado, quince minutos de paseo. Por suerte, solía regresar con la ropa del gimnasio y no le importaba que se mojase.

Abrió la puerta del portal y se dirigió al ascensor, allí esperaba un chico desconocido, pelirrojo y con gabardina, pero muy amable al saludarla con cortesía y preocuparse al verla mojada.

Ella no cayó en la cuenta de que la gabardina de él no tenía una sola gota, cuando tampoco llevaba paraguas alguno en las manos.

Despertó en su piso, tumbada desnuda sobre la cama. Forcejeó aún torpe de reflejos para zafarse de las ataduras que la inmovilizaban a las cuatro esquinas. Estaba sola en el dormitorio, iluminada por la suave luz anaranjada de la lámpara sobre la mesita a su izquierda.

—Creo que te golpee demasiado fuerte, temí haberte matado y privarte de nuestro juego.

—¿Qué está pasando? ¡Te conozco del gimnasio! ¿Qué quieres de mí, hijo de puta?

—Esa lengua, Almudena.

—Mi marido está al llegar, te matará por esto.

—Arturo está de viaje, ¿no recuerdas que tú misma se lo dijiste hace dos días a la recepcionista del gimnasio?

Almudena comenzó a llorar y suplicar para que la dejase libre y no le hiciese daño. Él se había marchado al salón para encender el televisor y subirlo al máximo de volumen. Quizá los vecinos protestaran y llamasen a la policía. Esa sería su salvación, pero ¿cuánto tardaría en llegar la policía? ¿Echarían la puerta abajo para entrar solo por el volumen del televisor?

—Bueno, llegó la hora de que expíes tus pecados, la hora de tu arrepentimiento. Vamos a jugar un rato.

—Por favor, te daré lo que me pidas, tengo dinero en la casa, y joyas, pero no me violes.

—¿Violarte? Dentro de unos minutos me suplicarás que lo haga.

Se desnudó despacio, sin hacer caso a las súplicas y llantos de la chica. Colocó la ropa bien doblada sobre una silla que sacó al pasillo. Tomó una mochila pequeña y sacó de ella algo que emitió un destello metálico, además de un pequeño frasco de cristal que contenía algo oscuro en su interior. Luego se acercó sin prisas, con una sonrisa amable en los labios, y hundió el bisturí justo en el centro bajo sus pechos.

Una punzada de dolor agudo paralizó la mente de Almudena como si se tratase de una descarga eléctrica en la nuca. El bisturí fue bajando despacio, casi al ritmo del sonido estridente de la televisión, cortando su piel en línea recta hasta los genitales, aquello le hizo emitir un grito como jamás había pensado que podría vaciarse por dentro, literalmente, porque tras la indescriptible quemazón que le produjo el corte, sintió un vacío y frío desolador al ver cómo sus tripas salían de su cuerpo. Se encontraba tan conmocionada que ni pensó siquiera en por qué no había perdido el conocimiento aún.

—Siento tener que darme prisa, quizá tengamos visita pronto y no quiero que me interrumpen, eso será bueno para ti, ya que te dolerá durante menos tiempo y, lo mejor de todo, estarás consciente cuando culmine el rito.

Ella no pudo responder, estaba paralizada ante la visión de su propio cuerpo abierto y del hijo de puta que sacaba con mimo sus intestinos y estómago para colocarlos con cuidado a su lado. Casi sentía estar viviendo una pesadilla tan sádica como real. Se le nublaban la vista mientras él sacaba un trozo de carne del tarro de vidrio. ¿Qué era aquello tan repugnante?

—Vamos, aguanta un poco más o te perderás el momento decisivo.

Hurgó en su cuerpo sin que ella pudiera ver lo que hacía. En ese momento ya no sentía dolor alguno, solo lo recordaba como en un sueño ocurrido meses atrás, y las fuerzas la abandonaban de prisa.

Entonces vio el horror.

Su pequeño bebé, tan frágil, estaba entre las manos del sádico. Se veía igual que en las fotos de la ecografía que reposaban sobre la mesita de noche.

¡Dios! Aún se movía entre los dedos ensangrentados, aún estaba vivo... Hasta que él acabó con su vida y lo metió en el tarro de cristal, de donde había sacado antes otro pequeño trozo de carne.

¡No puede ser! Se trataba de otro embrión.

No, no, no... Perdió la consciencia y la vida justo cuando veía cómo colocaba el otro embrión dentro de su cuerpo. Ni siquiera oyó los golpes que los vecinos daban desde el otro lado de la pared de su salón para protestar por el ruido.

MIÉRCOLES

Esta vez ha sido más fácil, aunque menos divertido y demasiado rápido para mi gusto. No es decepción lo que siento en estos momentos, mientras plasmo en estas páginas mis impresiones y el detalle del camino que sigo para cumplir mi designio, sino el desdén por no recrearme en los detalles. Al menos, todo ha salido como estaba planificado y el tercer peldaño de esta escalera divina está a punto de alcanzarse.

Como sé, mi Señor, que te gustan los pormenores, a pesar de haberlo visto con tus ojos todopoderosos y omnipresentes, te contaré que estuve esperando durante veinte minutos; pero no porque la chica tardase, fue puntual como había previsto, no en vano me aseguré de que tuviese hueco para aparcar al lado de su edificio. Fue la excitación que sentía ante la tarea encomendada la que me llevó antes de tiempo al lugar.

El agua de lluvia en su ropa sudada emitía un aroma casi eclipsado por el desodorante y el perfume, fui deleitándome en el ascensor mientras subíamos a la cuarta planta. Su cabello corto y negro dejaba a la vista su cuello, así que fue fácil golpearla en la nuca cuando estaba ya abriendo la cerradura de su casa.

Tardó más de hora y media en despertar; debo confesar que me sentí temeroso de haberle pegado más fuerte de la cuenta y arruinar el ritual. Durante ese tiempo la desnudé y até a la cama, luego permanecí caminando por la casa, ideando la forma de disimular los gritos que más tarde ella dedicaría, como alabanzas, a mi trabajo sobre su cuerpo de pecadora.

Seguro que te has regocijado cuando el pequeño fruto de su soberbia ha aparecido en su útero. Aún se movía cuando lo extirpe y clavé la punta del bisturí en su amorfa y minúscula cabeza. Aunque lo más extasiante, lo que no podría olvidar en mil vidas, fue la mirada desesperada de la pecadora al ver cómo sacaba a su

engendro del vicio de sus entrañas para cambiarlo por el otro ya purificado. Me ha parecido asombrosa la capacidad de soportar el dolor que ha demostrado, también propiciada por mi rapidez en el proceso.

Prometo dedicar más tiempo la próxima vez, pero en esta he tenido que apresurarme para dejar el mensaje, lavar mi cuerpo para eliminar la sangre infectada de pecado y marcharme antes de que los enfadados vecinos saliesen de sus casas y pudieran descubrirme.

Son las cuatro y doce minutos de la madrugada. Y me siento más lleno de vida y luz que nunca.

Gracias por este don y por la misión que me has encomendado.

19 de diciembre

¿Dónde demonios había metido su teléfono móvil? Llevaba una eternidad sonando sin parar y no lograba encontrarlo sobre la mesita de noche, a pesar de haberla tanteado de un extremo al otro varias veces. El ruido acabaría por despertar a Laura si no lo encontraba a tiempo.

—Te lo dejaste anoche sobre el lavabo tras lavarte los dientes — susurró ella como si acabase de leerle el pensamiento.

—Disculpa, cariño.

—Es tu trabajo, ya estoy acostumbrada.

Marcos se levantó con un dolor intenso en la cabeza y sin poder respirar por la nariz. ¿Cuánto había dormido? Aún se sentía muy cansado. Caminó torpemente hacia el baño, chocando con los muebles en la oscuridad. Encendió la luz, tomó el teléfono y descolgó.

—Navarro —dijo con tono áspero a quien estuviese al otro lado de un número que no tenía registrado en la memoria.

Mientras oía la voz de su interlocutor, se dirigió al salón para coger una pastilla de Paracetamol, de allí pasó a la cocina y llenó un vaso con agua. Aún no se había disuelto la medicina y ya no le importaba su catarro lo más mínimo; lo que acababa de oír confirmaba su teoría y eso supondría problemas, muchísimos problemas en una fecha en la que los ciudadanos solo deberían oír noticias felices.

—Estaré allí en —miró el reloj digital del microondas, eran casi las cuatro de la madrugada— veinte minutos.

Tras colgar, llamó a David Sobrá para decirle que le necesitaba en la dirección que acababa de recibir; no tuvo que darle detalles. Mientras bajaba las escaleras, una vez vestido a toda prisa y tras dar un beso en el cuello a Laura, que se había dormido de nuevo,

llamó a Cristina Collado para decirle que sentía mucho si había despertado a su bebé, pero era vital su ayuda en el caso. Ella se limitó a contestar: «llegaré allí antes que tú».

La diferencia entre la cálida cama que acababa de abandonar y la calle fría bajo la lluvia era terrorífica. La luz de las farolas emitía brillos dorados sobre la calzada y los coches. ¿Dónde demonios había aparcado? Caminó a toda prisa hasta encontrar su coche dos edificios más allá. Necesitaban una segunda plaza de garaje. Puso el móvil a cargar mientras el motor encendido trataba en vano de emitir calor suficiente para que se activase la calefacción. Dos minutos después salió hacia su destino por calles vacías, nada extraño a esa hora, y recibiendo el brutal azote de una lluvia incesante. Ante algún que otro charco tuvo que frenar y hacer contravolante para evitar salirse de la calzada, tardando algo más en llegar a su destino de lo que había prometido. Varias luces estroboscópicas azules y naranjas le recibieron en aquella zona tan céntrica de la ciudad. El parque Alonso Martínez quedaba a su derecha y, a la izquierda, los dos edificios que coronaban el skyline de Huelva en plena vía Paisajista: las dos torres llamadas por algún extraño motivo Tres Reyes, casi en plena Avenida de Pablo Rada.

Un agente apareció tras el cordón policial para facilitarle el paso. Marcos se limpiaba la nariz por enésima vez, aquella gripe acabaría con su paciencia antes de avanzar más en el caso. Tras la ambulancia el inspector pudo ver a una chica joven grabando con una cámara; desde que comenzó el caso el día anterior, Marcos había intuido que aparecería antes que la propia prensa, aunque no imaginó que antes que él mismo. No había llegado al portal cuando oyó a su espalda el frenazo de un coche, era la forma de llegar a los sitios de su compañero David. Lo esperó para entrar juntos en la escena del crimen.

—Espero que haya llegado Maite o el forense que esté de guardia esta noche —fue el saludo del subinspector Sobrá, a la vez que corría para guarecerse de la lluvia bajo la entrada del edificio.

—¿Por qué dices eso?

—Si es una segunda víctima del mismo enfermo, el escenario será igual o peor que el anterior. ¿No recuerdas el aspecto y los olores que desprendía?

Marcos no dijo nada, se limitó a entrar en el ascensor y aceptar el café en vaso de cartón que su compañero le había traído, aunque este no le ofreció ninguno de los bollos que devoraba con fruición.

—Ten cuidado con la comida, no entres en el piso hasta habértela terminado. No quiero que los de la científica estén analizando durante horas la saliva de las migas que puedas dejar sobre el suelo.

David reía al meterse en la boca el bollo entero que le quedaba por comer. Parecía un hámster o una ardilla portando su preciado tesoro en los carrillos.

Cuando Marcos, en el umbral de la puerta, se colocaba los guantes y las fundas de papel que envolvían sus zapatos, el recuerdo de una novia del pasado que vivía en aquel alto edificio llegó cristalino a su mente. La distribución de la casa, los olores y la luz... Casi sentía volver a tener dieciocho años y cruzar por primera vez la puerta que le llevaría a conocer a los padres de la chica. Tomó café aquella tarde mientras ella se terminaba de vestir y maquillar, la madre de... Natalia, le puso un café con magdalenas, no pudo tomar un sorbo ni tragar bocado mientras su padre veía una corrida de toros en la televisión a la vez que lo miraba de cuando en cuando, en silencio y con cara de pocos amigos. Nunca olvidaría aquella tarde. ¿Qué habrá sido de Natalia? ¿Seguirá viviendo allí con sus padres? ¿Se habrá casado? Quizá ya tenga incluso hijos.

—Buenas noches, siento haberle despertado, inspector. Recibimos una llamada hace unas dos horas, una queja por ruidos.

—Espera, ¿quién eres? ¿Eres quien me ha llamado al móvil?

Unas horas antes:

«No me gusta este oficio que tienes, hay muchos desalmados por la calle. Fíjate en la noticias que dan todos los días. Los policías mueren en tiroteos». Su madre no aceptaba del todo su profesión, a pesar de haberse sentido más que orgullosa de su niño tras aprobar este las oposiciones y conseguir plaza en la Policía Nacional de la misma ciudad. Incluso había presumido entre las vecinas del barrio. Pero cuando comenzó a patrullar en el turno de noche, el destinado

a los nuevos agentes que aún no tienen esposa e hijos, la buena mujer se volvió asustadiza y no paraba de ver las noticias para enterarse de cada tiroteo, redada o asesinato de policías que emitiese la televisión, aunque se tratara de un agente en Estados Unidos o Filipinas.

Conducía junto a Alberto, su compañero, bajo una lluvia que no permitía casi seguir la trazada de la carretera. Llevaban un cuarto de hora sin ver otro vehículo por las calles a esa hora de la madrugada, cuando Alberto dijo:

—Acércate a Pablo Rada y compramos unos cafés para llevar.

—¿Dónde vas a comprar un café a estas horas? —respondió él.

—En el hotel Monteconquero. Seguro que tiene el bar abierto.

—El Senator.

—Da igual cómo se llame ahora, siempre será el hotel Monteconquero.

Alberto salía del vestíbulo del hotel a toda prisa bajo la lluvia, con los vasos de cartón en las manos, cuando la llamada llegó desde la central: «A las unidades que estén por la zona: tenemos un aviso por exceso de ruido en el edificio Tres Reyes dos, cuarta planta. Repito: un aviso por exceso de ruido en edificio Tres Reyes dos, cuarta planta. El aviso es de una vecina, Carla, en el cuarto D».

—Recibido, central. Aquí patrulla doce, estamos justo al lado y procedemos a intervenir.

—Confirmado, patrulla doce. Me mantengo a la espera de su informe.

—¿De qué hablas? ¿Ha pasado algo?

Alberto estaba empapado, tendió un café a su compañero, pero él lo rechazó, colocándolo en el posavasos del coche y saliendo a toda velocidad pero sin luces ni sirena. Total, la calle estaba desierta.

—Tenemos un aviso —dijo.

—¿Qué tipo de aviso?

—Un vecino parece tener la televisión más alta de lo normal.

—No me jodas, ¿para eso nos llaman?

—Sí, y es mucho mejor que estar aburridos dentro del coche.

Llamaron al 4º-D en el portero automático, como había indicado la central, y la puerta se abrió unos segundos después, sin que

nadie preguntase nada a través del telefonillo.

La denunciante, Carla, así como el resto de su familia y otros vecinos, estaban en el rellano cuando los policías salieron del ascensor, todos en pijama y bata. Señalaron la puerta, aunque no era necesario por el sonido estridente que emitía.

—Es la primera vez que ocurre algo así —dijo la vecina—, Almudena no suele hacer ruido nunca.

—¿Han llamado para pedirle que baje el volumen?

—Varias veces, pero no abre la puerta.

—Nosotros no podemos entrar en la vivienda sin una orden, espero que lo comprenda. Pero podemos llamar.

—Pues menuda ayuda —dijo la mujer con un suspiro—. Para golpear la puerta no habríamos llamado a la Policía.

—Señora, tranquilícese.

—¿Ocurre algo? —Un desconocido salía del ascensor.

—Es Almudena, mira cómo tiene el volumen de la tele, así no hay quien duerma —respondía la señora de la denuncia.

—¿Almudena? Es imposible, ella no armaría este escándalo; además, mañana tiene que trabajar y no son horas de tener el televisor encendido.

—¿Quién es usted? —preguntó el agente.

—Soy el vecino del A, conozco a Almudena desde que llegó a vivir al edificio.

—¿Tiene su número de móvil para llamarla?

—Claro, ahora mismo la llamo. —Sacó su teléfono del bolsillo del pantalón y llamó hasta que saltó el mensaje del contestador—. Nada, no responde.

—Pues insista, porque nosotros no podemos entrar sin una orden judicial ni indicios de que se esté cometiendo un delito en la vivienda.

—Pero yo tengo una llave —dijo el vecino—, Almudena me la dio por si ella perdía la suya o si tenía que echarle un vistazo al piso cuando se iba de vacaciones.

La noche acababa de mejorar considerablemente. Quizá los agentes no tuviesen que soportar mucho más tiempo entre vecinos indignados y pudieran marcharse para seguir patrullando, claro que:

—Yo no puedo obligarle a usarla —dijo el agente—, es una decisión que debe tomar por usted mismo.

—Pues con este estruendo no podrá dormir nadie en el edificio —ya subían y bajaban de las plantas tercera y quinta algunos vecinos en pijama para preguntar por el ruido—, así que voy a buscar la llave y entramos para ver qué sucede.

Dos minutos más tarde accedían los dos agentes a la vivienda, con cautela a través de pequeño recibidor y mirando en cada estancia que se encontraban a su paso. Los vecinos iban detrás de ellos a pesar de la orden de quedarse esperando fuera. Llegaron al final del pasillo, no había nadie en la cocina, pasaron al salón y apagaron el televisor. Respiraron hondo tras sumirse en un bien recibido silencio, y se dieron la vuelta.

—¿No les habíamos dicho que se quedasen en el rellano?

—Les hemos acompañado por si necesitaban orientación —respondía la señora de la denuncia, los demás vecinos asentían en silencio.

—No necesitamos mucha orientación, esto es un piso de ochenta metros, no el desierto del Sáhara.

—Pues se han dejado el dormitorio principal sin mirar; nada más entrar, justo a la derecha del pasillo.

Los agentes fueron directos hacia allí y abrieron la puerta. La luz aún estaba encendida.

Casi dos horas más tarde:

El famoso inspector con innumerables condecoraciones acababa de entrar por la puerta junto a otro policía que llenaba todo el ancho del pasillo con su espalda. Siempre había querido participar en un caso de esos que salían en todas las televisiones, no solo de España, también del resto del mundo, así que se puso nervioso cuando se dirigió a él.

—Buenas noches, siento haberle despertado, inspector. Recibimos una llamada hace unas dos horas, una queja por ruidos.

—Espere, ¿quién es usted? ¿Es quien me ha llamado al móvil?
—respondió Marcos Navarro.

—Mi nombre es Andrés Martínez y sí, soy quien le ha llamado. El recepcionista del turno de noche en comisaría nos ha dado su número de móvil a los agentes de patrulla para que lo llamásemos directamente si encontráramos algo relacionado con el caso que usted lleva.

—Lo imaginaba. Cuéntame lo que sepas.

—Patrullábamos por la calle de al lado y recibimos el aviso de una denuncia de vecinos por ruidos a altas horas de la noche. Llegamos en dos minutos y accedimos a la vivienda.

—¿Cómo entrasteis? —Marcos no quería ni pensar que habían forzado la cerradura, él mismo se metería en un lío si era así.

—Un vecino tenía llave y tomo la decisión voluntaria de usarla. —El inspector asintió aliviado—. Al entrar encontramos lo que puede ver tras esa puerta.

—Está bien, quiero que tomes declaración a los vecinos, pregúntales todo lo que sepan sobre la víctima, tanto vida privada como laboral, todo.

El agente se marchó a cumplir la orden y Marcos entró junto a David en la habitación.

El espectáculo era una copia exacta del observado la mañana del día anterior, misma disposición del cuerpo, atado, desnudo y con el vientre abierto; parecía haber menos salpicaduras de sangre por las paredes, tal vez porque la cama estaba algo más retirada de ellas, justo en el centro del dormitorio. Maite ya estaba allí, bostezaba mientras observaba a solo unos centímetros de su cara las vísceras sobre la sábana. La forense les ofreció la barra de Mentol, pero Marcos la rechazó para dársela a David. Debido al catarro, no era capaz de oler nada. No tuvieron tiempo de saludar cuando Cristina ya entraba por la puerta.

—Joder, un serial —comentó la subinspectora nada más ver el cuerpo.

Marcos no hizo caso al comentario, se giró hacia Maite y le pidió sus impresiones.

—Almudena Díaz Martín, mujer blanca de treinta y un años, casada, el marido está de viaje de negocios; creo que ha muerto hace unas cuatro o cinco horas. Y poco nuevo puedo decirte, salvo que todo ha ocurrido mucho más deprisa que en el anterior

homicidio. Me refiero a la tortura. Los trazos del bisturí son menos precisos y hay algún que otro desgarró.

—Tenía prisa —supuso Marcos en un susurro—. Puso la televisión a todo volumen para tapar los gritos de la víctima y sabía que eso provocaría un revuelo entre los vecinos, y algo más tarde la aparición de la policía.

—Fíjate en la forma de colocar el estómago, no lo ha hecho tan ceremonial como ayer, cuando puso los intestinos alrededor con cuidado, como tratando de que quedase bonito. El gesto desencajado de la chica demuestra que sufrió un dolor más intenso pero breve, casi tiene los ojos fuera de las órbitas y en el cuello se aprecian muchos capilares reventados a fuerza de gritar. El corte del útero es también algo menos preciso.

—¿También estaba embarazada?

—Sí, de diez semanas. Uno de tus agentes ha encontrado una ecografía de hace unos días sobre la mesita de noche.

—¿Ha colocado otro embrión de vaca?

—Esta vez no. Aunque sí que ha sustituido el embrión por otro, pero humano esta vez.

—¿Ha cambiado el embrión por otro?

—Eso es, lo ha cambiado por otro diferente, pero humano.

—¿Tan segura estás de eso?

—Por supuesto, el que ha colocado estaba conservado en alcohol, aún huele. Acércate y lo podrás comprobar.

—Aparte de tener la nariz insensibilizada con el catarro, no metería la nariz ahí ni loco.

—Ja, ja, ja. Si te parece desagradable lo que ves, mejor no vengas a mi «oficina» cuando tengo cuerpos con semanas de descomposición sobre mi «mesa de escritorio».

—¿Qué más me puedes decir? —Navarro prefirió dejar las bromas para otro momento, era consciente de la urgencia por atrapar al asesino antes de que ese mismo día terminase; no le cabía duda de que cada noche aparecería una nueva víctima.

—Hasta los análisis, nada de nada. Y los de la chica de ayer no ofrecen nada inusual. No había alcohol, ni drogas en su sangre, no estaba enferma ni le fue suministrado ningún narcótico. Aprecié marcas de presión en su boca; por el ángulo, el asesino debe de

medir entorno a un metro ochenta y cinco, como tú más o menos, pero algo más corpulento, le bastó una mano para inmovilizarla desde atrás. Sus manos son grandes, pero no dejó huellas ni pelos sobre ella, usa guantes de cirujano, hay talco por todo el cuerpo, supongo que desprendido al desnudarla y luego torturarla.

—Quisiera saber qué talco, quizás encontremos la marca de guantes y podamos rastrear la compra.

—¿Me estás encargando una nueva tarea?

—Eres forense, en el hospital debéis conocer guantes de cirugía ¿no?

—Claro, antes del amanecer te diré algo.

—Perfecto, muchas gracias.

—Navarro —irrumpió Cristina—, ya he fotografiado la pared y puedo llamar a Nuria para que busque en el ordenador la cita bíblica.

—Joder, aún no sabemos lo que quiso decirnos el asesino con la anterior... y ya tenemos otra cita.

—La locura de Nabucodonosor es un pasaje que habla del castigo de Dios a dicho rey por su soberbia, pero sería demasiado sencillo que lo escribiese en la pared solo por ese motivo. ¿Está llamando soberbias a las mujeres por estar embarazadas? Creo que se me escapa la definición de ese pecado capital.

—Tienes razón, Collado, yo también creo que hay más tras cada mensaje, sobre todo por el uso de mayúsculas en palabras concretas. Ponte con ello ahora mismo. Busca el pasaje en la Biblia, y despierta a Nuria si es necesario.

Cristina asintió en silencio.

—Gracias —añadió Marcos—. En menos de veinte horas ese tipo volverá a matar y quiero tenerle entre rejas antes de que llegue ese momento.

Cristina se marchó cuando aún David y Marcos observaban la pared.

¡cuán GRANDES son sus señales, y cuán POTENTES sus maravillas! su reino, reino SEMPITERNO, y su señorío de generación en generación

—¿Por qué no lo hizo la otra vez? Me refiero a subir el volumen del televisor. La otra chica también tuvo que gritar hasta desgarrarse la garganta —apuntó David cuando estaban todos reunidos en la cocina de la comisaría.

—Las investiga a fondo, y no solo a ellas, también su entorno y rutinas —respondió Cristina. Marcos asintió—. Para abordarlas en su casa y que ellas le abran la puerta debe de tratarse de alguien que las conozca, se ha ganado su confianza. Tal vez las asalta en el portal de la vivienda, para eso conoce sus horarios, lo planifica todo a conciencia. Sabía que la primera víctima vivía en un edificio en el que no habría casi nadie que oyera sus gritos, y que la segunda estaba sola, ¿cómo sabía que su pareja estaría fuera de la ciudad?

—Es alguien de su entorno cercano, quizá no un amigo, pero sí alguien que las conoce por algún otro motivo. Tal vez lo averigüemos cuando tengamos el listado de los registros de las dos viviendas a fondo —respondió Marcos Navarro.

—¿Y por qué no apagó luego la televisión? Cuando la segunda chica dejó de gritar, si hubiese apagado la televisión, los vecinos habrían dejado de protestar y nadie habría descubierto el cuerpo hasta que su pareja regresase del viaje.

Todos miraron a Marcos tras la duda de David. El inspector, sentado en un taburete en el extremo de la mesa, daba golpecitos con el puño en su barbilla para tratar de concentrarse. Con la mirada perdida en algún punto de la pared de enfrente, tardó unos segundos en responder.

—Porque quería que encontrásemos el cuerpo, quiere tenernos de un lado a otro de la ciudad observando su obra.

—Notoriedad —añadía Cristina—, es un asesino en serie convencional. Quiere que lo atrapemos, y que descubramos cada una de sus creaciones lo antes posible.

—Esos siempre acaban entre rejas o suicidándose. Claro que pueden dejar un reguero de sangre infinito hasta que llega ese momento. Y lo peor de todo... —Los presentes miraron a Marcos con expectación— asesinará muy rápido para hacer el máximo daño en el mínimo tiempo. Una víctima cada noche.

—Bueno, tú siempre dices que es más fácil atrapar a un serial que a un criminal que comete un solo homicidio.

—Ya, con un solo crimen, tenemos cuarenta y ocho horas para atraparlo; transcurrido ese tiempo, es muy posible que nunca resolvamos el caso. Con el serial es diferente, cada vez que mata se reinicia el reloj. El doble de crímenes implica el doble de posibilidades de que cometa fallos, descuidos o de encontrar pistas, si son diez crímenes, pues multiplica.

—Pero... —dijo Cristina.

—Pero en este caso será más complicado, ya que los análisis científicos y forenses tardan lo suyo. Cuando tengamos pruebas o huellas del primer crimen, podríamos llevar otras cuatro muertes— apuntó David.

—¿Qué tienes sobre la cita, Cristina? —preguntó Marcos.

—Sigue con Daniel 4-3: ¡Cuán grandes son sus señales, y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno, y su señorío de generación en generación. Vuelve a la soberbia y a subrayar tres palabras escribiéndolas en mayúsculas.

—¿Por qué ha empezado con la cita 4-2 y no con la 4-1? — Dudaba David—. ¿Es posible que se no hayamos descubierto un primer asesinato?

—No lo creo —dijo Marcos—. Si estos dos crímenes los ha dispuesto de esta forma, para que los descubramos lo antes posible, no tendría sentido que el otro lo dejase oculto. Salvo... salvo que el primero fuese algún tipo de ensayo.

—No —zanjó Cristina—. Si no usa el primero es porque esa cita no muestra ningún mensaje, solo es una presentación del rey: Nabucodonosor rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. Pienso que, si ataca y castiga la soberbia, el asesino no estará interesado en mostrarse vanidoso, así que se habrá saltado el versículo en el que se presenta a sí mismo.

—Al rey, en realidad presenta al rey, pero el asesino se considera Dios. —Los presentes asintieron en silencio a las palabras de Marcos—. Y yo también espero que no haya un cuerpo descomponiéndose en algún punto de la ciudad mientras espera a ser descubierto. Volvamos entonces al asunto de la soberbia. ¿Por qué castiga a embarazadas por soberbia? Quiero a Nuria y Fran trabajando día y noche si es necesario en las relaciones entre las

dos víctimas. Quiero saber si se conocían, si iban al mismo ginecólogo, a la misma peluquería, al mismo gimnasio, lo que sea. Dónde estudiaron, todas sus parejas desde la adolescencia, trabajos y lugares en los que hayan vivido. Todo.

—Fran está en casa con el bebé, pero puede trabajar desde allí en el ordenador —apuntó Cristina.

—Me parece bien, pero que nadie se duerma.

Paco entraba por la puerta en ese momento, aún no eran las seis de la mañana. Todos quedaron en silencio hasta averiguar el estado de humor del comisario, que podía haberse agravado por tener que madrugar.

—¿Qué tenemos? —fue su saludo.

—Es un serial, y matará cada noche.

—¡Joder! Y faltará poco para que la prensa consiga algún dato, incluso fotos. —Mientras Paco hablaba, Marcos pensó en la chica grabando vídeo tras la ambulancia—. Vamos a tener al alcalde y al ministro del interior en el cogote en cuestión de horas. ¿Lo tienes todo planificado, Navarro? ¿Sabes por dónde empezar?

—Buscaré relaciones entre las víctimas, sospechamos que el asesino pudiera conocerlas, además de sus rutinas y entorno. Empezaré por el hospital, las dos tenían ecografías realizadas en el Juan Ramón Jiménez.

—¿Mismo médico?

—No.

—Está bien, no te interrumpo. Irene, quiero una copia de todo el material en cinco minutos sobre mi mesa; me huelo una rueda de prensa en cuestión de horas.

A Teresa nunca le cayeron especialmente bien los policías, sobre todo tras una manifestación cuando era universitaria, hará unos doce años, en la que un gorila descerebrado con uniforme le dio un porrazo que necesitó doce puntos de sutura en la cabeza, por lo que tuvo que raparse su entonces larga melena rubia. Por desgracia, en su trabajo como gerente del turno de noche en el hospital Juan Ramón Jiménez, tenía que tratar con ellos casi a

diario, sobre todo por denuncias de malos tratos, peleas o heridas de arma blanca; las víctimas que ingresaban solían presentar los síntomas para que activasen protocolos de emergencia y la comisaría enviaba patrullas constantemente. Por regla general, solían ser majos, chicos jóvenes y guapos, con cuerpos atléticos que recreaban la vista, incluso amables y educados, no como los dos inspectores amargados que ahora le metían prisa de malos modos.

—Ya les he dicho que los administrativos están tratando de localizar a todo el personal médico que ustedes solicitan, y no lograrán hacerlo antes por mucho que me grite.

—No estamos gritando, señora —apuntaba Marcos con desesperación—. Solo pido que se den la mayor prisa posible, es un asunto de vida o muerte.

—Pues lo siento, pero es todo lo que puedo hacer. A estas horas no se habrán despertado, tendrán sus teléfonos de contacto apagados o no les dará la gana responder a la llamada.

—Bien, entonces deme las direcciones de los que no contesten o no puedan venir inmediatamente.

—Oiga, no sé si tengo la autoridad para...

—Me hago responsable, no se preocupe, pero es posible que una paciente de alguno de esos doctores esté en peligro de muerte, quizá muera hoy mismo.

Teresa estaba nerviosa y acariciaba con una mano su corta melena, que nunca volvió a dejar crecer, mientras el subinspector David Sobrá observaba la escena con una ansiedad que no era capaz de controlar del todo. ¡Cómo le gustaría ser él quien tratase durante unos minutos con la estirada gerente!, le habría dicho unas cuantas cosas. ¿Cómo podía cerrarse de aquel modo cuando le habían dicho en varias ocasiones lo vital que era su cooperación?

—Me confirman que están a punto de llegar dos ginecólogos y un tocólogo.

—Bien —suspiró Marcos—, que sigan insistiendo con el resto del personal. También quiero a las enfermeras matronas. A todas. Quiero una sala para entrevistarme con ellos, y que haya un ordenador conectado al sistema o red del Hospital para que puedan darme datos y listados de pacientes con sus historiales completos.

—Oiga, eso es confidencial.

—¡Disculpa! ¿Te parecemos periodistas del corazón?

David irrumpió con la paciencia totalmente agotada y Teresa se asustó ante el tamaño y malhumor que exhibía el subinspector.

—Disculpe a mi compañero —Marcos lanzó una mirada de reproche a David—. Esos datos son vitales para una investigación de homicidio. Le recuerdo que negarse es un delito y será arrestada por obstrucción a la justicia. Además, será cuestión de diez o quince minutos que recibamos la orden de la fiscalía, ya debería saberlo.

Quince eternos minutos después, y con el listado en la mano de todo el personal requerido, Marcos pidió a David que movilizase las patrullas necesarias para ir a la casa de cada uno de los sanitarios que no habían cogido el teléfono, era urgente que se presentasen todos en el hospital lo antes posible.

Cristina había redactado un informe de compatibilidad entre las dos víctimas. No compartían médico de cabecera, ni ginecólogo, no iban al mismo gimnasio, no eran amigas ni parecían tener amigos en común, tampoco salían por los mismos bares ni tomaban café en las mismas cafeterías, tampoco estudiaron en el mismo instituto (una fue a la Universidad, facultad de empresariales; la otra no cursó estudios superiores). Lo más probable es que nunca se hubieran cruzado a lo largo de sus vidas. Su única conexión era estar embarazadas y tratar su gestación en aquel hospital.

Cristina también había llamado a Marcos para decirle que el análisis del teléfono móvil de la primera víctima, así como su ordenador portátil, no habían dado datos sobre amenazas, mensajes o llamadas fuera de lo común. Las búsquedas en internet, el correo electrónico, WhatsApp y listado de llamadas se limitaban a familia, buscar viajes baratos, vídeos sobre manualidades o gatitos, conversaciones con la familia y amigos...

—Nos faltan solo seis personas, pero tengo tres patrullas que irán a recogerlas en el acto —confirmó David.

—Bien, parece que comienzan a llegar —dijo Marcos al ver entrar a varias personas algo desorientadas a la zona privada del hospital en la que se encontraban—. Necesito que hagas algo más, llama de nuevo a Cristina y dile que, si ha terminado con el trabajo

de oficina, venga para ayudarnos con las entrevistas, la quiero aquí en menos de veinte minutos.

El mensaje lo dejaba claro: «otra víctima, se confirma que es un asesino en serie. Te veré cuando pueda regresar a casa». Laura lo había leído dos veces tras despertarla el timbre del móvil, serían poco más de las seis, y ya no pudo dormir más. Respondió con un: «Recuerda tomar Paracetamol y no mojarte con la lluvia. Te quiero» y permaneció observando el techo de la habitación durante una hora, justo hasta el momento en que la débil luz del amanecer comenzó a entrar por la ventana.

Las dudas se revolvían ansiosas en su estómago. Ella había estudiado periodismo y la información que tenía era como un filón enorme de oro en una mina recién descubierta. Y no en vano esa comparación había llegado a su mente, ya que, desde los crímenes de Minas de Riotinto, no sentía aquel impulso por traicionar la palabra que había dado a Marcos y lanzarse de cabeza a por la noticia. Ahora no ansiaba un programa o puesto de presentadora, solo dar a conocer al mundo lo que estaba pasando y aún nadie sabía, salvo la policía y ella misma. No quería tomar la decisión por sí sola, así que llamó para pedir consejo, pero no a Javi, su cámara le diría que ni por asomo se metía en otra aventura de las que acababan saliendo malparados; tampoco a su productor, que le diría que sí a cualquier cosa que aumentase la audiencia, aunque fuera algo que arruinase por completo la Navidad a los espectadores.

—¿Te he despertado?

—No, acabo de levantarme para ir al trabajo. ¿Qué pasa? ¿Estás bien?

La voz de Mariola, su hermana pequeña, ya supuso un notable alivio desde el otro lado del teléfono. Ahora llegaba la parte complicada de la conversación.

—Estoy bien, no es eso, se trata de trabajo. Quisiera conocer tu opinión sobre un tema. No sé si dar el paso o guardarme una información importante.

—Ya estás como siempre. Marcos te ha comentado detalles de un caso y te ha entrado la vena periodística seria para tratar de informar al mundo.

—Por eso te llamo, eres quien mejor me conoce y la voz de mi conciencia. Marcos está con algo gordo, nada menos que un asesino en serie que hace barbaridades a sus víctimas y quisiera poder informar sobre ello.

—¿Qué es lo que te impide hacerlo?

—No te comprendo.

—Si no has llamado a la cadena ni has comenzado a emitir la noticia por tu cuenta, es por algún motivo.

—No quiero defraudar a Marcos otra vez, ya falté a mi palabra con casos anteriores y le metí en varios apuros con su comisario.

—Bueno, eso te honra, pero no te permite seguir tu deseo de dar la noticia. Espera un segundo. ¡Rubén, como te tenga que decir otra vez que termines de vestirte...!

—No grites a mi sobrino, que es un cielo y seguro que está aún medio dormido.

—Pues ya debería estar acostumbrado a levantarse para ir al colegio, seguro que anoche se durmió a las tantas leyendo esos libros de Gerónimo Stilton. ¡Hay que ver la que le ha dado con el ratón de las narices!

—Bueno, no te disperses. ¿Qué ibas a contarme?

—¿Contarte? Ah, sí, que hagas lo que te dé la gana. Y si no quieres que Marcos quede expuesto de cara a sus jefes, pues usa la cabeza para desviar la atención. Oye, te dejo, luego hablamos.

—Muchos besos para todos, nos vemos para la cena de Navidad.

—Claro, compra ron para los mojitos.

—¿Mojitos en Navidad?

—Pues claro, están más buenos que el ponche de huevo y licor que pusisteis el año pasado. Besitos, besitos, ciao.

«¿Desviar la atención? ¿Qué cojones significa eso? —Laura no había logrado aclarar sus dudas—. Supongo que se refiere a dar los datos precisos que no impliquen a Marcos, o informar de fuentes anónimas que hayan sido testigos en las escenas de los crímenes. Es la única forma de conseguirlo, aunque para ello no pueda dar

detalles de las mutilaciones de las víctimas que solo conocen forenses y policías».

—Bueno, es hora de llamar a Javi y al productor. Tener la primicia de la noticia del año siempre da puntos, aunque esta vez lo haré por el placer de cumplir con mi profesión. O tal vez no... ¿Qué podría sacar de beneficio?

Un largo bostezo precedió su respuesta, era la enésima pregunta y el tocólogo se mostraba cansado y poco receptivo.

—¿Pacientes con alguna anomalía o que tengan un comportamiento alejado de lo normal? ¿Qué significa eso, inspector? No comprendo, aquí las mujeres vienen todas ilusionadas ante la idea de tener un hijo, sea el primero o el quinto. Créame, son como clones, desde las que tienen veinte años hasta las de más de cuarenta.

—Entienda que tenga que preguntarlo. ¿Ha observado en alguna de ella algún rastro de... soberbia?

—¿Cómo dice? ¿Soberbia? En absoluto, todas se muestran dispuestas y participativas, se dejan aconsejar sin límites y regresan cada cita con más ganas aún de seguir adelante.

—Entiendo, entonces solo me queda pedirle un listado de sus pacientes con todos sus datos personales y clínicos.

—Ya lo imaginaba, pedí a mi enfermera que fuera imprimiéndolo mientras usted me entrevistaba.

—No imagina cómo le agradezco la iniciativa en este momento en que estamos tan apurados de tiempo.

—Por lo que me dijeron por teléfono, es un caso de vida o muerte de una posible paciente de obstetricia de este hospital. Si usted me proporcionase más información, quizá pudiera ayudarles con el caso.

—Gracias de nuevo, pero la información que manejamos es confidencial. Toda la ayuda que puede ofrecernos es esta.

—Navarro —Cristina aparecía por la puerta sin haber llamado, la urgencia en el caso hacía inútiles esos formulismos—, necesito que vengas conmigo.

La mirada de la subinspectora no dejaba lugar a dudas, había encontrado algo. Marcos se fiaba de ella tanto como de sí mismo, era su ayudante más valiosa.

—Tenemos un problema con uno de los ginecólogos —le susurró la chica cuando ambos salieron de la pequeña sala asignada a Marcos para sus entrevistas—. Se muestra agresivo y poco dispuesto a cooperar.

En silencio, partieron hacia la sala donde se encontraba un más que enfadado e impaciente doctor de unos cuarenta años, alto, corpulento, cabello alborotado castaño y barba de tres días. Ni siquiera respondió al saludo de Marcos.

—Me gustaría que algún responsable, si ese es usted, me dijera el motivo para despertarme y traerme aquí a esta hora de la mañana durante esta semana que tengo libre.

—Lamentamos mucho haberle ocasionado este contratiempo, pero serán solo unos minutos y luego podrá regresar a casa. El responsable soy yo y quisiera que respondiese a una serie de preguntas.

—¿Y si me niego? La confidencialidad con respecto a mis pacientes es sagrada para mí.

Antes de poder responder, Marcos se distrajo con un gesto de Cristina, había movido casi imperceptiblemente su dedo índice de la mano derecha sobre el expediente de la primera víctima: Virginia López Molina. El dedo señalaba el nombre de su médico: justo el que tenían delante.

—Si se siente incómodo respondiendo a las preguntas aquí —miró el expediente un segundo para buscar su nombre—, Manuel Ramírez Ortega, podemos llevarlo a la comisaría y tenerlo varias horas en una sala con cámaras tras haber cursado contra usted una acusación por obstrucción a una investigación criminal. Le doy unos segundos para que decida la opción que desea seguir.

—También puedo llamar a un abogado.

—Correcto, cuando usted lo desee, pero eso no impedirá que lo llevemos a la comisaría y lo retengamos durante unas horas.

Manuel suspiró tras frotarse el cabello en un gesto de impotencia.

—Está bien, está bien. ¿Qué quieren que les diga?

—Cuéntenos todo lo relacionado con la paciente Virginia López Molina, su historial clínico al detalle y cualquier anomalía que pudiera haber ocurrido en su embarazo.

—Déjeme consultar el expediente en el ordenador. —El doctor tardó unos segundos en rescatar de la base de datos el expediente médico de la primera víctima—. Aquí lo tengo, a ver... Ocho semanas de embarazo, su expediente ha pasado a la tocóloga María del Carmen García. Supongo que ella sabrá más del curso de su embarazo que yo.

—¿No podría darnos ningún dato que la diferenciase del resto de pacientes?

—Pues no, es una chica de lo más normal. —Comenzó a hacer un resumen del historial—. Amigdalitis a los doce, una fractura de cúbito a los quince, un aborto voluntario a los diecinueve, un poco de asma, alergia al polen... Tiene un historial de lo más convencional en la actualidad.

—¿Es algo común un aborto voluntario?

—Más de lo que imagina, más de la mitad de mis pacientes han sufrido uno voluntario o accidental. Muchas mujeres los sufren casi sin darse cuenta, por una caída, una gripe con mucha fiebre... y aquí descubrimos ese dato en sus revisiones periódicas. Ya no digamos los que se realizan porque son embarazos no deseados, chicas muy jóvenes, novios que se desentienden, etcétera.

—Está bien. Ahora debo preguntarle si mantenía usted alguna relación con la paciente más allá de los estrictamente profesional.

—¿Qué coño insinúa?

—No se altere, yo hago las preguntas y usted responde.

—¿Por qué no se lo preguntan a ella? ¿Por qué me molestan con algo tan absurdo?

—Ella no puede responder, fue asesinada hace dos noches.

El ginecólogo se dejó caer sobre la silla con la mirada perdida, si fingía no saber lo que le había sucedido a la chica, lo hacía muy bien. Tardó unos segundos en responder, y lo hizo en un hilo de voz que en nada se parecía a la bravuconería de antes.

—No he tenido jamás una relación con ninguna de mis pacientes, ni siquiera de amistad. Las mujeres no se sienten

cómodas cuando un amigo se asoma... ya sabe, ahí abajo. Prefieren a alguien con quien tengan un trato estrictamente clínico.

—Bien, queremos el expediente completo de la chica, ordene que se imprima para nosotros y podrá marcharse a casa. —Marcos y Cristina abandonaron el despacho.

—No me gusta nada ese tío —protestó la subinspectora—, está a la defensiva sin motivo alguno, además de tener el perfil físico del asesino y una relación profesional con, al menos, una de las dos víctimas. Apuesto a que puede acceder a través del sistema a los expedientes de las demás pacientes de sus colegas.

—Pero eso solo son conjeturas, algo demasiado débil.

—También es alguien a quien ella abriría la puerta de su casa para dejarle pasar. Si estás embarazada y tu ginecólogo llama a la puerta con alguna excusa tipo «he visto algo raro en tus análisis, ¿podemos hablar?», ella solo se preocuparía de conocer ese problema y lo dejaría entrar en casa, se fiaría ciegamente de él.

—Y yo también me fío mucho de tu instinto. Está bien, manda un mensaje a Fran. Cuando termine su tarea de investigación, que salga con su coche personal y vigile a este tipo, que no se separe de él en todo el día.

—Perfecto, lo llamo ahora.

—Y vuelve a la sala para preguntarle por su coartada de las últimas dos noches. ¿Quieres que te acompañe?

—No será necesario, puedo manejarlo sin problema —respondió Cristina con un guiño de ojos.

Marcos miró su reloj, eran las diez de la mañana. Llevaba allí casi cuatro horas y era el momento de medicarse, pero no había cogido una pastilla en casa, así que llamó la atención de una enfermera que cruzaba por el pasillo y le preguntó por la posibilidad de que le trajesen Paracetamol de un gramo y un vaso de agua; «ahora mismo se lo traigo», respondió con amabilidad la chica. Cinco minutos más tarde hablaba con la forense por teléfono.

Aunque su compañero Ramón, y sustituto durante sus vacaciones o bajas médicas, guardaba con llave su tesoro más

preciado, Maite sabía abrir y cerrar la puerta del armario con una simple horquilla del pelo; algo que le había enseñado su padre, cerrajero durante toda su vida, cuando ella no tenía más de cuatro años y se divertían abriendo candados en el pequeño taller que tenía en casa. En el armario había una preciosa y enorme cafetera que no costaría menos de dos mil euros, además de café de calidad envasado en papel y una docena de pequeños botes de crema de leche. Ya había recurrido a aquella maravilla algunas veces en el pasado y Ramón no parecía haberlo notado, así que una vez más sustituiría el brebaje de la máquina de la sala de espera por un delicioso capuchino de primera calidad.

Con la humeante taza en la mano, se dirigió a la sala de autopsias, allí había cuatro cuerpos sobre mesas metálicas. La temperatura era de casi cero grados, pero ya estaba acostumbrada a pasar frío. Encendió la luz de la mesa tres y se acercó para retirar la sábana sobre el cadáver. Contempló el vacío y soledad a su alrededor y volvió a pensar, como otras veces antes, en las películas americanas, cuando se hace una autopsia rodeados de policías, el fiscal e incluso el juez de instrucción. Sonrió al imaginar que todos esos tuvieran que levantarse temprano y conducir con ese temporal de perros para asistir a algo que haría vomitar al noventa y nueve por ciento de la población.

Comprobó la batería de la grabadora que colgaba sobre la mesa y extrajo sangre al cadáver, luego sacaría orina de la vejiga, líquido gástrico del estómago y bilis del hígado para su análisis. Como siempre, tomaría dos muestras de cada por si hubiera un peritaje de comprobación posterior ordenado por un juez. Dio un sorbo largo al café y emitió un exagerado gesto de éxtasis por su sabor delicioso. Dejó la taza de nuevo en una esquina de la mesa de instrumental y tomó el bisturí para abrir el tórax y acceder a pulmones y corazón, además de hacer cortes en muslos, brazos y espalda, bajo los omóplatos, en busca de hematomas. Extrajo el corazón y los pulmones para enviarlos al instituto de anatomopatología. Todos los órganos serían diseccionados y analizados por un especialista, incluso los que el asesino ya había extraído en su enfermiza tortura. Pasó a la zona del útero, estaba abierto por un corte transversal chapucero como el que haría un matarife de una carnicería, dentro

se encontraba un embrión que examinaría en una media hora. Y acercó la cara a la grabadora:

—Almudena Díaz Martín, treinta y un años. Fallecida, a la espera de resultados de análisis, como consecuencia de los cortes en su abdomen, provocando que se desangrase mientras le iban siendo extraídos los intestinos, el estómago y la vesícula biliar. No presenta golpes ni contusiones. Día diecinueve de diciembre de dos mil dieciocho, a las seis horas y doce minutos de la mañana. Fin del examen pericial.

Una vez certificado el motivo de la muerte, usó luz ultravioleta para buscar restos biológicos, fluidos y huellas. El resultado fue negativo. Por último, usó luminol, un producto químico que permite descubrir un rastro por muy débil que sea. Si el asesino se ensañó con la víctima, pudo escupir sin querer o sudar sobre el cuerpo. Ese ADN sería fundamental en la investigación.

No logró encontrar nada, pero aún tendría mucho papeleo por hacer después de coser el cuerpo y analizar el ADN del embrión para compararlo con el de las dos víctimas. Al terminar llamaría al inspector Navarro para darle los resultados. Mientras cerraba el tórax y abdomen, observó el rostro desfigurado de la chica. «El que ha hecho esto debe ser un demente».

Antes de tomar una muestra de tejido, trajo una gran lupa con un círculo de luz extra incorporado y colocó debajo el embrión para examinarlo al detalle. Entonces exclamó un grito ahogado y se quitó los guantes de látex a toda prisa para llamar a Marcos.

—¿En serio? ¿Le ha atravesado la cabeza? ¿Qué sentido tendría hacer algo así? ¿Una especie de ejecución? —preguntaba el inspector.

—No tengo ni idea, cualquier cosa que haga ese loco se escapa a la razón.

—Sin duda. ¿Tienes algo más?

—Nada, voy a enviar las muestras a analizar con la máxima urgencia, pero intuyo que poco más vamos a descubrir.

—Te debo una cena cuando esto termine.

—No me debes nada; y cuida ese catarro, si sigues tosiendo y estornudando así, pronto te tendré por mi oficina.

—¡Joder, qué bestia eres! Descuida, trataré de no morir de una gripe.

Marcos colgó y el silencio volvió a la vida de Maite, no había nada más maravilloso y relajante en el mundo que la calma que se respiraba en su oficina. Ni siquiera estar en casa con su marido y los niños le proporcionaba una sensación de paz comparable a la que disfrutaba algunas madrugadas a solas en la morgue; claro que eso nunca lo confesaría a nadie para que no la tomaran por loca. Volvió la cara hacia el cadáver y emitió una mueca de desagrado, la chica tenía seis años menos que ella y había terminado su corta vida de la forma más horrible que se podría imaginar. Ni siquiera había llegado a disfrutar unas horas de la maternidad que seguro estaba viviendo con ilusión.

Entonces Maite tuvo el deseo y necesidad de abrazar a sus hijos. Dio un último sorbo al café, ya estaba frío. Ella se sentía igual, fría y sin saber qué pasaba por la cabeza de semejante monstruo. Antes nunca había pensado en ello. Mientras se ponía el abrigo para dar un paseo por la zona y estirar las piernas fumando un cigarro, volvió a pensar que algo tan salvaje no podía provenir más que de un demonio.

Sentía arder sus ojos. Casi no había dormido esa noche y llevaba desde las cinco de la mañana buscando datos en la pantalla del ordenador. Cotejar las relaciones posibles entre las dos víctimas era complejo, pero ahora tenían a dos docenas de sanitarios, entre doctores y enfermeros, como variables que se incluían en la ya de por sí compleja ecuación. Nuria Carvallo tomaba el quinto café de la mañana y suspiraba al comprobar que solo eran las doce, aún quedaban dos horas para ir a almorzar. Se moría de hambre pero no sucumbiría ante los paquetes de patatas y otras guarradas de la máquina de la sala de espera. Bastante tenía en casa con bandejas de polvorones, turrón y mantecados que le había comprado su madre, como para poner aún más peso, que tendría que quitarse luego de forma acelerada antes del verano.

«¿Por qué el verano empieza en esta ciudad en Marzo? ¡Maldita sea!», pensó. Nuria no tenía sobrepeso, pero con un pecho tan grande y un cabello tan voluminoso parecía mucho más ancha, y eso le creaba un complejo que nadie en su entorno comprendía, mucho menos los chicos.

Cristina aún no había regresado de hacer entrevistas en el hospital, Fran tampoco había llegado, y de los que no estaban de baja por vacaciones de Navidad, solo Alberto la estaba ayudando. Claro que apostaba a que estaría viendo vídeos de Youtube o jugando a las cartas online en lugar de avanzar en la investigación. Alberto no se relacionaba con casi nadie, iba a lo suyo. Con cuarenta y cuatro años ya daba la vida por perdida, en lo sentimental con un divorcio y en lo laboral con hacer lo estrictamente necesario y cobrar a fin de mes, seguro que ya había echado cuentas para saber cuándo podría prejubilarse. Nuria lo detestaba; ni siquiera la había mirado a los ojos jamás, ni cuando habían patrullado juntos. Para él no era más que dos grandes tetas bajo un uniforme que solo deberían vestir los hombres.

Volvió a mirar el reloj, apuró de un largo sorbo el café y decidió centrarse en su tarea. Había impreso la ficha de cada víctima y de todos los sanitarios; sobre el papel había marcado con rotuladores de colores las posibles relaciones de los médicos y enfermeros con las dos mujeres asesinadas, entonces cayó en la cuenta de algo que la impactó: usaban como clave de acceso al sistema central del hospital su apellido con la inicial de su nombre de pila en mayúscula delante. Lo que quería decir que todo el personal del centro podía acceder desde cualquier terminal y con la clave que quisieran al registro de fichas médicas con solo saber el nombre y primer apellido de cada compañero. Cualquiera de ellos, quizás incluso celadores, personal de limpieza o vigilantes, podrían conocer al detalle los datos médicos y personales de cada paciente que pasaba por allí. Menudo caos de organización.

Si el asesino era varón, podía descartar a casi el sesenta por ciento de los sujetos. Luego eliminaría a los hombres demasiado mayores y a los de complexión pequeña o débil. Los de la científica y la forense habían hablado de huellas de zapatos de un cuarenta y cuatro en las escenas de los crímenes, y no había una sola prueba

que confirmase la presencia de una segunda persona. Claro que podría tratarse de un asesino ajeno al hospital, alguien que recibiese información de un médico o enfermero, o quizás alguien que hubiera pirateado el sistema para poder entrar en la base de datos a su antojo con la clave de cualquier médico y elegir a sus víctimas.

Cristina le había pedido que diese prioridad al doctor Manuel Ramírez, un tipo que ya tenía un semblante arisco y difícil en la foto de su ficha de hospital. Tras lo comentado por su compañera y la imagen que se hacía de él por su foto, le caía mal sin conocerlo siquiera, y eso no es profesional, se dijo.

Cristina, cuando la entrevista con el doctor había terminado, se volvió para preguntarle por su coartada las dos noches anteriores; el ginecólogo, aunque reacio a contestar sin saber si sería más seguro hacerlo ante un abogado, acabó por responder que la noche del lunes al martes estuvo cenando en casa con su mujer y la del martes al miércoles fueron a un restaurante del centro.

La tarea de su compañero Alberto era llamar al restaurante, enviar una fotografía para que confirmasen la coartada, y si no lo reconocía el encargado del local ni los camareros por la foto, que dicho encargado enviase una copia de las cámaras de seguridad de esa noche. El doctor dijo haber pagado en efectivo, así que no había registro de tarjeta de crédito para rastrear.

—Alberto. ¡Alberto!

El policía dio un brinco y la miró con mala cara.

—¿Qué quieres?

—La coartada del médico, ¿la comprobaste?

—Sí, está correcta, estuvo en el restaurante.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—No me agobies, bastante jodido es tener que trabajar durante tantas horas.

Nuria no quería discutir con él, era como tratar de derribar un muro de ladrillos a cabezazos.

—Pásame el correo electrónico o mensaje de teléfono con la confirmación, lo que tengas para adjuntarlo al expediente.

—¿Qué pasa, no te fías de mí?

—Claro que me fío —mintió—, pero hay que adjuntar las pruebas al expediente, ¿lo hago yo o prefieres hacerlo tú?

Un gruñido por respuesta dio fin a la conversación.

«Con policías como este no se puede trabajar. El cuerpo debería evaluar más a menudo a sus activos para despedir a aquellos que ya no son útiles como funcionarios. Si yo fuese comisaria o fiscal...».

Todo el día estuvo nublado o lloviendo, y trabajar sin luz natural cuando uno está acostumbrado al clima de Andalucía era una tortura. El reloj marcaba las siete de la tarde y todo el equipo se encontraba ya en los despachos. Marcos, David, Cristina y ella se habían repartido las declaraciones de los sanitarios y trataban de encontrar el destello que iluminase su camino. Quedaban pocas horas para la noche. El asesino mató a Virginia López entre las doce y la una; y a Almudena Díaz entre las once y las doce. Debían darse prisa.

A las ocho cenaron algo rápido que el comisario pidió a un restaurante cercano. Se reunieron en la cocina para comer y tratar de ordenar ideas, suposiciones y tener algo claro. Solo el ginecólogo parecía encajar con el asesino, así que Marcos confirmó a Cristina la tarea de Fran a partir de ese mismo instante, no podría separarse de él tampoco durante la noche.

Las listas de los registros no daban ningún dato concluyente. No había resguardos de deudas de las víctimas, no encontraron notas de amenazas, sus ordenadores portátiles y teléfonos móviles estaban llenos de mensajes y llamadas a familiares y compañeros de trabajo, pero ninguno coincidente entre las dos víctimas. Incluso la propaganda de los restaurantes con comida para llevar de sus buzones era diferente. Dos personas totalmente diferentes y sin nexo alguno en común, pero asesinadas por la misma persona, eso descartaba la posibilidad de que hubiesen sido atacadas por sus parejas o alguien de sus entornos cercanos.

A las nueve la cabeza ya no les respondía, el café no surtía su efecto y, aparte de esperar y tener suerte con la suposición del médico, no podían hacer gran cosa con los datos de que disponían. Acababan de terminar de visualizar las entrevistas grabadas a los familiares y amigos directos, las había realizado un grupo de seis

agentes bajo la supervisión de David Sobrá. Marcos no confiaba lo más mínimo en encontrar una pista por esa vía, y por ese motivo cedió la labor a su compañero. Los asesinos en serie, que matan mediante un ritual y a chicas sin aparente conexión entre ellas, nunca suelen ser del entorno de una o varias; de hecho, no tenía constancia en la base de datos de que hubiera sucedido antes. Quizá las entrevistas dieran con algún dato interesante, como que alguna de las chicas tuviese un acosador, o alguien que la hubiese molestado en los últimos días, que alguna víctima hubiera dicho días antes que se sentía vigilada o que alguien la seguía. Pero tampoco hubo suerte por ese camino.

Las nueve y media y el equipo comenzó a sortear los turnos para dormir lo menos posible y seguir con el caso de forma constante.

—**B**uenas tardes, inspector.

—Hasta que te he visto, no podía creer que fuese verdad que estabas en la ciudad.

—Siempre me llamó la atención la navegación, sobre todo por el momento a solas, por la meditación interior rodeado de la inmensidad del mar y sumido en el mecer de las olas. Una pena que no tengamos costa en Sevilla... No iba a tardar mucho en comprar un velero para escaparme cuando tuviese la oportunidad.

—La gente suele escaparse en verano, se disfruta más de esas sensaciones cuando el clima acompaña —dijo Marcos desde debajo de su paraguas, castigado en ese momento por la lluvia.

—Pero en verano no se está tan solo y en paz como uno quisiera. En una ciudad costera, el verano es lo más alejado a un momento zen que nadie pudiera imaginar.

—Ahí te doy la razón, conozco las playas de la zona.

El recién ascendido a capitán de policía, Pablo Aguilar, saltó al embarcadero y allí se fundió en un fuerte abrazo con su antiguo amigo y colega en la Central-1 de Sevilla. Marcos Navarro fue de los pocos que siguieron apoyándole cuando el caso de El Fantasma supuso su declive profesional. Pablo echó mucho de menos al entonces subinspector después de que este decidiera pedir el

traslado a su Huelva natal. Desde entonces solo se habían comunicado cuando el onubense le había pedido consejo en un par de casos complejos con los que tuvo que lidiar.

—Bonito barco —añadía Marcos intentando parecer jovial, pero su semblante de preocupación no pasaba desapercibido para su colega y amigo.

—Es un velero de doce metros, algo discreto, pero más que suficiente para mí solo.

—¿Solo? A estas alturas ya pensaba que habrías olvidado a la chica de Navarra. No quiero meterme en lo que no me llaman, pero va siendo hora de pasar página.

—¿Qué es lo que te preocupa? —cambió el sevillano de conversación—. Cuéntamelo junto a una cerveza, pasa al interior del barco o el catarro se convertirá en pulmonía.

—No tengo tanto tiempo, tampoco puedo beber estando de servicio y menos con esta gripe que me está destrozando.

—Bueno, creo que hay algún refresco en la nevera y medicamentos en el botiquín. —Tras regresar de un salto al barco, tendió la mano a Marcos para que este pudiera cruzar la estrecha pasarela con más seguridad. Llovía con más intensidad y entraron corriendo en el interior.

—Aún no lo ha filtrado la prensa, pero tenemos un serial mutilando y asesinando embarazadas, dos por ahora, una cada noche.

—¿Embarazadas? Joder, no imaginaba que fuese tan grave cuando lo he leído en el blog. —Pablo se mostraba realmente impresionado por la noticia.

—¿Blog? ¿De qué me hablas?

—Sofía News. Es un blog sobre noticias que...

—Ya, ya conozco ese blog. Es una chica joven que hace artículos y vídeos atacando a la clase política y empresarial; nos da bastantes quebraderos de cabeza a la Policía y Guardia Civil.

—No me negarás que la chica acierta casi siempre.

—Bueno, en lo relativo a la policía...

—Está bien, cuéntame qué necesitas de mí.

El movimiento del barco lo estaba mareando, aunque era casi imperceptible. El sonido de la lluvia sobre la madera de la cubierta

llegaba amortiguado, como un susurro lejano. Marcos se había sentado en una especie de sofá en lo que era el salón y cocina; en esa estancia, que sería la más utilizada por su amigo, hacía el mismo frío que fuera y olía a comida y ropa usada. Con el temporal no habría podido abrir a menudo las pequeñas ventanas para ventilar.

—No te pediré que te unas al caso, sé que te mereces estas vacaciones más que nadie; pero me vendría bien una charla contigo, recibir algún consejo. Cuando me dijiste que estabas aquí, justo a un paseo de mi comisaría, no pude desperdiciar la oportunidad de preguntarte en persona y así darte un abrazo.

—Pues aquí me tienes para lo que necesites, sin compromiso alguno. —Pablo se había servido una cerveza, Marcos rechazó el refresco que le ofreció y ahora estaban sentados frente a frente.

—Es un tema peliagudo. El asesino hace escritos en las paredes, una puesta en escena que no imaginas, usa la sangre de las víctimas y escribe sobre el castigo de Dios al rey Nabucodonosor. Castiga la soberbia.

—¿Soberbia en una embarazada?

—Esa misma duda tenemos nosotros, no hemos logrado conectar aún con lo que quiere decirnos con los escritos. Por eso necesito una mente abierta como la tuya, sin contaminar de datos o cansada por horas de trabajo.

—Está bien, te entiendo. Entonces, yo te recomendaría que no las definieras como embarazadas.

—¿Cómo dices? No te comprendo.

—Digo que si las castiga por soberbia es que no las ve como embarazadas. Él ve otra cosa en ellas.

—Pero no aprecio nada en común entre las dos que han aparecido por el momento.

—Eso no quiere decir que no exista una conexión.

—Pues hemos buscado entre su entorno, familia, médicos, barrio, afinidades, todo lo que te puedas imaginar, pero no logramos encontrar un nexo de unión, salvo estar embarazadas y tratarse en el mismo hospital.

—Eso está bien para localizar al asesino, es más que posible que haya salido de allí, pero no para descubrir lo que tienen en

común las víctimas. Sigues sin comprender que las barreras solo te frenan a ti.

—¿Barreras?

—Has creado una barrera alrededor de cada víctima y luego has mirado lo que quedaba fuera de ellas: su entorno social, familiar, profesional, cotidiano... Y olvidas que la conexión puede venir desde el otro lado, desde dentro de esa barrera. Desde dentro de ellas.

—¿Y cómo podría el asesino llegar a un punto tan íntimo como para relacionar mujeres por algo personal?

—Eso te tocará descubrirlo a ti. Esa intimidad estará a la vista, pero solo de aquellos que sepan mirar con los ojos adecuados.

—Los ojos del asesino.

—Exacto.

—Me da la sensación de que te dispersas cada vez más, estos galimatías no tienen sentido.

—Quizás aún no, pero tú serás capaz de descifrarlos a tiempo, estoy seguro de ello.

Pablo tomó un sorbo de su cerveza mientras perdía la mirada más allá de un ojo de buey del barco, en las últimas luces del ocaso sobre el horizonte de marismas de la ría de Huelva. Aún se veían algunas nubes con reflejos azulados y violetas en la distancia. Marcos le miraba sin saber si tenía ante sí a un genio o un demente. Salieron fuera para despedirse cuando un enorme velero cruzó ante ellos por el puerto, en dirección al océano, y distrajo la atención del inspector.

—¿Lo conoces?

—¿Cómo dices? —preguntó Pablo Aguilar.

—A aquel chico que parece haber sonreído al mirarnos. ¿Es amigo tuyo?

Pablo se giró y entornó la mirada, el grande y moderno velero se perdía ya hacia el este.

—No conozco a nadie en este puerto, llevo dos meses con el barco aquí y solo he venido unos diez días a navegar.

—Te garantizo que le he visto sonreír al mirarnos.

—¿Cómo se llama el barco? No lo veo bien sin las gafas.

—Deseos.

—No me suena.

Tras despedirse cordialmente, Marcos caminó de regreso a la comisaría con una información que su mente cansada y enferma no era capaz de asimilar. Necesitaba dormir e incubar una fiebre que sentía manar de su pecho y frente. Miró su reloj, marcaba las diez y cuarto de la noche.

Las diez y cuarto de la noche marcaba el reloj interno del coche cuando los cristales se estaban empañando por enésima vez; unido a la intensa lluvia que repiqueteaba en el metal del techo y creaba una cortina de agua en el parabrisas, la vigilancia nocturna no podía haber empezado peor. El doctor Manuel Ramírez había entrado en su edificio y el oficial de policía Fran Pedraza se había asegurado de que no había otra salida, no tenía garaje ni puerta trasera o de servicio. La única forma de salir era la puerta a la que no quitaba ojo. No necesitó que Cristina le sugiriese que podría salir disfrazado, no era idiota; una cosa es que ella fuese mejor policía y otra diferente que él fuera tan tonto como para dejar salir a un tipo enorme solo porque se pusiera peluca, barba o se sentase en una silla de ruedas. Examinaría al detalle con los prismáticos a cada persona que cruzase la puerta.

Se estaba quedando sin provisiones; las patatas fritas se habían agotado, las galletas de chocolate estaban a punto y cuatro gominolas era el balance de una gran bolsa comprada tres horas antes. Tanto picoteo le daba sed y ya se había terminado una botella de agua de litro y medio, si las ganas de orinar persistían, usaría la botella vacía para no abandonar su puesto, era lo más frecuente del mundo en las vigilancias largas. Cristina y otras chicas lo pasaban peor por no poder usar la botella cuando tampoco había bares y cafeterías cerca. Aquello nunca salía en las películas, no quedaba bonito para el protagonista.

El teléfono móvil sonó, lo descolgó en la pantalla digital del salpicadero y la voz de Marcos sonó por los altavoces del coche. Tuvo que apresurarse en bajar el volumen para que no se oyera desde la calle antes de responder.

—Solo tres chicas muy jóvenes han salido del edificio, además de una anciana a pasear el perro.

—¿Aseguraste el perímetro?

—Ya te dije hace una hora que sí, salvo que salga de casa por el otro lado del edificio y con una cuerda de escalada, no podrá hacerlo sin que yo lo viese.

—A esta hora ya debería estar marcando a su víctima, obviando que haya decidido parar tras nuestra entrevista de esta mañana. Es posible que esté asustado y no esperase ser descubierto tan pronto.

—¿Hasta qué hora quieres que me quede vigilando?

—Hasta la una, por ahora; ya te daré un aviso si hay alguna novedad o cambio de planes. Y llámame en cuanto veas movimiento.

—Eso está hecho.

Había hablado todo el rato sin separar los prismáticos de sus ojos. Tras colgar, lo hizo un solo segundo para llamar a Cristina.

—¿Cómo está mi princesa? —dijo en cuanto descolgaron desde el otro lado.

—Un poco cansada, pero trataré de dormir un par de horas.

—Hablaba de mi princesita Eva.

—Ya lo sé, tonto. La niña está dormida, se ha terminado un biberón entero y ahora está en su cuna. Le daré un beso de tu parte. ¿Cómo estás tú?

—A punto de mear en una botella. Ya no recordaba lo que se siente.

—Qué romántico. Intenta no salpicar la tapicería ni el volante.

—Ja, ja, ja. Tendré cuidado, te lo prometo. Aunque no puedo quitar ojo a la puerta del edificio, así que será divertido.

—Deberías grabarte con el móvil, con un ojo en los prismáticos y otro mirando la boca de la botella para atinar.

—Si llevara el uniforme tendría más visitas en Youtube.

—No lo dudes. Y seguro que olvidaste comprar una botella de Acuario.

—Las mejores por su boca más grande, lo sé. La verdad es que no, tengo una de agua mineral.

—Pues suerte, pistolero.

—Gracias, te llamo más tarde. Un beso.

—Otro para ti.

Movimiento. La luz del portal se encendió y segundos más tarde salió un hombre de mediana edad, grueso y de un metro sesenta de estatura. El momento perfecto para usar la botella.

La conversación con Cristina le recordó que el último caso en que tuvo que hacer vigilancia fue junto a ella. Montaron el operativo en la casa de un amable anciano en el pueblo de Riotinto. Todo el día observando la puerta principal de la iglesia. Allí tenían un cómodo cuarto de baño. Nunca olvidaría aquel caso, fue cuando Cristina le dijo que esperaban un bebé.

Quitó el tapón a la botella y la sujetó entre las rodillas, bajó la cremallera del pantalón y trató de ponerse de pie dentro del coche, tarea imposible con su altura, pero era necesario para completar la operación. En ningún momento apartó la mirada de los prismáticos y solo tuvo que lamentar una gota en su mano derecha, que limpió con un pañuelo de papel en el acto. Cerró la botella y suspiró. Aquella sería una noche muy larga.

¿Dónde había puesto las cuatro gominolas?

Sería increíble saber dónde atacaría de nuevo el asesino. Su única certeza es que lo haría esa misma noche. Miró el reloj en la pantalla del ordenador portátil. «Quizás lo esté haciendo en estos momentos, estará mutilando hasta la muerte a alguna pobre infeliz», pensó Sofía Vidal. Lo único que podía hacer ella era seguir sus pasos, recorrer los lugares por donde ya había pasado la policía y tratar de averiguar datos interesantes, además de convencer a algún vecino para que hablase a la cámara.

La noche anterior logró un buen material: entrevistas a tres testigos, grabó el edificio, el dispositivo policial y la ambulancia, la retirada del cuerpo, la puerta de la vivienda. Haber entrado en ella hubiera sido lo máximo, pero eso ya lo lograría en otro momento. El montaje del video le llevó más tiempo de la cuenta, por la cantidad de metraje y porque quiso dar un paso más en la calidad; para ello buscó música y efectos de sonido nuevos en internet.

Se sentía especialmente orgullosa con el resultado, y había merecido la pena el esfuerzo. Lo había subido al blog una hora antes y ya tenía quince mil visitas, y subiendo, cada minuto tenía más entradas que el anterior. Las redes sociales debían de estar ardiendo con miles de personas compartiendo y comentando la noticia.

Lo único negativo de la noche, además del frío que pasó en la moto, acabó empapada a pesar del mono impermeable de cuero, fue la rotura de la cámara de vídeo. Sellada contra salpicaduras y lluvia, decía el folleto. Antes de regresar a casa, se pasó por el Mediamarkt y compró una cámara sumergible para submarinismo, esperaba que la calidad fuese pareja a la anterior.

«Seiscientos euros en sobornos a vecinos y un policía, más cuatrocientos de la cámara nueva... El aumento de visitas me dará más ingresos este mes, pero no puedo seguir gastando a este ritmo, salvo que considere que merece la pena de cara al futuro».

A pesar de ese pensamiento, estaría dispuesta a vender su propio ordenador si con ello lograrse su objetivo, y la noticia era tan sabrosa como para conseguirlo. No podía creer que se tratase de un asesino en serie, ni que fuese tan frenético como para matar a una persona cada noche.

Cuando la noche anterior, mientras regresaba del primer escenario, oyó las sirenas de la policía y ambulancias, tuvo el impulso acertado de salir en su persecución y encontrarse con el nuevo homicidio. «La suerte de los triunfadores. Claro que es mucho mejor ser precavida». A falta de comprar un sistema electrónico que le permitiese seguir la emisora de la policía mientras iba en moto por la ciudad, pagó cincuenta euros a Dani, un vecino adolescente, para que estuviese desde las diez y media de la noche hasta las cuatro de la madrugada pendiente de su receptor y le mandase un mensaje al móvil con la dirección del nuevo homicidio.

Aún era muy temprano, aprovecharía esas horas para investigar en la vivienda del último asesinato. Apuró el café, dejó unas monedas sobre el plato y cerró el portátil. Metió este en la mochila y comprobó el teléfono móvil. Nada. Más le valía a Dani no quedarse dormido.

Fuera seguía lloviendo, aquello le costaría un catarro. Se puso el casco antes de salir a la calle y montarse en la moto, que seguía aparcada sobre la acera y en la misma puerta de la cafetería. Adoraba su moto, la compró para tener una rápida movilidad, no sufrir atascos y poder aparcarla en cualquier sitio, pero había conectado con ella con tanta fuerza como lo hacía con su trabajo. La pequeña pero potente Honda CB125R de color negro salió derrapando hacia el centro de la ciudad.

La fachada del edificio mostraba un aspecto muy diferente al de la noche anterior, tenuemente iluminada por una lejana farola y bajo un silencio sepulcral. Ya no había policías, sanitarios, vecinos curiosos, forenses, luces parpadeantes ni la mezcla de murmullos; pero la lluvia seguía allí, densa y fría, testigo mudo de lo sucedido. Se acercó al telefonillo sintiendo un respeto por el lugar que jamás antes había percibido.

—Soy yo, quedamos ayer, ¿lo recuerdas?

—Sube.

La puerta del 4º-A estaba entreabierta. Sofía había subido por las escaleras sin hacer ruido ni encender la luz. Pasó al interior de la vivienda, donde el chico la estaba esperando, vestido con un pijama azul y una bata marrón. La casa tenía una decoración aún más desfasada que la de los padres de ella. Ella no emitió juicio alguno, ni saludo, tenía prisa.

—No te habrá visto nadie, ¿verdad? —preguntó él.

—No.

—¿Estás segura?

—No me jodas, ¿tienes la llave?

—¿Y el dinero?

—Aquí tienes.

—¿Solo doscientos?

—Es lo que acordamos ayer.

—Seguro que algún canal de televisión me pagaría más.

—Pero ellos, si les pilla la policía, te delatarían al instante por allanamiento.

—¿Allanamiento? Yo no voy a entrar.

—Pero si das la llave sin permiso del propietario, eres cómplice. ¡Y déjate de polladas. Teníamos un trato! —Había levantado la voz.

La puerta de la calle seguía abierta.

—Por favor, no hables tan alto, podrían oírnos mis vecinos.

—Pues dame la puta llave ya.

Salió de la vivienda y rompió sin miramientos el precinto policial de la puerta de enfrente: 4º-C. Llevaba aún puestos los guantes de la moto. Abrió la puerta y entró despacio, cerró a sus espaldas y sacó una pequeña linterna de la mochila. Con el débil haz de luz se orientó en su paseo. Nunca había entrado en una casa sin permiso, esperaba encontrarse un hogar parecido al suyo, al de cualquiera; así que se asustó al comprender que aquello era muy diferente. Hacía un frío mayor incluso que en el rellano de la escalera, como si la muerte aún siguiese agazapada tras algún mueble. El hedor a sangre, vómito y heces persistía desde el día anterior y estuvo a punto de vomitar. Deseaba marcharse lo antes posible, pero aún le quedaba mucho por hacer.

—El que quiere peces, debe mojarse el culo —se dijo

Arriesgó encendiendo las luces de la casa en las estancias que grabó con la cámara de video, primero la cocina, luego el salón, el baño y por último el dormitorio donde se había cometido el asesinato. Aún no lo habían limpiado. Tuvo que hacer seis tomas para lograr una en la que no tosiera o hiciese otros gestos por las nauseas del olor y aspecto de lo que tenía a su alrededor. También le vino bien repetir tanto para lograr una conexión mayor con la estancia y lo sucedido; en la Universidad había aprendido que cada nueva toma elimina rigidez y distancia entre el periodista y la noticia que narra.

Claro que en la Universidad no la habían preparado para enfrentarse a lo que veía, olía... sentía a su alrededor. Si hubiese imaginado que la escena del crimen tendría ese aspecto, quizá no se hubiera atrevido a entrar. Tras terminar, salió corriendo y arrojó la llave al suelo sin molestarse en llamar al vecino para devolverla. Los sonidos lejanos y las corrientes de aire helado, como soplos humanos, que había sentido en su cuello no los podría olvidar jamás.

Debería medicarse el catarro o acabaría teniendo un disgusto, se lo había dicho su médico, también su madre y todos sus compañeros del trabajo. Era una imprudencia seguir saliendo de casa cada mañana y pasar todo el día trabajando en la caja del supermercado con la corriente de aire frío y húmedo que entraba desde la puerta. Todos le decían que acabaría lamentándolo, pero ¿qué iba a hacer? Los jefes la pondrían en la calle si se cogía una baja por enfermedad por un simple resfriado y justo unos meses antes de solicitar otra baja mucho más duradera. Con la crisis en su peor momento, no podía jugarse su sueldo en el momento más importante y que más lo necesitaba de su vida.

—¡Gema, tu parada! —gritó Miguel Ruiz, el conductor del autobús. La conocía por vivir cerca de ella.

—Otra vez he olvidado pulsar el botón. Perdona.

—Nada, para eso estamos —respondió él con una sonrisa. Luego le deseó buenas noches y que tuviera cuidado con la lluvia.

Gema abrió el paraguas a la vez que bajaba del autobús en la tercera parada que este hacía por la avenida de la Cinta, desde allí caminaría bajo el aguacero hasta su piso de la calle Artesanos. Esperaba no pisar ningún charco ni que una ráfaga de viento rompiera su pequeño y escuálido paraguas. Tenía tanto frío que no sentía los pies ni las rodillas, tosía y estornudaba cada cuatro pasos; solo pensaba en llegar a casa, desnudarse y tomar una ducha caliente. Dios bendiga a quien inventó el calentador de agua. Se pondría el pijama, calcetines gruesos y una bata, y cenaría sentada en el sofá del salón con una manta enorme encima. Quizá no llegara a acostarse en la cama, el sofá era tan cómodo... Seguro que en algún canal de la televisión habría una película que poner de fondo, con el volumen al mínimo, y quedarse dormida hasta la mañana siguiente.

Fidel tenía turno de tarde esa semana en la fábrica, así que tendría toda la casa para ella, en silencio. Comería algo de pavo, queso fresco y membrillo, tal vez una tortilla francesa, y con eso bastaría para matar el hambre. Necesitaba medicación para el resfriado, no la tomaría con el estómago vacío. ¡Dios, mataría por un cigarro! Y eso que no podría saborearlo con la nariz congestionada

y la garganta inflamada, pero llevaba una semana sin fumar y echaba de menos la sensación del cigarro en la boca como nunca antes habría podido imaginar.

Entró en el portal y sacudió el paraguas para cerrarlo, luego subió por las escaleras hasta la segunda planta, allí abrió la puerta de su casa y recibió la bocanada de aire caliente de los radiadores. ¿Podría pagar la factura de la luz y el alquiler si no tuviera el trabajo en el supermercado? El sueldo en la fábrica de Fidel no era gran cosa, y no sabía si le renovarían el contrato ese mes. «¡Qué coño! Mientras haya dinero, lo usaremos para vivir decentemente», pensó. Y dio una patada a la puerta para cerrarla, pero la puerta no se cerró.

JUEVES

Sigo avanzando por el sendero fijado. El castigo a los soberbios es imparabile a estas alturas. La policía no podrá más que ir recogiendo los desechos que los cuerpos de las pecadoras dejan en su rastro de ignominia.

Esperé durante media hora a que llegara, ya estaba congelado bajo el paraguas, empapado también hasta las rodillas. Ella parecía mover los labios como si pensase en voz alta, ni siquiera me vio mientras abría la puerta del edificio. Dejé mi paraguas apoyado en la fachada, ella sacudió el suyo y entró; yo lo hice a su espalda. Seguí sus pasos despacio y en silencio, dejando un tramo de escalera entre ambos. Que no apareciese ningún vecino no fue producto de la suerte, sino de tu ayuda. Gracias mi Señor, te percibo a mi lado constantemente.

Puse el pie en el último momento en el quicio de la puerta para impedir que se cerrase. Cuando se giró, yo ya estaba a un metro de ella. Esta vez fue aún más fácil reducirla, no pesaría ni cuarenta kilos. La llevé a su dormitorio y preparé el lienzo para comenzar la obra.

¿Viste el hogar al que pretendía traer a una criatura? Aquello era una pocilga maloliente y cubierta de desperdicios. No cuestiono tus decisiones, pero el libre albedrío no ha funcionado igual para todos tus siervos; cada vez hay más inmundicia en el corazón de los hombres. Un castigo ejemplar sería lo más oportuno para el mundo, una lluvia de fuego y azufre, el envío de tus arcángeles de nuevo, un diluvio como el que ahora azota la ciudad, pero interminable y purificador. Blandiré la espada en tu nombre con orgullo, aunque dudo que sea suficiente mi presencia para corregir a tantos descarriados.

La chica estuvo a punto de sufrir un ataque al corazón cuando despertó y se vio atada a la cama, contemplándome desnudo ante

ella. Quiso chillar. Esta vez no pensé en apresurarme, es arriesgado y no se lleva a cabo el ritual con la misma eficacia. No, esta vez no hubo prisas. Llevaba unas tenazas, que he usado para sacar su lengua y cortarla con el bisturí, luego he sellado su boca con cinta americana para que se fuera ahogando en su propia sangre sucia.

Ni siquiera ha podido ver cómo sacaba sus vísceras y las colocaba ceremoniosamente sobre la cama, a su lado. Había dejado de convulsionarse, de gemir y de respirar justo antes de ello. Eso me ha servido también para hacer el cambio del engendrado con más calma y precisión.

He de pedir perdón, Altísimo, ya que he sucumbido de nuevo al deseo y, mientras me limpiaba en la ducha la sangre contaminada del sacrificio, no he podido evitar masturbarme pensando en el dolor que ha experimentado la oveja descarriada al recuperar el camino del rebaño. Sé que soy indigno de Ti y de tu reino, mas espero reconducirme y hacer que algún día te sientas orgulloso de tu siervo.

Orgulloso.

20 de diciembre

Las vacaciones se acababan de terminar tras una simple llamada de teléfono del fiscal. No quedaba un solo policía de permiso en la ciudad. Eran necesarios todos los efectivos para seguir a sospechosos y para patrullar de noche a la espera de otro aviso de alteración por ruidos o similar. Ya habían atendido catorce en las últimas dos horas pero ninguno de ellos resultó ser un cruel homicidio, solo gente divirtiéndose en las típicas cenas de Navidad que muchos organizaban en sus casas para estar con los amigos sin tener que salir a los bares bajo el diluvio que estaba cayendo.

Guillermo había solicitado sus vacaciones con mucha antelación para asegurarse de que este año, por fin y tras tres intentos, tendría días para estar con sus amigos y su novia durante las fiestas. Pero todo se había ido a la mierda porque un perturbado no encontraba mejor forma de divertirse que rajando embarazadas. Su opinión tuvo que guardársela para evitar una sanción o expediente, pero eso no quitaba que estuviera enfurecido por pasar frío dentro del coche patrulla, junto a su compañero Jorge, en lugar de divertirse en la fiesta a la que llevaba tanto tiempo queriendo asistir.

—¿Y a ti qué te pasa? —le preguntaba a Jorge—. ¿Por qué no dices nada ni te quejas? ¿Te da igual que nos hayan jodido el permiso?

—No, no me da igual. Estaba aprovechando estos días para hacer unas tareas pendientes. Pero las ordenes están para cumplirlas.

—No me jodas, pareces un militar.

—¿Cómo dices?

—Nada, que yo debería estar ahora en una cena con mi novia y mis colegas, emborrachándome y luego echando un polvo, pero reconozco que tienes razón. Este trabajo implica esta disponibilidad.

—Ya nos compensarán en un mes o dos.

—Lo sé, pero nuestro amigos trabajan, igual que nuestras novias, y no podremos hacer nada, ni viajar ni fiestas.

Guillermo sonreía con amargura. Aquello no lo explicaban en la academia, ni se lo dijo su padre tras más de treinta años de servicio, aunque debió comprenderlo por sí solo. Su compañero conducía despacio bajo la lluvia por la zona asignada, atentos a la emisora y con la música de la radio al mínimo. Al mismo tiempo, observaba como podía a través de los cristales empapados y empañados por si veía un movimiento raro de algún viandante solitario con la descripción física que tenían del sospechoso.

—¿Qué hora es?

—Las doce y media, y ya lo has preguntado cuatro veces. Aún nos queda toda la noche.

—Joder, solo llevamos hora y media... —dijo Guillermo en un hondo suspiro.

«A todas las unidades, a todas las unidades, posible homicidio en calle Artesanos, catorce. Informan de un posible homicidio en el número catorce de la calle Artesanos, vivienda segundo D de Dinamarca».

—Central, aquí patrulla dieciocho, recibido, calle Artesanos, catorce, segundo D. Estaremos allí en cinco minutos —respondió por radio Jorge.

Tras un silencio y oscuridad solo rotos por la lluvia, las luces azules y la sirena del coche patrulla inundaron la calle. Varios curiosos se asomaban tras las ventanas al paso del vehículo.

En el corto trayecto desde el coche hasta el edificio, justo frente a la entrada del polideportivo Diego Lobato, se pusieron perdidos de agua. La puerta del portal estaba abierta, la luz encendida y se oían llantos y gritos que provenían desde varias alturas. Subieron a toda prisa las escaleras hasta la segunda planta, donde casi no cabía un alfiler. Las cuatro puertas del rellano estaba abiertas, pero todos los presentes miraban la que tenía una D plateada sobre ella.

—¿Hay alguien dentro? —preguntó Guillermo.

—No, ahora no —respondió un vecino de unos sesenta años en pijama, el resto de los congregados, con el mismo atuendo, asintieron en silencio.

—Bien, quiero que todos se queden aquí mientras entro, le darán sus datos a mi compañero Jorge y le contarán si han entrado y tocado algo en la vivienda. Es importante que lo hagan, ¿entendido?

Tras el gesto afirmativo por parte de los asustados vecinos, Guillermo sacó su arma reglamentaria y entró en la vivienda. Estaba a oscuras, palpó con la mano izquierda en la pared y encontró el pulsador de la luz. Antes de seguir avanzando por el pasillo, emitió un chasquido de decepción, no debería tocar nada en la escena del crimen, menos aún los pulsadores, ¡menudo fallo! No había nadie en la cocina, ni en el baño, luego llegó a un dormitorio en el que se había desatado un infierno inimaginable, y para el que ni su padre ni la academia lo habían preparado. Corrió hacia la salida del piso y vomitó ante la atónita mirada de los que permanecían en el rellano.

Su compañero Jorge lo ayudó a incorporarse cuando ya se oía llegar al inspector subiendo las escaleras.

Aún no había apagado el motor del coche, justo tras llegar a la esquina del edificio, cuando un Volkswagen Golf negro salió a toda velocidad frente a ellos, las ruedas delanteras dejaron una estela de humo junto al incómodo chirrido de los neumáticos.

—¿Crees que...? —preguntó David Sobrá sin dejar de seguir el rastro del coche con la mirada.

—Es posible —respondió Marcos Navarro—. Déjame aquí y sal tras él. Llama a la central para planificar una encerrona y ten cuidado.

—Dame cinco minutos.

Marcos ya se había bajado del coche para subir al piso donde había aparecido la tercera víctima. David se conocía bien la zona y sabía que sería difícil que se le escapase el sospechoso en una ratonera como aquella. El conductor del Golf fue acelerando hasta llegar al final de la calle, allí tiró del freno de mano para girar a la

derecha, desapareciendo en el entramado de calles cortas y estrechas de la barriada de La Orden.

—Aquí el subinspector David Sobrá persiguiendo a un Volkswagen Golf GTI negro con un sospechoso de homicidios por la zona de La Orden, cerca de la avenida Diego de Leon. Necesito refuerzos. ¿Alguien me copia?

—Aquí central, recibido subinspector Sobrá, mandamos a todas las patrullas de la zona en apoyo.

Con las ventanillas delanteras bajadas para oír el motor del otro coche y los chirridos de los neumáticos al tomar las curvas en el silencio de la noche, David se estaba mojando, pero no le importaba, casi lo había alcanzado ya.

A pesar de la pericia que demostraba al volante y de tener un coche con más potencia y preparado para esas maniobras al límite, el conductor del Volkswagen no era capaz de despistar al policía, salvo cuando accedía a la calle principal: la avenida Diego de León, en la que podía beneficiarse de las prestaciones del coche y acelerar a fondo en la larga recta, desierta a esa hora.

Cuando entró en una rotonda para acceder a la avenida de Santa Marta, David supo que se dirigía a la autopista de circunvalación de la ciudad; allí lograría escapar ya que no contaba con apoyo aéreo y el pequeño GTI era demasiado rápido como para atraparlo con su coche particular, más difícil aún para los monovolúmenes de las patrullas. Aprovechando que no había tráfico en la calle, David entró en la rotonda en sentido contrario y a toda velocidad, encontrándose al Volkswagen frente a él cuando estaba a punto de tomar la tercera salida que conducía a la autopista. Embistió con fuerza el costado trasero y ambos vehículos perdieron el control.

El airbag no logró que David perdiese el conocimiento, aunque se sentía aturdido y contrariado al ver el frontal de su coche destrozado. El otro vehículo estuvo a punto de salirse de la carretera, pero su conductor logró estabilizarlo y enfilear la recta durante unos segundos; una rueda reventada lo hizo volcar y dar dos vueltas de campana sobre el asfalto.

David frenó a solo tres metros de distancia del Golf, que había quedado boca abajo, y salió de su coche con la pistola en las

manos. Los nervios tras el impacto y la peligrosa situación, además de la intensa lluvia, provocaban que el arma se le escurriese entre sus enormes manos. Si el conductor del otro coche aún seguía consciente e iba armado, estaba cometiendo una imprudencia al no esperar refuerzos.

«¡Joder! ¿Por qué no me acuerdo nunca de ponerme el chaleco antibalas?».

Casi le dio un infarto cuando vio salir dos sombras a través de las ventanillas. Los sospechosos trataron de huir corriendo, pero la desorientación por el golpe sufrido y los dos disparos al aire que efectuó David les hicieron cambiar de opinión.

Se dieron la vuelta con las manos en alto y David no pudo creer lo que veía.

Maldita sea, tenía que ocurrir precisamente en Navidad. Pero ¿qué hora era? Miró su reloj de pulsera mientras se vestía en la penumbra que emitía la lejana luz del cuarto de baño, así no despertaría a su mujer, que ya había gruñido dos minutos antes al oír el timbre del teléfono móvil.

—¿No te dije que apagaras ese chisme por las noches? —le había espetado de malos modos.

—Tenemos un caso muy complicado, estaba a la espera de esta llamada —respondió él mientras tanteaba a oscuras la mesita de noche para encontrar el teléfono.

—Claro. ¿No será que tienes otra amiguita?

—No digas tonterías y duérmete. Mañana me verás en todos los telediarios.

Juan Antonio Millán, fiscal provincial asignado al caso del asesino en serie, terminó de vestirse en silencio, o casi, porque la lluvia y el viento azotaban las persianas de la casa como si desearan arrancarla de sus cimientos. Entre la llamada en plena madrugada, el clima al que tendría que enfrentarse en unos minutos y las quejas de su mujer, no olvidaría aquella noche en una buena temporada. ¡Menudas Navidades!

Encendió el motor de su nuevo BMW serie siete y puso la calefacción mientras la puerta del garaje se abría despacio. Al otro lado apareció el torrente de agua iluminado por una farola cercana. Suspiró hondo antes de acelerar y partir hacia la calle de la barriada de La Orden que había anotado en el GPS del coche. Según el aparato, llegaría en veintisiete minutos al no haber tráfico, seguro que la carretera mojada y la poca visibilidad aumentarían esa cifra. Mientras se incorporaba a la carretera hizo un cálculo mental: más de media hora de ida y otro tanto de vuelta, más el tiempo que tendría que permanecer oyendo informes preliminares de forense, científica, los inspectores encargados del caso y presionar para que se intensificase el cerco sobre el asesino, ese era su trabajo principal, significaba que regresaría a casa a pasadas las cinco de la mañana. Mejor olvidarse de volver, haría tiempo visitando a Tamara, una secretaria contratada tres meses atrás y con la que mantenía una relación más que estrecha. Así podría estar a las nueve de la mañana junto al alcalde para una rueda de prensa en la que tratarían de tranquilizar a la población. El propio alcalde se había empeñado en convocarla tras conocer la gravedad de los hechos y tratarse de una fecha tan complicada.

«Políticos de mierda. Hay que ver lo que les gusta salir en la televisión y hacer como que se preocupan por el ciudadano...».

Esperaba no tener que ver el escenario del crimen tras haber leído los resúmenes que habían colocado los dos días anteriores sobre su mesa. Incluso hablaban de testigos y policías que habían vomitado ante la visión y el olor de lo que algún perturbado había decidido hacer con esas chicas embarazadas. ¡Menuda iba a formar la prensa en solo unas horas! Los ciudadanos podrían echarse a la calle. Este tipo de situaciones, si no se gestionaban bien, podían acabar con alcaldes y fiscales de un día para otro. ¡Joder!, con lo que le había costado conseguir el puesto..., además de las letras de la hipoteca del chalé y las del coche nuevo que quedaban por pagar. No podía permitirse perder el cargo público y volver a trabajar doce horas diarias en el bufete por la mitad de sueldo.

«Camina siempre hacia delante, nunca hacia atrás, ni siquiera para tomar impulso. El triunfo solo aguarda a los que logran sus metas.

La autosugestión había funcionado hasta el punto de que ya no sentía tanto malestar por tener que madrugar, ni siquiera se acordó de Tamara durante el trayecto. Tenía que concentrarse en su trabajo y ayudar en lo que fuese posible a la policía, autorizar el uso de la fuerza necesaria, que no quedase un solo policía nacional ni local en la ciudad que no estuviese trabajando en el caso. Ni por asomo podía llegar el día de Nochebuena sin que aún se hubiera atrapado a ese malnacido. Una foto filtrada a la prensa de la escena de un crimen como ese en plena Navidad sería como colgarse el cartel de inútil en el pecho.

Más le valía a Paco Hernández estar en el piso cuando él llegara, tendrían una charla acalorada sobre la gestión de un caso que se le estaba escapando de las manos a su departamento. ¡Joder!

A punto estuvo de salirse de la carretera al pisar un enorme charco de agua. Dos toneladas de coche de lujo y casi se choca contra los escaparates de una tienda de ropa. La planificación sobre su trabajo tendría que esperar, ahora tocaba concentrarse en la carretera, aunque estuviera desierta, para no tener un accidente. Redujo la velocidad y subió el volumen de la música.

Nunca había conducido por una zona tan alejada del centro de la ciudad. En los últimos diez o doce años no había ido más allá de Pablo Rada, donde vivía su hermana; o la zona de Pescadería, donde lo hacía su secretaria; además de su oficina, claro. No conocía las calles de la zona de La Orden, pero el GPS era infalible y le llevó hasta la puerta del polideportivo Diego Lobato. Allí se congregaban varios coches patrulla, una ambulancia y otros coches oficiales que reconocía como de la científica y forense.

—Mierda, ese edificio tiene pinta de no tener ascensor. ¿Y quién es toda esta gente que hay en la calle a esta hora? Espero que no me arañen el coche, joder. ¿Por qué no hay agentes a pie de calle para controlar la situación?

No llevaba paraguas, así que se bajó del vehículo y caminó deprisa hacia la puerta del edificio.

El vecino que aseguraba haber entrado primero, el de más edad y que parecía imponer respeto entre los demás, se había ofrecido para dar su testimonio al inspector en cuanto lo vio aparecer. Marcos estaba empapado y trataba de mantener la compostura mientras descargaba en un pañuelo de papel la consecuencia más desagradable de su gripe.

—Bien, ya me ha quedado claro que usted ha descubierto el cuerpo, no es necesario que lo diga tantas veces. Ahora me contará cómo lo hizo, pero antes de eso, ¿dónde está el agente que dio el aviso?

—Aún está dentro, inspector —respondió el vecino con su fuerte acento gitano—. Hace un rato que ha vuelto a entrar.

—Está bien, quédense aquí todos y esperen a que yo salga.

Marcos entró despacio por la puerta abierta de la vivienda. En el rellano quedaron expectantes más de una docena de curiosos en pijama y bata, iluminados por la escasa y anaranjada luz de una bombilla que colgaba de un cable en el centro del techo. El inspector podía adivinar las preguntas que se hacían a su espalda, pero él aún no podía responderlas, y luego no debía hacerlo.

Un estrecho pasillo, sucio, oscuro y con las paredes de viejo y raído papel pintado, se habría hacia una débil luz al final del mismo. El agente no podía estar en otro sitio más que aquel. Por el silencio y la penumbra que le rodeaban, apostaba a que aún no habían llegado la forense y los de la científica. Estaba a punto de ver uno de los cadáveres que el asesino en serie había dejado en su rastro de enfermedad disfrazada de misión celestial, o lo que fuese que lo movía a realizar esas barbaridades, sin estar rodeado de personas que distorsionan el escenario y las sensaciones que se sienten cuando uno llega y lo contempla tal como lo dejó minutos u horas atrás el homicida.

Sintió una punzada en el estómago. Lo que contemplaría en unos segundos quizá no se diferenciase en nada a lo visto en los dos crímenes anteriores, pero hacerlo sin la ceremonia de la forense, su equipo y los de la científica, sin focos apuntando en todas direcciones y datos ya averiguados, supondría una novedad que quizá no estaba preparado para afrontar. Le asustaba lo que

encontraría a la luz de una simple lámpara de mesita de noche; lo mismo que usaban él y Laura para despertarse cada mañana e ir al trabajo cada día de sus vidas. Algo demasiado íntimo y personal. Lo último que vieron el asesino y la víctima antes de terminal su macabra y definitiva relación.

Cruzó la puerta del dormitorio y encontró a una chica mutilada sobre la cama. A pesar de ser lo que esperaba, quedó paralizado ante la soledad que lo embargó, así como la sensación de que no debía estar allí. La chica tenía el cabello largo y rubio, era menuda y tenía la boca tapada con cinta americana, eso era nuevo. Los ojos se le habían salido de las órbitas tras algún esfuerzo desesperado por gritar, por un dolor que tuvo que ser tan inhumano como para llorar sangre; eso ya lo había visto los dos días anteriores. No parecía tener aún treinta años ni pesar más de cuarenta kilos, pero su cuerpo había emitido sangre suficiente como para salpicarlo todo alrededor.

Marcos volvió la mirada a la cinta americana, ¿por qué el asesino se había salido de su modus operandi? Miró a su derecha, la pared tenía otro mensaje, aunque ese detalle lo dejaría para más tarde.

Tuvo la tentación de sentarse en el filo de la cama y observar sin prisas lo que veía a su alrededor, pero no había un centímetro de sábana sin manchar de sangre y tampoco sabía, a pesar de la urgencia, dónde estaba el agente que custodiaba el cadáver a la espera de superiores y del equipo de investigación.

Le hubiese gustado ser como Pablo Aguilar, o como otros decían que era el sevillano, y poder hablarle a la víctima para sacar conjeturas e ideas del momento íntimo que compartió con su asesino, pero solo logró náuseas al ver su expresión de dolor.

«¿Qué has hecho en la vida para que ese animal te haya elegido? ¿Qué te conecta con las otras dos chicas? ¿Por qué alguien querría castigarte por tus pecados? ¿Has sido soberbia?». Oír en su mente las preguntas fue fácil, pero no se atrevió a susurrárselas al cadáver como habría hecho Aguilar.

—¿Quién coño...? ¡Perdón! No le había reconocido de espaldas, inspector. Pensé que era otro de esos vecinos curiosos.

—¿Eres Guillermo, el agente que me ha enviado el aviso?

El policía de uniforme llevaba la cara y el pelo recién lavados, así que vendría del baño, tal vez de asearse tras vomitar. Tenía el arma aún entre las manos y unos segundos antes parecía a punto de utilizarla. Una suerte que ese agua fresca en su cara, aun destrozando la zona del crimen por usar el baño, lo hubiera despejado lo suficiente como para no disparar a su superior.

—Sí, soy yo, estaba...

—No importa. Dime qué has visto y oído al llegar. Hablemos antes de que aparezcan todos los demás.

—Poco podría decirle. Nos llamaron desde la central porque un vecino había entrado en una vivienda y había encontrado a una chica muerta. Estábamos patrullando en la calle de al lado, vinimos y nos encontramos con esto. —Parecía abatido mientras señalaba con sus brazos el dormitorio—. Ya lo ve, inspector, una carnicería.

—Sí, ya lo veo. ¿Dónde está tu compañero? ¿Habéis identificado al vecino que descubrió el cuerpo?

—Jorge se quedó tranquilizando a los vecinos y tomando sus datos cuando yo entré en el piso. ¿No lo ha visto al entrar?

—No. ¿Has dicho que es Jorge? ¿Jorge Medina?

—Sí.

—De acuerdo. Lo conozco y estará haciendo algo útil ahí fuera.

—Siento lo del baño, inspector. —Aún estaba pálido y se mostraba mareado—. También hay huellas mías en algunos interruptores de luz y picaportes...

—Está bien, está bien. Puedes retirarte al rellano. Me gustaría que pidieras a los que no son testigos que se marchen a sus casas, al resto hay que seguir tomándoles declaración y creo que podrás hacerlo, ¿verdad?

—Claro, cuente conmigo.

—Bien.

En ese momento sonaba el teléfono móvil de Marcos, era David.

—¿Dónde estás? ¿Has detenido el coche?

—Sí, tengo aquí al conductor y su acompañante.

—¿Dos? ¿Son dos? ¿Crees que puedan estar implicados en el caso? Aquí en el piso hay otra víctima de nuestro homicida en serie.

—Lo dudo, Marcos. Son dos chicos de dieciséis y diecisiete años que habían robado un coche para disfrutar poniéndolo a prueba.

—¡Joder!

—Eso no es lo peor.

—¿Qué ha pasado?

—¿Crees que Paco firmará sin protestar el pago de la reparación de mi coche?

—Bufff, eso es mucho optimismo. Por lo pronto, si tu coche está inutilizado, ven en taxi o que te traiga una patrulla, te necesito aquí.

Todo a su alrededor había cambiado en menos de media hora. El estruendo de una docena de personas trabajando deshizo la atmósfera que se podía respirar cuando él entró, y eso que el hedor a sangre y heces de la víctima seguía produciendo un extraño picor en la garganta. Maite había quitado con cuidado la cinta americana de la boca de la víctima para que los de la científica buscaran huellas y así poder analizar la boca al detalle. Llamó a Marcos sin importarle alzar la voz en cuanto vio que le habían amputado la lengua.

—Ahora entiendo que no hubiera música o la televisión a todo volumen. Ese perturbado se garantizó el poder trabajar sin prisas ni ruidos —apuntó el inspector.

—Pero con la cinta americana bastaría para hacerla callar.

—Lo sé, pero ese tipo es un sádico, la lengua cortada es otra forma de tortura a añadir a su ritual.

—También explica que dejase la puerta de la vivienda abierta al salir, fue su forma de asegurarse de que descubrían el cadáver lo antes posible —añadió David Sobrá.

—Apuesto a que ha muerto ahogada en su propia sangre en lugar de desangrada por las heridas como las anteriores —Maite hablaba para sí misma—. Aunque no podré confirmarlo hasta hacerle la autopsia.

—Pues dale máxima prioridad. Necesitamos una huella o un resto biológico: sangre, sudor, semen... lo que sea para tener un punto de partida y empezar a buscarlo.

Esa voz era nueva, todos se giraron hacia la puerta y vieron a Paco Hernández, el comisario, con cara de pocos amigos mientras su mirada paseaba despacio por el dormitorio, a la vez que

mostraba un semblante derrotado. Aquel tercer crimen era la gota que colmaba el vaso. Habría muchas preguntas que contestar, y el alcalde y el fiscal esperarían que él pudiera hacerlo.

—Traedme un café bien cargado —añadió.

—¿A estas horas? —respondió un agente.

—Sí, a estas horas. Así que busca una cafetería o ve a tu casa a hacerlo en tu cocina, pero tráemelo.

—No esperaba verte aquí, Paco —le dijo Marcos.

—A las nueve de la mañana tenemos una rueda de prensa, quiero que me cuentes todo lo que sepas sobre este homicidio y lo que hayáis podido avanzar en los anteriores.

—¿Tenemos una rueda de presa? No me gusta ponerme delante de las cámaras.

—No me refería a ti, no te sientas tan protagonista. La rueda de prensa es del alcalde, el fiscal y yo mismo.

Marcos y Maite le hicieron un resumen mientras David y Cristina fotografiaban el mensaje escrito en la pared:

**yo nabucodonosor ESTABA tranquilo en mi casa, y
FLORECIENTE en mi palacio. vi un sueño que me espantó, y
TENDIDO en la cama, las imaginaciones y visiones de mi
cabeza se turbaron**

—Menudo texto. Ha debido usar casi toda la sangre de la pobre chica para escribirlo —murmuró Cristina.

—¿Dónde está tu compañero? —El comisario, haciendo caso omiso al comentario de la subinspectora, puso énfasis en la última palabra al referirse a la pareja sentimental de Cristina, además de compañero de trabajo.

—Terminó la vigilancia del sospechoso y regresó a casa.

—¿Y está seguro de que no se le escapó o regresó antes de tiempo?

—¿Qué coño estás insinuando, Paco?

—Tranquila, Cris —medió Marcos entre ellos. David y otro agente se giraron ante el tumulto—. Paco, yo respondo por él. Fui yo quien le dijo que abandonase la vigilancia tras recibir la llamada del nuevo homicidio.

Paco no se disculpó, nadie lo esperaba tampoco.

El fiscal acababa de aparecer en el edificio, y permaneció allí durante no más de cinco minutos; habló con el comisario y se marchó a lo que él llamó un tema urgente que requería su presencia. Todo ello lo sabía Marcos porque se lo comunicó un agente, ya que el fiscal no llegó a entrar siquiera en la vivienda.

—Quiero que busquéis a esa tal Sofía Vidal.

—¿Cómo has dicho? —Marcos y David miraban a Paco con asombro.

—Ha lanzado un video esta misma noche con datos confidenciales del caso. Tenemos que evitar que cunda el pánico, especialmente durante estas fechas.

—¿Es un asunto policial o político?

Paco miró con encono a Marcos.

—Yo también tengo jefes; deberías saberlo a estas alturas, Navarro, sobre todo si quieres mi puesto en un par de años.

—Yo no quiero tu puesto, solo atrapar al cabrón que están matando embarazadas lo antes posible. No puedes pedirme que pierda mi tiempo deteniendo a una niña que juega a ser periodista en un blog.

—Dice mentiras sobre políticos y policías.

—Bueno, algunas de sus noticias no están tan alejadas de la realidad como...

—No me toques los huevos, Navarro. Te he dado una orden.

David no sabía hacia dónde mirar, ya ni sentía el hedor que desprendía el dormitorio. La tensión entre los dos policías con los que se encontraba lo eclipsaba todo.

—A sus órdenes, mi comisario —respondió Marcos antes de salir del piso sin dar tiempo a ninguna réplica. David lo siguió en silencio.

Se montaron en un coche patrulla que había pedido prestado el inspector y partieron hacia la comisaría.

—¿De verdad vamos a invertir tiempo y recursos en buscar a esa chica? —preguntó David cuando llevaban ya unos minutos conduciendo.

—¿A ti qué te parece? —David no supo qué decir—. Ni buscarla ni arrestarla, lo hubiéramos hecho cuando salimos a la calle. ¿No la viste? Estaba entre los vecinos, a solo unos metros de nosotros.

Eran las cuatro en punto de la madrugada cuando comenzó la que sería, sin lugar a dudas, la conexión en directo con menos audiencia de la historia de la cadena; pero Laura apostaba a que por la mañana la grabación se emitiría en diferido con más éxito que la rueda de prensa que las autoridades habían convocado para las nueve.

La reportera se había asegurado de que ningún policía la reconociera mientras hablaba con los vecinos que iban a aparecer como testigos del descubrimiento. A los más avisados y que parecían dispuestos colaborar les dio una serie de instrucciones que debían valer para salvar a Marcos de haber filtrado información clasificada. Sugirió a su productor hacer las grabaciones fuera del directo por si alguno de los testigos metía la pata o se equivocaba al dar la información, pero este no quiso negociarlo porque no resultaría igual de impactante y creíble si había cortes en el vídeo. Ella ya lo suponía, las noticias más impactantes eran las que se daban en riguroso directo.

Javi, tras bostezar varias veces y quitarse una legaña con el dedo, le había dado la confirmación del estudio y de los recursos técnicos. Laura tiritaba de frío bajo el gran paraguas negro, la luz del foco la deslumbraba e iluminaba el torrente de agua que caía sobre ellos sin piedad. Tras ella se amontonaban dos docenas de curiosos, incluso niños, que hasta la empujaban para hacerse los graciosos.

No sería una conexión agradable, aunque temía más la conversación que tendría después con Marcos.

—Buenas noches, estimados televidentes. Soy Laura Moreno y esto es una conexión especial para Canal Sur Noticias. No, no se va a reanudar el programa de sucesos que hace cuatro meses se canceló tras el secuestro y los crímenes en la aldea de El Pozuelo, se trata de una conexión extraordinaria para informar a los pocos

que permanecéis ante el televisor sobre un suceso escalofriante que se ha producido en la ciudad de Huelva. Según nos han informado los vecinos, y hemos podido oír de conversaciones entre los agentes que van y vienen del piso donde se ha descubierto el cadáver mutilado de una mujer, se trata del tercer hallazgo en tres días. Han oído bien, tres asesinatos con tortura de tres mujeres en tres días consecutivos. Uno de los testigos, el que ha descubierto el cuerpo hace unas horas, asegura que el escenario era dantesco, con el cuerpo de la víctima abierto y sus vísceras colocadas sobre las sábanas. Pero para ofreceros más detalles de este macabro crimen, mejor que preguntemos directamente a los testigos. Buenas noches, ¿cómo se llama usted?

—Enrique Heredia, para servirla.

—Hace unos minutos nos ha confirmado que fue quien descubrió el cadáver. ¿Podría contarnos qué fue lo que vio en el interior de la vivienda de su vecina?

El anciano se explayaba en detalles escabrosos que Laura sabía que estarían haciendo la boca agua en la redacción. Luego hablaron otros vecinos, pero no aportaron nada nuevo, solo hacían suposiciones sobre lo que pudo pasar o lanzaban bulos sobre la vida de la víctima, carnaza de periodismo amarillo que luego sería eliminada en las posteriores emisiones del vídeo, o quizá no. Algunos niños, y otros no tan jóvenes, llegaron a pellizcarle el culo, pero ella, sabiendo que estaba en directo, mantuvo la compostura. Una vez terminado el trabajo, calada de agua hasta los huesos y tiritando de frío, decidió irse a casa a darse un baño de agua al punto de ebullición; pero una llamada desde la central arruinó sus planes.

—A pesar de haber comenzado con un share ridículo, obviamente por la hora de emisión —decía su productor al otro lado del teléfono—, hemos multiplicado por cinco a medida que iban apareciendo testigos. Y ya tenemos otros canales que quieren comprar los vídeos para emitirlos. Quiero que te quedes toda la noche por si logras declaraciones nuevas o información adicional sobre las víctimas anteriores.

—¿Estás de broma? Aquí está cayendo un diluvio sobre nosotros y no tenemos dónde meternos. Voy a pillar una pulmonía.

—Te recuerdo que has pactado en tu sueldo un porcentaje sobre la venta de derechos a otros canales. Si te marchas perderás una cantidad que no imaginas.

—Está bien... me quedo, pero no emitiré hasta que amanezca, necesito entrar en calor dentro del coche. Salvo que aparezca algún responsable de la policía y quiera hacer declaraciones.

—Tú decides. En la emisora habrá un canal directo para ti en cuanto nos pidas paso. No te duermas, ya hay una chica con un aspecto raro, parece un vampiro, que está dando la noticia desde hace horas y tiene más datos que tú.

—¿Otro canal ha empezado a emitir ese suceso?

—No, es un blog. Pero se está llevando a la audiencia. Un millón de visualizaciones en internet tiene en solo unas horas.

Laura colgó y se llevó las manos al pecho y el estómago, estaba empapada y tenía mucho frío y sueño. La competencia, fuese de un canal de televisión, radio o independiente en internet, no le preocupaba tanto como que Marcos reconociese su Ford Mondeo aparcado en la misma puerta del polideportivo, frente a la vivienda de la víctima. No le apetecía repetir a esas horas de la noche conversaciones que debieron quedar zanjadas hace un año. Aún no habían hablado de un asunto importante y crear malestar entre ambos no era la forma perfecta de hacerlo.

Claro que tampoco era necesario mentar al diablo, bastaba con pensar en él para que apareciese. El teléfono móvil sonó y ella comprobó que el nombre del inspector aparecía en la pantalla. Pulsó el botón verde tras respirar hondo y prepararse para lo peor.

—Puedo explicarlo —dijo antes de oír la voz de Marcos.

—¿Cómo dices? No esperaba que descolgases tan rápido. Creí que estarías dormida a esta hora. Llamaba para decirte que estaré toda la noche ocupado con el caso.

—Vale, no te preocupes, pero recuerda medicarte ese resfriado.

—Espera, ¿Qué es ese jaleo que se oye a tu alrededor? ¿No estás en casa? ¿Y por qué has dicho eso de «puedo explicarlo» al descolgar? No me asustes.

—No te imagines cosas raras, es que... verás... Estoy aquí contigo.

—¿Disculpa? ¿Qué has dicho?

—Aquí abajo, en la calle. La cadena me llamó para cubrir el suceso y no me he podido resistir.

—¡Joder, Laura! Ya habíamos hablado de esto. Y no te habría contado detalles sobre el caso de saber que los mencionarías en antena.

—No te he traicionado, solo he dado pie a testigos, una conexión en directo sin dar detalles como que las mujeres estaban embarazadas y les han cambiado el embrión. Nunca te comprometería.

—Eso se lo tendrás que explicar tú a Paco, no sabes cómo está de cabreado.

—Ya lo he visto, salía del edificio cuando preparábamos la grabación y me he escondido para que no me viese. Iba escupiendo insultos.

—Pues multiplica ese estado por diez y así me lo encontraré yo cuando le comuniquen tu conexión. Paco pensaba informar a los ciudadanos a través de una rueda de prensa a las nueve de la mañana, dando los datos justos para no crear pánico.

—La cadena me ofreció una suma que nos vendrá bien ahora, no podía rechazarlo.

—¿Qué dices? Ganamos de sobra para pagar el piso y cubrir nuestros gastos. No necesitabas estar en la calle con este temporal por unos euros de más.

—Son unos cuantos miles más, pero... Tenemos que hablar, aunque no quiero hacerlo por teléfono.

—No estoy en el piso, hace una hora que me marché. Estoy en la comisaría con David.

—Por la mañana, cuando estés en casa.

—¿Qué has dicho? Espera, aún no podemos movernos.

—¿Cómo?

—No hablaba contigo, le decía a David.

—Mira, nos vemos en casa, aunque yo estaré aquí toda la noche o perderé mi comisión. Si quieres hacer alguna declaración, no imaginas cuánto nos beneficiaría a los dos.

—Lo que me faltaba por oír en este momento.

—Cuida ese catarro, te noto congestionado... —Laura hablaba sola, Marcos había colgado el teléfono.

«Maldita sea, esto es un paso atrás justo cuando debíamos concienciarnos y prepararnos para lo que está por venir. ¿Y quién es esa chica que está pisándome la noticia? Solo puede tratarse de...».

—¿Se puede saber qué le pasa a David? —preguntó Cristina a Marcos cuando se encontraron en la cocina de la comisaría.

—Está algo tenso desde que ha roto con Sandra. No se lo tengáis en cuenta y no se os ocurra preguntarle por el tema —advertía el inspector en un susurro, al otro lado del tabique de cristal podía ver a su compañero dirigiéndose hacia ellos.

—¿Hay bollos? —preguntó David Sobrá al entrar.

—Aún no han traído nada fresco, pero quedan algunos de ayer —respondió uno de los agentes allí congregados. David puso mala cara pero cogió dos de la cesta igualmente.

El reloj de la pared marcaba las ocho y veinte y todos tenían sueño, estaban cansados, empapados y con ganas de que aquella locura terminase de una vez. Marcos se había colocado en su lugar de costumbre, pero cedió el protagonismo al comisario en cuanto este entró en la sala con cara de pocos amigos y quiso hacerse con la investigación.

—Tengo quince minutos para hablar antes de marcharme al ayuntamiento —comenzó su discurso—, así que vamos al grano. He destinado el ochenta por ciento de la plantilla, incluidos los que estaban de vacaciones, para solucionar este caso que se podría convertir en una tortura. ¿Cuántos versos o versículos, como se llamen, quedan en la cita bíblica?

—Son treinta y siete en total —respondía Cristina—, aunque el primero de todos se lo saltó, y en este último crimen ha usado dos: Daniel 4-4 y 4-5.

—Eso quiere decir que tenemos a un lunático dispuesto a matar a decenas de chicas embarazadas en plena Navidad. Que me cuelguen si vamos a permitir que eso suceda. Quiero que ese tipo esté encerrado antes de que llegue el fin de semana. ¿Estamos?

Nadie dijo una sola palabra. En el fondo, todos sabían que el caso no se resolvería por mucha presión que ejercieran sobre ellos. Incluso el propio Paco lo había vivido en sus años de inspector y

bajo un comisario y fiscales más autoritarios aún. Lo que sí sabían es que debían dar el cien por cien de su capacidad y centrarse en el caso. Marcos respondió por ellos y Paco se echó a un lado para dar pie a Nuria y Cristina, que hablaron sobre los nulos progresos que habían realizado con las palabras en mayúsculas de los grabados en la pared; aquellas palabras no tenían sentido alguno. Paco suspiró e hizo un ademán con la mano para que dejaran de hablar. Si no había nada nuevo para avanzar, mejor que no lo molestasen con datos incompletos o excusas.

Desde la comisaría vieron la rueda de prensa unos minutos más tarde, en ella el alcalde adoptó el protagonismo con su sonrisa afable y despreocupada, tratando de tranquilizar a la población y deseando una feliz Navidad a los espectadores tras un alegato más corto de lo que habían imaginado los policías. Luego, la cadena emitió una grabación en diferido del reportaje de Laura Moreno en el que se daban detalles que ponían el vello de punta. Marcos apagó el televisor y, al girarse, comprobó que todos sus compañeros lo miraban atónitos.

«Laura y yo tendremos una conversación cuando vuelva a verla en casa».

—Chicos, no os durmáis. Buscad conexiones más allá de amistades o lugares entre las víctimas. Quiero algo más personal, más íntimo. Cualquier dato que podáis recabar sobre sus personalidades, pensamientos, gustos, aficiones... Llamad de nuevo a familiares y amigos si es necesario. —Marcos recordaba los consejos de Pablo Aguilar. Debía centrarse en las personas y no en lo que las rodeaba—. David, acompáñame al despacho.

David Sobrá lo siguió en silencio y, tras entrar en el cubículo cerrado que compartían, se dejó caer en su sillón como si se le acabaran de agotar por completo las fuerzas. Marcos se sentó frente a él, justo en la silla para visitas que tenía el subinspector ante su mesa.

—¿Qué coño te pasa? Algunos compañeros se quejan de que estás irascible; en otros momentos parece que ni estés, te ausentas. Yo mismo te noto diferente estos últimos días.

—Será el sueño, estamos trabajando día y noche.

—No digas tonterías y mírame cuando te hablo —hizo una pausa, durante la cual se arrepintió del tono usado—. Hace una semana que no hablas de Sandra ni de quedar para tomar algo o salir de noche con Laura y conmigo. Si habéis roto la relación y no me lo quieres decir, me parece bien, pero deja el malhumor fuera o tendré que sacarte del caso. Todos estamos bajo una presión muy complicada de llevar, así que no podemos traernos historias personales o lo empeoraremos aún más.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—Trataré de desconectar. Lo siento. También me ocurrió con los dos chavales que habían robado el GTI, pude haberlos matado al embestirlos con mi coche; ni siquiera pensé en las consecuencias, solo en soltar adrenalina y no pederlos.

—Joder, no le cuentes eso a nadie más.

—Claro, no pensaba hacerlo.

—Por ahora me vale con tu palabra de que intentarás desconectar de tus temas personales y concentrarte en el caso, porque no puedo prescindir de ti. Ojalá no tuviera que mantener esta conversación...

—No, has hecho lo correcto. No debería traerme mis historias al trabajo. Siento haber creado un mal ambiente entre los compañeros.

—Y tengo que añadir que en tu caso particular es más notable. Sin tus bromas el departamento no funciona, por eso el trabajo está siendo más complicado ahora que te has puesto en modo gruñón.

Se dieron un apretón de manos, era el máximo acercamiento que podían tener como colegas y amigos cuando al otro lado de los cristales del despacho estaban mirando el resto de compañeros de soslayo.

—¿Quieres hablar del tema? Tenemos unos minutos.

—Déjalo, bastante tienes tú con esa gripe que nos contagiarás a los demás y tras la intervención de Laura en la televisión. Paco te cortará los huevos en cuanto se entere, si no lo ha hecho ya.

Marcos no respondió, miró hacia la puerta de entrada, pero aún no parecía haber llegado el comisario, tendría algo de margen para preparar excusas si su superior se las pedía.

—Vámonos antes de que llegue, así solo podrá gritarte por teléfono —dijo David y ambos rieron.

La pequeña plaza frente a la fachada del ayuntamiento parecía tener el aspecto de otros días al amanecer, pero solo era eso: una simple apariencia. Si uno se fijaba lo suficiente en los transeúntes que paseaban por la avenida Martín Alonso Pinzón, podía observar cómo dirigían la mirada, unos de forma directa y otros disimuladamente, hacia las ventanas del piso superior.

Diego Murillo maldijo la feliz idea de presentarse a la alcaldía con la intención de mejorar la situación de sus vecinos. «Has escrito tu nombre con letras doradas en la historia de esta ciudad», le dijo su mujer con una gran sonrisa tras conocerse el escrutinio de la votación. Solo seis meses después de su victoria, no podría resumir su aún breve mandato de una forma que no fuese la de fiasco y decepción. Quizá su mujer seguía pavoneándose en el barrio como si fuese la primera dama de los Estados Unidos, pero él tenía que soportar los insultos y quejas de vecinos a diario. Parecía que ninguna de sus decisiones contentaba a todos.

Primero fue la idea de ensanchar la vía del tren a Sevilla, una lógica actualización de cara a la llegada futura del AVE, los ecologistas protestaron por las obras, los vecinos de la zona por lo mismo, los que quieren el AVE aprovecharon para decir que aquello era un parche y que no garantizaba la llegada de la alta velocidad.

Cuando planteó la construcción del aeropuerto, le llovieron críticas de los mismos que pedían un aumento del turismo. Que si se cortarían miles de pinos de zonas protegidas, que si el ruido de los aterrizajes y despegues de aviones para los tranquilos pueblos costeros...

Cuando puso el nombre de Carolina Marín al Palacio de Deportes, recibió cientos de cartas y correos electrónicos preguntando por qué no se había usado el de Julio Alberto Moreno, jugador de fútbol del Recreativo de Huelva y luego del Barcelona y la Selección Española.

¿La gente se había vuelto loca o estaba demasiado aburrida y usaba su tiempo para protestar por todo?

En esos momentos tenía un gabinete de crisis convocado en su sala de reuniones, decidiendo los siguientes pasos a seguir tras los tres crímenes en serie que habían saltado a la opinión pública. Sus concejales y asesores, la mitad de ellos no sabía casi escribir, proponían las ideas más disparatadas del mundo. Pero eso no era lo peor, no; lo que más le indignaba es que las propuestas se centraban en mantener a la prensa alejada, en mentirles con respecto al caso y hacer lo mismo con los ciudadanos. Desde su punto de vista, atrapar al asesino era lo más importante, y no decirles a los votantes que podían seguir haciendo su vida como si nada, entre compras navideñas y atracones de pavo y turrón.

En un rincón al fondo de la larga mesa, como si fuesen dos marginados, Paco Hernández y Juan Antonio Millán permanecían callados y mirándose entre ellos para tratar de averiguar qué demonios hacían allí. Un concejal había propuesto enviar policías a las redacciones de periódicos y a la sede de Canal Sur para intimidar a los directores y que no arruinasen la Navidad. Un asesor pedía bombardear la ciudad con anuncios de familias felices en los carteles publicitarios y las marquesinas de autobuses. Otro asesor proponía decir en la siguiente rueda de prensa que todo había sido una broma de mal gusto, que no se había producido ningún crimen; argumentaba que los ciudadanos se creen «cualquier mierda que les digan por la tele». Literalmente.

—¡Silencio! ¡Callaos de una vez!

Los presentes se giraron para mirar con asombro al alcalde, que llevaba más de diez minutos aparentemente distraído ante una de las ventanas del fondo. ¿Qué mosca le había picado a aquel inútil? Parecían decir con la mirada. Todos los concejales militaban en partidos políticos, pero él iba por libre y eso fue lo que entusiasmó a los votantes, además del nombre y apellido tan ligados a la ciudad.

—Dejemos de decir tonterías —continuó—. No vamos a secuestrar a la prensa ni a engañar a los ciudadanos. Nos hemos reunido para establecer un plan de ataque y contención. La primera parte es tarea de aquellos dos hombres —señaló al comisario y al

fiscal—. La segunda es nuestra y no la realizaremos como vulgares matones.

Silencio absoluto, a pesar de la pausa que hizo el alcalde; momento que el comisario aprovechó para dar su opinión.

—Voy a destinar el ochenta por ciento de nuestros efectivos para encontrar a ese cabrón, no escatimaré en medios. Incluso he cancelado las vacaciones de navidad de mis agentes.

—Te asignaré la mitad de los efectivos de la Policía Local de la ciudad y también llamaré a la Guardia Civil.

—No, eso prefiero no tener que gestionarlo, acaba siendo complicado por las competencias de cada uno y por tener muchos gallos en el mismo gallinero. Si es un apoyo logístico, perfecto, pero en trabajo de campo prefiero a mis muchachos.

—Bien, lo dejo en tus manos y en las de Juan Antonio. Ahora llega la parte más difícil, contener la noticia y que se haga de un modo legal.

—Quizá para eso pueda ayudarle también, señor alcalde.

Diego Murillo miró a Paco con intriga, pero no fue el único, el propio fiscal lo hacía también.

—Adelante. ¿Qué me propones?

—A Laura Moreno.

Acompañada por su operador de cámara, la reportera llegó a la sala de reuniones del ayuntamiento unos veinticinco minutos después. En un primer momento pensó que sería detenida o le caería la mayor reprimenda de su vida, ya que allí estaban el comisario y un fiscal con cara de pocos amigos, además de veinte personas que no conocía pero la observaban con el mismo frío semblante y en silencio. ¿Para qué la habían hecho llamar? Se preguntó minutos antes al recibir la llamada de teléfono, y lo hacía ahora de nuevo con más impaciencia.

—Es un placer conocerla, señorita. Tome asiento, por favor. — Los modales del alcalde la tranquilizaron.

—¿Para qué me han llamado? No he hecho nada ilegal.

—Disculpe si le hemos dado esa impresión. La hemos invitado a venir para ayudarnos en el problema que tenemos.

—¿Ayudarlos? —Laura miró a Javi, que aún permanecía observando las lámparas del techo y los cuadros de las paredes de la sala.

—Tenemos un grave problema con ese criminal que puede provocar el pánico absoluto entre la población, además de destrozar las Navidades en la ciudad —añadió el alcalde.

—¿Navidades? ¿Solo le preocupan las ventas de comerciantes? ¿Han financiado ellos su campaña?

—¡Joder, Laura! —gritó el comisario.

—Lo siento, Paco, pero me parece que la palabra Navidad está fuera de lugar cuando un demente está partiendo en dos a embarazadas.

—¿Embarazadas? ¿De qué habla? —El alcalde estaba realmente sorprendido por ese dato. Los concejales y asesores comenzaron a murmurar.

—¿No sabe...? —Laura miró al comisario.

—Sabe lo que tiene que saber, no es necesario que se filtren esos datos de forma descontrolada.

Laura observó cómo Paco hacía un gesto casi imperceptible. En aquella sala había demasiada gente, un dato como aquel se extendería entre la población como la pólvora, y provocaría el mismo efecto al final: una explosión descontrolada.

—Es un rumor que decían en la calle —trató de rectificar la reportera.

—Todo el mundo fuera, menos el comisario y el fiscal —ordenó el alcalde.

—¿Cómo? —protestó un concejal—. Esto es una reunión oficial extraordinaria, tenemos derecho a estar aquí, ¿no es así? —añadió para pedir el apoyo de sus compañeros que, a pesar del cansancio y las ganas de regresar a sus casas, lo secundaron con caras de malestar y un rumor que creció en solo dos segundos.

—Bien, pues la reunión acaba de terminar. Si me hacen el favor, señorita Moreno y señores comisario y fiscal, querría hablar con ustedes a solas en mi despacho. Por aquí, por favor.

—Esto lo sabrá la prensa, lo sabrá el pueblo. Estás tomando decisiones sin el resto de grupos que han recibido poder en las urnas, y eso es fascismo —lo acusaba un concejal.

—Perfecto, a ver si hay suerte y me echáis en las próximas elecciones, a las que no me pienso presentar. ¡Ala! Cada uno a su casa.

Laura esgrimió una sonrisa ante la situación, hubiera matado por poder grabarla. Luego se preguntó si el presidente del Gobierno en Madrid se vería a menudo en situaciones similares. Salieron de la sala de reuniones entre el murmullo de las protestas y pasaron a un despacho que estaba dos puertas más allá en el pasillo principal de la misma planta.

Un café bien cargado apareció ante Laura en una taza de fina porcelana, ella lo tomó entre las manos para calentarlas y dio las gracias a la secretaria del alcalde. Javi quedó atónito ante ese detalle, ante estar excluido de semejantes favores. Laura prefirió no hacer caso al semblante de su operador, quería centrarse en lo que el alcalde le propondría y que tan poca gente podía oír, aunque se hacía una idea.

Tardó una hora en cambiar las velas consumidas por otras nuevas, tarea que realizaba cada dos días sin falta y a la misma hora. Más de doscientas había contado esta vez, de las tres mil que tenía repartidas por la casa, siempre encendidas día y noche.

Esa luz anaranjada y centelleante ofrecía un aroma y una visión casi celestiales de las oscuras paredes, marcadas con la palabra del Señor en cada una de las estancias, incluso los baños y la cocina. Años le había costado escribir toda la Biblia con su propia sangre en las paredes y techos. Sumorada se había convertido, gracias a su tesón e infinita devoción, en lo que podría haber sido una cueva en la que refugiarse el Mesías o alguno de sus apóstoles durante su exilio y persecución por parte de los profanos romanos. En un templo dedicado al Creador.

Desnudo, como siempre que se encontraba en aquel santo lugar, caminó por el pasillo hasta la habitación que había convertido en rincón de meditación; allí rezó durante una hora y luego escribió de nuevo en su diario, redactando el personal evangelio escrito de su

puño y letra en el que él mismo era el mesías protagonista y salvador de los pecados de la humanidad.

Se dirigió a otra de las estancias, en la que conservaba el tarro con el embrión para el siguiente acto de fe. Se arrodilló y santiguó ante su presencia y luego observó las fotos que había pegado en la pared de su derecha, justo donde la Biblia personal de su piso narraba el castigo a Nabucodonosor. Esas fotos las había hecho con una antigua cámara Polaroid que compró años atrás. En las imágenes se apreciaban el dolor y la desesperación de los rostros de tres mujeres sin vida, tres penitentes que habían alcanzado la paz con Dios. Pronto habría más, muchas más. La luz de las velas ofrecía una temblorosa y grotesca sombra de su cuerpo sobre esa pared, pero a él no parecía importarle, ya estaba acostumbrado a la penumbra, al olor a parafina y cera, a la presencia y compañía de su propia sombra, al silencio sepulcral que invadía la vivienda desde que su vecino del piso de arriba falleció. Le rogó en varias ocasiones que no pusiera la música tan alta, pero no accedió a sus súplicas, labrándose su destino: lo encontraron muerto en la bañera, se había cortado las venas en lo que la policía consideró un suicidio.

No podía apartar la mirada de las fotos de la última chica, era la que más le había gustado, rubia como un ángel y de piel suave y blanca. El Diablo es tan sagaz que trató de burlarle enviando contra él un demonio de aspecto celestial y puro. Le habría gustado ensañarse con ella, habría disfrutado dándole su merecido antes de comenzar el ritual. Pero no, aquella no era la forma de pensar de un siervo de Dios, de un verdadero ángel destinado a limpiar el pecado de una humanidad corrompida. La pecadora tuvo el trato y el final que le correspondían, aunque eso no evitó que se trajese un recuerdo muy especial. Llevaba en su mano izquierda la lengua de la chica envuelta en un pañuelo de tela ensangrentado. Despegó la tela reseca y acarició el trozo de carne con cuidado, también con deseo. Pensaba en cómo aquella lengua había provocado a los hombres, en cómo había besado de forma libidinosa y había realizado actos que el Creador no aprobaría entre sus siervos. Entonces la erección llegó a su entrepierna abrasadora como un volcán y le hizo acariciar sus genitales de forma compulsiva. Su aliento, bajo el ritmo acelerado de su respiración, provocaba el

vaivén de las llamas de las velas que tenía frente a él. El baile de sombras en la pared se volvió caótico y descompasado. Un espasmo anunció el torrente, y otro más llegó justo antes de sentir sus manos humedecidas por el almizclado y caliente producto de su pecado personal, aquel que tendría que redimir con la fusta durante horas. Pero había merecido la pena. La lengua de la chica había quedado inundada de semen. Pensó que ella aún seguía viva y se relamía de gusto al recibirlo. Sí, aquella zorra lo estaba agradeciendo, y habría disfrutado más aún si la hubiese violado. Por eso a él no le importó mancillar su alma y luego su cuerpo al tocarse, porque había sucedido después del ritual. Las obligaciones y la fe eran lo primero.

Fue al cuarto de baño y arrojó la lengua con desdén a la taza del váter; no era más que el pútrido vestigio de varios pecados y no deseaba volver a verla. Tiró de la cisterna y se lavó las manos frotando con mucho jabón y un temblor que aún dominaba sus nervios tras el orgasmo. Se encaminó hacia el dormitorio, donde sabía que tendría que responder ante su Señor por haber sucumbido de nuevo a un deseo que ya debería controlar. Sin miedo alguno tomó la fusta de cuero que reposaba sobre la cómoda, también rodeada y cubierta de velas encendidas, y comenzó a azotarse la espalda con todas sus fuerzas. Al día siguiente la llevaría vendada para que no manchase su ropa y pudiera ser descubierto por sus compañeros de trabajo. Si ellos supiesen lo cerca que estaban de quien lo estaba sacrificando todo por ellos... Si supiesen lo que era capaz de hacer por salvar el alma de tantos pecadores, en una fecha tan importante como era la conmemoración del nacimiento del Mesías, cuando un nuevo siervo de Dios había sido enviado para sacrificarse por ellos...

Los chasquidos que producía cada golpe seguían el ritmo de sus rezos y del disco de cantos de monjes benedictinos que siempre sonaba por toda la casa, día y noche sin cesar, a un volumen bajo pero suficiente para sumirlo en el trance que necesitaba lograr para seguir subsistiendo. Era la música que siempre escuchaba su madre por las tardes. Y el recuerdo brotó nítido.

Tiene diez años, ya es mayor y Mercedes, su madre, claudica ante su deseo de comenzar a estudiar en el colegio. El niño ha insistido mucho para convencerla, ella pasa mucho tiempo fuera de casa y ya no puede enseñarle como cuando era pequeño. No todo es leer, escribir, sumar y restar. Necesita ampliar su cultura o acabará lavando ropa en una gran empresa de lavanderías para hoteles y hospitales, como ella. O quizás en algún sitio peor.

Mercedes tiene miedo a que el niño se corrompa, tendrá que rezar el doble ahora que su pequeño estará expuesto al pecado que contempla ella cada vez que sale de casa. El mundo se ha contaminado hasta inundar de basura moral el alma de cada persona que lo habita. Oye barbaridades en el trabajo, en el autobús, en la cola del supermercado: deseos carnales, infidelidades, robos, asesinatos, traiciones entre familiares... Ya no hay respeto por Dios ni por los mandamientos que Él sabiamente dictó para conducir al rebaño por el sendero adecuado.

No está muy conforme del todo, discute con él esa mañana, pero acaba cediendo. El chico es listo, está bien educado y un solo día no significará mucho. El colegio está muy cerca de casa, a escasos diez minutos, y la llamarán a la empresa si algo ocurre. Parece estar todo bajo control, pero eso no evita que pase toda la jornada rezando y temiendo la llamada que en ningún momento llega. Regresa a casa en el autobús, qué despacio va y cuántas paradas hace hasta llegar a su destino, ¿siempre ha sido así? Se hace eterno.

Viven en una casa antigua a las afueras del pueblo, y parece estar abandonada cuando ella se frena a unos metros de llegar a la puerta. No ve luz en las ventanas ni se oye nada en toda la calle. Un mal augurio. Entra corriendo y grita con todas sus fuerzas el nombre del chico, este aparece asustado por el pasillo. Mercedes se acerca y lo abraza con fuerza, le hace daño pero no afloja ante las súplicas del niño.

Llora. Llora durante toda esa noche.

El niño no quiere contarle que la escuela es divertida, que hay muchos niños con los que jugar y que, aunque no se ha enterado de la mayoría de las cosas que ha explicado la maestra, tratará de aprender lo máximo posible hasta alcanzar el conocimiento que

tienen sus compañeros. Está deseando volver al día siguiente, aunque no cuenta con todas las garantías tras ver el estado en que se encuentra su madre.

Esa noche duermen como siempre, juntos y abrazados tras rezar, pero ella no deja de llorar en ningún momento. Eso piensa él, ya que la oía cuando quedó dormido y la sigue oyendo al despertar por la mañana.

La cafetería aún estaba llena a las once de la mañana, una zona céntrica en plenas fiestas era garantía de bullicio a todas horas. En su interior, algunos de los clientes se giraban para mirarla y cuchichear. Laura se había acostumbrado a ese efecto en una ciudad que no era pequeña, pero sus habitantes se comportaban como si lo fuese ante alguien que consideraban una celebridad solo por salir en televisión.

Marcos se sentaba frente a ella.

—No me gusta verte tan enfadado. Ya te digo que todo esto no tiene nada que ver contigo ni con la información que me diste en casa. No sé cómo quieres que te lo diga o cuántas veces tendré que repetirlo.

—No me tomes por tonto, el hecho de que no hayas contado detalles sobre las torturas —eso último lo dijo en un susurro tras acercarse a ella sobre la mesa— solo se debe a que sabes las repercusiones que tendría tanto para la sociedad como para los familiares de las víctimas; y también para mí ante una más que segura suspensión de empleo y sueldo. Los dos sabemos que te has adelantado a la rueda de prensa del alcalde y al resto de medios para darte otro baño de gloria.

—¿Eso piensas de mí? ¿Crees que solo me interesa la fama o la progresión en el periodismo?

—Dime entonces qué otro motivo te ha llevado a hacerme esto.

—Dinero.

—¿Dinero? No necesitamos un piso mejor ni más ingresos. Nos sobra con lo que ganamos ahora.

—Pero no siempre será así, quizá tengamos que plantearnos la compra de un piso, echar raíces y pensar en el futuro.

—¿El futuro? Antes no te había oído hablar del futuro de un modo tan... obsesivo. ¿A qué viene todo esto?

—Quizá te lo cuente cuando no estés enfadado conmigo.

—¿Cómo no iba a estarlo? Pensaba que entre tú y yo ya habíamos dejado claro que cada uno tenía que mantener la distancia con respecto al trabajo del otro por el bienestar común.

—Ha sido tu propio jefe el que me ha llamado para ofrecerme un acuerdo.

—No me cuentes historias.

—Te lo digo en serio. Javi y yo venimos ahora del ayuntamiento. Hemos estado reunidos en el despacho del alcalde con Paco y un fiscal. Me han ofrecido hacer ruedas de prensa en exclusiva, dos al día, siempre que me limite a contar lo que ellos me digan, solo la información que me suministren y no filtrar nada que yo averigüe por mi cuenta.

—¿Eso es cierto? No tenía constancia. —Marcos se mostraba realmente sorprendido.

—Claro que sí, ¿por qué iba a engañarte?

—Aun así, es una forma de tener controlada a la ciudad, y de que seas tú el embudo que filtra la información que se da a los ciudadanos. Eso es fascismo, te has convertido en parte importante de esa maquinaria que tanto odiabas. Serás la cara visible de un gobierno manipulador.

—No te montes películas, es solo un caso de homicidios. Y no sabes cuánto dinero me pagará la cadena por tener esta exclusividad.

—Volvemos al dinero. No lo necesitamos. ¿Qué te ha entrado ahora con el dinero?

—Ya te he dicho que te lo contaré cuando estés más receptivo. No puedo trabajar ni sentirme cómoda si mi propia pareja cuestiona mis actos y los motivos que me llevan a realizarlos. Además, ¿por qué no le das la paliza a la chica esa del blog? Está haciendo entrevistas a testigos y emitiendo videos con la información que le apetece contar, sin filtros.

—Esa tal Sofía Vidal también deberá controlarse. Paco quiere cortarles las alas, y apuesto a que el alcalde y el fiscal están detrás de su orden de búsqueda y arresto. Pero ella no es mi pareja ni tiene información confidencial que yo le haya proporcionado, por eso es contigo con quien tengo el problema principal.

Laura no quiso seguir con la conversación, se marchó visiblemente enfadada y Marcos no trató de impedirse. El inspector tomó el teléfono móvil y llamó a su comisario, necesitaba conocer los motivos que habían llevado a Paco a contar con quien había sido una molestia insufrible para él en casos del pasado reciente.

—¿Es sobre el caso? —preguntó el comisario tras descolgar.

—Bastante relacionado con él.

—¿Tu novia?

—Eso es.

—Esperaba esta llamada.

—Podías haber hablado conmigo en persona.

—No te pongas a la ofensiva. Laura podría servirnos para sacar a la comadreja de su cueva. Tomé la decisión en el ayuntamiento y no me arrepiento, ni espero que pidas que me disculpe por ello.

—¿Cómo dices?

—Que no tengo que discul...

—No, me refiero a lo de sacar al asesino de su zona de confort.

—Ese tipo lo tiene todo tan estudiado al milímetro, que podría estar asesinando embarazadas durante meses. Quizás hasta hartarse o dejar de divertirse, lo que sea que mueve al jodido enfermo.

—¿Qué tiene eso que ver con Laura?

—Ella será la que informe de los crímenes a la población, incluso al propio asesino. Si no podemos atraparle en su terreno, lo haremos en el nuestro. Daremos la información necesaria, aunque sea falsa, para provocar que cometa un error, que se asuste y salga de su madriguera.

—No me gusta que ella sea el cebo, la cara visible ante el asesino.

—Pues háblalo con ella, porque se mostró encantada cuando se lo ofrecimos. De todas formas, tendrá protección policial las

veinticuatro horas del día.

—¿Por eso quieres que frene a la chica del blog? Para que no haya informaciones encontradas o que no suministre datos que tú y el fiscal no queréis que se sepan?

—Es lógico, ¿no? ¿Has conseguido dar con ella?

—No, estoy ocupado buscando a un asesino.

—No me gusta ese tono, Navarro.

—A mí tampoco me gusta que se haya fraguado todo esto a mis espaldas.

—Bueno, inspector, los berrinches ya los trataremos cuando llegue el momento.

Los relojes marcaban las once y media de la noche y la comisaría se había convertido en una sartén al rojo vivo, donde agentes e inspectores corrían de un lado a otro, los ordenadores echaban humo en su interminable búsqueda de datos, los teléfonos no paraban de sonar para dar pistas de dudosa fiabilidad o simplemente preguntar por los avances del caso, las impresoras escupían folios y más folios sobre informes y el bullicio hacía que muchos de los policías tuvieran que recurrir a auriculares o tapones para no volverse locos.

Lejos de aquella tortura psicológica, Guillermo y Jorge esperaban sumidos en el hipnótico sonido que provocaba la lluvia sobre la carrocería del coche. Aún no habían puesto música en la radio. Acababan de comenzar el que se preveía un interminable turno doble, de esos que los dejaría destrozados, especialmente los riñones tras tantas horas sentados en el coche. Se pasarían la noche y el día siguiente soñando con regresar a casa, darse una ducha caliente, tomar una cena lo más grasienta posible y dormir hasta las doce del día siguiente, donde se incorporarían de nuevo a la maratón de seguimientos que el comisario había coordinado. Y todo ello si no había modificaciones de última hora.

Los dos agentes se encontraban en el coche particular de Guillermo para no alertar de su posición al posible asesino. Cada pareja de agentes hacía lo propio, siguiendo los pasos de un doctor

o enfermero del hospital; ni uno solo de ellos podría toser sin que algún policía lo viese.

Guillermo bostezaba cada cinco minutos y se quejaba por su mala suerte cada diez. Jorge se mantenía alerta, no quitaba ojo de la puerta del edificio donde vivía el tocólogo que les habían asignado. Sobre el salpicadero del coche y dentro de la guantera se almacenaba un sinfín de paquetes vacíos de comida basura y latas de refrescos.

—¿No quedan más ganchitos de queso? —preguntó Guillermo mientras rebuscaba incluso bajo los asientos.

—No has comprado ganchitos.

—Pensaba que sí.

—Eso fue en la última guardia, y te los comiste todos —respondió Jorge de forma casi robótica y sin apartar la vista de su objetivo.

—Joder, tengo hambre.

—Siempre tienes hambre, o sed, o ganas de mear. Si vuelves a llenar tu botella tan rápido como la última vez, te tocará salir a la calle.

—Ni de broma, con la que está lloviendo prefiero mearme encima.

Jorge no respondió, permanecía como una estatua. Era lo que más detestaba Guillermo de él, lo estricto y seco que se mostraba. No le cabía duda de que haría carrera en el cuerpo, incluso llegaría a comisario y se comportaría de un modo más cabrón que el propio Paco. Ya le hubiera gustado que le asignasen un compañero más parecido a él, para marcharse a dormir a casa o de fiesta durante las horas de servicio y cubrirse las espaldas mutuamente cuando les descubrieran, aún jugándose un expediente o suspensión. Jorge era todo lo contrario, le denunciaría en el acto si cometiera cualquier leve infracción.

Guillermo no sabía cómo pedir un cambio de compañero sin quedar mal con Jorge, además de no tener motivos para pedirlo porque era un agente ejemplar y eso le convertiría a él en centro de miradas y comentarios. Tendría que esperar un tiempo indefinido, quizás años, y tocar madera para que Jorge ascendiera y le fuera asignado otro compañero de su rango. A Guillermo le bastaba el

suelo de agente para pagar el piso a medias con su novia y luego sus caprichos y salidas de fin de semana. No era tan ambicioso.

—Hay movimiento —dijo Jorge cuando la luz del portal se encendió.

—Es un anciano. Falsa alarma.

Un trozo de cinta de plástico azul y blanca aún quedaba en el suelo ante la puerta. Se les debió olvidar a los del servicio de limpieza especial que la policía había enviado durante esa tarde. Sacó la llave del pantalón y tardó una eternidad en controlar el temblor de su mano, pero logró al fin abrir la puerta y entrar en la vivienda. No esperaba el frío extremo que percibió, tampoco el olor a alcohol y lejía. Activó la calefacción en el mando de la pared tras encender la luz del pasillo; del mismo modo que fue encendiendo las del baño, el salón y la cocina a medida que pasaba por ellos. Necesitaba luz, toda la luz posible. La oscuridad traía imágenes a su mente de lo que pudo pasar allí, de lo que tuvo que sufrir Almudena solo dos noches antes.

Limpió sus lágrimas con la manga del abrigo. Se había prometido no llorar más, especialmente al entrar en la casa que habían compartido y en la que habían hecho todos sus planes de futuro ante la inminente llegada del bebé. Pero era imposible, el piso se veía más grande, vacío, lúgubre... sin ella.

La puerta cerrada del dormitorio principal tenía el aspecto de lo que sería la entrada del infierno, al menos así la veía él. Ni se le ocurría acercarse, mucho menos abrirla y entrar. ¿Mirar en su interior? Nunca.

Trató de distraerse poniendo a calentar agua para hacerse una sopa de sobre. Antes había dejado su maleta en la habitación de invitados y preparado el pijama y ropa interior para darse una ducha. El miedo inicial fue pasando con los minutos, miedo a estar solo, a verse como un extraño en su propio hogar. Nunca volvería a ser un hogar sin ella. Las pulsaciones se calmaron un poco y entonces llegó algo más inquietante: el silencio en la casa se volvía denso y amenazador por momentos. Al principio tenía miedo a hablar,

tampoco sabría qué decir, y menos en voz alta; luego no se atrevía a abrir la boca para evitar que el dolor escapase de su cuerpo convertido en grito, como lo haría cada noche, a partir de ahora, en forma de llanto.

Comenzó oyendo un crujido, luego el sonido de un interruptor de la luz, hasta creyó oír una puerta cerrándose. Más tarde, justo antes de entrar en la ducha, creyó escuchar lo que eran pasos por el pasillo.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó algo asustado. No obtuvo respuesta.

La ducha revitalizó sus huesos entumecidos por la humedad y el frío. Aunque su mente solo tuvo el descanso de esos breves minutos oyendo el relajante sonido del agua.

Mientras se secaba, el recuerdo del primer día juntos en el piso llegó más nítido de lo que le gustaría. Fue hace casi un año y medio. Los del camión de la mudanza tardarían unos minutos en llegar y Almudena se empeñó en estrenar el piso de la mejor forma. No había cama ni sofá, así que la bañera sirvió para el propósito; ya estaban desnudos cuando comprobaron entre gritos y risas que no había agua caliente. Arturo miraba ahora la bañera con una sonrisa inundada de lágrimas.

No lograba evitar esos recuerdos que llegaban sin haber sido invitados; se encontraba en mitad de una fase sobre la que el psicólogo de la policía ya le había advertido. «Busca amigos y familiares, trata de no estar solo y verás cómo los meses pasan volando y podrás rehacer tu vida, aunque eso sea precisamente lo que menos te apetezca ahora», le dijo.

El psicólogo también habló de evitar martirizarse por no haber estado en casa. Qué fácil resultaba decirlo... ¿Cómo iba a mirarse al espejo sabiendo que podría haber evitado la muerte de Almudena solo con haberse negado a hacer esa estúpida reunión en la central? ¿Y cómo no iba a culpar a su empresa, si en pleno siglo veintiuno seguía haciéndoles viajar en lugar de mantener reuniones a través de videoconferencias en el ordenador?

—Dios... ¿qué será de mi vida ahora? ¿Qué será de mi vida sin ti, cariño?

Y volvió a derrumbarse.

En la cocina, el agua hirviendo ya se había consumido y el cazo se quemaba emitiendo un olor desagradable.

Estaba consiguiendo un material audiovisual fantástico, cualquier periodista, incluida la propia Laura Moreno, mataría por tener acceso a sus grabaciones y entrevistas. Pero ¿de qué servía tanta calidad, trabajo realizado y dinero invertido en sobornos? No podría usarlo hasta después de que se cerrase el caso o iría a la cárcel por infringir las leyes e inmiscuirse en una investigación criminal. Era un fastidio tener que apartar lo mejor que había grabado cada día para editar el video con la parte más blanda, aquella que cualquier otro periodista podría obtener dándose un simple paseo por los edificios donde se habían cometidos los crímenes.

Ya contaba con videos de las tres viviendas, incluso de los dormitorios aún salpicados de sangre. Las películas gore parecían de Disney al lado de sus filmaciones, en las que ella misma describía con todo lujo de detalles los olores y lo ocurrido horas antes a la pobre desgraciada de turno. Cada vez que llegaba a casa y lo descargaba en el ordenador, sentía puro éxtasis al comprobar lo bueno que era aquello: nada más y nada menos que su pasaporte a la fama y a un contrato millonario con alguna cadena nacional. Su estilo directo, su look diferente, su descaró; ella hacía un periodismo 3.0, periodismo que aún no se conocía y que daba al espectador el morbo que demandaba. El ser humano se había insensibilizado con las películas, noticias y fotografías de crímenes que veía a diario, ella les daría algo más, eso que tanto ansiaban y que llegaría a provocarles náuseas; ella lograría meterlos en la propia escena del crimen mientras este se producía. No podrían apartar la mirada de sus noticias por más que lo intentasen.

El primer video contaba ya con tres millones de visitas, el segundo estaba a punto de llegar a esa cifra. Había subido el tercero una hora antes y ya llegaba a dos millones. Más de cincuenta mil comentarios en los mismos. Había triplicado su número de seguidores. ¿Quién se acordaba de aquella entrevista en

el periódico La Crónica de Huelva? ¿Qué cara estaría poniendo aquel baboso y arcaico redactor al saber que ella tenía más visitas al día que ellos ventas en un año? Joder, iba a triplicar sus ingresos ese mes, como mínimo.

Comprobó el equipo técnico; todas las baterías y pilas cargadas, el portátil al cien por cien y el receptor de la emisora estaba conectado y encendido para que su vecino pudiera subir en unos minutos para hacer guardia. «Ayer lo hiciste de maravilla, espero que lo repitas hoy».

—¡Mamá, me marchó, no vendré tarde!

Esta vez su madre no se quedó en el salón, viendo el televisor como de costumbre, estaba esperándola en la puerta de la vivienda.

—No te estarás metiendo en líos, ¿verdad?

—No, mamá, solo investigo para mis artículos del blog.

—¿Y hoy también bajará el hijo de Aurora? ¿Qué hace en el cuarto de la plancha durante horas? Aquello suena como la policía de las películas. No quiero que te metas en problemas y que nos metas a nosotros. Y tampoco me gusta que te pases las noches por ahí con la moto y este temporal de perros.

—No seas pesada, llegaré tarde por tu culpa.

—Mírate, estás más delgada que nunca.

—Es el maquillaje.

—Esa es otra. ¿Es necesario que parezcas un vampiro y que cada vez te hagas más agujeros en la cara?

—Joder, mamá.

—¡No me hables así!

—Mira, estoy con un caso importante, un artículo que me garantizará mi futuro. Ahora no puedo entretenerme. Vete a ver la tele, por favor.

—¡Es el colmo! Ya no puedo ni preocuparme por mi hija. ¿Qué te está pasando, cariño?

Sofía escuchó esas palabras cuando ya había cerrado la puerta de la vivienda, se colocaba el casco mientras bajaba las escaleras. Le quedaba por delante otra noche pasando frío y regresando empapada de agua a casa en la madrugada. Lo único que no podía mojarse era su equipo, por suerte iba a salvo en una mochila

impermeable y con protecciones especiales para evitar una rotura en caso de tener un accidente con la moto.

Paró cinco minutos en la misma cafetería que visitaba cada noche, allí tomó un café doble con un bollo; azúcar y cafeína para soportar otra dura jornada. En el portátil comprobó su correo electrónico y las visitas del blog, cuatro millones el tercer video. ¡Record! Y partió hacia la barriada de La Orden, donde había quedado con quien le proporcionaría la mejor entrevista hasta el momento.

La vigilancia a la que estaban siendo sometidos los trabajadores de las secciones de ginecología y obstetricia del hospital rozaba la ilegalidad; policías y sanitarios estaban más cerca unos de otros que nunca, pero a él no le importaba en absoluto. Había logrado escabullirse a tiempo para ir a la caza de su nueva presa.

Tuvo que llegar a casa y cambiarse de ropa a toda prisa, salir sin que nadie lo viese y aparcar su coche a dos edificios de distancia del domicilio de la siguiente pecadora: Esther. Su reloj marcaba las once menos veinte, rezó para que la chica no se hubiese adelantado en su rutina habitual.

Esperó en la calle, bajo el voladizo de un portal para guarecerse de la lluvia, hasta que la vio aparecer por fin y la siguió al amparo de la oscuridad y el sonido del intenso aguacero. Entró tras ella en el edificio y subió las escaleras con sigilo hasta asaltarla con tanta furia que no tuvo casi que golpearla. Sintió que su menudo cuerpo se desvanecía como un monigote de trapo entre sus fuertes brazos.

La chica dejó caer las llaves al suelo. Él las recogió para abrir la puerta y entrar en la intimidad que le proporcionaba la vivienda. Tenía una hora, quizás hora y cuarto antes de que apareciese el novio de la chica, y pensaba aprovechar al máximo el tiempo.

La llevó en brazos al dormitorio y la tumbó con cuidado sobre la cama. No era una cama con cabecero ni estructura, solo el somier y el colchón sobre patas metálicas. Por suerte, llevaba siempre más cuerda de la que pudiera necesitar, así que ató cada pierna y brazo a las patas que sostenían el somier. Se aseguró de que estaban

firmes y comenzó a desnudarse, la chica parecía a punto de recobrar la conciencia y no quería perder un segundo.

—¿Qué haces? ¿Qué quieres? —preguntó Esther, aún aturdida y con voz queda, cuando lo vio desnudo ante ella.

No hubo respuesta, se habían acabado las conversaciones absurdas con las penitentes. Su misión no era justificarse ante ellas, ni mucho menos conversar. Tenía un cometido y se limitaría a él.

Sacó la tenaza y el bisturí de su pequeña mochila y se abalanzó sobre ella antes de que pudiera reaccionar. La chica trató de morderle los dedos con fuerza, pero él logró sacar su lengua y cortarla antes de que chillase. La cinta americana llegó unos segundos después, y el necesario silencio regresó a la estancia. La muy puta le había mordido y ahora le dolía, eso le costaría un castigo ejemplar.

Tuvo que cambiar el guante de látex roto por otro, observando con el máximo esmero que no hubiese goteado su sangre sobre la piel de la chica o la sábana. No estaba fichado y su ADN no sería fácil de descubrir, pero tampoco pensaba ponérselo fácil a quienes lo perseguían.

Se empleó con rapidez para cortar su abdomen y sacar estómago, vesícula biliar e intestinos antes de que se ahogara en su sangre. La zorra gemía de dolor y se convulsionaba, él disfrutaba con ello. Incluso levantó las vísceras para que ella pudiera verlas antes de colocarlas sobre la sábana. Era muy menuda pero más fuerte de lo que había imaginado, incluso aguantó hasta ver al que hubiera sido su bebé entre las manos ensangrentadas de su salvador; quien le mostró el producto de su pecado de soberbia y luego atravesó su minúscula cabeza con el bisturí. El nonato dejó de moverse en el acto.

Esther hizo un último intento por gritar y zafarse de las ataduras, en vano, ¿de dónde sacaba aquellas fuerzas? Y se sumió en el sueño eterno de la muerte.

Con el mismo nerviosismo de la primera vez, aquella era la tarea divina que había esperado realizar durante toda su vida, colocó el engendro fruto del pecado sobre el pecho de ella. Sacó el embrión del día anterior del tarro de cristal y se lo metió con cuidado en el

útero; luego introdujo el nuevo en el tarro para la siguiente ofrenda. Ya estaba purificado.

Se levantó para alejarse dos pasos de la cama, contempló su obra y sonrió satisfecho. El rito se estaba cumpliendo como había sido planeado, como había sido dictado por la voz del Altísimo.

Su cuerpo estaba bañado en sangre, igual que en las tres veces anteriores. El bermellón oscuro, casi negro bajo aquella tenue luz, confería a su piel un aspecto prodigioso. Pero no podía seguir con su cometido si no limpiaba la sangre mancillada de la pecadora. Se dirigió al baño y abrió el grifo del agua caliente. A los pies de la bañera descansaba la botella de lejía que había traído consigo para eliminar todo rastro.

Veinte minutos más tarde salía de la vivienda, dejando la puerta cerrada para que el novio de la chica, que estaría al llegar, no sospechase lo que iba a encontrar en el dormitorio. Bajó a oscuras las escaleras con una bolsa en las manos donde llevaba todo lo que había usado. Sonreía al pensar en los pocos minutos que faltaban para poder escribir la experiencia en su diario y rezar esa noche por la buena suerte que el Creador seguía proporcionándole en la misión que Él mismo le había encomendado.

VIERNES

¿Qué es lo que define el camino del virtuoso? Sus decisiones y valores, eso es lo que dictan las sagradas escrituras: la palabra de Dios. Ya van cuatro peldaños y quedan muchos más por subir, todos ellos gracias a tu bondad y tu salvaguarda.

No me abandones ahora, mi Señor, cuando más te necesito para encarrilar el sendero, para seguir tus designios, para cumplir la orden de barrer el pecado de soberbia a quienes desafían tu voz y deciden traer al mundo a niños que no tienen derecho a existir.

Son las tres de la madrugada y aprovecho para escribir durante el trabajo. El cerco se cierra sobre mí, pero sigo siendo invisible gracias a tu protección. Así que aquí me hallo, detallando las sensaciones que aún tengo frescas.

Cada vez está más cerca el aniversario del nacimiento de tu vástago, el que limpió de pecado el mundo, el que estará orgulloso de mi sacrificio y devoción, como él antes los sufrió en su carne. Yo mismo soy otro hijo puro, engendrado sin vicio ni deshonra; emancipado de flaquezas y cargas, pero deseoso de continuar tu labor de aniquilar la depravación que corrompe las mentes de los mortales. Esa es mi responsabilidad, mi deber. Mi privilegio.

Ya viste a la chica, comprobaste por su comportamiento que merecía el castigo impuesto. Ahora su fruto, ya purificado, será insertado en la matriz de la siguiente pecadora, formando un nuevo eslabón de la cadena que oprimirá la maldad hasta asfixiarla, así impediré que se propague entre los puros de corazón.

Sigo tus designios, mis pasos están definidos por tu voluntad, mi Señor. Ni siquiera sucumbí a los deseos de la carne, me mantuve alejado de pensamiento y de actos. Verás que estoy controlando el anhelo que el sexo siempre ha provocado en mí. Gracias por tu guía, por tu apoyo, por colocar tu mano sobre mi hombro cuando estoy más necesitado de fe.

Asumo el castigo que me será impuesto cuando tenga que rendirte cuentas. Aceptaré gustoso la penitencia de la llama eterna sobre mi cuerpo mortal, así como la repudia que generarán mi nombre y apellidos en los mortales. Será una justa recompensa por lavar los pies de millones de pecadores que no comprenderán, ni lo harán sus generaciones posteriores, que todo fue por salvarlos.

No sé hasta cuándo podré continuar, pero juro que lo haré con la misma devoción y entrega que hasta el momento. Más incluso, ya que no volveré a caer en el éxtasis que me produce el momento del castigo, y así lograré purificar por completo el ritual.

Ahora debo continuar con mi trabajo. Luego dormiré para regresar con la mente despejada a mi tarea. Necesito concentración, porque mañana será todo más difícil; los fines de semana son imprevisibles en las rutinas de muchas personas. No quiero errar justo ahora que hemos erradicado el pecado a cuatro descarriadas, cuatro soberbias, y aún quedan tantas por llegar.

21 de diciembre

Suspiró hondo al recordar la conversación mantenida minutos atrás. Sus padres siempre se volvían insoportables cuando llegaban estas fechas. Que si no fuera a beber en las cenas y salidas por las noches, que si la Navidad no era la mejor fecha para perder la vida en la carretera, que si este año tenían que cenar todos juntos en Nochebuena y no como el pasado, que decidieron no ir por el mal tiempo; que si cuidara de Esther ahora que iba a empezar a engordar con el embarazo.

No veía la hora de meterse en el coche y regresar a casa, darse una ducha y tumbarse en el sofá con una buena cena y algún partido de fútbol que echasen por la tele, aunque fuese en diferido. Esther habría frito ya unos huevos y croquetas de jamón. Se moría de hambre.

A Fernando lo habían contratado en una empresa de ferralla en San Juan del Puerto, prácticamente al lado de la capital, de su casa, eso era lo mejor del trabajo; pero en ese pueblo vivían su padres, y eso era lo peor. Estos, tras conocer la buena noticia, se empeñaron en que Fernando fuera a visitarles cada martes y jueves de la semana tras el trabajo, así lo verían unas horas y no se sentirían tan solos. Su primera reacción fue negarse, pero como recurría a ellos cada vez que tenía un apuro económico, acabó claudicando y soportando tardes eternas sentado en el viejo sofá del salón, con el programa de cotilleos en la televisión y el interrogatorio eterno al que sus padres lo sometían cada día.

Por fin iba en el coche, con la ropa algo mojada pero con dos fiambreras de comida de su madre que ya pensaba en el momento en que las devoraría ese fin de semana. La carretera estaba fatal, llena de charcos y sin visibilidad alguna. Había decidido tomar el camino que iba a la autopista para no hacer más kilómetros de la

cuenta por la antigua nacional. Tampoco se fiaba de salirse de la estrecha carretera con el temporal y los borrachos que regresaban al pueblo después de unas copas en las cenas de Navidad de la empresa. Y a eso le sumaba el coche, que pedía a gritos la jubilación, ni siquiera había ido a la ITV para que no fuese retirado del mercado; tenía las ruedas muy gastadas y el volante vibraba cada vez más. Pero ¿quién tenía los setecientos euros o más que costaría la reparación de un coche que valía aún menos?

¡Qué demonios! En una noche como esa agradecía que aún funcionara la calefacción, el calor del motor iba haciendo que recuperase la sensibilidad de los pies y dejase de tiritar. En verano la cosa cambiaba, no tenía aire acondicionado y bajar la ventanilla no era un alivio notable. Pero es lo que había. «A ver si es verdad lo que dicen, que los niños vienen con un pan debajo del brazo, porque ya va siendo hora de cambiar esta racha de mierda».

Tomó el desvío de la autopista, ahora solo quedaban cinco kilómetros y callejear unos minutos más para llegar a casa; eso si encontraba hueco cerca para aparcar.

Tenía tanta hambre que llamó al móvil de Esther para preguntarle por la cena y decirle que le quedaban menos de veinte minutos para llegar. No respondía, volvió a intentarlo. Tampoco. Seguro que estaba con la televisión a todo volumen y no se enteraba del timbre del teléfono, o se había quedado dormida. No era habitual en ella, pero como estaba embarazada y, según el médico, podía tener cambios de humor, náuseas, somnolencias y otras cosas raras, ya no sabía qué iba a encontrar a la vuelta del trabajo. Y según le decían sus compañeros que habían tenido hijos, podía ir a peor y encontrarse a su novia enfadada por la tontería más grande del mundo, llorando sin motivo o comiendo como un animal hasta engordar más de treinta kilos. ¿Sería esta noche una de esas en las que Fernando hubiera preferido quedarse a dormir en casa de sus padres?

Volvió a coger el teléfono y marcó el número de su novia. Un tono, otro tono, otro y otro más. Lo apartó de la cara y miró la pantalla para asegurarse de que estaba llamando al número adecuado. Dos segundos después, cuando volvió la vista a la carretera, se encontró con lo que menos hubiera esperado.

Eran las dos y media de la madrugada y aún no había señal de una nueva víctima. Los teléfonos de la central trataban de atender cada llamada lo más rápidamente posible y tener las líneas siempre libres para evitar que denuncias menores impidieran que se registrase lo antes posible el anuncio de un nuevo asesinato. Marcos estaba tan seguro de que el criminal seguiría con su rastro de sangre diario que no había ido a casa a dormir; permanecía junto a David en el despacho compartido, llamaba cada cinco minutos a la recepción y cada quince quería saber cualquier novedad que observasen las treinta patrullas que peinaban la ciudad.

—Quizá nos equivoquemos —dijo David Sobrá en un murmullo. Sabía que el presentimiento era solo de su compañero, pero eran un equipo y los errores se compartían, igual que los triunfos.

—No, te garantizo que ya ha matado a su quinta víctima. Que no la hayamos encontrado es circunstancial, depende solo de tiempo. Ya verás que antes del amanecer estamos en un piso apuntando otra estúpida frase bíblica escrita en una pared ensangrentada.

—Pues no lo entiendo. Ese tipo lo tiene todo estudiado, prepara las escenas para que encontremos el cuerpo casi en el acto, pero ya son más de las dos y media y esto no cuadra.

—Tal vez tuvo un error no provocado por él mismo.

—No te comprendo.

—Que se encuentre el cuerpo también depende de terceros, y no siempre controlamos lo que hacen los demás. Unas veces encuentra el cadáver un vecino al ver la puerta abierta o tenemos un aviso por ruido. Entonces, ¿qué pasa si ningún vecino entra por esa puerta abierta? ¿Y si la radio o televisión se apagan y nadie denuncia el ruido?

David comprendió lo que quería decir, aunque no estaba del todo seguro de que los vecinos no usasen su curiosidad o no se quejaban por una televisión al máximo de volumen.

Nacho, el recepcionista de las noches, entró en el despacho casi a la vez que golpeaba la puerta de cristal. Marcos y David quedaron mudos y observándolo.

—Tenemos un aviso de la Guardia Civil. Se trata de un accidente de coche en la autopista.

—¿Qué tiene eso que ver con el caso? —preguntó David.

—Todo. El chico que conducía el coche se estrelló contra un camión que había pinchado una rueda y estaba parado en el arcén. Ha muerto en el acto. La Guardia Civil ha encontrado el teléfono y los documentos en el coche del fallecido. Como no han podido contactar con su pareja, fueron a avisarla a su domicilio.

—¿Su pareja es...?

—La quinta víctima del Destripador.

—¿Quién coño lo ha bautizado de ese modo?

—Ese no es el tema a tratar ahora, David. Pongámonos en marcha.

Hacía muchos años que Marcos no visitaba aquella zona de la ciudad. La barriada de Pérez Cubillas fue como su segundo hogar a la edad de veinte años, allí vivían su mejor amigo y una novia que tuvo durante dos años. La zona había cambiado mucho desde entonces, más de lo que habría imaginado. Aunque de noche todo adquiere un aspecto diferente, las calles vuelven a su esencia principal, incluso el olor y los sonidos parecían transportarlo en ese momento al mismo lugar que recordaba haber frecuentado más de una década atrás.

Ante la puerta del edificio había una ambulancia, dos vehículos oficiales de la científica, el coche privado de la forense y dos patrullas de la Policía Nacional más otra de la Guardia Civil, todos con las luces encendidas. Eso, sumado a la cantidad de vecinos y curiosos congregados alrededor, grabando con sus teléfonos móviles, le hizo extrañar la ausencia de Laura haciendo un directo o entrevistas a testigos. ¿Dónde estaría? Eso no tenía importancia, no era el momento de llamar a su pareja, debía concentrarse en el caso. ¿Quién sabe? Quizás el asesino había cometido un error, tal vez tuviesen una huella o muestra de ADN. El factor suerte suele ser muy decisivo en algunos casos, sobre todo en los que el criminal es metódico e inteligente.

Algo llamó su atención cuando estaba a punto de entrar por la puerta del edificio. Sofía Vidal, la chica del blog que volvía locos a su comisario y demás superiores, salió huyendo de la zona en cuanto él apareció. «Tranquila, no pienso invertir un solo minuto en perseguirte, que lo haga Paco si tanto le importa taparte la boca».

Pidió a David que se quedase en la calle para coordinar la seguridad ante los ciudadanos, ya que algunos estaban insultando a los agentes y asegurando que, si la policía no era capaz de encontrar al asesino, lo harían ellos mismos. ¿Se podría complicar más aún el caso? Por supuesto, con vecinos armados con palos, cadenas, incluso escopetas, tomándose la justicia por su cuenta.

Entró en el edificio, las escaleras estaban oscuras y sumidas en un murmullo que le provocó dolor de cabeza antes de llegar al sexto escalón del primer tramo. Ese murmullo fue haciéndose más intenso, nítido y ¿familiar? hasta el punto de tener que pararse y sacudir la cabeza, no era posible lo que creía estar oyendo. —No, no puede ser —se dijo. Terminó de subir los escalones de tres en tres y llegó al segundo piso. Jamás hubiera imaginado lo que tenía ante sus ojos.

—¡Qué sorpresa! Nos alegramos de tener aquí al inspector encargado del caso de los asesinatos en serie. Inspector Marcos Navarro, ¿querría hacer alguna declaración en directo para los informativos de Canal Sur?

Marcos estaba pálido, petrificado, con el foco de la cámara deslumbrándolo, con los vecinos que abarrotaban el rellano mirándolo en silencio, con gotas de agua aún cayendo por su frente y con unas ganas tremendas de cometer un homicidio ante las cámaras.

Entró en la vivienda a toda prisa, en cuanto pudo reaccionar y ver por el rabillo del ojo a uno de sus agentes tras la puerta abierta. Allí, en el pasillo del piso, pudo respirar hondo y tratar de tranquilizarse. Llamó al agente y le ordenó evacuar el rellano del portal lo antes posible, sacar a la prensa y que los vecinos se fueran a sus casas, exceptuando quienes fuesen testigos. Luego cruzó el pasillo para verse con la forense.

—Menuda ha montado tu novia. Vaya circo.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Tranquilo, pistolero, no lo pagues conmigo. Yo también he tenido que esquivarla como he podido. Ya me dirás cómo consigue llegar antes que nadie. Quizás sea ella la asesina.

—Yo también estoy empezando a pensarlo. Aunque, tal vez después de hablar con ella, se convierta en la quinta víctima.

—Bueno, dejemos las bromas. Tenemos otra chica del Destripador.

—No, joder, ¿tú también con apodos a lo película americana? Ese asesino no es ningún protagonista de literatura victoriana, solo un fanático perturbado.

—Ya, pero entenderás que, después de trabajar durante tantas horas seguidas en plena Navidad, nos tomemos licencias para sobrellevarlo mejor.

Marcos lo pensó unos segundos y luego sonrió.

—Y tómate algo para esa gripe, que menuda cara tienes —añadió Maite.

—Bueno, cuéntame cosas sobre el cuerpo.

En ese momento llegó David, diciendo que Laura estaba formando un espectáculo porque la desalojaban de la escena, a pesar de tener autorización del alcalde, del fiscal y del comisario.

—Ya hablaré luego con ella. Adelante Maite.

—Esther Fernandez Torres, mujer blanca de veintinueve años. Vivía aquí con su novio, Fernando Gómez y estaba embarazada de nueve semanas. Esos datos son de tus chicos, que están barriendo el piso. Ahora viene lo mío: falleció entre las once y las doce de la noche. Como siempre, apostarí a que ha muerto a consecuencia de la hemorragia, aunque volvemos a tener la lengua cortada. En la autopsia descubriré si se ahogó antes de desangrarse. El modus operandi del asesino es el mismo que utilizó con la anterior: Gema Parreño. No ha hecho ninguna variación, al menos no he visto nada nuevo por ahora.

—Bien, poned más énfasis que nunca en buscar huellas —dijo a todos los presentes—. Sabemos que tarde o temprano cometerá un error. Acabará por confiarse y ese será nuestro momento. Quiero un registro a fondo del piso, además de búsqueda de ADN, dactilares, huellas de zapatos, pelos, escamas de piel, fibras de ropa... ¡Espera! Maite, olvidaste hablarme de los guantes de látex.

—¿Cómo dices?

—Tras el primer crimen me dijiste que había usado guantes de cirujano y que ibas a investigar en el hospital.

—Sí, lo recuerdo, disculpa. Los guantes son de Cyrex, una empresa que abastece al hospital desde hace muchos años. También al resto de hospitales y clínicas de la ciudad y del país. El asesino puede haberlos cogido de cualquier centro sanitario.

—Así será imposible... —murmuró Marcos.

—¿Perdón?

—Nada, hablaba conmigo mismo. Bien, veamos la pared.

por esto mandé que vinieran delante de mí todos los sabios de BABILONIA, para que me MOSTRASEN la interpretación del sueño. y vinieron magos, astrólogos, caldeos y adivinos, y les dije el sueño, pero no me PUDIERON mostrar su interpretación

—¿Seguimos con los soberbios? —preguntó a Cristina.

—Seguimos. Daniel 4-6 y 4-7. Algo alterado el mensaje, como diciéndolo de memoria y sin atinar con las palabras exactas, pero el mensaje es ese.

—¿Ha conseguido Nuria avanzar algo con el posible significado tras esas palabras? Quizá se trate de un galimatías que lleva al siguiente crimen.

—¿Eso crees?

—Este tipo deja la puerta abierta o el volumen de la televisión al máximo para que se descubra el cuerpo lo antes posible. Quiere notoriedad y no sería descartable que fuera dejando pistas para jugar con nosotros, para demostrarse o demostrar al mundo que es más inteligente que la policía; para ponernos a prueba, para dejarnos en evidencia. Es un juego de poder que algunos realizan por puro placer, también para sentirse superiores intelectualmente. Este no sería el primer caso, ni el último, en que un asesino en serie va dejando migas de pan, ¡joder, y nosotros no somos capaces de seguirlos!

—Se lo diré a Nuria, aunque ha estado cotejando las palabras que se muestran en mayúsculas, buscando correlaciones entre ellas

y las demás citas que aún no han aparecido. Pero no ha dado con nada que tenga algo de sentido.

—Bien, dile que siga intentándolo. David ¿qué sabemos del novio de la chica?

—He hablado por teléfono hace cinco minutos con sus padres, son muy mayores y están destrozados por las muertes de su hijo y su nuera. El chico iba a verles cada tarde de los martes y jueves tras el trabajo. Estaba con ellos unas dos horas y regresaba a casa. Les hacía compañía, a veces los acompañaba a hacer la compra, ya sabes.

—¿El accidente ha sido fortuito?

—Sí, sería imposible acabar intencionadamente con alguien de esa forma. Iba a solo cien por hora y había visibilidad, a pesar de la lluvia. Tuvo que distraerse e impactar con el camión que estaba parado en el arcén. Una cruel casualidad. Claro que revisaremos el vehículo a conciencia. A pesar de eso...

—Dime.

—Nada, es una conjetura.

—Pues suéltala, este es el momento.

—Creo que la escena de este crimen nos certifica que el accidente del novio fue casual. La puerta estaba cerrada y no había música, eso quiere decir que...

—Que el asesino contaba con que el novio descubriese el cadáver.

—Eso es. El accidente ha atrasado el descubrimiento, ha sido algo que se ha escapado al control riguroso del asesino.

—Lo que nos muestra que tenemos razón, que sus acciones no siempre dependen de sus actos, que puede cometer errores si deja suposiciones o la suerte en manos de terceros a los que no controla del todo —añadió Cristina.

—Así es, aunque me gustaría atraparlo por nuestra capacidad e investigación y no por un error cometido por él. Que todo el mundo permanezca alerta, quiero informes en menos de una hora sobre mi mesa.

—No me puedes hacer esto, no es profesional ni creo que nos beneficie a ninguno de los dos. ¿En qué estabas pensando cuando subiste al rellano y trataste de entrevistarnos a los policías o a la forense?

—Solo seguí mi instinto. Paco me dijo que tenía apoyo policial, que era la conexión entre las autoridades y el pueblo.

—Pero se refiere a que te limites a hacer comunicados pactados, a leer lo que ellos redacten para ti. Tú misma lo dijiste en la cafetería cuando lo discutimos ayer. Nada de hacer directos en el lugar del crimen ni improvisando información. Será él quien te conceda entrevistas diarias, o el fiscal o el alcalde, pero tras un acuerdo y con preguntas y respuestas predefinidas.

—Ellos no dijeron nada de eso durante la reunión.

—Claro que no, pero tú deberías saber qué era lo que pretendían de ti. ¿Piensas que te dejarán dar cualquier información que te apetezca?

Laura lo veía tan furioso que no se atrevió a decir nada más para no empeorar las cosas. Estaban sentados en el asiento trasero de su Ford Mondeo, el que la cadena le regaló tras estrellar su pequeño utilitario durante una retransmisión de un caso anterior. Javi permanecía fuera, apoyado en la puerta del conductor y sosteniendo un paraguas que lo protegía del aguacero.

—Supongo que tendré que hablar de nuevo con ellos, no quiero meter la pata y perder el privilegio de las entrevistas exclusivas, tampoco el dinero de la cadena.

Marcos suspiró hondo, luego tosió como si llevase un volcán dentro del pecho.

—¿Te has tomado el Paracetamol? —añadió ella con un hilo de voz.

—Sí, aunque eso no importa ahora.

—Pareces tener fiebre. ¿Cuánto llevas sin dormir? ¿Y sin ducharte o cambiarte de ropa? No se puede vivir a base de café, tienes que descansar.

—Ya descansaré cuando tenga encerrado a ese cabrón.

—Cuatro chicas en cuatro días y no tenéis nada que os acerque a él. Esto se va a extender demasiado. Y será perjudicial para la

ciudad, igualmente para vosotros. Creo que tú lo sientes también. Solo espero que no te dejes atrapar como tu amigo Pablo Aguilar lo hizo con el caso de El Fantasma. Esto es solo un trabajo.

—No, no lo es. Es salvar la vida de inocentes. Cuanto antes lo detenga, más vidas escaparán al destino que ese enfermo ha preparado para ellas.

—Por favor... No te había visto nunca antes tan inmerso en una investigación, tan implicado a todos los niveles. Estoy dispuesta a quitarme de en medio, a no aparecer más por ninguna escena del crimen y quedarme en casa si tu me prometes tomártelo con más calma, a descansar siete u ocho horas al día, a medicarte la gripe y a no obsesionarte; no deja de ser un caso más, por muy macabras que sean las muertes.

—No puedo prometerte nada. —Marcos tomó sus manos entre las suyas, estaban muy frías, y las besó con delicadeza—. Valoro mucho tu preocupación, pero lo que cada policía se adentra en un caso es algo que no puede controlar como le gustaría.

—Esas palabras no me transmiten mucha confianza.

—Piensa que esto acabará tarde o temprano. Espero que antes de lo que el asesino haya planificado.

—No me preocupa eso, sino en quién te convertirás cuando todo pase, en lo que el caso deje dentro de ti para siempre.

Laura fue a besarlo, pero Javi entró en el coche sin avisar y rompió el momento que se había creado.

—¡Coño, cómo llueve ahora!

—Ya te podías haber esperado unos minutos, o haberte metido en el portal —le espetó Laura de mala gana.

El operador de cámara hizo oídos sordos y se acomodó en el asiento del conductor, subió la calefacción dos puntos y puso la radio. Mientras Laura pensaba en la forma de echarlo, Marcos se escabulló y los dejó a solas.

—¡Perfecto! —dijo Laura al darse cuenta de la situación.

—¿Qué dices?

—Que Marcos se ha ido por tu culpa. Aún no habíamos terminado de hablar.

—No esperarías que me quedase toda la noche bajo la lluvia y el frío ahí fuera.

- ¿Es eso una pregunta? Anda, arranca.
- ¿Adónde vamos?
- A la comisaría.

Otra noche sin poder dormir. Desde que hizo la mili en Cerromuriano, Córdoba, no trasnochaba tanto. Ni siquiera en su etapa de agente patrullando las calles tuvo que hacer esos turnos tan extraños. Por suerte, había previsto la situación y se había marchado antes a casa, donde se acostó a las diez de la noche. Estaba agotado como tras un día de pesca en pleno verano bajo el sol.

En el despacho, los informes del caso sobre su mesa ocupaban ya más volumen del que podía asimilar. Tendría que dar una charla a sus muchachos sobre la importancia de hacer resúmenes. No había nada en concreto sobre los textos de las paredes. No tenían huellas dactilares ni ADN del homicida, y eso que se duchaba en cada vivienda; ni siquiera desmontando los desagües de las bañeras habían encontrado un puto pelo. No había testigos presenciales. Eran chicas que no tenían nada en común salvo estar embarazadas y tratarse sus gestaciones en el hospital Juan Ramón Jiménez, donde lo hacían casi todas las embarazadas de la ciudad y pueblos de los alrededores. No encontraban nada en sus vidas y entornos que hiciese pensar que las víctimas hubieran sido soberbias. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Pararía el asesino antes de ser descubierto y detenido? ¿Tenía la Policía los recursos necesarios para atraparlo? ¿Cómo quedaría marcada la ciudad tras el paso de semejante monstruo?

Las órdenes desde arriba estaban claras: todos los efectivos quedaban destinados al caso, todos. Eso le incluía a él mismo. Pero no quería ser un gallo viejo y desentrenado que obstaculizase el trabajo de su mejor policía. Marcos no podría llevar el caso con libertad si él trataba de estar por encima. Tendría que hablar con él para llegar a un acuerdo mediante el cual quedase clara la buena armonía y la cadena de mando. Marcos llevaría el peso y dirección

de la investigación, pero eso no debían saberlo el alcalde, el fiscal ni el ministro del interior.

Dejando a un lado quién mandaba o daba las órdenes, el caso debía recibir sangre fresca, nuevas ideas, un punto de vista diferente y adiestrado. Era el momento de llamar a Eva Díaz.

«Paco, tienes una visita», sonó por el intercomunicador.

—No quiero habla con nadie, no me molestes —respondió al recepcionista.

«Dice que es importante y añade, textualmente, que te dejes de gilipolleces, que todos tenemos sueño y ganas de irnos a casa».

Paco no respondió, levantó la mirada sobre los pilares de carpetas y folios que tenía sobre la mesa y vio a Laura al otro lado del cristal.

—Dile que pase.

Era la primera vez que Laura entraba en su despacho y pareció sorprenderse ante el reducido tamaño de la estancia; y aún más por la cantidad de fotos con que Paco decoraba las paredes, algunas de su juventud como policía; escenas de condecoraciones; reuniones en bares con compañeros; otras personales con sus hijos; y más recientes con sus nietos pescando en el pequeño barco que le daba la vida. Todos allí sabían que contaba los días que quedaban para su añorada jubilación. La reportera, tras saludarlo cordialmente, se sentó al otro lado de la mesa; desde allí no podía ver más que su cabellera canosa sobresaliendo tras una montaña de papeles.

—Bueno, ve al grano, estoy hasta arriba de trabajo.

—Como todos. Salvo que algunos saben lo que tienen que hacer y otros no estamos seguros del todo.

—No creo que sea muy difícil entenderlo, se te ve una chica inteligente.

—Ilústrame para que me quede claro.

—Tú haz una entrevista cuando te digamos, informa sobre lo que te digamos, y calla el resto para no perjudicar a la ciudad ni a tu novio.

—Ni se te ocurra mencionar a Marcos, él no tiene nada que ver en esto.

—Navarro tiene un trabajo que depende de cuánto creamos que se ha ido de la lengua con su pareja, reportera dicharachera.

—¡Anda, una broma! No te creía capaz de retar a David Sobrá en un concurso de chistes.

—No uses el sarcasmo conmigo, jovencita —dijo muy serio.

—Has empezado tú. Y ni se te ocurra mirarme o hablarme como a tus subordinados, no te funcionará —apuntó inclinándose sobre la mesa y retándolo con la mirada.

—Bueno, es que me preguntas algo que creía obvio.

—No tanto cuando he tenido que venir a asegurarme. No quiero perderme los nuevos crímenes, ni informar cinco horas después de que lo hayan hecho el resto de canales nacionales, autonómicos, incluso locales; ya no digamos esa cría que se está llevando el trozo grande del pastel con su blog. Mi cadena no me permitirá ni por asomo ese desfase de tiempo, y menos aún la merma de calidad, aunque les garantice declaraciones del alcalde, del fiscal o tuyas; que, por cierto, imagino que no me aportarán datos de interés público sino mensajes de calma para la población.

—Lo dicho, eres una chica lista.

—Pues cancelamos el trato.

—¿Cómo has dicho?

—Que no me interesa. Es un caramelo con trampa, y de los amargos. No pienso dejar de informar de la noticia para convertirme en una representante de las autoridades que miente a la población y les dice que va todo bien y que salgan a hacer sus compras navideñas como si nada pasara a su alrededor. Para eso el estado ya tiene a los presentadores de los telediarios. No pienso convertirme en un arma fascista.

—El trabajo de Marcos depende de...

—Su trabajo está más que garantizado porque es el único en esta comisaría, y te incluyo a ti, que puede cazar a ese asesino antes de que se canse de rajar embarazadas. Ni se te ocurra volver a amenazarme con despedir a mi novio o le llamaré en el acto para decírselo, y luego tendrás que lidiar con el mejor policía que tienes en un estado de desgana y cediéndote a ti la tarea de solucionar esta mierda. ¿Te quedó claro?

—Esto...

—Si queréis hacer ruedas de prensa, será al cuarenta sesenta, os dejaré cuatro preguntas a vuestra elección y seis para mí.

- Sesenta cuarenta.
- Cuarenta sesenta o sigo haciendo directos como hasta ahora, informando de lo que veo sin medida ni censura alguna.
- Cincuenta cincuenta.
- Cuarenta sesenta.
- Joder.
- Cuarenta sesenta. No es negociable, Paco.
- No esperes que baile contigo en la cena de Navidad de la comisaría.
- Eso será un alivio, el año pasado me pisaste veinte veces en una sola canción.
- Lárgate de aquí antes de que cambie de idea.
- Mañana a las nueve menos cuarto vendré con mi cámara y más te vale estar listo.
- ¿Tan temprano?
- Y aféitate, por Dios. Y dile a algún inspector que te deje una corbata decente.
- ¿Qué le pasa a esta?
- ¿En serio? ¿Muñecos de Barrio Sésamo?
- Me la regalaron mis nietos.

El dispositivo de vigilancia no dejaba a ningún sanitario de la lista sin control, además del seguimiento que se hizo en la central de todas las coartadas. Ninguno de ellos se había ausentado de sus casas o se había acercado a los domicilios de las víctimas cuando se produjeron los asesinatos. Algo fallaba, o quizás en el hospital solo había un cómplice que suministraba información al asesino. Era necesario investigar los movimientos en el ordenador de cada uno de ellos.

Nuria Carvallo cotejaba las entradas en las fichas de las víctimas y anotaba cada una en un folio al lado del teclado. Comprobó que todas ellas tenían una docena de visitas, algunas incluso más, pero que había una clave de acceso que se repetía más que las demás y que estaba presente en los historiales de todas las víctimas. Buscó el nombre en el listado y no aparecía.

—¿Estás segura? Dime de nuevo el nombre.

—La clave es SDíaz02.

—Está bien, vamos hacia allí.

El subinspector David Sobrá temblaba ante la idea de volver a enfrentarse a la gerente del turno de noche del hospital.

—Marcos, esta vez hablas tú con ella —dijo David.

—Pensaba que te gustaba, que había una conexión entre vosotros.

—Vete a tomar por culo.

—Ja, ja, ja.

El aparcamiento frente a la puerta principal estaba casi vacío y dejaron el coche a escasos metros, aun así Marcos y David se mojaron al correr bajo la lluvia. La recepción estaba ocupada en ese momento por solo una administrativa, que parecía hipnotizada ante la pantalla del ordenador, y Teresa.

—¿Otra vez aquí? ¿No han formado ya bastante jaleo y han molestado al personal lo suficiente?

Marcos miró a David. Empezaba bien la conversación.

—Buenas noches. Acabamos de llegar de la escena de otro homicidio, ya son cuatro y el caso se agrava por momentos. Si no está dispuesta a colaborar, hablaremos con la dirección del centro para que la sustituya por alguien más capaz y dispuesta a ayudar.

—Esto... tampoco creo que tengamos que llegar a esos extremos. Yo me siento muy indignada, vi por televisión lo que estaba pasando y... tal vez si ustedes me hubieran dado más datos... En fin, ¿qué desean saber?

—SDíaz02. ¿De quién es esa clave de acceso al sistema del hospital?

—Déjeme comprobarlo. ¿SDíaz02?

—Eso es. Suecia, Dinamarca, Inglaterra, Alemania, Zaragoza, cero, dos.

—Vale, estoy en el programa de control de accesos. Simón Díaz Calero, celador del turno de mañana, casi siempre asignado a la UCI.

—Bien, quiero todo sobre él: dirección, teléfono, descripción física, tiempo que lleva trabajando aquí, funciones que desempeña al detalle...

—Deme un minuto.

Simón Díaz Calero no tenía turno esa noche, así que los inspectores fueron a su vivienda, situada en una torre de doce plantas de ladrillo rojo en pleno cruce de la avenida de Andalucía con la calle Galaroza, justo frente a la fuente del Quinto Centenario. David pudo aparcar en la calle contigua, aquella zona, llamada por los onubenses El Polígono, estaba completamente desierta a esas horas de la madrugada.

Tardaron más de cinco minutos en contestar al portero automático. Cuando los policías se identificaron, la puerta de metal del perímetro se abrió y unos segundos más tarde la del portal.

El reflejo en el cristal de la puerta hizo que Marcos se girase y comenzara a correr a toda velocidad por donde habían entrado. David quedó paralizado, no entendía lo que estaba pasando. Marcos llegó justo a tiempo para impedir que la chica acelerase la moto.

—¿Qué haces aquí? ¿Como has...? ¡Joder! Apaga el motor de una puta vez.

—No te voy a decir nada, madero.

—No hace falta. Ya sé que tienes pinchada la emisora de la policía.

—Un fascista inteligente. Aunque tampoco hay que se Einstein para averiguarlo.

—Déjate de gilipolleces. Tenemos orden de llevarte a comisaría. No te gustará lo que el comisario te dirá.

—No me jodas, no he cometido ningún delito. No podéis arrestarme. Este sigue siendo un país con libertades.

—Podemos retenerte durante setenta y dos horas sin motivo, y apuesto a que mucho más tiempo si examinamos las grabaciones que llevas en la mochila.

—Eso es fascismo, seguro que no tratabas como un nazi de mierda a la vendida de tu novia cuando husmeaba por tus casos.

Mira, chica, tenemos cosas más importantes que hacer. Vamos a dejar la conversación para otro momento, si controlas esa lengua; pero te tienes que largar de aquí.

—¡No fastidies! Vais a detener a un sospechoso y yo quiero grabarlo, estoy en la calle y tengo derecho.

—No vamos a detener a nadie, solo a hablar con él.

—Dime algo, aunque solo sea su nombre. Solo diré las iniciales en el video, te lo prometo.

—Largo, venga, no me hagas enfadar. Y ten cuidado con los rayos durante la tormenta.

—¿Los rayos?

—¿Has visto todo el metal que llevas en la cara.

—Gilipollas.

David lo había visto todo desde la distancia, Marcos regresaba con una sonrisa de oreja a oreja. Subieron a la quinta planta y allí, tras salir del ascensor, observaron a un tipo del tamaño de David esperando al fondo del oscuro pasillo, aún llevaba legañas en los ojos y marcas en la cara por las arrugas de la sábana. Marcos se alegró de haber ido con su compañero. Si su sospecha se certificaba, si aquel tipo era el asesino, reducirle no sería fácil. ¿Estaría armado y esperando a que los policías se acercaran? Por si acaso, el inspector quitó el seguro a su pistola de forma disimulada y la tira de cuero que la sujetaba a la funda.

David, caminando delante, notó a su espalda la preocupación lógica de Marcos. Se estaban enfrentando a un sospechoso de múltiples asesinatos en su propia casa en mitad de la noche.

—Ya pensaba que no venían, han tardado mucho en subir. ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Le ha ocurrido algo a algún familiar? —Su voz era ronca pero amable y educada, quizá demasiado.

—No, no se trata de eso. Quisiéramos hacerle unas preguntas sobre sus accesos al sistema informático del hospital.

—¿A estas horas de la madrugada?

—¿Podemos pasar?

—¿Se me acusa de algo?

—¿A qué se refiere? ¿Habría algo por lo que pudiéramos acusarle?

—No jueguen a eso conmigo, he visto muchas películas y no quiero que se me endose el muerto. Si no encuentran al asesino ese que dice la televisión, no se les ocurra usarme de cabeza de turco solo por mis antecedentes.

Marcos miró a David. Habían ido tan rápido a por él que olvidaron pedir a la central la búsqueda de una posible ficha policial. Error de novato. Necesitaban descansar.

—Pasad, no quiero seguir hablando aquí fuera.

Miró hacia los lados del rellano mientras decía eso, temeroso de que algún vecino pudiera estar escuchando. Los policías entraron tras él y lo siguieron hasta un salón decorado con lo justo, pero con mucho estilo para tratarse del piso de un tipo soltero de treinta y dos años. David echó de menos que la tele fuese más grande y que hubiera una videoconsola.

Simón se veía claramente nervioso, ni siquiera les ofreció asiento o un café.

—Aquello pasó hace mucho —titubeaba—, y lo pagué con dos años de mi vida en un pabellón aislado de la cárcel para evitar que otros presos me... Bueno, ya saben.

David y Marcos comprendieron que hablaba de violación o pederastia, los casos, además de terrorismo, que suelen provocar el aislamiento por seguridad de los presos. ¿Cómo abordar el tema o sonsacarle algo más definido sobre su delito y condena sin que él sospechase que no tenían ni idea de lo que hablaba? Lo de la conexión a las fichas de las víctimas a través de su clave lo dejarían para más adelante.

—Sí, ya sabemos —mintió Marcos—, pero una cosa es zanzar las cuentas con la justicia y otra mantenerse limpio tras salir de la cárcel. Al final, todo acaba regresando.

—No entiendo qué tiene que ver aquello con esas chicas que están siendo asesinadas. Yo jamás he tocado a una mujer —parecía avergonzado a la vez que pronunciaba aquellas palabras—. Ni siquiera los toqué a ellos, reconozco que había fotos en mi ordenador, que participaba en foros, pero nunca toqué a ningún niño.

Una vez aclarado el asunto por parte de los policías:

—Está bien, dejemos aquello al margen. Me gustaría que explicara su relación con las víctimas de estos días: Virginia López, Almudena Díaz, Gema Parreño y Esther Fernández.

—Yo no las conozco de nada, no sé de qué me hablan.

—¿Está seguro?

—Creo que necesito un abogado. Yo no he visto a esas mujeres en mi vida, y ustedes deberían preguntarme por mi coartada para luego comprobarla.

—Esa era la siguiente pregunta, no se ponga nervioso, nadie le acusa de nada.

—Y una mierda —parecía más nervioso a cada palabra y eso no era bueno para él ni para los policías.

—Relájese. Si desea un abogado, puede llamar a uno. No se le puede asignar ninguno de oficio por no estar acusado de ningún delito. Solo queremos que conteste a nuestras preguntas y luego nos marcharemos. Pero no logrará nada beneficioso para usted en ese estado de nervios.

—No quiero que se me acuse de algo que no he hecho. Solo voy a trabajar cada día, luego hago mis cosas: limpio la casa, hago la comida, voy a comprar, me acerco al gimnasio. Nada más.

—Bien, entonces díganos lo que ha hecho las noches anteriores entre las once y la una de la madrugada.

—Voy al gimnasio a esa hora, creo que tienen cámaras de vigilancia. Pueden preguntar cuando quieran. Es el Tanave, entre Los Rosales y la calle Honduras, no sé si lo conocen.

—Sí, el gimnasio de Pedro Perriñez.

—Eso es, pueden preguntarle a Pedro cuando quieran.

Marcos y David, tras despedirse y mientras abandonaban la vivienda, llamaron a la central para que asignase una patrulla de seguimiento al sospechoso, al menos hasta que se comprobase su coartada. Aún quedaban demasiadas horas para que abriera el gimnasio, así que pudieron organizar el turno de vigilancias de todo el día y la noche siguiente antes de irse a dormir unas tres o cuatro horas. Marcos casi no se tenía en pie por la fiebre y la congestión de la nariz y la cabeza, pero no podía abandonar en un momento tan delicado.

El sonido del despertador taladró su cerebro, que seguía a mínimo rendimiento por el sueño acumulado y por el dolor de cabeza ocasionado por la gripe. Sintió el calor y la respiración de

Laura a su lado. La abrazó unos segundos bajo el edredón nórdico y la besó en el cuello. El aroma de su cabello recién lavado se convertía en un motivo más que poderoso para mandar a paseo el trabajo y quedarse en la cama durante varias horas más, o lo haría si él hubiese recuperado la capacidad olfativa. Además, la responsabilidad apareció para morderle con saña y obligarle a salir de la cama.

Se quedó helado tras abrir la puerta del baño. Era imposible que entrase tanta luz a través de la ventana. Si el despertador había sonado a las nueve... Regresó corriendo a la mesita y encontró el móvil apagado y el despertador digital marcaba las doce y seis minutos.

—¡Laura! ¿Qué ha pasado? ¿Cómo pueden ser las doce?

La chica ronroneó algo ininteligible y se cubrió la cabeza con el nórdico cuando él subió la persiana del dormitorio, que solía estar siempre subida porque a ambos les gustaba despertarse con la luz del alba.

—¡Laura!

—Que sí, pesado.

—¿Por qué has bajado la persiana? ¿Has apagado mi móvil?

—Después de unas noches como las anteriores, necesitábamos dormir. Antes está la salud que el trabajo.

—¿Has sido tú? Joder, estamos ante un caso vital. ¿Cómo me has apagado el teléfono? —Marcos se vestía a toda prisa.

—No se te ocurra irte sin ducharte, que hueles a cuadra, y tómate un desayuno en condiciones y una pastilla de Paracetamol.

En ese momento, justo tras encender el teléfono, saltaron varios mensajes de móvil. A Marcos se le salían los ojos de las órbitas mirando la pantalla. Laura comprendió que era mejor callarse para no empeorar más las cosas.

—Siete llamadas de David, cuatro de Paco y dos de Cristina. Tú y yo vamos a mantener una conversación en cuanto disponga de un minuto, sea este año o el que viene —dijo mientras la apuntaba con el dedo.

—En serio, Marcos, a cuadra. No creo que pierdas tanto tiempo por una ducha de cinco minutos.

En realidad fue de solo tres minutos, pero el agua caliente y el momento ayudaron a planificar el día antes de afrontarlo. No podía enfadarse con Laura por velar por su salud y bienestar, pero aquellas horas que había dormido de más podrían suponer un contratiempo, incluso costarle la vida a otra chica embarazada. Se sorprendió al notar que sonreía por el detalle que Laura había tenido. La imaginó en plena madrugada levantándose a hurtadillas para atrasar la alarma del despertador, apagar el teléfono y bajar lentamente la persiana.

Al salir notó el aroma de las tostadas y el café.

—Solo un minuto, en un minuto te da tiempo de sobra a tomar una tostada, un vaso de zumo de naranja y un café decente, no la mierda esa de la máquina de la cocina de la comisaría.

—¿Qué haría yo sin ti? —le dijo tras besarla en la frente.

Laura aún seguía en pijama. Se cruzó las solapas de la bata sobre el pecho en un gesto que al inspector le recordó cómo lo hacía su madre. Y algo peor, llevaba semanas sin hablar ni pasarse a visitar a su hermana mayor. No podía esperar siempre a Nochebuena para ver a su familia, menos ahora que vivía en la misma ciudad que ellos. ¿Por qué los días tenían tan pocas horas?

—Me voy, en serio, no puedo quedarme más tiempo —se levantó y la besó en los labios—. Y aunque te agradezco el detalle que has tenido, también el de preparar el desayuno, tenemos que hablar sobre lo de aparecer en las escenas de los crímenes como si fueses un agente del cuerpo.

—¿Agente? Yo me veo más como una oficial inspectora, una detective de primera.

—No bromees, recluta.

—No, mi capitán.

David esperaba en la puerta del Gimnasio Tanave, abierto ese sábado y con varias docenas de clientes entrenando dentro. Buscaron al propietario y enseñaron sus identificaciones. Pedro Perriñez no había cambiado mucho desde que Marcos entrenaba allí siendo adolescente, lo único destacable era la calva donde antes tenía un espeso cabello plateado. Pese al curso de los años, aún se

mostraba fuerte como un tanque. Perriáñez no pareció reconocerle, Marcos solo fue durante un año y medio, pero comprendía que no recordase las caras de todos los que habían pasado por su establecimiento.

—¿Qué pasa David? Contadme, porque no tenéis pinta de venir a haceros socios —dijo cuando pasaron a su pequeño despacho, lleno de trofeos de artes marciales y fotografías de campeonatos por todas partes, además de cajas y botes de suplementos alimenticios apilados por el suelo.

A Marcos no le sorprendió esa cordialidad con David, era habitual que casi toda la ciudad lo saludase como si fueran amigos de toda la vida.

—Queremos preguntarte por un socio tuyo. Perdona que no podamos quedarnos a charlar, pero tenemos mucha prisa.

Marcos no notó ningún reproche por parte de su compañero al decir aquellas últimas palabras, pero se sentía muy mal por haberlo hecho esperar tres horas. Había dormido más del doble que él, a pesar de ser idea suya la de estar haciendo todo lo posible, incluso no dormir, por atrapar al asesino.

—¿Conoces a Simón Díaz? —preguntó el inspector para tomar el mando en la entrevista.

—Grande, muy buen tipo, algo callado a veces. Le pega al saco como un animal salvaje; aunque yo lo encuentro algo pasado de peso, tendría que perder unos ocho kilos para moverse mejor y poder competir.

—Justo ese. ¿Sabes si ha estado entrenando estos últimos días?

—Sí, no se pierde una clase.

—¿Estas seguro de que ha venido estos días pasados? ¿Sabes a qué hora?

—Completamente seguro, a un tío tan grande lo echas en falta cuando no viene. Precisamente ayer me estuvo comentando que le dolía una rodilla, quería que le recomendase alguna crema muscular; me extrañó porque sé que trabaja en el hospital y allí tendrá médicos que lo aconsejarían mejor que yo. ¿La hora? La última clase es de diez a once, pero Simón se queda siempre una

hora más haciendo guantes, saco o sombra. Suele ducharse y salir cuando estamos a punto de cerrar, a las doce y cuarto de la noche.

—Bien, no sabes cuánto nos has ayudado, Pedro —respondió David.

—Llámame por teléfono la próxima vez si estáis apurados de tiempo, así os ahorráis el viaje, aunque me gusta que vengas a verme. Desde que no llevo en persona la seguridad de discotecas, casi no sé nada de ti.

—Bueno, ahí andamos, ahora este trabajo me absorbe todo el tiempo, pero nos tomamos unas cervezas cuando quieras. Dale recuerdos a Alex.

—El niño está detrás de la cortina, en el tatami dando la clase de la mañana. Ahora solo imparto una clase al día, la edad no perdona.

David le dijo entre risas que estaba hecho un toro, que no pusiera excusas. Marcos sonreía tras oír lo de «el niño». Para los padres sus hijos siempre son niños, aunque tengan casi cuarenta años, como el hijo de Periañez.

—Dile que no puedo pararme, que ya lo saludaré en otro momento.

—Muy bien, pues tened cuidado ahí fuera, que hay mucho loco suelto. —David y Marcos sonrieron mientras eran acompañados a la puerta de salida del gimnasio—. Y la próxima vez que venga un inspector famoso a su antiguo gimnasio, ya podría hacerse una foto conmigo para el Muro de la Fama, que me haría mucha ilusión.

Marcos lo miró asombrado, se acordaba de él aunque hubieran pasado más de quince años. Observó también la pared tras la recepción, donde Pedro aparecía en infinidad de fotos con personajes de la talla de Jean-Claude Van Damme, Sylvester Stallone, algunos campeones del mundo de artes marciales y famosos de otros sectores. Aquel muro ya estaba cuando Marcos entrenaba, aquel año pensó muchas veces que sería una pasada conocer a tantas personalidades del deporte, cine y demás. Y ahora le estaba pidiendo una foto a él para el Muro. A él.

—Pensaba que ya no...

—Recuerdo más a los socios que tenía como alumnos en el tatami que a los que solo venían a hacer pesas, pero te recuerdo, Navarro. Para ti habrá pasado mucho tiempo, pero para mí fue ayer.

—Entonces, solo puedo decir que esa foto sería más honor para mí que para ti, y que espero apuntarme a las cervezas.

Entraron en el coche de Marcos, el de David seguía en el taller de la policía para su reparación tras la carrera nocturna, pero el inspector no arrancó el motor, se quedó pensativo, incluso con cara de malestar.

—No pasa nada porque no lo saludaras —le excusó David—, estamos trabajando y no es tiempo de socializar; además, Pedro no es rencoroso.

—No se trata de eso. Primero fue el ginecólogo y ahora el celador. Llevamos dos sospechosos que nos desmontan la acusación con su coartada al instante. Es como si el asesino supiera lo que vamos a hacer, como si fuera un paso por delante dejando migas de pan para llevarnos por los caminos que le interesan.

—¿Tan listo crees que es?

—¿Listo? Sin duda. Pero hay más. Conoce nuestra forma de investigar, de actuar, los procedimientos.

—Y está conectado con el hospital sin ser uno de los doctores o enfermeros.

—Yo también lo creo. Y apuesto a que lleva años planificando esto. A las víctimas las habrá tenido que elegir de forma apresurada por su situación particular de embarazo, pero todo lo demás lo controla a un nivel... casi de autista. Es un mago de la situación; nos despista con trucos en los que tiene muy claro hacia dónde hacernos mirar para que no lo descubramos. Es el puto Messi del crimen.

—¿Messi? A ti no te gusta el fútbol.

—Ya, pero conozco a Messi y lo he visto en algunos partidos. Este tipo que buscamos es alguien que controla el entorno y lo que hace a un nivel de detalle que se le escaparía a un simple asesino. Fíjate que es capaz de matar cada noche sin que nadie lo vea, tomándose su tiempo, sin dejar rastro a pesar de ducharse en la escena del crimen. Es increíble que pueda entrar y salir como si se tratase de un fantasma.

—Bueno, algunas cosas son sencillas, ya has visto cómo son la seguridad y las contraseñas del hospital. Además, de noche y con esta tormenta, casi no hay gente por las calles; si controla los

horarios de las víctimas, es fácil para él entrar en los edificios amparado en la oscuridad y esperarlas, o llamar a sus puertas.

—¿Crees que le abren la puerta todas las víctimas? Entre ellas no había contactos en común en los teléfonos móviles.

—Quizá va bien vestido y es apuesto. Tal vez lleve un uniforme de bombero o policía. La gente se fía de ellos, no temen a darles la espalda.

—En resumen... Actúa con total impunidad ante más de setenta policías que vamos tras él. Parecemos niños corriendo tras un velocista profesional.

—¿Quieres decir que solo podemos esperar a que tropiece y caiga? ¿Que no lo atraparemos por mucho que nos esforcemos si el no comete un error?

Marcos no respondió, arrancó el motor y partió. Comenzaba a llover de nuevo sobre la ciudad.

Eva Díaz había charlado con Marcos durante unos breves minutos antes de su exposición, no se veían desde hacía un año para tratar de atrapar a otro asesino en serie y no había tiempo para más. La cocina de la comisaría contaba con ocho policías, además de Irene, Paco y la propia psicóloga. No había sillas para todos, los dulces se habían terminado en un santiamén y la cafetera no daba abasto.

—Chicos, un poquito de atención. ¡Vamos!

El cabello platino de la psicóloga criminalista, en contraste con las cejas y ojos oscuros, se agitaba mientras golpeaba la pizarra blanca que Irene le había colocado para su exposición. Eva Díaz era menuda, pero su tono de voz grave fue más que suficiente para lograr que todos callasen.

—Tenemos a un homicida en serie y el tiempo apremia. ¿Qué sabemos por ahora? —comenzó con sus características preguntas retóricas—. El ritual que realiza, tanto sobre la víctima como en el embrión o feto, y la pintura de la pared.

—También la investigación que hace para elegir a las víctimas y la precisión en sus movimientos —dijo Guillermo.

—Ya, pero eso lo convierte en metódico, detallista, algo para lo que no me necesitáis a mí —el resto de compañeros miró a Guillermo con algo de sorna y él se sonrojó—. Vamos a centrarnos en los motivos que lo podrían llevar a cometer sus crímenes, y eso lo tenemos delante. Ataca a mujeres embarazadas, se ensaña con su útero y termina asesinando a los nonatos. ¿Por qué?

Todos estaban en silencio, expectantes ante las palabras que fuera a pronunciar a continuación. Incluso algunos tenían la taza de café a mitad de camino de sus bocas.

—Necesita matar a madres e hijos porque tiene una rencilla personal con su propia madre. Algo está pendiente entre ellos, quizá un suceso aislado o una educación recia y constante que forjó a quien es ahora, y él trata de solucionar dicho conflicto personal con estos crímenes. ¿Qué hay de las citas bíblicas? Estas nos dibujan un perfil de persona que ha estado en constante contacto con la religión; aunque dudo que sea un seminarista o antiguo párroco o fraile; apostaría por alguien sometido de forma obligatoria a las enseñanzas católicas, alguien que ha visto cómo se fusionaban a su ADN en lugar de acogerlas por propia voluntad.

—Aún no tenemos la relación entre los escritos, entre el rey Nabucodonosor y la soberbia, con los castigos a embarazadas —apuntó Cristina.

—Quizá no se refiere al embarazo en sí, tal vez esté castigando por otros motivos a las mujeres y a sus nonatos —respondió la psicóloga—. Quizá los soberbios sean los embriones, o castiga a embarazadas y a sus hijos por haber hecho algo que aún desconocemos y que está al margen del embarazo.

—Ese es el camino a seguir, además de estar atentos a cualquier fallo que cometa ese cabrón —dijo Paco, que se había mostrado como ausente hasta ese momento.

—Descubrir la relación entre la soberbia y los rituales nos podría llevar hasta el asesino —dijo Marcos.

—Os enfrentáis a alguien muy inteligente. —Volvió la psicóloga a tomar la palabra—. Si es capaz de organizar un crimen perfecto cada noche durante muchas consecutivas es porque lo tiene todo estudiado. Conoce cómo trabaja la policía, los hábitos de sus víctimas y su entorno cercano. Se arriesga a cometer un error

provocado por terceros, pero todo le sale bien. Eso le habrá dado mucha confianza, cuenta con la suerte, pero quizá no siempre sea así. Buscad un tipo grande, de unos treinta a cuarenta años, amable pero reservado, inteligente aunque no lo muestre con vanidad en público, que vive muy posiblemente solo, sin hijos y con un escaso interés por hobbies. No vivirá cerca ni conocerá personalmente a ninguna de las víctimas que haya elegido, al menos como amigo, compañero de trabajo o conocido de su entorno. Y el día que lo tengáis delante, yo no me arriesgaría a bajar la guardia por muy calmado que parezca cuando se preste a ser detenido; es posible que no valore su vida lo suficiente como para arriesgarla en un intento de fuga.

Todos se miraron en silencio, no parecía una descripción muy detallada; aunque Marcos no se mostraba tan contrariado, él había hecho un retrato mental casi idéntico los días antes y eso le daba seguridad por estar en el camino acertado. Incluso su anterior compañero y amigo, Pablo Aguilar, lo había aconsejado en esos términos. Debía buscar la relación entre las chicas sin distraerse con su entorno, algo muy personal las conectaba, ¿pero qué? Por otro lado, ¿qué esperaban sus compañeros de la psicóloga? ¿Una descripción física con tatuajes y cicatrices incluidas? Con esos datos proporcionados se podría acotar mucho la lista de sospechosos o detectar al asesino al entrevistarse con él.

Tras la charla, Marcos detalló las tareas que cada uno realizaría y los horarios para los cambios de turno. Y todos se marcharon dejando al inspector a solas con el comisario.

—No me siento muy cómodo teniéndote a mis órdenes. Deberías llevar la dirección del caso.

—El caso es tuyo, Navarro, lo llevas mejor de cómo lo haría yo y me sentiría más cómodo si te soy útil en lugar de dar palos de ciego y no permitirte avanzar.

—Bueno, espero estar a la altura.

—Tu aspecto no me ofrece mucha confianza, estás echo un asco, pero supongo que la gripe no te afecta al cerebro.

—Eso espero yo también —murmuró.

Ya iba a marcharse, David lo esperaba en la puerta, cuando se giró para una última pregunta.

—¿Qué habéis pedido que haga Laura?

Paco lo miró intrigado durante dos segundos.

—Se ha ido de la lengua, ¿verdad? Prometió no...

—No ha dicho nada, pero esa felicidad con la que se ha despertado la conozco muy bien, el brillo en sus ojos es señal inequívoca de que tiene algo con lo que romper la audiencia.

—**B**uenos días, estimados espectadores. Aunque eso es una mera forma de hablar, ya que seguimos bajo dos crueles tempestades que se recordarán durante años; por un lado la que se aprecia a simple vista —hizo un gesto con sus manos mientras Javi habría el plano para que se viese la fuerte lluvia—; la otra, en cambio, no la está mandando el cielo, sino un perturbado y peligroso asesino que ha acabado con la vida de cuatro mujeres en los últimos cuatro días. ¿Qué debe de pasar por la mente de alguien para levantarse una mañana y decidir poner fin a las vidas de personas inocentes de un modo tan cruel? Nos informan desde fuentes policiales sobre torturas, que no han especificado, tras las cuales fallecen las víctimas. Siento escalofríos con solo pensar en ello.

Laura hizo una pausa tras temblarle la voz en las últimas frases. Javi hacía zoom hacia los ojos tristes de la reportera y la cadena estaba insertando música suave de fondo; el efecto parecía estar dando sus frutos, el índice de audiencia se había disparado y otras cadenas ya estaban «enganchadas» a su directo para emitir de primera mano las declaraciones de las autoridades que solo habían hecho a la reportera andaluza.

—Desde la cadena, y por supuesto desde mi propia persona, les pido a todas las mujeres de esta ciudad, especialmente las de edades comprendidas entre veinticinco y treinta y cinco años, que no caminen solas por la calle, que no abran la puerta a ningún desconocido, que aumenten todas las precauciones posibles, especialmente a partir de las diez y media de la noche. La policía está invirtiendo todos los recursos, incluso revocaron hace dos días los permisos de vacaciones de todos sus agentes; tienen también el

apoyo de la Policía Local y la Guardia Civil. Pero, aún trabajando día y noche sin descanso, es imposible garantizar que capturarán al asesino antes de que pueda haber más víctimas.

Otra pausa de efecto.

—No tenemos muchos datos más, aunque desde la comisaría nos han pasado el perfil psicológico del criminal, al que definen como narcisista, egocéntrico, posiblemente homosexual y del que hayan abusado constantemente durante años. Quizá fue un chico que tenía deseos sexuales hacia su propia madre. Como pueden comprobar, las mujeres de la ciudad se enfrentan a un monstruo depravado que busca algún tipo de venganza contra ellas. Por favor, tengan mucho cuidado. Aquí Laura Moreno para informativos de Canal Sur.

El teléfono móvil mostraba cuatro llamadas perdidas cuando entró en el coche para guarecerse de la lluvia. Laura ocupó el asiento de atrás, Javi se sentó en el del conductor y dejó la cámara con el foco sobre el del acompañante.

—¡Joder, qué callada te tenías esa última información! No la habías compartido ni conmigo.

—Ahora no, Javi. Tengo que responder unas llamadas. Y te recuerdo que los datos son para decirlos en antena, no para cotillearlos con los amigos.

Laura llamó a la cadena en primer lugar, allí la felicitaron de un modo más que efusivo. Le dieron un crédito ilimitado para los gastos que tuviese e informaron de su prioridad informativa; cualquier dato nuevo podría emitirlo en directo aunque tuviesen que cortar el propio informativo de la tarde o la noche. Ella lo agradeció y colgó para atender la segunda llamada en orden de importancia en esos momentos: la de Marcos.

—¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre decir eso?

—Son los datos que tu comisario me ha dado.

—Joder, te acabas de convertir en cebo. Si ese lunático ve tu conexión, y seguro que la repiten en todos los canales como veinte veces, irá a por ti.

—Paco ya me lo advirtió, por ese motivo los tengo a ellos —miró a su derecha—, a dos de tus agentes. Esta noche cambiarán turno por otros dos que me seguirán allá donde vaya o vigilarán en la puerta de casa.

—¿Crees que eso me tranquiliza? Tengo que resolver el caso más difícil de mi vida con una gripe que me está matando, y ahora me entero de que el cebo para el asesino es mi propia pareja. ¿Sabes en qué situación me pones? ¿Sabes lo complicado que se vuelve todo? ¿Tanto te merece la pena el dinero que te han prometido como para arriesgar tu vida?

—No lo plantees así, no corro ningún peligro yendo acompañadas por dos policías constantemente. Ese enfermo no se arriesgará a atacarme. Además, según me has dicho, está siguiendo un ritual y elige chicas que tiene en alguna lista de embarazadas. No se saldrá de las que haya apuntado tras estudiarlas detenidamente, menos aún si puede arriesgarse a que lo detengan.

—Déjalo, dialogar contigo es imposible. Esta noche trataré de ir a casa a cenar, te lo confirmaré en unas horas. Espero que para entonces hayas entrado en razón.

Laura sintió que volvía a distanciarse de Marcos. Le llegó el recuerdo nítido de lo ocurrido en el caso del año anterior, entonces se debatió entre usar las informaciones que obtenía de él para lograr el ascenso a presentadora o ser fiel a su palabra y no defraudar al novio de adolescencia que acababa de recuperar. Optó por la primera opción y estuvo a punto de perder toda la felicidad con que contaba ahora. Y casi perdió también la vida al enfrentarse al asesino; la cicatriz de su estómago se lo recordaba cada vez que se veía desnuda ante el espejo.

Tomó el teléfono e hizo la tercera llamada, a su hermana Mariola. Sería gratificante oír su voz y pedirle consejo.

Ya pensaba que no habría nadie en casa, tal vez estuvieran almorzando en casa de los suegros de ella, algo que solían hacer a menudo en Navidades y verano, pero Rosa contestó al telefonillo tras dos minutos de espera y cuando Marcos estaba a punto de

regresar al coche. Su hermana abrió la puerta y él subió por las escaleras, al final del rellano apareció Cristina, su pequeña sobrina de cinco años, corriendo hacia él y gritando de alegría. Él la abrazó, besó y llevó en volandas de nuevo a su casa.

—Ni siquiera sé cómo se acuerda de ti —fue el saludo de Rosa—, con lo poco que vienes que verla.

—Ya imaginarás que no tengo tiempo para nada —respondió a su hermana mayor mientras le daba dos besos.

—Lo sé, supongo que llevas el caso ese del que hablan por la televisión. Me entran escalofríos cada vez que pienso en las pobres chicas. Llevo dos días saliendo y entrando de casa acompañada de Paco y mirando por la mirilla antes de abrir la puerta.

—Haces bien, aunque no deberías temer nada, salvo que estés esperando un nuevo hijo.

Rosa lo miró aterrada, Marcos comprendió que no debía haber dicho eso. Ese dato no se había filtrado porque solo aumentaría el morbo y agravaría el miedo por la crueldad de los crímenes.

—Vaya, creo que la gripe me está afectando a la cabeza más de lo que imaginaba —añadió.

—¡Dios mío! ¿Ese loco mata a embarazadas? Eso no lo sabía.

—Espero que entiendas que no puedes contárselo a nadie, ni vecinos, ni amigos, ni familia. A nadie.

—Sí, tranquilo. Algo así es terrorífico. Laura dijo por la tele que las mata torturándolas, ¡qué barbaridad!

Marcos miró a su sobrina Cristina, que tras el efusivo saludo y cariño iniciales había regresado a sus juegos y permanecía en el otro extremo del salón. Se alegró de verla crecer, aunque no tuviese tiempo para estar con ella más a menudo. Le gustaría tomarse una tarde libre para llevarla de paseo a algún jardín con castillos de juegos de esos de colores o al cine, ¿habría alguna película infantil en cartelera? Había creído ver por la ciudad carteles de la nueva de Mary Poppins.

—No tengo mucho tiempo, comprenderás que...

—Es lógico, ya imaginaba que no te quedarías a almorzar.

—Siento que no esté Paco para saludarlo.

—Está en el gimnasio, le daré recuerdos de tu parte.

—Gracias. Por cierto, haces bien en tomar esas precauciones, nunca se sabe...

—Espero que lo atrapes lo antes posible.

—Cuenta con ello. —Trató de sonreír tras pronunciar esas palabras. Él también deseaba hacerlo, otra cosa es la poca confianza que tenía en lograrlo.

Se marchó tras dar un último abrazo a su familia y regresó al restaurante donde se reunían varios de sus compañeros policías. Allí solo había un tercio de ellos, el resto saldría a almorzar en otros turnos y así estar pendiente de las llamadas de teléfono.

—Podías haber comido con tu familia, solo hubieran sido unos minutos.

—No, ya empecé esta mañana con mal pie y no quiero perder más tiempo, David. ¿Sabemos algo nuevo?

—Recibimos por fin los informes de las pacientes que solicitamos al hospital. Luego dicen que la población está envejeciendo..., deberías ver cómo las impresoras echan humo sacando cientos de fichas médicas.

—Bien, que Nuria y otros dos agentes se pongan a relacionar datos entre ellas. Quiero saber qué cojones tienen en común las víctimas y a qué chicas podría atacar el asesino en los próximos días.

—Pedí tu menú habitual cuando vi tu coche llegar al parking de la comisaría.

—Gracias, así no perderé mucho tiempo, aunque no tengo demasiado apetito.

—De eso ya me encargaré yo, que desperdiciar la comida cuando hay tanta hambre en el mundo es un crimen.

David se comió las sobras de casi todos los que había sentados a la mesa. La ruptura con su novia, implicando la obvia falta de sexo, le había dado un apetito feroz, si ya antes no lo tenía.

Cristina comentó a Marcos que había llamado a unos expertos informáticos para rastrear las entradas al registro del hospital, tocando maderas para que no se hubieran hecho desde terminales que usaban servidores en el extranjero o sistema de ocultación. A Marcos eso le pareció demasiado fantasioso, de espías incluso, pero no lo descartó porque se enfrentaban a alguien que lo tenía

todo demasiado bien atado como para no haber contemplado ese detalle por el que podría ser descubierto. Ahora tocaba convencer a Paco para firmar la hoja de gasto que suponía el sueldo diario de los expertos.

—Todo lo que sea necesario por atraparlo lo antes posible —dijo el inspector a su compañera.

Al otro lado de los ventanales del restaurante se apreciaba el ceniciento día, otro más en un oscuro y frío invierno que parecía decidido a quedarse durante las fiestas navideñas. A veces no se apreciaba bien la diferencia entre el día y la noche... La noche. Pronto el asesino actuaría sobre la quinta víctima, y ellos no tenían nada para poder detenerlo.

¿Durante cuánto tiempo sería así? La impotencia que sentía Marcos se había acrecentado tras ver a su pequeña sobrina, tras saber que Laura se había expuesto y tras ser consciente de que tendría que dar explicaciones en unas horas por una nueva muerte. La propia recepcionista, Irene, tan jovial y participativa, se había sumido en un velo de tristeza al ser la encargada de llamar a los familiares de las víctimas para dar las peores noticias del mundo. «Menudo regalo de Navidad —dijo esa misma mañana—, el karma que estoy acumulando no se compensaría ni aunque me tocase la lotería». Hasta sus bromas resultaban macabras ahora.

Lo peor de superarse a sí misma cada día era tener una presión cada vez mayor, un listón tan alto que no sabía si sería capaz de saltar con el siguiente reportaje. Los tres videos anteriores ya superaban los seis millones de visitas cada uno, había vuelto a triplicar el número de seguidores del blog y en unos minutos subiría el cuarto y mejor video de todos, con la entrevista lacrimógena del marido de la tercera víctima y sin censura. Además, lo había grabado en el propio dormitorio donde sucedió el crimen. Mil euros había aceptado el muy imbécil, cuando cualquier canal nacional le hubiese dado diez o veinte veces esa cantidad. Claro que Sofía Vidal conocía su nombre y dirección por las escuchas de la radio policial, mientras que el resto de canales estaría aún investigando.

El eslogan de su blog no podía ser más acertado: «el periodismo del siglo 22». Iba tan por delante del resto de compañeros de profesión, que casi sentía lástima al verles dar palos de ciego con sus furgonetas por la ciudad.

Había tenido que invertir dinero, mucho dinero, ya llevaba casi tres mil euros gastados en menos de cuatro días, pero había merecido la pena; y su estimación de ganancias por publicidad era de unos diez mil para ese mes. Recuperaría el dinero gastado y aún le quedaría beneficio. Sí, las cosas estaban saliendo de lujo.

Fue una suerte que el madero no la arrestase, esos fascistas de mierda no la frenarían en su derecho a informar a los ciudadanos. Aunque, ya de paso, también sacase tajada económica y laboral. Cuando la noticia terminase, cuando atraparan al asesino, ella ya tendría para ese mismo día un artículo conjunto con grabaciones de las escenas del crimen sin limpiar, con entrevistas aportando datos que la policía nunca había revelado, como las torturas al detalle y que las mujeres estaban embarazadas. Joder, tendría más de cincuenta millones de visitas, como poco. Con esas cifras de popularidad, los canales se la rifarían para contratarla y hacer un programa de realidad criminal.

Pulsó el play para comprobar que el video había subido correctamente antes de activarlo en el blog. Ante ella apareció el logo y la música siniestra que un amigo compuso como cabecera. Pensaba cambiar esa introducción por algo más profesional en cuanto todo aquello pasara. Por primera vez en sus videos, en el inicio no aparecía su cara como primer plano, sino Fidel, el marido de Gema Parreño.

—La vida deja de tener sentido cuando uno sabe que lo que más ama ya no volverá a estar a su lado. —Fidel lloraba mirando a cámara.

No podía ser más cursi la frase, más aún habiéndola escrito ella. Hay que darle al público lo que el público desea, es una premisa del entretenimiento, y las noticias son parte del mismo. Le costó catorce tomas que aquel inútil analfabeto dijera la frase de un modo creíble, sin titubear o que pareciese que leía un comunicado escrito por otra persona. Por suerte, le sugirió tomar unas copas para estar más relajado y eso influyó en que se viese más agotado y natural.

Sofía no aparecía en la entrevista, había decidido centrarse en quedar detrás de la cámara, haciendo las preguntas y logrando primeros planos del entrevistado mientras lloraba y balbuceaba las respuestas que ella tuvo que subtítular en la posproducción.

Tras unos diez minutos de preguntas, las menos escabrosas, apareció un avance de las que llegarían tras unos breves anuncios publicitarios. Breves... En realidad ocupaban casi todo el video, pero era lo que pagaba su sueldo; el último de todos pedía a los espectadores que se suscribieran a su blog para recibir notificaciones en sus correos electrónicos de los nuevos videos en el momento de ser publicados. La entrevista no continuaba, en su lugar, Sofía aparecía ante la cámara en un breve montaje sobre lo averiguado el día anterior y un resumen sobre cómo iba el caso. El segundo y definitivo bloque de preguntas llegaba al final.

Todo correcto. Pulsó sobre el botón de publicar y diez segundos más tarde ya aparecía como disponible.

Se sentía reventada, llevaba varios días durmiendo de dos a tres horas diarias y notaba su cabeza a un rendimiento muy bajo, algo que el café ya no lograba solucionar. Se tomó dos pastillas de éxtasis que había comprado la noche anterior y salió de nuevo a la calle. Su madre oyó la puerta de la casa al cerrarse y no pudo reprimir un hondo suspiro. No le gustaba lo que hacía la chica, tenía miedo por lo que pudiera ocurrirle, pero ya era adulta y no podía meterse en sus cosas. Además, contribuía en la casa con el dinero que ganaba en el blog, un dinero muy necesario ahora que su marido estaba en paro.

Debía apresurarse, el tiempo apremiaba más que nunca ahora que otras obligaciones, que no podía desatender, clamaban por su presencia. Ni siquiera se había ido del todo la escasa luz que dejaban pasar las nubes cuando llegó frente al portal de la vivienda. Siendo viernes a las ocho de la tarde, había mucha gente por la calle Pablo Rada; parecía que ni la lluvia ni la presencia de un monstruo, como lo definían en las noticias, frenaban la vida de consumo, avaricia y vanidad de la población. Sabía que su objetivo

estaba en casa, regresaba al mediodía cada viernes tras el trabajo y dormía la siesta. «Animales de conducta previsible», pensó.

Un vecino salía del portal y él logró detener la puerta justo antes de que se cerrase. Subió en el ascensor hasta el ático, allí buscó la letra C sobre la puerta de la vivienda y llamó. Tras la pregunta de la chica y observar movimiento en el visor de la mirilla, él mostró su mejor sonrisa y dijo lo que sabía que funcionaría a la perfección para que se confiara y abriese la puerta. Todo salió como está previsto, siempre era así. Llevó el cuerpo inconsciente al dormitorio, la desnudó y ató; luego se desnudó él y esperó paciente a que la chica se despertase para comenzar con su cometido, era más divertido si ella estaba despierta.

Durante el proceso sintió que otra persona estaba allí con él, observando su redención con una sonrisa en los labios. No era otra persona, era su guía, su pastor.

También le llegaron recuerdos casi olvidados.

Tiene doce años y ha vuelto algo más tarde del colegio, corre porque aún le quedan muchas tareas por hacer y reza para que su madre no sepa, a la vuelta del trabajo, que ha estado jugando al fútbol en lugar de cumplir con sus obligaciones. Sabe que el castigo será demasiado severo.

Es verano y suda al correr por la casa mientras limpia, friega los platos del día anterior, hace las camas y plancha la ropa. Cuando su madre llega, él ya está en el cuarto haciendo los deberes. Sería imposible que lo descubriera, ha sido rápido, listo y precavido.

Oye sus pasos antes incluso de meter la llave en la cerradura. Siente cómo entra en la casa y deja el bolso y el abrigo en la entrada, a la vez que saluda en voz alta; el chico le devuelve el saludo como cada día y espera a que llegue para darle un beso y preguntarle cómo le ha ido el día. Pero hoy no lo hace. Ella entra en silencio en el dormitorio, como un fantasma, se desnuda, luego se da una ducha y, tras secarse el cabello, se marcha a la cocina a preparar la cena. Él siente que no está en casa, que su madre no percibe su presencia, como si estuviera muerto... No, como si jamás hubiera nacido.

Se acerca a la cocina cuando el olor de la comida muerde su estómago. Ella coloca dos platos y reparte el contenido de la sartén, verduras salteadas, pero en silencio, como si lo ignorase. Se sientan a la mesa y rezan como cada noche. Cuando él está a punto de tomar el primer bocado:

—¿Qué tal el colegio? —pregunta ella de improviso.

—Bien, como siempre —permanece con el tenedor a mitad de camino de la boca, temeroso de lo que pueda ocurrir, lo que fuese. Ya conoce a su madre y aquella actitud no augura nada bueno.

—Parece que mi niño ya es un hombrecito —dice ella sin tocar aún su tenedor—. Pronto estará trayendo un sueldo a casa, un sueldo mayor que el de su inútil madre.

—No diga eso, madre, usted no es ninguna inútil.

—¿No? Yo creo que sí. —Entonces le dirige la mirada por primera vez desde que ha entrado—. Si no fuera una inútil, habría sabido que el desagradecido de mi hijo, al que he educado dejándome la piel y el alma desde que nació, se había convertido en un pecador que lleva la soberbia y la vanidad por banderas.

—¡Yo no he hecho nada!

—Y me gritas, ¡a tu propia madre! Pero ¿cómo te atreves? ¡Yo te he llevado en el vientre, desagradecido, siervo del demonio!

Toma el tenedor y lo clava en la mano del chico. Él grita pero solo un instante, luego aguanta el dolor y la ira, como ha hecho cientos de veces antes. Ni siquiera se atreve a sacar el tenedor de su carne.

—Se lo repito, madre, no he hecho nada malo. Hoy estudié como de costumbre y regresé para hacer las tareas de la casa y los deberes.

—¿Eso es todo? ¿No me ocultas nada? Me llamó tu profesor de gimnasia para decirme que eres el mejor jugando al fútbol, que incluso te quedas jugando unas horas en el patio tras las clases y que podrías hacer carrera en el deporte.

—Lo siento, madre, no se lo dije porque no creí que le interesase. El deporte no me distraerá de...

—¿De tu camino hacia el cielo? —lo interrumpe—. ¿De la senda que tanto trabajo y dedicación he puesto en abrir ante tus pies? ¿No has visto cómo son todos esos deportistas del fútbol? ¡Los mayores

exponentes del pecado! ¡Drogas, alcohol, mujeres, tatuajes! ¿En eso te quieres convertir? ¿Qué hay de humilde y entregado en la carrera de un futbolista?

—Yo no quiero ser futbolista, madre, solo juego con los demás niños en el colegio, nada más.

—¿Me llamas mentirosa? ¿Es eso? ¿Estás llamando mentirosa a la mujer que te trajo al mundo y que tanto esfuerzo pone en tu educación de la vida?

—No, madre, solo que el profesor se ha equivocado, yo no quiero ser futbolista, solo estudiar para ser alguien de provecho el día de mañana, como usted siempre ha querido.

—Lo que yo quería se ha torcido, y lo que se tuerce no regresa a su forma nada más que a golpes.

—No, madre, no...

—Calla y ve al cuarto a por la fusta.

—Por favor, madre, no. Juro que no volveré a jugar nunca más, pero no me pegue otra vez con la fusta.

—¿Estás cuestionando mi autoridad? ¿Eso es lo que aprendes en el colegio, a desobedecer a tu madre? ¡Trae la fusta!

El chico, con el tenedor aún clavado en el dorso de la mano, se levanta entre sollozos que no logra contener y camina despacio a cumplir la orden de su madre.

Las farolas, con la ayuda del agua que caía en esos momentos, generaban brillantes esferas de luz anaranjada. Guillermo estaba solo en su coche, devorando una hamburguesa que había comprado justo media hora antes, cuando debía incorporarse, tras un descanso de tan solo seis horas, a su nuevo turno de vigilancia. Bajo el asiento llevaba una botella vacía de Acuario de litro y medio, pasaría otra noche larga y no pensaba salir del coche para mear.

—¿Dónde cojones te habías metido? —Escupía trozos de carne y pan al preguntar a su compañero por la tardanza.

—Con esta lluvia ha tardado el autobús una eternidad en llegar —respondió Jorge, acomodándose en el asiento del copiloto a la

vez que se quitaba la gorra empapada.

—¿Autobús? ¿Por qué no has venido en coche?

—Porque no hay donde aparcar en este puto barrio.

—Vale, vale. ¿Quieres algunas patatas?

—No, gracias, no tengo apetito.

—Pues espero que hayas cenado, nos queda un turno hasta las nueve de la mañana. ¿Quieres que durmamos en tandas de tres o de cuatro horas?

—Me da igual.

—Vale, pues de cuatro. ¿Te importa que duerma yo antes? La hamburguesa está dándome mucho sueño.

—Tú mismo.

Entre conversaciones triviales, sobre todo explicando Guillermo lo que había hecho durante el día, y terminar de devorar la hamburguesa y las patatas, pronto acabó con el asiento reclinado y roncando. Jorge limpiaba los cristales cada veinte minutos para eliminar el vaho y observar con nitidez la entrada del portal donde residía la persona que debían vigilar. Tardó casi seis horas en despertar a su compañero, y no porque quisiera dejarlo dormir y descansar algo más, sino para no oír su interminable conversación, además de sus quejas por el trabajo que les había tocado cuando estaban de vacaciones una semana antes, unas vacaciones más que merecidas, según su insistencia.

Jorge no entendía nunca las quejas de su compañero y de otros policías de la comisaría. Guillermo estaba dormido en el coche patrulla en lugar de vivir el infierno que estarían sufriendo los agentes de la central, pasando la noche entre un mar de informes, dejándose los ojos ante el ordenador y la paciencia y los oídos atendiendo llamadas de quienes, aburridos, molestaban para decir que ellos eran el asesino o sabían que se trataba de ese vecino odioso que tenían. Se había comido una hamburguesa con patatas y ahora roncaba como una morsa en celo. No debería quejarse del sueldo que ganaba por no hacer nada.

Quitando a Marcos, Cristina y algún otro más, no respetaba a ninguno de sus compañeros, niños inútiles que estaban en el cuerpo porque no podrían trabajar en otro empleo. Menudo examen

psicotécnico tenían que pasar como para que se colase un noventa y cinco por ciento de inútiles paseaplacas.

El amanecer se mostró tímido bajo una breve tregua en la lluvia, pero ese alivio en la atmósfera no supuso un descanso en el rito que el asesino pensaba llevar a cabo a toda costa.

Unas horas antes:

Recibió el mensaje cuando aún era pronto para hacer la cena, ya suponía que eso sucedería. No podía luchar contra el amor verdadero de su pareja, solo adaptarse a él. Laura Moreno se levantó del sofá y miró otra vez a través de los visillos de la ventana, la patrulla de policía seguía en su misma posición. Eso la tranquilizó.

Bajó la intensidad de la luz en el salón, puso un disco de música jazz y marchó a la cocina para freír unos huevos, dejaría otros dos guardados para Marcos por si volvía de madrugada con hambre.

Laura necesitaba proteína aparte de las lonchas de pavo y el zumo de frutas que preparó para tomarlos en el salón mientras veía las noticias. En todos los canales aparecía ella, en todos, eso era dinero como nunca antes lo había ganado. Cada noticiario y programa de tertulias en los que aparecían sus intervenciones generaba pagos por derechos de imagen. Esperaba no haber cometido una locura, ya que estar sola de noche, tras la noticia que acababa de cubrir, le provocaba escalofríos. Apagó el televisor y volvió a encender el equipo de música. Terminó de cenar y se tumbó en el sofá, deseaba continuar con la novela Póker de asesinatos de Ager Aguirre, que estaba a punto de terminar.

El sueño la venció una hora más tarde, sumiéndola en una desagradable pesadilla.

Está en un pasillo oscuro, no reconoce la casa y nota el olor de un ambientador con aroma de lavanda. Se encoge ante la situación, siente frío y un miedo atroz. Mira hacia el otro extremo y observa una luz saliendo de una puerta no cerrada del todo. Aquel lugar la atrae de un modo que no podría explicarlo, tanto que se ve

caminando hacia allí sin habérselo propuesto; sus piernas... todo su cuerpo parece tener voluntad propia.

Se asoma desde el resquicio y observa un precioso dormitorio decorado con buen gusto, muebles blancos modernos con adornos dorados clásicos y luz ambiente muy suave. Entonces la ve tumbada en mitad de la cama. Retrocede unos segundos para asegurarse de que aquello es real. Hay una chica de su misma edad desnuda y atada de manos y piernas a los extremos de la cama. Está tratando de gritar pero un trozo de cinta americana se lo impide. Lloro desesperadamente. Laura se pregunta qué puede hacer, es incapaz de abrir la puerta para entrar, una fuerza en su interior se lo impide.

Una figura aparece de repente, un hombre, también está desnudo y sonríe de forma grotesca. Saca un bisturí de un maletín, la herramienta brilla a la luz de la mesita. La mujer chilla y Laura trata con todas sus fuerzas de abrir la puerta. El asesino, de rostro borroso, comienza a cortar el abdomen de la chica entre los esfuerzos de esta por zafarse de las ataduras. Laura oye sus quejidos ahogados en la cinta americana, también ve cómo el asesino se gira para sonreír mientras disfruta de su tarea.

Laura grita, insulta y golpea la puerta con todas sus fuerzas, pero no logra que se abra un milímetro ni que el asesino siga cortando el cuerpo de la chica, a la que ha sacado las vísceras; y ahora se enfrenta a su útero. Ella ya parece derrotada, no se mueve, quizás haya muerto desangrada. El embrión es diminuto, más pequeño que una alubia en las enormes manos del homicida, que ríe con su cuerpo salpicado de sangre. Cuando la víctima hace un último esfuerzo por zafarse, un último intento por salvar a su futuro hijo, el asesino clava el bisturí sobre la diminuta cabeza del nonato a la vez que suelta una carcajada. La mujer levanta la cabeza y mira a Laura, es una mirada desesperada y a la vez de decepción, entonces Laura ve el corte de su mejilla derecha, un tajo parecido al que ha recibido el embrión. La risa del asesino suena más fuerte que nunca y ella se derrumba sobre el suelo del pasillo, llevando sus manos cansadas a la cara para ocultar las lágrimas de la impotencia.

SÁBADO

Te he sentido, qué dicha más inesperada y bien recibida.

El cerco de esos policías inútiles se cierra y frena mis actos, pero no logra impedirlos del todo. Quizá sean cada vez más en número, y hayan advertido a través de esa zorra periodista a las mujeres de la ciudad, pero no podrán contra la mano ejecutora del Altísimo. Ahora más que nunca confío en tu guía, en tu voz de mando, en la misión que me has encomendado.

La pecadora no imaginaba que se encontraría con su destino cuando abrió la puerta, incluso mostró un rostro aliviado y complaciente antes de que me abalanzase sobre ella. Cuán necesaria es esta purga para contrarrestar los impulsos que el Maligno ha estado provocando en esta sociedad decadente. Cuán valiosa es tu tarea, a través de mi férreo brazo, en esta época de salvación y ayuno.

Lo siento mucho, mi Señor. Lo siento de veras, pero he tenido que volver a apresurarme en el ritual. No disponía del tiempo suficiente, no sin levantar sospechas en el trabajo, así que adelanté la hora de inicio y me obligué a trabajar más deprisa en el castigo a su soberbia. También tuve que emplearme más a fondo con la chica, que, a pesar de perder la lengua y tener la boca amordazada, se resistió más que ninguna otra. Perdóname por haber tenido que excederme en mis funciones. Espero que lo comprendas.

Cinco. Ya son cinco las ofrendas que te he hecho. Cinco las pecadoras, cinco sus ilegítimos vástagos nonatos, cinco los rituales de pureza realizados, cinco las limpiezas de alma, cinco las estrellas que me guiarán durante el resto del camino. Cinco, mi Señor.

Mañana tengo muy claro el camino a seguir, pero dudo sobre mis pasos en el siguiente ritual. Por un lado está la planificación estricta y metódica, que me garantiza, junto a tu guía, un éxito rotundo; pero por otro está la aparición que has puesto tan sabiamente ante mí:

una pecadora que merece el castigo más que ninguna otra y que, además de compartir con las demás el pecaminoso delito de la soberbia, también ha caído en pecado capital.

Dame una señal, dime qué hacer ahora que me siento tan perdido entre lo que debo y lo que deseo hacer, sé que estás cerca de mí, que no dejas de observarme y guiar mi mano. Te he sentido.

Te he sentido, lo sé.

Te he sentido en todo momento, como si observaras el brazo de tu siervo cumpliendo con tu voluntad desde el otro lado de la puerta del dormitorio hace unas horas, como si quisieras entrar para participar junto a mí del castigo divino.

Te he sentido.

22 de diciembre

Tras otra alerta por música alta, medio centenar de patrullas recorrían la ciudad a toda velocidad, con luces y sirenas incluidas; solo permanecieron en su puesto los que tenían orden de vigilancia de sospechosos. Cuando Marcos y David llegaron a la calle Pablo Rada, a solo unos metros de donde habían encontrado a la segunda víctima, Almudena Díaz, ya había un revuelo tremendo formado en la zona.

—Es imposible, no puede ser nuestro asesino —dijo David— es demasiado pronto, las diez y media... No puede tratarse de un nuevo crimen.

Marcos prefirió no dar su opinión, solo rezaba para que David tuviese razón y fuese una falsa alarma, aunque el aviso de la central lo había dejado bien claro: «un vecino se ha quejado del volumen de la música y nadie responde a los golpes en la puerta de la vivienda».

Observó a Laura y a su operador de cámara cuando pasaba por la acera para entrar en el edificio. Había casi un centenar de curiosos y la reportera trataba de llamar su atención a gritos, lo hacía porque los agentes no le permitían entrar en el edificio, solicitaba un trato de favor que ahora él no podía ni quería darle. Solo debía centrarse en el caso, bastante tenía con la gripe que no dejaba de atacar su mente, garganta y nariz, y con los informes que tendría que presentar a sus superiores en unas horas. Necesitaba dormir durante dos días seguidos, a ser posible en alguna desierta y lejana isla.

—Sigue soñando Navarro —se dijo.

Aquello era un hervidero de indignación y malestar, y pronto se convertiría en algo mucho más grave, con insultos y agresiones, si no lograban detener al asesino. Los ciudadanos cada vez tenían

más datos, la información confidencial se filtraba constantemente y, por desgracia, el fin del caso parecía estar cada vez más lejos.

Entre gritos de gente indignada, saludos formales de los agentes y las peticiones a gritos de Laura, vio aparecer la motocicleta negra. «La que faltaba...», suspiró. Entró en el portal y pulsó el botón del ascensor.

—¿Has visto a...? —trató de preguntar David.

—Sí. La he visto, y también a la otra llegando justo ahora, y a los curiosos indignados, los he visto a todos.

—Bueno, bueno, tampoco te pongas así.

—Disculpa, no veo el momento de que esto termine.

David no dijo una palabra más, ni durante el trayecto hacia el ático ni en la vivienda, donde ya estaban trabajando la forense y los técnicos de la división científica. Quizás él se sentía fastidiado tras romper con su novia Sandra, pero veía más agobiado a su compañero por la situación estancada del caso y por cómo se había involucrado Laura de nuevo como reportera. En casos anteriores había afectado a Marcos tanto personal como profesionalmente, pero nada en comparación con el semblante que ahora portaba.

El piso de la víctima era un amplio ático decorado por un profesional, con altos techos abuhardillados. Por todas las paredes y techos había luces led empotradas, ofreciendo una suave luz indirecta sobre muebles de diseño, casi todos blancos. Olía a lavanda y a comida. Así que Marcos fue a la cocina y no tuvo más que lanzar una dura mirada a los agentes que saqueaban el frigorífico para que estos regresasen a toda prisa a sus tareas.

Ninguno de los presentes estaba a esas alturas para bromas, así que Maite se limitó a dar un informe preliminar del estado del cadáver, Marcos lo iba apuntando en su libreta para enviarlo a la central y que se distribuyera entre los agentes que lo ayudaban en caso. Dejó a dos hombres de confianza registrando la vivienda y a Cristina tomando una foto del nuevo grabado en la pared:

hasta que entró delante de mí daniel, CUYO nombre es beltasar, como el NOMBRE de mi dios, y en quien moral espíritu de los DIOSES santos. conté delante de él el sueño, diciendo:

—¿Estás bien? —se atrevió a preguntar Maite cuando Marcos se marchaba.

—Claro, estoy de puta madre, este olor a vísceras, heces y sangre es lo mejor para la salud. Y no te cuento lo bonitas que son las vistas.

—Nunca te hubiera imaginado tan derrotado como para tirar de ese cinismo y sarcasmo.

—Pues perdona si no me disculpo, pero no estoy en el mejor momento de mi vida. ¡Ciñámonos a trabajar e intentar encontrar a ese cabrón de una puta vez!

Los presentes se giraron para mirarlo, todos se dieron por aludidos. Marcos se marchó ante su atónita mirada. «Joder, me estoy convirtiendo en Paco, no solo por el trato hacia los demás, sino porque también me importa una mierda no disculparme con ellos».

Al salir volvió a ver agentes en la cocina, algunos trataron de ocultar los botellines de cerveza. Esta vez no se molestó en entrar, a la mierda todo. No merecía la pena discutir con quienes le verían como un tirano en lugar de un líder que daba ejemplo trabajando con esfuerzo, estando enfermo y muchas más horas de las que el horario y el convenio marcaba. Aquellos agentes estaban en el cuerpo para tener un sueldo, no por vocación; se limitaban a cumplir órdenes, quejarse, intentar escapar de sus obligaciones y aprovechar la placa para entrar en discotecas sin pagar y eludir las multas por conducir borracho o a más velocidad de la permitida.

Eran las once y media, había estado cuarenta minutos en el piso, pero la calle seguía igual, incluso parecía haber mucha más gente interesada en conocer detalles sobre un cruel asesinato. El mundo se estaba volviendo loco a su alrededor y él no podía hacer nada por remediarlo. Quizá la sociedad mereciese el castigo que ese malnacido había decidido infringirle.

Entró en el coche a la vez que lo hacía su compañero y encendió el motor, pero se quedó allí, paralizado, sin pronunciar palabra, sin dar una sola explicación a las preguntas que David no se atrevía a formularle. Y así pasaron varios interminables minutos.

Pom, pom, pom.

Los golpes en el cristal lo sacaron del trance, se giró y vio la silueta de su novia al otro lado de la empañada ventanilla; casi no pudo reconocerla, estaba completamente empapada bajo la lluvia, con el cabello pegado a un rostro derrotado y manchado por el maquillaje. Marcos bajó el cristal a la mitad y la miró, sin decir nada. Laura parecía aterrada.

—Es la quinta —fue el murmullo que creyó oír escapando de su boca.

Él asintió con la cabeza. Luego vino otro silencio más prolongado de lo que a ninguno de ellos le hubiese gustado.

—¿La has visto bien? —preguntó la reportera. Él volvió a asentir sin hablar—. Dime que no tiene un corte en la mejilla derecha.

—¿Quién te lo ha dicho? —susurró Marcos—. ¿Ahora tu cadena está pagando a mis agentes para que filtren información?

Cuando se giró hacia ella, se había esfumado.

La subinspectora Cristina Collado, al mando de una división de tres agentes, estaba revisando la lista de mujeres embarazadas con doce o menos semanas de gestación, había más de trescientas, contando toda la provincia, que se estuvieran tratando en el hospital Juan Ramón Jiménez. La columna formada por sus fichas y expedientes médicos tenía casi la altura de Nuria Carvallo, que la ayudaba desde la mesa de al lado. Los informes y fichas estaban ordenados por orden alfabético y se necesitarían veinte personas para terminar en unos cinco días de establecer posibles conexiones y puntos en común con las víctimas anteriores. Así que su trabajo solo serviría si tenían la suerte de localizar lo que buscaban en las primeras que revisaran. Arriesgándose mucho, sacó de la lista a aquellas mujeres que vivían en pueblos alejados de la capital. Ahora quedaban unas ciento treinta fichas, ciento treinta posibles víctimas.

Cristina se interesó por su compañera y amiga, no le gustaba el semblante preocupado que lucía desde el día anterior.

—No me pasa nada —respondía Nuria—, tan solo espero que no cometamos un error al dejar de buscar la relación de las citas bíblicas y la soberbia con las embarazadas. Las palabras en

mayúsculas significan algo, estoy segura; no creo que sea una forma de despistarnos. El asesino es metódico, todo lo hace por algún motivo, no se tomaría el tiempo necesario en escribir con sangre en la pared si eso no fuera valioso o importante para él; lo ha hecho incluso cuando ha ido muy justo de tiempo, y no creo que escribir con sangre sea tarea sencilla o rápida.

—Pero... Siempre hay un pero.

—Pero no podemos descuidar las relaciones entre las víctimas por seguir buscando algo que quizá no encontremos nunca. Ya lo dijo Marcos, y yo estoy de acuerdo con él: debemos buscar canales alternativos cuando nos atascamos en los actuales.

—¿Es lo que quieres hacer? ¿Dejar de buscar relaciones entre las víctimas para volver a la tarea de encontrar el mensaje oculto en las palabras?

—No lo sé, estoy tan cansada que no podría encontrar ni mis llaves en el bolso. Lo único que tengo claro es que debería fiarme de vosotros dos, Marcos y tú sois las grandes mentes de la comisaría.

—No digas eso, Nuria, aquí hay grandes policías y tú eres una de ellos. No habríamos resuelto muchos casos sin ti. Eres tanto o más valiosa que Marcos o yo, y estás en todas las quinielas para el próximo ascenso por méritos.

—Eso no me importa, pero seguir esta corazonada es importante para mí.

—¿Sí? Pues hazlo. Deja que me encargue de las fichas y sigue con las palabras en mayúsculas; solo lo sabremos tú y yo, así que adelante con ello.

Nuria dudó durante unos segundos, no deseaba contradecir las órdenes de su superior al mando, pero la confianza puesta en ella por parte de Cristina y su instinto tiraban desde el otro lado de la balanza con fuerza. Incluso se sentía con la mente más despejada. ¡Qué demonios! Dejó el informe sobre la mesa y encendió el ordenador para abrir una hoja de cálculo nueva en la que hacer conjeturas sobre letras, palabras y números.

Cristina sonrió desde la mesa de al lado, a los buenos policías hay que dejarlos seguir su instinto, aunque este vaya en una línea diferente a la impuesta por los mandos o las enseñanzas. Ella

confiaba en su amiga y compañera, no la había decepcionado nunca en casos anteriores y no lo haría ahora. Eso sí, luego suspiró al ver que le tocaría la montaña de informes de Nuria además de la suya propia. Abrió el siguiente y comenzó a apuntar los datos más relevantes en el ordenador.

No había conseguido dormir, la excitación por haber burlado a las docenas de policías que le perseguían y tener tan cerca su objetivo final, por fin fijado y muy próximo, lo sumergían en un estado de felicidad tal, que solo lograba rezar y escribir en su diario las impresiones que le producía su victoria. Acababa de terminar otro cuaderno, se levantó del escritorio en el que estaba arrodillado y caminó hacia el armario del salón, donde se almacenaban los más de mil cuadernos que había escrito desde que era niño, todos ordenados por fecha, aunque esta no estuviese impresa en cada uno de ellos.

Llevaba días pasando más tiempo fuera que dentro de casa, así que las velas estaban casi todas apagadas y eso le producía una sensación de malestar, como si estuviese descuidando algo importante del ritual. Su madre no le perdonaría que las velas se apagasen. Ella solo tenía seis alrededor de la pequeña estatua de escayola de Jesucristo, muy vieja y heredada a su vez de su abuela paterna, también contaba con las estampas de santos y vírgenes, que ella besaba cada mañana y cada noche mientras rezaba, y que ahora usaba él para sus rezos y plegarias. El olor de los cirios lo acompañaba desde su niñez, aunque ahora multiplicado por mil.

Tomó un cuaderno nuevo, ya encendería las velas dentro de unos minutos, eso no corría tanta prisa como plasmar sus pensamientos tal como iban apareciendo en su mente. Fue otra vez hasta el dormitorio y se arrodilló ante el escritorio, abrió la primera página y tomó un cirio de su derecha, vertió varias gotas de cera sobre la parte superior derecha de la primera página y luego presionó con su pulgar derecho para dejar la huella. Ya ni recordaba cuándo había dejado de dolerle ese gesto. ¿Dolor? No recordaba

cuándo fue la última vez que lo sintió como tal, quizá sería un niño y su madre aún vivía; seguramente fuese ella la que se lo produjo.

Y desnudo como siempre estaba por la casa, con la espalda ensangrentada por el castigo autoimpuesto tras rendir cuentas por sus propios pecados, siguió redactando sus impresiones sobre la misión encomendada por su hacedor, sus pensamientos y los recuerdos que brotaban esos días con más fuerza que nunca.

Tiene trece años, la primavera ha llegado pronto al pueblo con su luz y calor, los amigos se quedan después de clase y él rechaza otra vez jugar con ellos al fútbol. Se burlan, le insultan incluso, pero el dolor del castigo en su espalda aún perdura, su madre se había empleado a fondo tres días antes. A veces un profesor, otras una vecina, el resto es inexplicable, no concibe cómo su madre es capaz de saber cuándo desobedece sus órdenes y los mandamientos que ha impuesto a su hijo, y que son más del tiple de los que Moisés vio grabados en la piedra; No presumirás de tus habilidades, no malgastarás tu tiempo en banalidades como el ocio, no tendrás pensamientos impuros jamás y con nadie. Ese último lo había añadido tras un día en que él despertó con una erección; su madre le azotó sus genitales desnudos hasta hacerlos sangrar.

A medida que pasan los años se muestra más dura y correctiva.

Esa tarde llega a su casa a las cinco y cinco minutos y la encuentra esperándole, él traga saliva por si estuviera enfadada, no tiene buena cara cuando la ve sentada en el sofá del salón, tejiendo y escuchando misa en un canal religioso de la radio. Se acerca despacio, le da las buenas tardes y un beso en la frente. Ella responde con una sonrisa, parece adivinar sus dudas.

—No me encontraba bien y he salido antes del trabajo. Quizá sea un simple mareo, tal vez un golpe de calor. Pero creo que ya me voy recuperando.

Esa noche su madre no tiene apetito, no cena y se acuesta una hora antes de lo habitual. Por la mañana no responde, está inconsciente y el chico llama a los vecinos. La ambulancia tarda cuarenta minutos en llegar.

Cada día de las semanas posteriores, tras salir del colegio, va corriendo al hospital para ver a su madre durante dos horas, charla con ella y esta le dice entre susurros que eso que los doctores llaman cáncer es una excusa que tienen los pecadores para justificar que están envenenando a los pocos puros de corazón que quedan en el mundo; y a los que no hace efecto el veneno, a los que no se convierten en soberbios, como es su caso, los matan pudriéndolos por dentro.

Regresa a casa y limpia, hace los deberes y duerme solo en la cama, abrazado a la almohada cada noche y sintiendo el pesar de la conciencia, ya que no recibe golpes ni interrogatorios que acaban en más golpes, y eso lo alivia, pero la echa de menos igualmente, ella es todo el mundo que conoce. Ella es su salvadora, su hacedora, quien lo trajo al mundo en soledad para criarlo aún más sola, como ella misma le recuerda veinte veces a la semana.

Alguna noche se castiga a sí mismo con la fusta por alegrarse de que ella no esté para pegarle, o por desear quedarse jugando al fútbol con sus amigos. Es lo que ella hubiera hecho de estar allí.

Un día su madre le dice que regresará pronto a casa, que volverán a estar juntos, y eso hace que se estremezca. La echa de menos cada noche, su olor y su abrazo. Pero también la teme, es impredecible cuando se encuentra bien. ¿Se recuperará de verdad? ¿Será mentira lo que dicen los médicos sobre su muerte? ¿Qué será de él si ella fallece? ¿Lo enviarán a un centro o lo cuidará una familia de pecadores?

Cada noche observa, iluminadas por las velas que él mantiene encendidas, las estampas que rodean la figura de Jesucristo de escayola de su madre. La que más miedo le da es la del rey Nabucodonosor.

La estampa del rey castigado por su soberbia estaba manchada de cera, agrietada y oscurecida por el paso de los años, pero la mirada del monarca era igual de dura que siempre, y parecía seguir observándole desde ese místico portal que su madre había creado en el pasado entre el rey y él.

Lloraba en esos momentos ante la idea de no cumplir con su tarea, con su propósito divino de castigar el mal que azotaba a los aún puros de espíritu. Ante la idea de fallar a su madre y no lograr redimirse por todo lo que se dejó contaminar en su infancia.

Tomó de nuevo la fusta y se apartó a rezar mientras castigaba su cuerpo por no ser tan puro como el alma que deseaba tener en su interior.

Había llamado a Laura tres veces y enviado varios mensajes al móvil, y aún seguía sin dar señales de vida. O se había quedado sin batería en el teléfono, cosa extraña en ella, o le había ocurrido algo grave. No tenía el número de su operador de cámara para preguntarle, así que tomó el coche y se acercó a casa para ver si la encontraba allí.

Tras abrir la puerta, comprobó que el piso estaba sumido en el más absoluto silencio. Sería la primera vez que encontrase a su chica en casa sin tener música de fondo; no debía estar allí, pero entró a buscarla igualmente. La penumbra no se mostró tan fría gracias a la calefacción central del edificio, tampoco olía a comida. Entró despacio, como si fuese un intruso en su propio hogar. No pronunció su nombre por si ella estuviera durmiendo. Se acercó al dormitorio y la descubrió tumbada sobre la cama, aún vestida y sobre la funda nórdica. La persiana estaba subida y entraba una luz plomiza, a juego con el repiqueteo de la incesante lluvia que golpeaba los cristales.

Caminó despacio, se tumbó junto a ella y la abrazó con cuidado para no despertarla, entonces comprobó que tenía los ojos abiertos, estaba llorando.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

No respondió.

—¿Es por lo de esta noche? —continuó Marcos—. No he podido pararme a hablar contigo. Debes entender que la presión sobre mi trabajo es mayor que nunca, que hay vidas en juego, trabajos en la cuerda floja, como el mío, y que no puedo darte un trato de favor que lo empeore todo.

Ella seguía paralizada y en silencio, mirando a través de la ventana, como hipnotizada por las gotas de lluvia que recorrían veloces el cristal.

—Estás helada, tienes que taparte o te constiparás. No querrás tener mi aspecto ante las cámaras. Vamos, levántate y te haré una sopa. O ponte el pijama y métete bajo el nórdico, dormir unas horas te vendrá bien.

El susurro posterior fue tan leve que Marcos pensó que había sido fruto de su imaginación.

—¿Has dicho algo?

—¿Tenía una cicatriz, un corte en la mejilla derecha? —repitió algo más alto.

—¿Quién? ¿Te refieres a la última víctima? Me preguntaste eso cuando estaba en el coche tras salir de la escena del crimen. Luego te vi desaparecer.

—Dice Javi que me desmayé.

—¿Cómo? ¿Te desmayaste? No... no vi nada, no sabía que...

—Javi dijo que tu coche se marchó justo cuando caí al suelo.

—¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo? ¿Te has dado algún golpe?

—Estoy bien. Desperté dentro de mi coche, lo tenía aparcado justo al lado del tuyo. Javi me dijo que estuve inconsciente menos de cinco minutos, así que no creo que le diera mucho tiempo a meterme mano.

—No sabes cómo me tranquiliza verte bromear. Ahora sé que estás bien. Pero debiste llamarme.

Un largo silencio.

—La vi —susurró Laura por fin.

—¿A quién viste?

—A la víctima.

—¿Cuándo? ¿La conocías?

—Vi cómo la mataban.

—Quieres decir que lo soñaste, ¿no?

Se giró de repente, tenía los ojos abiertos como si acabase de ver un fantasma, estaba alterada aunque antes pareciese en calma y casi a punto de caer rendida ante el cansancio. Marcos trató de besarla, pero ella lo impidió y comenzó a hablar:

—La cama era de dos por dos metros, de esas que siempre hemos querido comprar, con sábanas doradas de seda. El cabecero era de madera con pan de oro, un diseño moderno, no de esos clásicos de los beatos. Las cortinas del dormitorio eran negras y las paredes gris claro. Las mesitas de noche y la cómoda eran blancas y los tiradores de los cajones dorados. Las lámparas de las mesitas eran cuadradas y daban luz cálida. En el suelo de madera oscura había una alfombra muy mullida y blanca, quizá de piel de oveja. La puerta del dormitorio era de roble oscuro, maciza y con un tirador dorado clásico.

—¿Cómo sabes...?

—La chica tenía el cabello largo y castaño, la piel muy blanca y le habían cortado en la mejilla izquierda como castigo para que se quedase quieta mientras la torturaban.

—¡Dios, Laura! ¿Quién te ha dicho todo eso?

Los ojos de la chica se volvieron blancos y se desmayó de nuevo. Marcos la abrazó y trató de despertarla durante unos minutos. Preocupado por ella, tras arroparla fue al teléfono y llamó a comisaría para que enviasen un médico. Llegaron dos en menos de quince minutos.

Marcos permanecía en el salón junto a David mientras los doctores examinaban a Laura. Tanto el resfriado como el cansancio, sueño y decepción por el caso se habían esfumado al pensar que la chica pudiera estar sufriendo un brote psicótico debido a la presión por su trabajo. David sirvió dos vasos de licor con hielo y le tendió uno.

—No me mires así —dijo David—, nadie se emborracha con una copa, ni siquiera estando medicado.

—Olvidé el Paracetamol, pero aún no son más de las diez y media de la mañana.

—¿Crees que la hora es lo más importante en este momento? Llevo tanto tiempo despierto que me hago a la idea de que son las cuarenta y seis de la madrugada.

Marcos miró la copa un segundo más, la tomó entre sus manos, el cristal estaba helado, y la bebió de un solo trago.

—Tienes razón, sienta bien.

—Pues yo necesito una segunda, así que hoy conduces tú.

—Por supuesto que conduzco yo, ni de broma te dejaría llevar mi coche.

—¡Oye! El accidente contra los dos chavales del GTI no fue culpa mía, les embestí pensando que detendría a un asesino.

—Por si acaso.

Cuando uno de los médicos salió del dormitorio, los dos policías se pusieron en pie.

—Está muy agotada, debería dormir más de ocho horas seguidas y mantener una dieta hipercalórica por su estado. Le he tomado una muestra de sangre y tendré los resultados mañana mismo. Por lo demás, mi compañero psicólogo le dirá lo que observe de su comportamiento.

—¿Dieta hipercalórica?

El doctor no tuvo tiempo de responder, su colega aparecía por la puerta del dormitorio.

—Solo está aturdida —dijo el psicólogo en un susurro para no despertarla—, tuvo un sueño que cree real y su estado febril ha aumentado esa percepción.

—No comprendo lo que ha querido decir.

—Me refiero a...

—No, no usted. —Marcos miró al otro médico—. No he comprendido lo de dormir y la dieta hipercalórica. ¿A qué estado se refiere?

—Su esposa, o novia, está embarazada.

—David, ponme otra copa.

—Pero tienes que conducir.

—¿Qué te he dicho?

Los gritos de su hija debían de oírse desde todo el vecindario, era la cuarta vez esa mañana. Parecía decidida a no dejar de llorar salvo cuando estuviese dormida, y así no había forma de sacar adelante aquello que llamaban paternidad. Fran Pedraza telefoneaba a su madre cuando no había más remedio, que era cada vez que pasaba más de una hora sin lograr calmarla, pero a Cristina no le gustaba que la niña dependiera de sus abuelos.

Educarla y cuidarla eran tareas de sus padres, debían demostrar que eran capaces de sacarla adelante por sí mismos. El orgullo de Cristina le provocaría a él una úlcera antes de que su pequeña Evita cumpliera un año.

Con una pelusa rubia por toda la cabeza, cabellos tan finos como hojas de diente de león, agitaba con furia sus manos en su sillita de la cocina. No había forma de darle más puré de frutas. Dicen los libros de pedagogía infantil que los niños deben comer hasta que ellos decidan cuándo parar, pero la pequeña no había tomado más de tres cucharadas y aún le quedaba casi todo el cuenco. Fran no había estado una hora exprimiendo y triturando naranja, plátano, melón y otras frutas para que ella se limitase a probarlo.

—¿Qué pasa contigo? ¿Quieres mantener la silueta de tu madre? Pues que sepas que estás en la mejor etapa de tu vida, aquella en la que puedes comer todo lo que quieras sin preocuparte por engordar y en la que los chicos no te van a juzgar nunca por si estas un poco rolliza.

La niña dejó de llorar para mirarlo con los enormes ojos azules que había heredado de su madre, y que a él lo volvían loco. Entonces, comenzó a reír de una forma tan graciosa que le hizo sacar el teléfono para grabarlo. «A sus abuelos y su madre les gustará verlo después», se dijo.

—¿Te hace gracia lo de estar rolliza? Pues verás cómo dentro de veinte años no es tan divertido.

La niña reía mostrando su boca desdentada y Fran aprovechó para que tomase una y otra cucharada más de puré. Los dos acabaron riendo antes de que él fregase todo lo que había ensuciado en la cocina y se marchasen al salón. Allí buscó un programa infantil en la televisión y ambos se tumbaron en el sofá, ella sobre él, para tratar de dormir la siesta.

El bebé respiraba fuerte sobre su pecho. Costaba hacer que comiera, pero luego se dormía a su hora sin esfuerzo alguno, algo bueno debía de tener. Cristina decía que en eso se parecía a su padre. Fran sonreía al oírlo. Se sentía orgulloso de que su hija heredase su carácter y costumbres.

—Qué ganas de pasar las tardes jugando contigo a la videoconsola —susurró.

«¿Dónde estará ahora tu mamá?», pensó él. Cristina llevaba varios días sin poder dormir la siesta, ni siquiera conciliaba el sueño durante las noches que pasaba a su lado. Desde que habían tenido a la niña y se repartían el tiempo para estar con ella, no dejaba de preocuparse por las ganas de demostrar su valía en el trabajo; más ahora que había sido ascendida. Subinspectora. ¡Qué bien sonaba eso! ¡Cuánto había peleado por lograrlo y cuánto lo merecía! Fran aún recordaba la paliza que le dio en el gimnasio a Víctor, un compañero gilipollas que había insinuado que ascendían solo a las chicas guapas que pasaban por los despachos de la fiscalía para arrodillarse y hacer un trabajo oral a los jefes. Tres asaltos en el ring dieron un bagaje de dos dientes y la nariz rotos. Nadie más osó hablar en su presencia del ascenso merecido de Cristina. ¿Quién era más capaz que ella, salvando a Navarro, de resolver los casos más difíciles? Desde luego que no los atocinados e incompetentes que paseaban la placa para recibir su sueldo a fin de mes.

Pensando en Cristina, decidió llamarla para saber cómo le iba en el caso al que él se incorporaría a la noche, aunque en tareas de vigilancia y no de investigación.

—¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo? —respondió ella.

—No ha pasado nada —susurraba él—, solo quería saber cómo te iba.

—No sueles llamar a menudo, siempre dejas de que te llame yo cada dos o tres horas, por eso me has asustado.

—Pues ya ves que la pequeña y yo nos hemos acordado de ti. ¿Cómo llevas el caso?

—¿En serio que está todo bien?

—En serio, confía en mí —dijo con tono exagerado de condescendencia—, incluso está la cocina limpia sin que tenga que venir tu madre.

—Ja, ja, ja, qué gracioso.

—Tú te lo has buscado.

—Pues en la central no llevamos otro caso que no sea el de los asesinatos. Esta madrugada tuvimos el quinto en pleno Pablo Rada, una abogada con un ático espectacular, pero la pobre lo ha disfrutado poco.

—Ya imaginaba que ese enfermo no dejaría de matar.

—Nuria está buscando la relación de las citas bíblicas que escribe con sangre en las paredes mientras yo apunto los datos de las embarazadas de la provincia. Trabajo de ratas de biblioteca.

—Recuerda que ese tipo de trabajo acaba resolviendo los casos.

—Pero es el trabajo de campo, recibiendo un balazo o un corte de cuchillo, el que te da el ascenso.

—¿Eso lo dices para tranquilizar a tu novio y a tu hija mientras te esperan en casa?

—Tienes razón, ha sonado fatal.

—Peor que fatal. Quédate delante del ordenador y así podrás ver muchos cumpleaños de tu hija.

—Vale, no me moveré de aquí, prometido.

Fran colgó tras enviar un beso a su novia y trató de dormir unas horas antes del turno de vigilancia que le tocaba cada noche. Por suerte, las dos próximas le habían asignado a Jorge Medina como compañero, un agente que se esforzaba en su trabajo y que había tenido la mala suerte de ser emparejado con Guillermo, un parásito del sistema que era lo más alejado a Cristina que podía imaginar.

La niña seguía respirando sobre su pecho, su ritmo rápido y profundo era hipnótico, así logró dar una cabezada antes de que ella se despertase.

El reloj de la pantalla marcaba las seis de la tarde y Nuria volvía a suspirar. No sabía de qué forma abordar la solución de las palabras mayúsculas para conectar con lo que habría querido decir el asesino. El folio en el que tenía apuntadas las palabras estaba ya arrugado y lleno de manchas de café y notas de bolígrafo.

- 1- Ahora, declare, milagros.
- 2- Grandes, potentes, sempiterno.
- 3- Estaba, floreciente, tendido.
- 4- Babilonia, mostrasen, pudieron.
- 5- Cuyo, nombre, dioses.

Había probado a buscar frases reordenando las palabras de varias formas, pero no encontraba nada que tuviera sentido, claro que podrían faltar muchas palabras si tenía pensado matar a más mujeres. Ese pensamiento quedó descartado en el acto, sería absurdo dejar un mensaje si solo se podría leer una vez terminados sus crímenes. Apuntó las palabras sobre el mapa de la ciudad, cada trío sobre el punto exacto del crimen, pero esas calles no formaban ningún patrón geométrico definido, tampoco los nombres de las calles aportaban nada. Podría tratarse de alguna coordenada, pero los números resultantes de sustituir las iniciales de las palabras por su posición en el alfabeto tampoco dieron ningún resultado, ni siquiera con el alfabeto hebrero. Se conocía de memoria el resto de versículos que componían Daniel 4, y solo esperaba que el homicida no pensara terminar con los treinta y siete. Había eliminado las palabras mayúsculas de los escritos, pero tampoco encontraba sentido al texto resultante.

Iba a volverse loca. Además, no tenía apoyo de nadie en el departamento porque todos buscaban en las fichas de pacientes. La propia Cristina la miraba de vez en cuando y parecía apiadarse de ella, ya ni siquiera observaba ánimos y confianza en su amiga, o ella quería verlo así.

Cerró a toda prisa la ventana de la investigación y tomó una ficha en cuanto vio salir de su despacho al comisario y dirigirse hacia allí.

Paco estaba que echaba humo, no había ningún avance en la investigación, la luz se iba por las ventanas anunciando una nueva noche, y un más que probable nuevo homicidio, y encima Marcos no daba señales de vida. Le había enviado sin éxito más de diez mensajes al buzón de voz. El fiscal y el alcalde pedían adelantos o soluciones, pero no se lograrían por arte de magia ni por presionar a diario, aunque eso era lo mismo que él hacía con sus subordinados.

Irene salió a interceptarlo. Paco no la dejó hablar.

—¿Ha llamado Navarro?

—No, es para decirte que tu mujer ha preguntado por...

—¡Mándala a hacer puñetas! Ya le he dicho que no llame al trabajo a menos que esté ardiendo la casa o le haya dado un infarto.

—Se lo he dicho, pero ha insistido, está al teléfono por la línea cinco.

El comisario tomó el auricular del teléfono sobre la mesa de un agente y pulsó la tecla número cinco, que parpadeaba en ese momento.

—¡Coño, Charo, te he dicho que no me llames al trabajo, vete a hacer puñetas! —Y colgó con un fuerte golpe.

Luego miró a la recepcionista con ojos de locura y ansiedad, le repitió que quería contactar con el inspector Marcos Navarro y que lo lograra aunque tuviera que derribar la puerta de su casa. De allí fue a la mesa de Cristina.

—Déjame adivinar, no tenemos nada.

—Lo mismo que hace media hora, cuando preguntaste lo mismo. Hay mucho material, muchos datos personales y médicos sobre cada paciente que se trata el embarazo en el hospital, multiplica eso por la cantidad de fichas y divide entre los pocos que estamos investigándolo.

—No me vengas con matemáticas y sigue —se giró para dirigirse a todos los presentes—. ¡De aquí no se mueve nadie hasta que no tengamos el motivo por el que ese puto lunático elige a esas mujeres en concreto y no a las otras. ¿Estamos?!

—Llamaré a mi madre para que vaya a cuidar a la niña cuando Fran salga en su turno —dijo con un suspiro Cristina.

—Llama a tu madre después de llamar a Marcos. ¿Dónde coño se habrá metido?

Qué diferente era la fama cuando podía esconderse de ella tras el monitor de su ordenador portátil. Tener cientos de comentarios, la mayoría agradeciendo su labor, era una gozada; respondía a los que le apetecía y bajaba la tapa para descansar o salir a dar una vuelta. Pero eso era antes, ahora no podía quitarse el casco de la moto en la calle sin recibir miradas. Hasta hace tres días lo hacían algunos por su aspecto diferente, pero ahora se había multiplicado por veinte, e incluso la abordaban, llegando a tocarla como si fuese una figura en un museo de cera; haciéndole preguntas de todo tipo y exigiendo el derecho a que ella las respondiese o se hiciera una foto

con ellos. Llegaba a sentir en ocasiones un intenso picor en la piel al tener que enfrentarse a esa situación.

Sus visitas en el blog seguían creciendo y algunos canales de televisión tomaban trozos de sus videos para emitirlos en los informativos, aquello le daba publicidad gracias a que había sido lo bastante previsora como para insertar su dirección web en el video de cada uno de los reportajes. Luego, cuando todo acabase, disfrutaría contratando a un abogado para demandar a todos lo que habían usado su trabajo sin pedir permiso siquiera.

El video de esa noche sería algo más corto y no se había esforzado tanto en la maquetación como con los anteriores. Había grabado a toda prisa el apartamento de la cuarta víctima, ya invirtió demasiado tiempo en abrir la cerradura con el juego de ganzúas y llaves maestras con que contaba, y no invirtió tanto tiempo ni dinero en entrevistar testigos. Al final, todos contaban lo mismo, los casos eran prácticamente idénticos y no necesitaba tanto material repetido.

Ese ahorro de tiempo sirvió para dar una cabezada de casi cinco horas, suficiente para reponer fuerzas y sentir la mente de nuevo en forma. Notaba la ropa holgada y las costillas se le marcaban aún más debajo de la piel, así como los pómulos. Los tatuajes no cubrían lo suficiente para disimularlo. Pensar en los tatuajes le recordó que no debería cambiar el logo del blog. ¿Para qué demonios se lo tatuaría en la nuca? Se encontraba en el cuarto de baño y se giró para, con la ayuda de un pequeño espejo de mano, observar el micrófono de oro con las mayúsculas NEWS en rojo. Emitió un chasquido de decepción, ni siquiera entonces estaba segura de hacérselo; el resto de sus tatuajes eran todos con tinta negra y esos colores chillones no iban con su carácter.

«Bueno, siempre puedo buscar alguna clínica donde borren tatuajes. Pero eso será más adelante, ahora debo centrarme en no perder el hilo de la investigación. Anoche llegué a la escena del crimen la última. Incluso esa engreída y arrogante de Laura se me adelantó. ¡Qué forma de romper con el mito! Yo creía que era un tía con principios y valores, pero no es más que una niñata pija que se acuesta con la pasma y llega a acuerdos con el alcalde. ¡Qué asco! El fascismo lo devora o lo pudre todo. Se pasó la noche gritando a

su novio para que le consiguiera un trato de favor, luego no se dignó siquiera a hablar conmigo cuando me acerqué a ella. Veremos la cara que pones cuando yo obtenga el reconocimiento que tú no lograste...».

Se envolvió en una toalla y salió de la ducha para vestirse en el dormitorio. De allí partió hacia el cuarto donde tenía el ordenador, subió el video del día y bajó la tapa para meter el equipo en la mochila. Antes de salir, arrancó la foto de Laura de su mural de corcho y la tiró a la papelera.

El teléfono sonaba de nuevo, no sabría calcular cuántas veces lo había hecho durante las horas que llevaba allí sentado. Marcos apuró la copa y dejó que el móvil vibrase sobre la mesa del salón. Quizá llevara tantos sorbos de ron como llamadas de la central había recibido, o eran sorbos por tonos de llamadas, ¿qué más daba eso? Laura seguía dormida, quizá por algún fármaco que los doctores le habían dado, y quería hablar con ella en cuanto se despertase. Todo lo demás podría esperar. Incluso su trabajo.

Iba a ser padre. Padre. Aún no lograba asimilarlo.

Conocer el motivo por el que ella no se lo había contado ardía en su paladar al contacto con el licor, aunque intuía que su agenda y el caso que lo absorbía esos días habían influido bastante. Incluso recordó cuando se vieron en una cafetería dos días antes y ella le dijo que no era el momento, que tendría que contarle algo cuando estuviese más receptivo. ¿Se refería a eso? Sin duda. No había estado a la altura y lo había pagado con la ignorancia del hecho más valioso de su vida.

A su espalda quedaba la puerta del dormitorio que pensaba custodiar aunque ardiese el edificio o el asesino que buscaba cometiera dos o tres asesinatos en vez de uno. Quería estar presente cuando Laura despertase para oírle decir de sus labios una noticia tan importante.

David se había marchado unas horas antes para coordinar el dispositivo con la ayuda de Cristina; ninguno de los dos subinspectores le diría al comisario el paradero de Marcos ni el

motivo de su ausencia, aún a riesgo de una sanción. Si podía confiar en algo, era en la fidelidad de sus compañeros.

Volvió a levantarse y caminó despacio hasta el resquicio de la puerta, como lo llevaba haciendo cada media hora; ya ni recordaba cuántas veces se había acercado a observarla, ¿qué más da? El caso es que lo necesitaba, en parte porque deseaba volver a verla y también para asegurarse de que su cuerpo se movía con la respiración. Susurró su nombre, no recibió respuesta y regresó al sofá.

De todas las veces que había imaginado un hecho así, la que vivía en ese momento era la que menos hubiera esperado. Habría preferido enterarse durante una cena romántica y luego haber llamado a amigos y familiares ese domingo para organizar una fiesta en casa y anunciarlo a todos. Pero no le importó, aquello tampoco significaba que fuera a ser desdichado en su nueva etapa. Estando junto a la persona que más quería, todo tenía que salir bien.

Levantó la botella y se sorprendió al ver que estaba vacía, eso explicaba la neblina que ralentizaba sus movimientos y abotargaba su cabeza. Debía comer algo o su cuerpo no acostumbrado al alcohol podría reaccionar del modo más inesperado. Fue a la cocina y sacó pavo y mostaza del frigorífico, luego el pan de molde y se hizo un zumo de naranja. Aprovechó para meter a enfriar una botella de cava que tenían reservada para las Navidades, aquello era mucho más importante, aunque Laura no pudiera más que brindar y mojarse los labios en su estado.

—Menudo jaleo estás formando.

La voz desde la puerta le hizo dar un respingo. Acababa de comer y estaba dejando el plato y el vaso en el lavavajillas. Frente a él, apoyada en el quicio de la puerta, estaba la chica envuelta en su bata. Parecía tener frío, se cerraba las solapas con ambas manos sobre el pecho.

—Has despertado. ¿Te encuentras mejor?

—Aún algo mareada, tengo náuseas —dijo en un susurro y con gesto de malestar en su cara.

—Vamos, te acompaño al cuarto de baño.

—No me parece el lugar más apropiado, el más romántico para...

—Tranquila, ya me lo dijo el médico.

—Joder, le pedí que se lo callara. Me hacía ilusión decírtelo en persona cuando llegase el momento y estuviéramos en el lugar adecuado.

—Eso ahora no importa, además, a este ritmo te saldría barriga antes de que yo tuviera un hueco en este trabajo.

—¿Ha pasado algo nuevo? ¿Cuánto he estado dormida?

—Unas cuantas horas, lo necesitabas.

—¿Hueles a alcohol?

—Empecé a celebrarlo mientras esperaba a que despertases.

—¿Cuánto he dormido exactamente? ¿Cuánto llevas aquí?

—Casi todo el día.

—¡Madre mía! Paco estará de los nervios.

—Que se fastidie. Siento descuidar el caso, pero sin la investigación del equipo en la comisaría no avanzaremos, y para eso no soy tan importante.

—No lo decía por ti, me refiero a mi conexión en directo, tengo una esta tarde a las ocho y media. ¡Debo comenzar a ducharme y maquillarme!

—No habrás pensado en trabajar en tu estado... —Laura lo miró atónita—. No me refiero al embarazo, sino a los desmayos. No quiero que sufras un accidente o pierdas el bebé por estar pasando frío en mitad de la calle.

—Estaré con Javi y los dos agentes que me siguen a todas partes, será solo una hora fuera de casa, como mucho, y te prometo que iré más abrigada de lo habitual. Por favor, no te vuelvas tan protector.

—Vaya, ahora entiendo lo del dinero. Aunque no creo que necesitésemos un extra por ser padres. Ganamos lo suficiente entre los dos.

—Pero va siendo hora de buscar un piso para comprar y no tirar el dinero en alquileres. Además, al principio un niño conlleva muchos gastos: cuna, carrito, pañales, comida, ropa... Y con el extra de la cadena podremos pagarlo todo y sobrar.

—¿Tanto te han prometido?

—Un fijo de cinco mil y un porcentaje por incremento de audiencia más otro por venta a terceros de las imágenes. Espero

sacar más de veinticinco mil.

—Guau, eso debiste decirlo antes.

—Pues no me interrumpas más, a no ser que quieras darte una ducha conmigo.

—No imaginas lo que me cuesta rechazar tu oferta, pero sabiendo que estás mejor, creo que debería volver a la comisaría antes de que Paco envíe aquí a un destacamento del GEO para echar la puerta abajo.

Marcos la abrazó, besó y le pidió de nuevo que tuviera cuidado y se abrigase para salir a la calle. Ella sonrió al verle algo más tranquilo, aunque sabía que solo unos minutos en comisaría volverían a ponerle de los nervios. Al poco de haberse marchado, cuando ella estaba desnudándose en el baño, le envió un mensaje al teléfono móvil:

<Y no me olvido de la conversación que manteníamos cuando te desmayaste, quiero saber cómo conocías los datos de la última víctima>.

Y ella respondió:

<Esta noche, aunque no te lo creerás>.

Ella misma aún no se lo creía, ¿había sido un sueño? Estaba claro que sí, pero ¿cómo se puede conectar de esa forma con un suceso que está ocurriendo en otro lugar? ¿Cómo pudo ver en directo el crimen? Nunca había creído en historias paranormales ni poderes de ningún tipo. ¿Qué le estaba pasando? ¿Se estaba volviendo loca? Quizá no debiera decirle nada a Marcos, contarle que todo era una broma, o mejor, que estaba encubriendo a su confidente, que la información se la había dado un policía a cambio de doscientos euros y así evitar que la tomase por una lunática.

Sí, sería mucho mejor tratar con cuidado el dato de su sueño para no perjudicarse a sí misma. Tomó de nuevo su teléfono y buscó en llamadas recientes.

—¿Qué tal estás? ¿No tienes conexión esta tarde? —fue el saludo de su hermana Mariola. De fondo se escuchaba a su hijo Rubén jugando con su padre.

—Dentro de menos de una hora, así que tengo prisa, quería comentarte algo, pero no estoy segura de cómo exponerlo.

—Ya te estás montando una película en la cabeza, ¿verdad? Es asombroso cómo te complicas la vida con pensamientos que no tienen la menor importancia.

—¿Tú crees? Espera a que te cuente. —Laura detalló su sueño, aunque omitiendo los detalles más desagradables de la tortura que había contemplado en él, mientras su hermana oía en silencio al otro lado de la línea.

—Joder —musitó Mariola—. ¿Y Marcos te ha corroborado que eso es lo que sucedió y que el piso y la escena del crimen eran tal como los habías soñado?

—Con total precisión.

—Al final va a resultar que has heredado el don de la tía Martina.

—No me asustes. La tía abuela Martina estaba loca, hacía vudú.

—Mamá y la abuela siempre defendieron que tenía un don, que veía cosas antes de que ocurrieran.

—En el pueblo la tenían como a una apestada.

—Era otra época. Pero luego bien que iban de noche a comprarle ungüentos y pociones milagrosas para conseguir fortuna, salud o amor.

—Ya, mamá nos lo contaba cuando éramos pequeñas, y nos decía que era todo mentira, que lo hacía para sacarles el dinero como compensación a que luego no la saludaban por la calle.

—Sí, hoy resulta más gracioso al recordarlo.

—Pues a mí no me hace mucha gracia esta historia. Ya podía haber soñado con los números premiados de la lotería.

—Bueno, si algún día sucede, espero que me llames para decírmelos ja, ja, ja.

—Me alegro de que te haga tanta gracia, a mí no deja de preocuparme.

La conversación no duró mucho más, tampoco sirvió para que Laura se tranquilizase. El tiempo apremiaba y tuvo que apartar sus dudas sobre lo que pensaba de ese extraño sueño para concentrarse en su horario previsto. Miró por la ventana del cuarto de baño, ya no había luz alguna en el cielo y seguía lloviendo. No paraba de llover. ¿Tal vez estaban ante un castigo bíblico? ¿Había un mejor momento para enviarlo al mundo que en plena Navidad?

La sencilla y elegante decoración navideña del ayuntamiento, alejada de los clásicos abeto y belén de años anteriores, sería perfecta para usar de fondo. Había más gente de la que hubiera deseado, pero los dos policías que la escoltaban, con la ayuda de otros dos locales enviados por el alcalde, habían abierto un hueco considerable en el centro de la plaza. Javi terminaba de hacer las mediciones de luz y sonido, recibió el OK del plató e informó con un gesto a Laura, enfocó su pecho, como siempre, y:

—Buenas tardes, ya casi noches, estimados espectadores. Aunque sea poco consuelo, ha dejado de llover hace dos minutos, algo es algo. Quizá sea este el comienzo de una etapa positiva para la ciudad, el preludio de la detención del criminal que ya lleva cinco mujeres brutalmente torturadas y asesinadas. Y eso es demasiado dolor en una fecha en la que solo debería haber risas y buenos propósitos. Por su parte, las autoridades siguen enfrascadas en su búsqueda, usando todos los recursos y averiguando datos que los acerca a ese final tan deseado por todos.

Fran Pedraza y Jorge Medina la observaban a menos de dos metros de distancia, cada uno a un lado y controlando que nadie se acercase a molestar, aunque muchos de los allí congregados gritaban ¡asesino! e insultos de todo tipo.

—Vemos que los onubenses que se han acercado a la plaza del ayuntamiento están deseosos de dar su opinión. ¿Cómo se llama usted?

—Irene.

—Buenas tardes, Irene. ¿No sería maravilloso que pudiéramos salir todos a la calle para celebrar la Navidad en lugar de estar asustados en casa para huir de un perturbado asesino?

—Pues sí, y deberían colgarlo. Pena de muerte para todos esos locos que van matando y violando. De los huevos lo colgaría.

—Bueno, no se pueden decir esas palabras a esta hora, aunque lo comprendo por la tensión que ha generado en la ciudad, sobre todo entre las mujeres.

—¡Quemarlo vivo! —gritó un hombre.

—¡Que le hagan a él lo que él le ha hecho a esas mujeres! — gritó otro.

Los dos policías tuvieron que intervenir ante la tensión que crecía entre la turba. Apartaron a Laura para que volviese al centro de la zona vallada y ellos intentaron calmar a los más alterados mientras ella continuaba con el directo.

—Ya lo han visto. ¿Cuántos días más podrá soportar la ciudad antes de que estalle una revuelta? Les daremos de nuevo la descripción aproximada que la policía ha hecho del asesino. Nos enfrentamos a un narcisista, posiblemente homosexual, y no se descarta que haya sido violado o abusado durante muchos años, quizás incluso por su propia madre. Un enfermo maníaco que tendría una constitución fuerte, aparentemente seguro de sí mismo, inteligente pero reservado, y, eso sí... con severos brotes psicóticos. Por favor, os repito que toméis todas las precauciones posibles para evitar una tragedia. No queremos que muera ni una más.

Entre gritos e insultos de los exaltados, algunos dirigidos a los policías por responsabilizarlos de no estar haciendo su trabajo, Laura regresó al coche con Javi y salieron de la zona, circularon durante unos minutos con el coche patrulla siguiéndoles hasta llegar al café Granier, un buen sitio para refugiarse tras una taza de café y uno de sus magníficos bollos. La reportera y el operador de cámara se sentaron en las pequeñas sillas blancas de la izquierda mientras los policías quedaron de pie en la barra, a menos de dos metros de ellos.

Laura pidió un surtido de repostería y casi obligó a los policías a aceptar la mitad de los dulces, a Jorge sobre todo, Fran se relamía solo con el aroma que desprendían. Pagó la cuenta y se dejó caer en la silla.

—No engañas a nadie, y menos a quien te conoce desde hace tantos años —le dijo Javi.

—No te entiendo, ¿qué insinúas?

—Esa forma de moverte tan rápida, incluso agresiva, sin dejar de sonreír de forma forzada... Estás destrozada pero no te gusta dar una imagen de debilidad. ¿Me equivoco?

Laura dejó de sonreír y bajó la mirada hasta el dulce que reposaba en un plato al lado del café, no tardó ni diez segundos en

engullirlo. Dio un largo sorbo al café y atacó el siguiente dulce.

—Bueno, ¿no vas a decir nada? Pensaba que éramos un equipo, pero ahora ya ni hablamos.

—Es que estaba muy cansada, necesitaba azúcar.

—Tú no has necesitado azúcar en tu vida, ¡pero si llevas años alimentándote de café solo con sacarina! ¿A qué viene este cambio drástico?

—La gente cambia, Javi. Incluso me llevaré algo de pan. Con un cartel como el que tienen ahí detrás —señaló la barra—, no puede estar malo: Un pan hecho con amor es una creación única.

—Claro, y te ha dado por engordar después de todos estos años queriendo ser un esqueleto andante. Ojo, que no me quejo, ya sabes que cuando tú quieras... —la chica emitió un resoplido y puso los ojos en blanco—. Vale, vale, solo lo digo por si te habías olvidado de que me tienes para un momento de debilidad, una noche que tengas frío o lo que tú consideres.

—¿Y aún no has entendido por qué no me gusta conversar contigo? Da igual de lo que hablemos, siempre acabas en el mismo punto. Creo que tu única neurona está alojada en la cabeza equivocada.

—¡Oh! Tocado y hundido. Tendré que conformarme con comerte a ti, preciosidad —le dijo de forma muy teatral al dulce que tenía en su mano derecha.

Eran las nueve y cuarto y no le apetecía volver a casa y quedarse sola hasta que Marcos apareciese molido para darse una ducha y dormir tres horas. Tenía la novela pendiente de terminar de leer y miles de películas para elegir en la televisión digital, pero, a pesar del cansancio y de que era lo mejor que podía hacer en su nuevo estado, deseaba perderse caminando por las calles del centro, impregnarse del ambiente navideño. La razón venció al deseo y se despidió de Javi tras acercarlo a casa, luego partió hacia la suya pensando en un baño con velas; sería el primero que se tomaba con una copa de mosto en lugar de vino blanco.

Cuando entró por la puerta de cristal de la comisaría, todos le miraron como si hubiera estado desaparecido durante años y ya le dieran por muerto. Irene se acercó a él corriendo, parecía alarmada.

—¿Dónde has estado? Paco está histérico desde hace horas, parece al borde de un ataque al corazón.

—Tranquila, eso no sucederá, la mala hierba... Y está demasiado obsesionado con su jubilación e ir a pescar a diario.

—Te veo muy repuesto, me alegro, aunque mejor que vayas buscando una excusa, porque Paco solo te perdonará si le dices que te han secuestrado o que estás muerto y, en realidad, eres un fantasma que viene a atormentarlo para pagarle por sus malas formas.

—Ya improvisaré algo.

Marcos se dirigió hacia Cristina Collado, que se sobresaltó al tenerlo ya a su espalda. Nuria se acercó también, así como David, que lo había visto aparecer a través de las paredes de cristal del despacho.

—Tenemos algo, Navarro —dijo Cristina—. Debemos ponernos a ello rápido.

—Perfecto, vamos a la cocina y allí lo contáis a todos los que estamos en la comisaría.

La cara de felicidad de la subinspectora contrastó con el semblante que lucía el comisario cuando apareció tras ellos en la estancia. Marcos se apartó cuando vio que su superior iba directo a ocupar la que hasta entonces había sido su silla, la de quien exponía los casos y daba las órdenes. Era un relevo que no esperaba, o casi, pero que comprendía y no pensaba discutir.

—Bien, me alegro de que ya estemos todos aquí, incluso los que se han tomado unas vacaciones —dijo de malhumor Paco y todos comprendieron que se refería al inspector Navarro—. Me hago cargo desde ahora de la dirección del caso, ya que no puedo confiar en nadie más para esa tarea. ¿Alguien quiere discutirlo?

Todos callaron, incluso el aludido, que no quería empeorar las cosas y sabía que lo importante era descubrir al asesino, no pelear por ver quién la tenía más grande.

—Perfecto —añadió—. ¿Alguna novedad?

—Sí —dijo Cristina—. Ya sabemos por qué hace los escritos de la soberbia. Está matando a embarazadas que antes habían abortado de forma voluntaria. Creemos que es un castigo personal a mujeres que “mataron” a sus anteriores hijos por egoísmo y por seguir con su estilo de vida; mujeres que luego han decidido tener otro hijo. Es como si considerase que no deberían tener ese privilegio. Siguiendo con el razonamiento del capítulo bíblico del rey Nabucodonosor, creo que sustituye un embrión por otro tras alguna especie de ritual purificador —todos observaban atónitos la explicación—. Es como si el dolor de la madre y la muerte del embrión purificaran a este último y por eso lo coloca en el útero de la siguiente víctima, saca un embrión impío o pecador, para sustituirlo por otro ya purificado. Al menos, esa es la hipótesis que he sacado.

—Lo que yo decía, un zumbado —dijo David en voz baja.

—Cuando quiera tu opinión, Sobrá, te la pediré.

—Sí, señor. Disculpe.

—Así que debemos controlar a todas las embarazadas que se están tratando en el hospital y que hayan abortado antes. ¿Y por qué cojones no lo hemos visto desde el principio? Si las cinco víctimas tenían un aborto voluntario en su historial como nexo en común, ¿por qué no lo descubrimos en su momento?

—Bueno, tenían muchos más puntos que analizar, no solo ese, docenas de ellos, como aficiones, petición de epidural para el parto, médico asignado, etc. Cada víctima y cada paciente de embarazo tiene muchísimas facetas, algunas de ellas cuentan con un centenar de apuntes en sus historiales: enfermedades pasadas, alergias, operaciones quirúrgicas... Y con tan poco tiempo para investigar y tantas fichas, pues no es tan sencillo.

—Uno de los tocólogos que entrevistamos —añadía Marcos— nos comentó que era muy frecuente lo de haber tenido un aborto voluntario o accidental, nos dio un porcentaje considerablemente alto, así que no destacamos el dato como algo prioritario en ese momento.

—Excusas, solo me dais excusas. ¿Cuántas embarazadas de nuestra lista han abortado anteriormente?

—Cuarenta y seis.

—¡Joder! No esperaba tantas.

—Si nos ceñimos a las que viven en la capital y pueblos colindantes, se quedan en veintisiete.

—Siguen siendo muchas. Aún así, pondremos vigilancia inmediata para todas. ¿Qué hora es? —Miró su reloj de pulsera—. Vamos a contra reloj. Si el asesino mata a la misma hora de ayer, solo quedan cuarenta minutos para impedirselo. Todo el mundo a repartirse las direcciones de las víctimas. Quiero una patrulla vigilando cada puerta.

Comenzaban a salir de la cocina cuando Paco instó de malos modos a Marcos para que lo acompañase a su despacho. Este, a su vez, le pidió a David que lo esperase en el coche. Imaginaba que le tocaría pasar un momento complicado ante el enfado del comisario, pero al menos sería breve porque el tiempo apremiaba.

—Nunca hubiera esperado esto de ti. Dejar colgada la investigación en este momento y desconectarte es algo que me ha dejado a cuadros. —Paco se mostraba más calmado, tampoco quería tener a su inspector en contra cuando más lo necesitaba.

—Me he ausentado unas horas por un caso de fuerza mayor de índole personal, que no viene al caso mencionar, y que no supone ni el cinco por ciento de las horas extra que estoy haciendo esta semana con cuarenta de fiebre. Llevo un año en esta comisaría demostrando mi compromiso. Si no te gusta cómo trabajo, apártame del caso, no solo del mando; o pide mi traslado a otra comisaría. Pero no pienso consentir que nadie cuestione mi entrega en el trabajo, y mucho menos tú —Marcos desvió la mirada hacia las fotos de su derecha, donde Paco tenía la evolución de su vida, de ganar medallas al mérito a dedicarse exclusivamente a pensar en la jubilación e irse de pesca.

Paco no supo qué decir ante eso, aunque Navarro tampoco le dio oportunidad de réplica, ya que se marchó dejándolo boquiabierto. Al final había logrado que su carácter agrio y antisocial lo enemistara con el único policía que parecía aceptarlo tal como era. Sabía que la conversación no afectaría al nivel de trabajo de Navarro, pero (y le costaba reconocerlo) no era solo como policía como quería tenerle cerca.

Cuando la pesadilla de caso que tenían entre manos terminara, si es que lo hacía algún día, cosa que dudaba a esas alturas, tendría que disculparse con quien comenzaba a ser un amigo. Asunto complicado, no recordaba cuándo fue la última vez que había pedido perdón a alguien.

La ciudad parecía haber pasado de su aspecto habitual por aquellas fechas: el empalagoso decorado de una película navideña americana, donde solo faltaba que algunos grupos de coros disfrazados de elfos fueran cantando villancicos de casa en casa, a sumirse en la atmósfera de una película de cine negro donde la gente parece llevar un arma bajo el abrigo mientras camina, y no saluda siquiera por si tuviese a un asesino delante. Para Carla, dar un paseo por el centro antes de regresar a casa era igual de soporífero con ambos ambientes, pero tenía que reconocer que prefería el primero.

Desde que se informó a la población sobre el asesino en serie de mujeres, todas las conversaciones en su edificio, en su trabajo, en el gimnasio y en las cafeterías, eran iguales: algunas mujeres se mostraban alarmadas por la situación, casi pensando en marcharse de la ciudad; otras envalentonadas y diciendo que «a ver si el asesino tiene el valor de enfrentarse a mí, se iba a enterar»; hombres criticando que las mujeres estuvieran solas, otros diciendo que no pensaban separarse de sus novias y mujeres. Y los niños habían quedado como grandes damnificados por la situación, ya que casi no salían a la calle a jugar o a ver los espectáculos y decorados navideños, sus padres estaban tan asustados que pensaban que podría pasarles algo también.

Carla ya había recorrido la mitad de camino hacia su casa. Ahora caminaba por la avenida Federico Molina, dejando la plaza del antiguo estadio de fútbol a su espalda, mientras hacía balance de los regalos que había comprado. Un perfume para su madre, dos libros para su padre y una película en DVD para su hermano pequeño. El regalo principal, el de Antonio, lo llevaba en el vientre desde hacía unas semanas, pero como no podría entregárselo

hasta el verano siguiente, le había comprado una bonita corbata para que la llevase al trabajo. Él siempre se quejaba de tener que usar uniforme en la finca en la que ejercía como portero y conserje, pero ahora lo haría con una corbata tan bonita y buena como las de los estirados propietarios que vivían en el edificio.

Solía atajar por las calles de su barrio para llegar antes a casa, pero esa noche prefirió caminar hasta la iglesia de El Rocío. Aprovecharía que no estaba diluviando para entrar en el templo unos minutos, le apetecía rezar y colocar unas velas a la virgen para que su embarazo saliese sin dificultades. No había sido muy devota durante su niñez, cuando aún vivía en Ecuador con su familia, pero el paso de los años y la tozudez de su madre habían obrado el milagro, nunca mejor dicho.

Su madre vivía en la calle de al lado, en la que fue su primera vivienda en el país, cuando Carla era aún una adolescente; luego se casó con Antonio y compraron un piso cerca de la familia. Dos años habían pasado desde la boda, aunque a ella le parecía que fue ayer. Hay que tener a los seres queridos lo más cerca posible, se decían entre ellos a menudo, y a Carla le venía muy bien que su madre le hiciese la comida y alguna mañana se acercase a limpiar, ya que ella trabajaba en un salón de juegos como camarera y muchos días no llegaba a casa hasta casi la hora de la cena.

Las luces navideñas de la avenida quedaron atrás cuando se sumergió en su barrio. Los pobres no tenían derecho a la iluminación decorativa que instalaba el ayuntamiento en las mejores zonas, solo a la que ellos mismos colocasen en ventanas y balcones. Ella no tenía ninguna, no porque no pudiera permitírselo, sino porque detestaba esas figuras de Santa Claus trepando en las fachadas y en balcones cargados de luces de colores parpadeando. Qué cosa más horrenda. Por no contar el poco apego que tenía a estas fechas; cinco años atrás murió su padre en un accidente de tráfico cuando volvía del trabajo para cenar en Nochebuena. Su familia no había vuelto a celebrar esa noche, ni a colocar siquiera un árbol de Navidad en sus casas.

Mientras abría la puerta del edificio, se preguntó si sería capaz de esconder el regalo de Antonio, ducharse, preparar la cena, o calentarla, en el caso de que su madre le hubiera dejado algo en el

frigorífico, antes de que su marido llegase del trabajo. Tendría que darse prisa. Subió al primero A y se apagó la luz del rellano cuando estaba apunto de abrir su puerta. Se asustó, incluso pensó en el loco ese que mataba chicas por las noches. Claro que eso solo ocurría en las películas o les pasaba a los demás, al conocido del cuñado de alguien. Buscó el pulsador y la luz volvió a iluminar el portal. Seguía estando a solas. Respiró con calma y entró en la vivienda, encendió la luz del recibidor y fue a la cocina.

—Menudo susto. Tengo que admitir que esta situación acaba alterando a todo el mundo. Voy a poner música ahora mismo para calmarme —dijo en voz alta para sentirse más segura.

Salió de la cocina y buscó un disco de salsa en los cajones del mueble del comedor en los que guardaba Antonio la música y las películas. Encontró uno de bachatas que llevaba mucho sin oír y lo metió en la ranura del equipo de música, este se encendió en el acto y comenzó a sonar demasiado fuerte. Graduó el volumen a su gusto y volvió a la cocina, pero dejando encendida la luz del salón. Se sentía más segura así.

Sonó el timbre de la puerta cuando no había comprobado aún si en el frigorífico había una fiambarrera con cena de su madre. Quizás algún vecino necesitaba algo, y seguro que se trataba de Remedios: un desastre de mujer que olvidaba los huevos, los limones o la harina cuando hacía la compra en el supermercado. Se frenó antes de abrir, una voz interior le pedía cautela. Se asomó a la mirilla y vio a un policía de uniforme.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Policía Nacional, estamos advirtiendo puerta por puerta a los vecinos sobre las medidas a seguir ante el asesino en serie. —El chico era alto y guapo, mostró una sonrisa y enseñó su placa. Parecía auténtica.

Carla abrió la puerta.

DOMINGO

Es la primera vez que han estado a punto de destruir nuestro sueño. El mundo del pecado se rebela cada vez con más fuerza contra quienes luchamos por limpiarlo, por exterminarlo; contra quienes queremos hacer regresar a los pecadores a la senda de la corrección. Ya no hay un sendero iluminado, sino una cornisa cargada de peligros puestos por el Maligno y los millones de seguidores que tiene aquí en la tierra.

No ha sido bastante con tener que tomar más precauciones para no ser visto al entrar y salir de la vivienda, también he debido cambiar mi atuendo e improvisar para lograr que abriese la puerta. La pecadora ha confiado en el uniforme, por suerte, ya que no podía permanecer mucho tiempo expuesto en el rellano del edificio. La gente sigue confiando en cualquier cosa, incluso un burdo uniforme o disfraz, una falsa piel como la que ellos usan para pasar desapercibidos entre las personas de bien. Usaré, si es preciso, sus propias armas contra ellos, vasallos de Lucifer.

He tenido que darme prisa para evitar que llegase su marido o la inoportuna de su madre, a la que he visto durante las semanas de vigilancia entrando y saliendo como si fuese su propia casa. Al menos la chica se ha portado bien, no ha mostrado la férrea e incansable resistencia de la anterior, a la que tuve que cortar la cara como castigo.

La situación ha sido extraña, comencé el rito sin quitar la absurda y estridente música que sonaba en la casa, así que trabajé sobre la chica dejándome llevar por los impulsos que esos sonidos incitantes al pecado provocaban en mí. Quizá no fui tan considerado con ella, pero el castigo está infringido y la sexta penitente ya rinde cuentas por sus actos. Yo esperaré mi momento, más cercano cada día, para responder por los míos y pagar el castigo que se me imponga.

Y hablando de pecados, cuando limpiaba con lejía el baño, justo antes de vestirme para salir del piso, he tenido un imprevisto, el primero en estos seis días de purga. He obrado de la única forma posible, espero que no me lo tengas en cuenta, mi Señor, ya que tú guías mi mano y esta ha tenido que improvisar para que saliésemos airoso de la situación.

Observa mi sentimiento de culpa y redención, y mi muestra de entereza, compromiso y deseos de seguir siendo tu ángel redentor. Tu Mesías elegido y enviado. Mira mi cuerpo castigado por la fusta, mira mi carne desgarrada y mi sangre. La penitencia obrará sus frutos y mañana será un día que todos recordarán, el día en que comprenderán de una vez por todas que no se puede burlar la ira de Dios, el castigo por la insolencia.

Dame fuerzas y guía mi camino una vez más. Quizá la última.

23 de diciembre

Otro día más sin ver a Cristina, y otro día sin que ella pueda ver a la pequeña más de veinte minutos. El trabajo de policía no era muy compatible con la conciliación familiar, sobre todo cuando estaban enfrascados en un caso que les exigía el cien por cien de su disponibilidad. La niña pasaba más tiempo con sus abuelos que con los padres, y eso no le gustaba en absoluto; los niños deben ser criados, no malcriados, y sus cuatro abuelos no pararían de consentir al bebé como lo hacían todos los demás abuelos que conocía.

Cristina llegó el día anterior a las ocho de la tarde, le dio el pecho a la pequeña y se quedó dormida durante cuatro horas con ella en brazos. Hoy no había dormido ni una hora siquiera, hacía unos minutos que se había marchado a la comisaría tras una ducha rápida y medio litro de café. Él también debía partir para sus tareas de vigilancia, así que sus suegros se encontraban en la casa para pasar la noche cuidando a la niña; ahora mismo roncaban en el sofá del salón, no habían aguantado ni diez minutos de la película que habían elegido, seguro que acabarían despertando al bebé.

Tenía tanto jaleo en el trabajo, en casa y en el resto de aspectos de su vida en general, que no se había parado a hacer balance sobre lo que había cambiado todo en solo un año. Ahora tenía el salón como una juguetería por la que hubiera pasado un tornado, además de dos suegros roncando. Unos meses atrás estaba tumbado en ese mismo sofá, solo, con una caja de pizza barbacoa vacía sobre la mesa, una botella de Coca-Cola de dos litros a medio beber y el mando de la consola entre las manos mientras echaba una última partida, mejor la penúltima. Tampoco podía quejarse, tener a la pequeña Evita era lo mejor que le había pasado y, salvo cuando tenía que cambiarle los pañales, era una bendición estar

con ella. ¿Qué demonios pasa en el cuerpo de los bebés desde que beben leche materna hasta que la expulsan por el culo? Aquello es un arma biológica de valor incalculable para los ejércitos.

Fue a la cocina y contó los biberones del frigorífico, había cuatro, suficientes para las siguientes tomas antes de que regresara Cristina. Ella se sacaría otros cuatro en la comisaría y los guardaría en la nevera de la cocina donde hacían las reuniones o desayunaban. Esa era su vida ahora. Quizá cambiase con el tiempo, en pocos años, cuando pidieran reducción de jornada o destino de oficina en lugar de patrulla; algo que no estaba en sus planes cuando decidió entrar en la academia, pero las personas cambian con los años. Ahora sería feliz frente al ordenador durante ocho horas si con eso pudiera pasar más tiempo al lado de su pequeña y verla crecer, caminar y hablar por primera vez.

El cristal de la ventana devolvió el reflejo de un chico aún joven pero algo cansado y desaliñado. Hacía dos días que no se afeitaba y más de dos semanas que no se rapaba el pelo, así que notaba demasiado visibles las entradas que tanto odiaba. Miró su reloj, aún tenía unos minutos para invertirlos en rejuvenecer cinco años en el cuarto de baño antes de marcharse al trabajo. Además, asearse y acicalarse tenía un efecto calmante en él, aunque dudaba de la capacidad de su mente para dejar de pensar en su nueva situación o en cómo le iría a su novia en la oficina.

Las mujeres que se habían provocado un aborto clínico, y en ese momento gestionaban su embarazo en el hospital Juan Ramón Jiménez, estaban siendo localizadas y custodiadas por patrullas de agentes, además de crearse una red instantánea de comunicaciones entre todos los policías para estar avisados ante cualquier contratiempo.

Solo cinco de las chicas no estaban en casa ni respondían al teléfono en ese momento: las doce en punto. Eso había provocado que se intensificase una hora antes la búsqueda de las mismas. Por lo pronto, habían localizado a dos y estaban bien, solo cenaban en

restaurantes o casas de familiares y amigos con el móvil apagado o, directamente, no lo habían oído con el ruido.

Cristina preguntó a Nuria por su investigación sobre las palabras mayúsculas de los versículos. Esta resopló mientras se dejaba deslizar de forma exagerada en su sillón.

—No hay por dónde coger esta mierda de lista de palabras absurdas.

—No te derrumbes, sigue tu instinto y busca alternativas.

—Eso suena genial, pero las dos sabemos que no significa nada. Solo son tres palabras sin sentido que ese tipo ha dejado en mayúsculas porque sabía que habría una idiota en la comisaría rebanándose los sesos para averiguar que siempre hay una primera vez para equivocarse.

—Lo único que necesitas es descansar unas horas, una ducha, comer comida de verdad y enfrentarte al ordenador con más fuerza que nunca.

—Quizá tengas razón, aunque no me negarás que no dormir y casi no comer me está dejando una silueta fantástica.

—¡Eres idiota! No necesitas perder un solo kilo, estas perfecta.

—Claro, eso lo dices porque no estás en mi situación, chica soltera de veintiséis años, receptiva ante la posibilidad de conocer a un chico o una chica que quiera un compromiso medianamente serio.

Las dos terminaron esa frase a la vez, luego rompieron a reír ante la mirada del resto de policías de la sala.

—Siempre dices lo mismo, pero eres la chica más guapa de la comisaría, todos los agentes están locos por ti, y no solo los solteros.

—Ya, pero ni de lejos me liaría con alguien del trabajo. No te lo tomes a mal, sé que estás muy enamorada de Fran, pero yo no quiero tener a mi pareja encima a diario, al menos profesionalmente —guiñó un ojo con picardía.

—Te entiendo, a veces es agotador. He tenido patrulla con Fran y se hace pesado ver a tu chico todo el día y luego regresar a casa y ser dos zombis que no tienen nada que decirse ni contarse. Pero no te cierres a nada.

—¿Es eso una insinuación? ¿Te he dicho ya que te quedan muy bien esas raíces negras?

—Ja, ja, ja. ¡Idiota, llevo siglos sin tiempo de ir a la peluquería!

Ambas volvieron a reír, pero la risa duró lo que tardó en sonar el comunicador del recepcionista del turno de noche para decir que había un aviso. Una de las tres chicas que no daban señales había aparecido muerta en su casa. Nuria decidió acompañar a Cristina en el coche patrulla para salir de la comisaría y recibir aire fresco en la cara tras más de veinte horas seguidas dentro de la cueva.

Llegaron en veinte minutos a la zona que se conocía como Barrio de la Guita, edificios de cuatro alturas con viviendas muy pequeñas entre la avenida Federico Molina y la antigua avenida de Tráfico Pesado, ahora rebautizada como avenida del Nuevo Colombino. Había ya un gran revuelo en la zona. Nuria observó a vecinos llorando, otros preguntándose qué había pasado y el resto haciendo conjeturas o insultado al asesino que había visitado su tranquila zona. Una ambulancia, dos coches patrulla y otros coches oficiales, de la científica, forense y de inspectores, ocupaban la acera y la pequeña calle peatonal entre los edificios.

Nuria y Cristina iban ambas de uniforme, caminaron deprisa, recibiendo insultos por su incompetencia, hasta entrar en el portal y preguntar por Navarro. El agente que impedía la entrada a curiosos les hizo una seña con el dedo: arriba.

Era la primera vez que Nuria pisaba la escena de un homicidio en toda su vida. Entró en la vivienda tras Cristina, y no soltó su cabello largo y castaño de las manos, con el que jugaba cuando estaba muy nerviosa, durante todo el tiempo que estuvo allí en silencio. Cruzaron un pasillo estrecho, siguiendo el sendero que conducía al cuarto del que salían focos de luz intensa y blanca, los de la científica.

Olía fatal, pero no a suciedad o basura, era algo más intenso que se quedaba en la garganta a modo de amargor y que Nuria no supo definir. Oía un murmullo de docenas de voces tratando de comunicarse sin llegar a romper el respeto que merecía el momento y lugar. Una manta de aluminio dorado cubría por completo un cuerpo en el pequeño salón, en el dormitorio de al lado se encontró con una escena sacada de la peor película que hubiera visto en su

vida. Ver aquello en persona era mucho peor que revisar las fotografías; entonces comprendió el semblante desfigurado de sus compañeros cuando volvían a la comisaría desde las escenas de los crímenes anteriores.

La pobre mujer que yacía sobre la cama, un nido de sábanas arrugadas y empapadas en sangre densa y oscura, parecía un bol que alguien había vaciado por puro capricho y con una violencia inusitada. El dolor había sido tan intenso que sus ojos se habían salido de las órbitas, múltiples venas y arterias se habían roto por todo su cuerpo y se había hecho sus necesidades encima, como en un parto interminable. Las manos y pies mostraban arañazos muy profundos provocados por las finas cuerdas, casi de piano, que la ataban a la estructura. ¿Cuánto había sufrido y logrado resistir la pobre? En la boca tenía la cinta americana a medio quitar, eso significaba que le habían cortado la lengua y, muy probablemente, se había ahogado en su propia sangre como las anteriores. ¿Qué clase de perturbado podría hacer algo así?

Maite, la forense, se movía por la habitación con soltura, dando órdenes o hablando a su grabadora para registrar todo lo que veía o lo que deseaba investigar durante la autopsia. Los de la científica empezaban a cubrir la escena de un polvo blanco que daba picor en la garganta, pero era mejor que el hedor, mucho mejor.

Cuando sintió de repente la mano sobre su hombro, Nuria no pudo evitar el grito que paralizó a todos los que allí estaban. Era Marcos.

—Vamos, seguid todos con vuestro trabajo, vamos a contra reloj —dijo el inspector.

—¿Dos cuerpos? —preguntó Cristina.

—El marido, parece que sorprendió al asesino y este lo mató de un corte en el cuello, seguramente el mismo bisturí que usa para... ya sabes.

—Se está volviendo descuidado.

—Sí, y espero que haya dejado alguna huella o resto de ADN. Por cierto, venid conmigo.

El inspector al mando del caso hasta hacía solo unas horas las acompañó hacia otro de los dormitorios para pedirles un favor.

—Esto es horrible —dijo Nuria.

—No te lo discuto, pero no os traigo para eso. Necesito vuestra percepción, quiero que describáis lo que veis, quiero que observéis lo que se nos escapa a los demás. Cuatro ojos ven más que dos; y también quiero ojos vírgenes en la escena, sobre todo ojos inteligentes como los tuyos, Nuria. Creo que puedes complementarnos y sumar activos a la investigación.

—Me parece una buena idea —añadió Cristina.

—Pero yo solo percibo un olor horrible, y esa chica... por Dios ¿quién ha hecho esa barbaridad? En la películas no se aprecia tanta crueldad, tiene los órganos colocados al lado del cuerpo como en una ceremonia.

—No me digas lo que todos vemos, dime lo que ves tú. Espera un segundo, úsalo para mentalizarte y respirar hondo, lo vas a necesitar en un minutos.

Marcos se marchó y Cristina se quedó mirando a su compañera sin comprender muy bien lo que el inspector quería, quizá se hubiera vuelto loco, o tal vez estaba dando con la clave del caso; eso no lo sabrían hasta dentro de unas horas o días. El inspector regresó y la tomó de la mano para llevarla de nuevo al dormitorio de la víctima, en silencio, ya no había nadie cuando entraron, todos esperaban fuera sin saber muy bien por qué habían dejado de hacer su trabajo. Una vez dentro, Marcos le dijo que se tomase su tiempo y se marchó cerrando la puerta y dejándola sola.

—¿Qué pretendes de ella? —preguntaron David, Cristina y otros policías que allí quedaron en el salón.

—No lo sé, es un presentimiento, quizá me equivoque. Pero a estas alturas tengo que probar todas las opciones.

Nuria sentía un escalofrío constante recorriendo su espalda. Sudaba a pesar del frío del lugar, miró sus manos y comprobó que temblaban como si fuesen de gelatina. Se acercó despacio al cuerpo y observó su pálida cara, desde cerca aún daba más miedo. No quería estar allí, no volvería a quejarse nunca más de sus anodinas tareas administrativas en la comisaría. Miró el abdomen abierto, como una ofrenda, y giró la cara ante el hedor que desprendían la sangre y las vísceras. Entonces vio la pared. Cinco paredes parecidas había observado antes en fotografías. Se acercó a unos centímetros de ella y leyó la frase escrita con sangre,

entonces comprendió que algo había cambiado en ese crimen. No tenía la más mínima duda.

**mas la cepa de sus raíces dejaréis en la tierra, con
LIGADURA de hierro y de bronce entre el MONTE: sea mojado
con el rocío del cielo, y con las bestias SEA su parte entre la
hierba de la tierra**

Aquel escrito estaba mal, mal en todos los sentidos. Aún no era capaz de saber por qué, pero lo sabía al fin y al cabo. Salió de la habitación a toda prisa y se encontró con un espectáculo igual de desagradable.

—Deberíais haberme llamado antes, he tardado un siglo en recibir el aviso —protestaba el comisario—. ¡Explícame de nuevo qué hace una agente de apoyo en la escena de un crimen, mientras el avance de los trabajos científicos y forenses se pausa como si tuviéramos todo el tiempo del mundo para jugar a los polis.

—Dale la oportunidad, ella ha colaborado en muchos casos vitales, tiene un don. Es importante oír a quienes tienes a tu lado — Marcos no solo lo dijo por Nuria, también por él mismo, que no parecía muy valorado por su superior en los últimos días.

Nuria fue a decir algo, pero Paco lo impidió pronunciando cinco palabras que dejaron boquiabiertos a todos los presentes en el piso.

—Navarro, estás fuera del caso.

Había mucha menos gente que en la reunión anterior, por suerte, pensaba el alcalde Diego Murillo, pero eran igual de ruidosos y lanzaban las mismas tonterías al aire como soluciones a una crisis que solo se solventaría con atrapar al asesino. Que si ocultar a los ciudadanos la aparición de nuevas víctimas, incluso sobornando o amenazando a la prensa y televisión, que si decir en rueda de prensa que el FBI vendría desde Estados Unidos para ayudar a la policía de la ciudad, que si lanzar una campaña publicitaria sobre la importancia de la Navidad y de rezar para que todo lo malo quedase atrás. Cada propuesta era más ridícula o inapropiada que la anterior.

¿De qué clase de inútiles estaba rodeado? Si hubiera sabido lo que se encontraría en la política antes de presentarse a la alcaldía...

En la sala de juntas del ayuntamiento, los únicos que podían ayudarle, aunque estuvieran callados ante el aluvión de estupideces lanzado por sus concejales, eran el fiscal y el comisario de policía. A ellos se dirigió en cuanto pudo poner algo de orden.

—Contamos con un policía varias veces condecorado y que debería tener el caso casi resuelto, ¿no?

—Bueno... lo cierto es que he apartado a Navarro del caso porque... —tragó saliva e hizo una pausa ante la mirada de los presentes— creo que la dirección que estaba tomando no era la adecuada. Quiero hacerme cargo yo mismo y espero tener noticias positivas en breve.

—¿Sabías algo de esto? —preguntó el alcalde al fiscal.

—Desde hace solo unos minutos —mintió Juan Antonio Millán.

—Bien, la reunión se da por terminada.

—Aún no hemos tomado ninguna decisión, protestó el concejal de cultura y festejos.

—Siempre podéis enviármelas por mensaje de teléfono o correo electrónico, prefiero leer estupideces a escucharlas. No vamos a sobornar a la prensa, mucho menos amenazar a nadie, no vamos a dejar la ciudad en manos de Dios y rezos navideños, tampoco mentir a la población. Si no tenéis nada práctico, eficiente y que podamos realizar lo antes posible, no me sois de ninguna utilidad.

La sala se quedó vacía en dos minutos tras las quejas de los concejales que habían sido llamados para una reunión extraordinaria en plena madrugada. El alcalde se quedó a solas con Paco y Juan Antonio Millán. Se sentaron en un rincón del fondo, con la cafetera en medio, y trataron de buscar una solución.

—Tendremos que meter más de lleno a la Guardia Civil y a la Policía Local, aunque considero difícil que el asesino vuelva a matar —apuntó el comisario mientras se servía una taza de café. Sus dos acompañantes reclinaron con la mano ante su oferta de llenar sus tazas.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —preguntó el alcalde. El fiscal también miró a Paco con intriga.

—Hemos descubierto el motivo por el que castiga por soberbia a las mujeres embarazadas, es porque se provocaron un aborto en el pasado. En este momento tenemos localizadas y protegidas al resto que aparecen en la lista.

—Pero eso no implica necesariamente que deje de matar —exponía el fiscal—, quizá tenga previstas otras alternativas, como embarazadas de clínicas privadas o de otros hospitales de la capital, incluso de la provincia. Si vigila a sus víctimas, se habrá dado cuenta de que están siendo escoltadas, así que puede buscar una alternativa para evitar el enfrentamiento con la policía.

—También podría comenzar a matar a cualquier mujer, aunque no haya abortado, aunque ni siquiera estuviera embarazada —añadió el alcalde.

—No lo creo. El ritual, con la cita bíblica incluida y grabada con sangre en la pared, indica que él cree estar cumpliendo una especie de mandato divino, una tarea estricta y de la que no debe apartarse. Los asesinos ceremoniales son inflexibles.

—Esperemos que sea cierto y que la de esta noche haya sido la última víctima. Como también espero que lo capturemos, no me vale con que deje de asesinar.

—Ya sabes que destinamos en la actualidad todos los efectivos a esa tarea, puedes confiar en mi equipo.

—No tanto, Paco, no tanto. Después de estos días dando palos de ciego y sabiendo que has destituido a tu mejor investigador, no tengo mucha confianza en ti ni en tu equipo.

Tras salir del edificio, el fiscal abordó al comisario justo antes de llegar a su coche. No parecía muy complacido durante la reunión, pero ahora se mostraba incluso iracundo.

—¿Cuándo coño pensabas informarme de las novedades del caso? ¿Crees que me gusta quedar como un imbécil?

—Relájate, la destitución de Navarro se ha producido menos de una hora antes de esta reunión, y el descubrimiento del dato sobre los abortos fue poco antes. Todo estaba previsto para incluirlo en el informe que te mandaría a primera hora.

—Podías habérmelo dicho mientras esos inútiles de concejales perdían cuarenta minutos diciendo estupideces.

—Sí, pero son datos policiales, no es necesario para tu trabajo que los conozcas. Si te pido una orden de registro o una exhumación de un cadáver, la firmas si te da la gana, pero no tienes por qué saber detalles de la investigación en el mismo momento de producirse.

—Te recuerdo que estoy al mando de la investigación, Paco.

—¿Quieres ejercer ese mando? Perfecto, entonces no te vayas a casa, o a donde sea que te marchas con tanta prisa tras las reuniones, te cedo mi despacho y me cuentas dentro de dos días qué tal te llevas con doscientos policías durante veinte horas cada jornada, y no olvides que tienes que resolver el caso y atrapar al asesino. Así que tú mismo, ¿quieres la contraseña de mi ordenador?

—Vete a la mierda.

—Lo tomaré como un «lo estás haciendo muy bien, Paco, sigue así».

Juan Antonio Millán no respondió, ya se había marchado a por su coche.

Por mucho que odiase madrugar y separarse de su familia, especialmente de su hija pequeña, que aún no había cumplido un año, Maite comprendía que la situación era especial y que cada adelanto en la investigación les acercaría a una pronta detención del asesino. Más de la mitad de los cuerpos que tenía en las neveras eran chicas que habían acabado destrozadas en todos los sentidos, se les había arrebatado la vida justo después de hacerles comprender que no llegarían a vivir para ver nacer a sus hijos, a los que el psicópata homicida también ejecutaba en su enfermizo ritual. Había seis familias destrozadas y una ciudad, un país entero, que sufría en lugar de estar disfrutando de la época del año diseñada para tener los mejores deseos y momentos con su familia. La forense emitió un chasquido de decepción al pensar en su marido y sus hijos y ser consciente de la suerte que tenía; hasta se sentía culpable por el alivio que suponía no haber perdido a ningún miembro. Ese cerdo asesino había logrado trastocar las vidas de

todos, incluyendo las de quienes daban gracias a diario por seguir vivos o no haber perdido a un familiar. Sin duda había elegido el momento perfecto para hacer el máximo daño posible.

El cuerpo de Carla Núñez había llegado una hora antes, así como el de Antonio, su marido. Acababa de terminar el de la chica y pensaba tomar un café antes de empezar el de él, que no presentaba mucha dificultad, ya que era más que visible el corte en el cuello que le había provocado la muerte, aunque eso no la eximiría de realizar todo el proceso de toma de muestras, análisis y búsqueda de huellas y fluidos.

Se quitó los guantes y los tiró a la papelera, luego la bata algo salpicada y salió al pasillo. Podría aprovechar el lugar desierto para usar la cafetera de su compañero, pero le apetecía caminar y se acercó a la máquina de la entrada del hospital. No había casi nadie en el área de urgencias y la UCI, a partir del amanecer no se podría respirar en esa misma zona. Dos meses atrás había recaído con el tabaco, tras dejarlo una docena de veces, especialmente durante sus embarazos, aunque ahora solía fumar solo uno cada noche, en silencio y a solas en la puerta del hospital. Esta noche hacía tanto frío y entraba una humedad tan desagradable que tiró el cigarro al cenicero antes de fumarse la mitad. Regresó sintiendo el desentumecer de las piernas al caminar y el calor que le proporcionaba el brebaje, aunque su sabor no podía ser peor. Le apetecía irse a dormir al sofá de su despacho, el cadáver del marido no era tan prioritario, pero tampoco tardaría más de treinta o cuarenta minutos en dejarlo listo, mejor así, luego redactaría los informes en unos veinte minutos más y —miró su reloj de pulsera— estaría en casa a las cinco de la mañana. Pensaba dormir hasta las doce, como mínimo.

Apuró el café y se puso de nuevo la bata, guantes nuevos y encendió la grabadora. Realizó los análisis y toma de muestras, la búsqueda con luz que intensificaba magulladuras y acabó por buscar resto de ADN o huellas.

Segundos después estaba al teléfono gritando de júbilo por la noticia que daba al comisario. Se le había pasado el sueño.

—¿Cómo que está fuera del caso? ¿Estás de broma?

—¿En la escena del crimen de esta noche? No me lo puedo creer.

—Paco se ha vuelto loco. ¿Quién llevará el caso? ¿Él mismo?

—Pero si no ha llevado un caso desde hace veinte años.

Los agentes de la comisaría cuchicheaban tras hacerse público el cese del inspector Navarro. Ninguno de los presentes daba un euro por Paco Hernández. Más le valía ser inteligente y dejar el caso en manos de David Sobrá y Cristina Collado, o tendría que ver cómo la ciudad sufría y contemplaba un infinito reguero de mujeres mutiladas y asesinadas. En breve amanecería y seguían de brazos atados, sin órdenes recibidas más que las de custodiar al resto de víctimas potenciales.

David entró cabizbajo y sin saludar, ni se dio cuenta siquiera de se cruzaba con compañeros, pasó a su despacho y permaneció en él durante los más de quince minutos que tardó en llegar Cristina a la comisaría, portando un semblante no mucho mejor y limitándose a encender su ordenador e ir a por un café a la cocina. Allí se encontraron los dos subinspectores.

—¿Has podido hablar con él? —preguntó la chica.

—No, tiene el teléfono apagado.

—Pensaba que tenías su número fijo.

—No. He llamado también al móvil de Laura, pero no lo ha descolgado. Supongo que quiere descansar de toda esta locura. Esa gripe lo estaba destrozando. Quizá lo que más necesite sea incomunicarse.

—Los dos lo conocemos lo bastante como para saber que seguirá pensando en el caso hasta que se haya resuelto.

—Esta vez no, esta vez está más cansado y derrotado que nunca. Paco no sabe la estupidez que ha hecho.

—Podemos hablar con él, con Paco, y tratar de hacerle entrar en razón.

—Ninguno de los dos dejará su orgullo atrás, menos aún cuando hace tan poco tiempo que han discutido.

—Tal vez lo hagan por el caso, por las víctimas.

—No lo sé, pero ahora lo más importante es que tenemos que seguir adelante. Hay que proteger a las posibles futuras víctimas y estar pendiente de un error del asesino, de alguna pista más que consigamos, como la de los abortos.

—Hablaré con Nuria. Veo que está entrando ahora mismo.

—Dime lo que vayas averiguando, yo voy a coordinar el dispositivo de vigilancia de las posibles víctimas y organizar los turnos de los agentes logísticos.

Cristina salió por la puerta de la cocina e hizo un gesto a Nuria para que la acompañase. La agente no tenía buen aspecto.

—¿Has podido dormir algo?

—Solo he comido y me he dado una ducha.

—Así no me sirves mucho, te necesito al cien por cien.

—Es que vi algo extraño en la escena del crimen, algo que no pude comentar porque Paco llegó y se puso hecho una furia. Solo pude decírselo a Marcos cuando nos íbamos del edificio.

—¿Has hablado desde entonces con él?

—No, parecer tener el móvil apagado.

—Ya me lo imaginaba. Me ha pasado igual. Así que estamos solos... Cuéntame lo que sepas por si puedo ayudarte —pidió Cristina mientras servía un café a su amiga.

—Las palabras en mayúscula de la pared, noté algo allí en vivo que no había apreciado en las fotografías.

—¿El qué?

—Énfasis. Me dio la impresión de que la inicial de cada palabra tenía más trazos, más sangre que el resto. Es como si el asesino hubiera puesto más empeño, quizá de forma inconsciente, al escribirlas. Es una sensación, pero quiero hacer unas comprobaciones. No he podido dormir pensando en el momento de ponerme a ello.

—Te ayudaré, vamos a la mesa.

—Eso no es todo. El versículo no es consecutivo como los demás, es Daniel 4-15. Se ha saltado varios.

—¿Y eso qué significa?

—No tengo ni idea, pero dudo que lo haya hecho sin un motivo.

David apareció de repente, se veía muy alterado. Las acompañó a sus escritorios y se sentó junto a ellas.

—Bueno, dinos de una vez lo que ha pasado.

—Maite ha encontrado una huella dactilar —susurraba David—. Cuando el marido de la sexta víctima sorprendió al asesino, este ya se había quitado los guantes, se había duchado y se marchaba de la casa. Dejó una huella en la piel del cuello del marido al sujetarlo para cortarle con la otra mano.

—No estamos entre enemigos, no hace falta que cuchicheemos, ¿no?

—Es que, después de lo de ayer...

—Déjate de historias, hay que informar a todos los agentes que estén en la sala para que busquen en la base de datos. Por cierto, ¿cómo sabe Maite todo eso? ¿Cómo sabe que estaba recién duchado?

—Dice que no había casi ácido bórico ni gérmenes en la huella, y que eso solo sucede tras lavarte a conciencia las manos o ducharte con gel o desinfectante.

Cristina se mostraba eufórica, el caso avanzaba. Tenían localizadas a las posibles víctimas futuras, habían logrado un descuido del asesino y ahora buscarían su identidad. Tal vez lo de Nuria y las iniciales fuese otro paso importante a punto de descubrirse. Aquel día sería vital para conocer la evolución del caso.

La luz que comenzaba a entrar por entre los pequeños orificios de las persianas no cerradas del todo, sumada al ambiente cargado por el humo que desprendían las miles de velas en la casa, generaba líneas parecidas a dedos de Dios que quisieran acariciar el santuario en el que había convertido su piso. Aún sonaba el CD de cantos gregorianos que puso en modo bucle unas horas antes. Sobre la mesita de noche en el dormitorio reposaba un plato de gachas de avena casi terminado, rodeado de velas casi consumidas y salpicaduras de sangre por el ritual de purificación al que se había sometido tras escribir su diario.

Estaba tan nervioso por la importancia del momento que casi no había podido dormir; ni siquiera le dolían las heridas de la espalda. Con el paso de los años había logrado vivir con ellas, hacerlas parte

de su día a día, primero disimulando el dolor y luego anulándolo hasta hacerlo desaparecer. Tumbado con las manos cruzadas tras la nuca observaba el techo con una sonrisa de triunfo en los labios. La policía creía tenerle cercado, pero esos idiotas no comprendían que todo estaba minuciosamente calculado, que se encontrarían con más dificultades y no lograrían prever sus movimientos. Y aunque lo lograsen, él estaba preparado para afrontar su destino, el justo castigo tras rendir cuentas a su jefe.

Y esa noche nadie impediría que una pecadora más pagase su debida penitencia.

—Perdóname, Señor, por salir del camino acordado, por dejar de castigar por una noche la soberbia para luchar contra un pecado diferente, pero no menos perjudicial para el rebaño.

Miraba el altar que tenía sobre la cómoda, el paso de los años y miles de velas habían cubierto el mueble por completo de cera y ahora parecía una torre deforme con estampas de santos y una estatua de Jesucristo en el centro; las mismas que años atrás habían decorado el mueble de la casa de su madre.

Sintió deseos de masturbarse al llegarle el recuerdo de la pecadora de la noche anterior, pero había prometido no volver a hacerlo y consiguió con esfuerzo cumplir la promesa. A su madre, a lo largo de la niñez, le prometió más cosas de las que pudo satisfacer. Su madre...

Mercedes parece estar mejor, después de cuatro meses en el hospital, le han dicho que la enviarán a casa el día siguiente. Ella misma se lo comenta a su hijo esa tarde y él se pasa toda la noche limpiando la casa a conciencia, dejándolo todo como a ella le gusta y lavando su ropa y las sábanas para que se las encuentre oliendo a limpio. No tendrá queja de su hijo, que no ha perdido un solo minuto jugando al fútbol ni yendo con amigos, solo estudiando, haciendo las tareas de la casa y acompañándola en el hospital cada tarde sin falta.

Ha vuelto del colegio hace media hora, desde entonces está asomado a la ventana. Ahora observa cómo la ambulancia se detiene y dos enfermeros sacan una camilla. Su madre parece

cansada, no habla ni gesticula mientras la llevan hasta el dormitorio y la acuestan en la cama. El chico se decepciona al comprobar que su madre no ha dicho nada por la casa impecable o las sábanas limpias, aunque lo que más llama su atención es el tamaño de su cuerpo en el centro de la cama, casi la mitad que cuando se fue; un esqueleto recubierto de piel amarillenta. Su mirada no ha cambiado, sigue siendo afilada e inquisidora.

Una máquina que emite pitidos está conectada a su cuerpo a través de un cable. Ya no puede comer lo mismo de antes, así que el chico va al supermercado a traer lo que le mandan. Esa noche le hace la cena y se la lleva a la cama, luego friega y regresa a rezar y dormir entre sus brazos.

Así pasa una semana, luego otra. Ella no parece recuperarse, pero ambos se acostumbran, es la nueva vida que les ha tocado vivir. Ella llora cuando cree que está a solas, llora y se lamenta por tener que pagar por el pecado de los demás, llora por su destino cruel y llora por estar vacía y ya no ser una mujer completa. Él no comprende lo que quiere decir, está sentado tras la puerta, apoyado en la pared y llorando también por ver a su madre en ese estado.

Esa misma mañana, en el colegio un compañero se ha reído de él; no le ha dado ninguna importancia y ha seguido su camino, luego ha insultado también a su madre. «Familia de raros, es normal que tu madre se muera, sois unos bichos raros». Se ha dado la vuelta con furia y le ha roto la nariz, han sido necesarios seis niños para impedir que le hiciese más daño. El director del colegio lo ha llevado a su despacho y le ha preguntado por lo ocurrido, él no se ha chivado. Unos compañeros, testigos del momento, han acabado por contarlo y el director lo ha dejado ir sin consecuencias ni llamar a su madre. Cuando se marchaba del despacho ha oído cómo el director le decía a su secretaria que «bastante tiene el crío con lo que le ha tocado, como para encima soportar la crueldad de los demás niños».

¿Por qué la gente es cruel? ¿Por qué los malos atacan a los buenos? El mundo funciona al revés de como debiera. Ya lo dice su madre desde que él tiene uso de razón. «Y algún día los pecadores recibirán su castigo, ya lo verás», añade siempre. Pero él no ve que sean castigados, al contrario, cada vez son más, y más crueles, y

siempre salen indemnes. Cada vez odia más el colegio, le gustaría darles una paliza a casi todos, como hace su madre con él cuando se porta mal. O como hacía antes de no poder levantarse de la cama.

Cada día vienen dos enfermeros desde hospital para mirar la máquina que emite el extraño pitido, le preguntan cómo se encuentra y también lavan su cuerpo. Ella se queja por la noche de que esa es una tarea demasiado íntima y que jamás debería hacerla otra persona por uno mismo, que una persona deja de serlo cuando se ve en esa tesitura. Sigue llorando cada día y cada noche, se ha convertido en una costumbre y ella las arraiga con facilidad.

Se despierta un martes cualquiera y no siente su calor, ni el movimiento pausado de su pecho al respirar, tampoco siente ese algo que la convierte en ella, una sensación que percibe desde que salió de su cuerpo y que es capaz de sentir con los ojos cerrados cuando la tiene cerca. No, no se trata de un martes cualquiera, ni por asomo. Ella no responde a sus susurros, tampoco luego a sus gritos ni a los zarandeos.

No va a la escuela, no contesta al teléfono, no se levanta de la cama en todo el día ni para ir al baño. Tampoco le pegará nadie por hacérselo encima...

Se tocó con la mano derecha la entrepierna, recordando el calor de su orina aquel día como si no hubiesen pasado más de quince años. Con la otra mano se acarició los labios con suavidad para evocar el tacto tibio de la mejilla de su madre, aquel día fue enfriándose y poniendo dura como el resto de su cuerpo.

El recuerdo hizo que volviera a dormirse, no había prisa, no entraría a trabajar hasta la noche. Quizá la última de su vida.

La última...

Dormir más de seis horas le había sentado de maravilla, incluso sentía remitir la fiebre y el dolor de cabeza. El Paracetamol de la noche anterior había obrado milagros, así como las tres infusiones

de tila que Laura se empeñó en que bebiera antes de acostarse. Ahora se moría de ganas de ir al baño a evacuar tanto líquido, pero se estaba tan a gusto bajo el edredón nórdico y abrazado al cuerpo de su chica, al de su chica y de su futuro bebé, que no encontraba fuerzas para escapar de ese maravilloso estado.

«Su futuro bebé», era más fácil decir esas palabras que digerir lo que significaban e implicarían de cara a su vida inmediata. Debería pedirle que se casaran. ¿Sería Laura tradicional y querría que fuese a casa de sus padres a anunciarlo tras una cena con anillo en estuche y rodilla al suelo? Tal vez no fuese necesaria tanta ceremonia. Lo que estaba claro es que tenían que buscar un piso definitivo, ya no eran dos jovencitos y tenían que afianzar el proyecto de vida en común y de futuro que habían comenzado un año atrás.

El cuello y los cabellos de la chica desprendían un delicioso aroma, compuesto por perfume, champú y su olor corporal, que le volvía loco cada mañana. La besó con suavidad y notó cómo ella se estremecía. Le apetecía mucho hacer el amor, pero no pensaba despertarla para algo tan egoísta. Salió con cuidado de debajo del nórdico y se dirigió al baño para aliviar la vejiga, aprovechó para darse una ducha y fue a la cocina a preparar un desayuno a la altura de las circunstancias.

Pensaba pasar todo el día en casa, o toda la semana si su cuerpo se lo exigía y su mente estaba de acuerdo. Llevaba desde septiembre sin pasar tiempo con Laura, tiempo de verdad, hasta llegar incluso a aburrirse por la inactividad. A veces es tan necesario no hacer nada, sobre todo de cara a volver al trabajo con ganas y las pilas cargadas a tope.

¿Dónde demonios estaba el tostador? ¿Y el pan de molde? ¿Qué criterio seguía Laura para guardar las cosas en esa cocina? Necesitó cuarenta interminable minutos para tenerlo todo preparado. Eran casi las diez de la mañana e iba siendo hora de despertar a la chica.

—¿Qué tal te encuentras? —se preguntaron casi a la vez cuando él subió despacio las persianas para dejar pasar la poca luz que el temporal permitía.

Habló primero Marcos.

—Mi trabajo no tiene la más mínima importancia comparado con lo que tú... con los que los dos tenemos que afrontar ahora.

—Es cierto, y quiero disculparme por no haberlo compartido contigo antes, tienes el mismo derecho a saberlo que yo.

—Déjate de historias, tenías tus motivos y los respeto. Reconozco que me cuesta dejar el trabajo a un lado y eso acaba perjudicando nuestra relación.

—Entonces, estamos en paz.

—Eso es —le dio un beso corto en los labios, el primero de los muchos que pensaba darle esa mañana—. Despierta o las tostadas habrá que tirarlas a la basura.

—¿Has hecho el desayuno? Eso quiero verlo.

Tras una larga conversación sentados a la mesa de la cocina, Laura se duchó y tomó su ordenador portátil para sentarse, aún con el albornoz puesto y una toalla alrededor de la cabeza, en el sofá del salón. Allí veía las noticias Marcos.

—¿No vas a llamar a la comisaría?

—No, necesito unas horas para mí. Supongo que Paco se las podrá arreglar solo, además, contando con Cristina y David, a estas altura tendrán un plan de acción diferente que quizá les lleve al asesino que yo no he sabido encontrar.

—No te infravalores, no es bueno para la autoestima, y un gran policía como tú necesita vanidad a raudales.

—La vanidad es un pecado capital, como la soberbia, ¿lo sabías? Quizás el asesino decida venir a por mí esta noche.

—No hagas bromas con eso, se me pone el vello de punta solo con pensarlo.

Laura se estremeció con ese pensamiento. Estaba reclinada en un lateral del largo sofá, jugando con los pies desnudos a hacer cosquillas bajo la camiseta de Marcos que, recostado en el extremo contrario, se mostraba abstraído con las noticias del televisor.

—Está bien, hablemos de otra cosa. —Apagó la televisión y se giró para mirarla—. Cuéntame lo de tu sueño, eso de que viste cómo asesinaban a la quinta víctima. Es una broma ¿verdad?

Laura tragó saliva al recordarlo. Casi preferiría no hablar del tema, aunque sabía que lo necesitaba, tal vez fuese terapéutico soltarlo de una vez.

—Fue como un estado de vigilia, me había quedado traspuesta en el sofá. No serían más de las diez y media y esa noche tenía previsto hacer conexión si se descubría una víctima nueva, así que ya estaba arreglada, había cenado y solo tenía que coger el coche para llegar en diez minutos donde fuese. El caso es que lo sentí más real que ningún otro sueño antes tenido. Podía oler la sangre, sentí que vomitaría de un momento a otro. Recuerdo cada detalle de la casa, incluso la luz ambiente o la puerta tras la que vi cómo ese cabrón la torturaba. La mirada de ella se me ha quedado clavada, pedía ayuda con tanta desesperación que pensé que le daría un ataque al corazón. Mientras su sangre lo salpicaba todo, hizo un esfuerzo sobrehumano para intentar soltarse y él la castigó cortándole la mejilla.

—Joder...

—Dime que no me crees. Prefiero que no me creas a que pienses que me estoy volviendo loca.

—Ninguna de esas dos cosas. Creo que has tenido algún tipo de vínculo. Aunque no sé cómo explicarlo. Conectaste con la escena del crimen. Supongo que esto no podremos contárselo a nadie, pero te garantizo que te creo.

Laura se tumbó sobre Marcos y este la abrazó.

—Gracias por no pensar que me estoy volviendo loca.

—No digas eso. Tú solo te volverías loca por las compras, y aún no llegaron las rebajas.

—Tonto.

—Por cierto. —Marcos cambió el tono de voz— ¿Viste la cara del asesino?

—Sí y no. Estuvo casi todo el tiempo de espaldas a mí, y cuando se giró para mirarme, su rostro se mostraba desfigurado, como difuminado.

—Qué extraño.

—No creas, lo más raro, yo diría que espeluznante, incluso más que todo el macabro espectáculo que había en el dormitorio, era la espalda del asesino.

—¿A qué te refieres?

—La tenía llena de heridas. Líneas rojas, algunas sangraban, se extendían por una costra seca, como si toda su espalda fuese una

enorme cicatriz.

—¿Te refieres a marcas de látigo?

—Sí, algo así. Es raro, ¿verdad?

La mirada de Marcos había ido cambiando a medida que escuchaba el relato, desde la frialdad y escepticismo iniciales hasta la empatía y amabilidad que exhibía ahora ante las lágrimas y el gesto desencajado que la chica mostraba al recordar la experiencia.

—Más que raro.

—¿Crees que me esté pasando algo... mental?

—No, aunque reconozco que es la cosa más extraña que he oído en mi vida. Quizá quieras hablarlo con la psicóloga del departamento, es buena.

—Déjalo. Salvo que se repita el sueño o tenga otro similar, no quiero hacer más que descansar, ganar algo de peso para el embarazo, como dijo el médico, y terminar este trabajo para ganar un dinero que nos vendrá muy bien. Y hablando de trabajo, tendrás mil llamadas de David y del resto de compañeros.

—No es un tema del que me apetezca hablar ahora.

—Pero no podrás desconectar tan fácilmente, no engañas a nadie con esa actitud. Vives para el trabajo y te mueres de ganas por conocer las novedades.

—¿En serio? —Se giró de nuevo y la miró durante unos segundos en silencio—. ¿Crees que no puedo dejar atrás un caso por muy enfrascado que esté en él?

—Pues sí, y esas miradas y pausas que os enseñan en la academia no tienen ningún efecto sobre mí. Que sepas que no puedes engañarme.

Marcos sonrió y volvió a encender el televisor. Laura tomó su ordenador portátil y revisó los mensajes de correo electrónico, luego se fue a secar el pelo, maquillarse y elegir la ropa para una conexión en directo desde la puerta del ayuntamiento. Marcos se ofreció a acompañarla, pero dos agentes y Javi ya la esperaban en la puerta de casa y ella le pidió que aprovechara para descansar y curarse del todo la gripe. Regresaría tras la conexión, compraría pan y unos bollos por el camino. Ultimamente solo pensaba en pasteles, tartas y bollería.

—Te querré igual aunque peses treinta kilos más —le dijo él con toda la buena intención del mundo.

—¡Vete a la mierda! —fue la respuesta de la reportera.

La puerta se cerró de un portazo y el silencio se hizo en la casa, ya que el televisor estaba con el volumen al mínimo y el inspector se limitaba a leer las noticias que pasaban rápido por la parte de abajo. Solo hablaban del Destripador, parecía que no había ocurrido nada en el mundo más que eso. Cuando los noticiarios tenían una presa entre los dientes, no la soltaban salvo que apareciese otra más jugosa.

Cinco... cuatro... tres... dos... uno...

Miró a ambos lados del salón, como si hubiera alguien allí observándolo, y se levantó de un salto para encender su portátil y el teléfono móvil.

«Qué bien me conoce la puñetera...».

El dispositivo policial en la plaza del ayuntamiento era mayor que nunca: seis agentes alrededor de Laura y Javi, además de otros doce policías locales que se movían entre la gente para evitar un posible tumulto. El propio alcalde había llamado a la jefatura para exigir la máxima protección a quien consideraba una colaboradora, más aún cuando la zona estaba atestada de curiosos y manifestantes indignados.

—Buenos días, estimados telespectadores. A estas alturas ya sabrán que el día de hoy ha amanecido con la triste noticia de una sexta víctima del Destripador. Así es como lo llama la prensa, pero yo personalmente prefiero llamarlo Demonio, ya que solo un enviado del Diablo podría hacer las barbaridades con las que está quitando el sueño a todo un país, las ilusiones y las ganas de disfrutar de las Navidades a todas las mujeres, y eso sin hablar de que ha sumido en un infierno en vida a los familiares de las siete víctimas. Sí, han oído bien; nos han confirmado que también acabó con el marido de la sexta chica cuando este irrumpió en la casa. Una atrocidad... ¿Qué clase de misógino enfermo puede odiar tanto como para cometer semejantes crímenes?

Insultos hacia el asesino se sucedían a su alrededor, la turba comenzaba a exaltarse, pero parecía bajo control del dispositivo policial. Laura sintió algo extraño, una conexión, parecía estar viendo a las víctimas en su mente; estas la miraban con un gesto abatido, se veían demacradas, mutiladas, con la piel casi albina y los ojos aún inyectados en sangre. Quizás el embarazo había despertado sensaciones en su cuerpo que habían permanecido en letargo y ahora no lograba controlar, sin duda alteradas o influenciadas por el caso que estaba siguiendo. ¿Había heredado realmente ese don que atribuían en el pueblo a su tía abuela? Laura siempre pensó que era una vieja loca... y ahora se estaba convirtiendo en lo mismo. Toda aquella situación provocó una rabia que explotó en cuanto volvió a acercarse el micrófono a la boca.

—No quiero pensar en el trato que debes de haber recibido por parte de tu madre y de las mujeres en general. Sí, te hablo a ti, enfermo. —Se dirigía a la cámara con un gesto de ira en la mirada—. No quiero pensar en los calvarios que habrás sufrido para convertirte en la bestia que eres hoy. Solo te digo que la policía te atrapará y te pudrirás el resto de tu vida en una celda.

—¡No, nada de cárceles de lujo! —gritó una voz entre el público asistente— ¡Pena de muerte para esos asesinos! ¡Pena de muerte! ¡Pena de muerte!—. Toda la plaza comenzó a gritar y levantar los puños, la mayoría eran mujeres; también había allí algunos amigos y familiares de las víctimas. A nadie le importaba la lluvia o el frío.

De repente, comenzaron a impactar huevos y tomates en la fachada del ayuntamiento, además de oírse gritos contra la gestión que estaba haciendo el alcalde con respecto a la situación de crisis. El propio alcalde, o su adivinada silueta, se apreciaba tras los visillos de una ventana en el piso superior. Dicha silueta desapareció tras el impacto de una piedra que rompió el cristal.

Laura y Javi tuvieron que salir protegidos hasta llegar al coche y abandonar a toda prisa la zona. Un furgón con agentes antidisturbios llegaba cuando ellos ya estaban a salvo. «Lo peor de todo —pensó Laura—, es que mañana se hablará más de la represión policial contra los manifestantes, que están en su derecho de indignarse, que de la labor incansable que la policía estaba haciendo por atrapar al asesino».

—¿Qué se supone que estás haciendo? —el tono de su productor no era muy amigable.

—¿A qué te refieres? Estoy grabando los directos que pactamos. Uno al mediodía y otro en la noche.

—No me refería a eso. No das un dato nuevo desde hace días, la audiencia cae en picado y tú te marchas cuando llegan los antidisturbios a pegar palos. ¿Sabes el valor que hubieran tenido esas imágenes?

—Claro, y más aún si me llevo yo un palo o acabo pisoteada por la gente, ¿verdad?

—No he dicho eso.

—Claro que no, pero una ya sabe leer entre líneas.

—Este no era el trato.

—El trato es ambiguo, como con todas las noticias imprevisibles, así que no me toques los cojones y confórmate con lo que te doy. ¿Crees que la policía y el alcalde tratarán con otro reportero? Puedes intentarlo.

—Esto es casi un chantaje.

—¿Ves? Tú también sabes leer entre líneas. —Y colgó.

Javi la observaba mientras conducía bajo la lluvia por las calles estrechas del centro. La luz a las doce del mediodía era insuficiente y los faros de los coches, junto a las farolas, trataban de hacer el camino más seguro. Ella giró la cara a la derecha para evitar la conversación.

—¿Qué te han dicho?

En vano.

—Que debíamos habernos quedado para grabar cómo les daban palos a familiares y amigos de las víctimas por sentirse indignados con la actuación de las autoridades.

—Te lo dije.

—¡Cállate!

Laura tomó el teléfono y llamó a Marcos.

—Hola princesa —dijo el inspector al descolgar.

—Hola príncipe azul.

—No ha sonado tan convincente como mi saludo. ¿Qué te pasa?

—La cadena, que me está tocando las narices, para variar.

—Te he visto en directo, un discurso un poco arriesgado y una salida complicada, la plaza se estaba poniendo caliente.

—Sí, hemos logrado salir sin problemas, pero no te llamaba por eso. Quiero almorzar contigo.

—Pues perfecto.

—Ya, pero te quería preguntar si puedes dedicarme media hora para comer como una pareja normal o estarás mirando el portátil, el móvil y mil folios impresos mientras dialogas conmigo sin saber de qué va la conversación.

—No te comprendo.

—Me refiero a todo lo que estás investigando ahora y que ocupa por completo la mesa del salón.

—Joder, ¿eres adivina o has colocado una cámara oculta y me vigilas?

—Me basta con conocerte.

—Llamé a Cristina y David, tengo algunos apuntes impresos y los estoy analizando para tratar de ayudarles, pero puedo dejarlo para almorzar contigo.

—¿Eso es una promesa?

—Por supuesto.

Lo cierto es que, aunque se quejaba constantemente, hacer un alto en el trabajo convencional para dedicarse a cubrir los asesinatos era una mejora, tanto por el plus de sueldo prometido como por el hecho de no tener que desplazarse de pueblo en pueblo bajo el temporal. Odiaba conducir cuando llovía y Laura siempre tenía el acuerdo de «yo pongo el coche y tú lo conduces, trabajo en equipo».

Con la llegada de la tarde, el cielo había pasado de ceniciento a sumirse en la más absoluta oscuridad cuando Javi salía por la puerta de su casa, un apartamento en la calle Pastillo que tenía alquilado desde hacía cinco años. Quizá el desorden, la suciedad y la escasez de muebles que observaba en ese momento eran el motivo por el que las pocas chicas que convencía para ir a su casa

acababan huyendo a los pocos minutos de entrar. Debería hacer algo con su vida. Lo antes posible.

Cuando pasasen las Navidades y terminara el caso, su único propósito para el fin de año sería cambiar su estilo de vida de veinteañero. Con treinta y cuatro años, ya debería ir pensando en sentar la cabeza, tener una novia formal y pensar en el futuro.

Bueno, quizás eso lo detallase mejor en otro momento, ahora tocaba currar y luego salir de fiesta, que para eso en Navidad se consumía más alcohol que en ninguna otra época del año y las nenas estarían más receptivas a sus encantos irresistibles.

Tras jugar durante horas a la videoconsola, no tuvo tiempo de ducharse, así que echó un bote de desodorante a la mochila del trabajo y partió hacia la esquina de la calle en la que siempre lo esperaba Laura. ¿Quién sabe? Ese día podría ser el que convenciera por fin a su compañera para pasar un buen rato juntos. No en vano llevaba cultivando esa posibilidad, sin descanso y a pesar de su continuo rechazo, desde el mismo día que se la asignaron en el programa.

El Ford Mondeo tenía los cuatro intermitentes encendidos y aguardaba en el mismo lugar de siempre: sobre la acera entre la zapatería y la tienda de informática. Laura ya mostraba un semblante enfadado tras el cristal que acababa de limpiar con la mano para quitar el vaho. Siempre igual. Total, solo habían sido veinte minutos de retraso. Y era él quien debía estar enfadado, caminar esos cincuenta metros bajo la lluvia lo había empapado y ahora podría resfriarse; no había tenido el detalle de esperarlo en la misma puerta, aunque allí no había donde dejar el coche en doble fila.

—Eres incorregible. Si algún día me ponen una multa, que sepas que la pagarás tú.

—No te quejes tanto o te arrugarás como una pasa y te despedirán de la cadena.

—Qué gracioso, deberías dejar este empleo y dedicarte a hacer monólogos por los bares.

—Seguro que me pagan más, así que no me des ideas. —Javi encendió el motor y partió hacia el centro, la planificación estaba hecha y él se ceñía a obedecer.

La cafetería en la que entraron tenía repostería, debería haberlo imaginado. ¿Qué le había dado a su compañera con los dulces últimamente? Esa obsesión no era sana, aunque mirándolo bien, quizá le creciesen esas tetas minúsculas que tenía. Tampoco era mala idea, después de todo, que la chica se diese algún capricho de vez en cuando.

—Estoy embarazada.

¡Puaj! Las mujeres deberían controlar lo que dicen en según qué ocasiones. A Javi se le cortó el apetito y dejó el bollo sobre el plato. ¿Cómo le había dicho aquello tan desagradable? Ahora se le pondría una barriga enorme, algunas tenían una línea oscura y repugnante que les recorría el centro de la tripa, los pezones enormes y oscuros, qué asco. Javi consideraba a las embarazadas como las mujeres menos atractivas del mundo, menos incluso que las gordas. Aunque alguna noche de borrachera había llegado a casa con alguna gordita, quizá con el alcohol no se veían tan llenas... ¿Pero una embarazada? ¡Por Dios! Eso era una aberración.

—¿Por qué pones esa cara de asco? ¿Qué tiene de malo? —preguntó la chica.

—Déjalo, sería difícil de explicar.

—¿Te vas a comer tu bollo?

—Todo tuyo. —Empujó el plato con el dulce sin siquiera mirarla a la cara, le costaba hacerlo en esos momentos en los que pensaba en ella engordando y llevando una barriga amorfa mientras caminaba con dificultad. Podía verle incluso los pezones enormes y oscuros, casi goteando leche, los tobillos hinchados y el culo plano que se le quedaría en el último mes. Qué desperdicio de chica potable.

Los dos policías que vigilaban su seguridad estaban en la barra tomando un café descafeinado, a las nueve terminaba su turno y aprovecharían para regresar a casa a dormir. En la calle volvía a llover con intensidad.

—Vamos a repasar la programación. A las ocho y media tenemos conexión desde la fachada de la casa de la última víctima, no se trata de una zona céntrica, pero es un barrio donde podremos encontrar a muchos vecinos indignados que quizá griten o se

muestren agresivos. Esperemos contar de nuevo con un dispositivo que nos envíe el alcalde; y debemos asegurarnos un lugar desde donde no nos puedan arrojar nada desde los balcones y ventanas.

—¿Tienes alguna filtración más de la policía? Te lo digo porque los productores están que trinan ante la falta de progresos, la audiencia baja y eso nos perjudica a todos.

—No voy a mentirte, no tengo nada nuevo. La policía no tiene más que decirme, el resto de datos lo consideran confidencial y demasiado comprometido como para filtrarlo. Temen que la sociedad se eche a las calles si supieran que...

—¿Qué?

—Déjalo, mejor que no lo sepas.

—No me gusta este trato nuevo que tenemos entre nosotros, los secretos no benefician esta relación.

—Pero ¿de qué relación me hablas?

—A ver, aunque estés preñada, aún no se te nota la barriga y eso te sigue haciendo muy potable para un revolcón.

—¡Javi, vete a la mierda!

—Entiéndeme, tenía que intentarlo una última vez antes de que engordes como una vaca.

Se sentía como una vaca, Nuria Carvallo no podía hacer caso a Cristina cuando le decía que estaba genial, los amigos siempre usan mentiras piadosas para no herir. Tampoco podía hacer caso a los babosos de la comisaría, solo veían en ella el enorme pecho que le creció antes de los doce años y que había supuesto el motivo de sus complejos durante la infancia y adolescencia.

Miró a su alrededor y suspiró. Los adornos navideños que Irene, la recepcionista, había colocado por las paredes y ventanas una semana antes le recordaron que no tendría a nadie con quien pasar las fiestas. Menuda cena le esperaba en casa de sus padres, con los demonios de sus sobrinos pellizcándole el culo y gritando sin parar; su cuñado hablando de los beneficios del fondo de pensiones que algún contacto suyo le había recomendado; y sus padres mirándola como al bicho raro que le gustan tanto hombres como

mujeres, y que seguramente por eso se había quedado sola. ¿Cómo podría librarse de esa cena? Ojalá lloviese esa noche más que nunca, así tendría una excusa. Sería mucho mejor quedarse en la comisaría trabajando o viendo varios capítulos de una serie de televisión. Se prepararía un poco de brócoli y pavo en el microondas de la cocina; incluso se emborracharía con una botella de champán que lograrse meter a escondidas. Podía sonar de lo más deprimente, pero sería mejor que tener que arreglarse para pasar tres horas de infierno.

—¿Y si las iniciales no son una frase? ¿Y si significan cualquier otra cosa? Como una dirección. —Cristina, desde la silla de al lado, había logrado sacarla de sus divagaciones derrotistas.

—Es lo más seguro, porque no tendría sentido que nos enviara un mensaje si con cada crimen añade nuevas letras o palabras. Cada mensaje, cada uno de los seis que ha escrito, debe significar algo de forma independiente a los demás. Aunque sigo pensando que quizá lo hace para reírse de nosotros, para tenernos aquí durante horas. Apuesto a que está en casa viendo la tele y partiéndose de la risa al pensar que hay policías ocupados con esto.

Cristina no se rió como ella, permaneció mirándola con un semblante entre cansado y enfadado.

—Tampoco te lo tomes así, ya sabes que confío en tu criterio y por eso te ayudo y te cubro en esto.

—De todas formas es tarde, son casi las nueve. Ese tipo ya estará esperando en la puerta de la siguiente víctima.

—No seas agorera. Espera, me llaman al teléfono. —Fue rodando con la silla hasta su mesa y descolgó.

—Collado.

—Me encanta cuando dices tu apellido, suena tan sexy...

—¿Por qué no me has llamado al móvil? ¿Ha pasado algo? ¿La niña está bien?

—¿Se puede saber qué ha pasado con mi novia, la que me susurraba guarradas al teléfono?

—Chico, he dormido menos de seis horas de las últimas setenta y dos. Te diré cochinas cuando logre volver a ser persona. ¿Qué tal la niña?

—Hoy le toca con mis padres, acaba de tomar un biberón y la están acostando mientras yo salgo para el turno.

—¿Te toca proteger a Laura?

—Sí. No sabes lo aburrida que es una noche entera vigilando desde el coche patrulla con un compañero que no dice una sola palabra.

—Dicen que Jorge es muy metódico, que hará carrera, así que aprende de él, que no te vendría mal un ascenso a subinspector.

—Mira qué clasista se me ha vuelto mi futura esposa.

—Ja, ja, ja. Venga, sexyman, ten buena noche y llámame si te aburres.

—Un beso muy húmedo de tu chico favorito.

—¿A cual de ellos te refieres?

Nuria la observaba con envidia, y Cristina lo notó tras colgar y regresar a su lado.

—Necesito un poco de melaza de esa que desprendéis vosotros.

—No te creas que es tan bonito como parece. Llevamos siglos sin sexo; con este trabajo, la pequeña, nuestros padres en casa todo el día... Nuestra vida se ha reducido a conversaciones picantes por teléfono.

—Mira, como en una relación a distancia entre adolescentes.

—Ja, ja, ja. Igual.

—Seguiré con las letras, tú aprovecha y llama a Navarro para ver cómo lo lleva él. Y que sepas que te vigilo desde aquí, no se te ocurra tener esas conversaciones guarras con Marcos o se lo diré a Fran.

—A ti lo que te pasa es que te gusta Marcos.

—Más que comer chocolate y no engordar, ¿para qué engañarnos? ¡Qué suerte tiene esa flacucha reportera! A ver si pierdo unos kilitos y...

—¡Joder, ya estamos otra vez!

Hasta el cuarto tono no descolgó, tenía la voz aún ronca por la gripe, pero se le oía más entusiasta que cuando hablaron horas antes.

—¿Alguna novedad? —preguntó él.

—Seguimos algo estancadas.

—Laura me va a matar, quizá pierda la fianza del alquiler del piso, pero he pintado con rotulador las iniciales en la pared. Aunque no me ha servido para tener una mejor idea o perspectiva de qué frase pueden componer habiendo tan pocas vocales.

V L M A D M G P S E F T B M P C N D L M S

—Nuria dice que no deberíamos buscar una frase, ya que el asesino no puede mandarnos un mensaje al que le faltan letras, no tendría sentido.

—Claro, las letras de los crímenes que están por llegar. Lo suponía, pero quería barajar todas las posibilidades. El caso es que de tres en tres, tampoco hay por dónde cogerlas.

Cristina giró la cabeza y vio a Nuria dando besos de forma exagerada al auricular de su teléfono, incluso sacando la lengua de forma obscena. Tuvo que reprimir una carcajada. Nuria se reclinó en su sillón hasta casi tumbarse y siguió haciendo gestos cada vez más exagerados.

—Espera, Marcos. Nuria está aquí a mi lado y quiere decirte algo sobre su lengua y lo que querría hacerte con ella.

Nuria se cayó de la silla dándose un golpe que estremeció a todos los de la sala. No parecía haberse hecho daño, pero quedó en el suelo paralizada y mirando a Cristina.

—Ya había colgado, él no lo ha oído.

—¡Eres imbécil, casi me da un infarto!

—Venga, sigamos con la investigación. Este momento me ha hecho despertar y recuperar algo de fuerzas. ¡Vamos, levántate! Nos está mirando todo el mundo.

Marcos tomó el rotulador más grueso y separó con un trazo las letras de tres en tres. Tres iniciales para cada mensaje. Iniciales en mayúsculas como el LSD, como el ADN, como el DNI. Aquello era una locura. Quizá con una copa de vino blanco y algunos frutos secos para picotear... Fue a la cocina y buscó la botella en el frigorífico, prefirió algo de fiambre a los frutos secos, sacó un poco de pan, qué bueno estaban el pan que Laura compraba cada día...

La botella de vino se cayó de sus manos, pero no fue consciente de ello, ni del líquido frío y los cristales esparciéndose por el suelo de la cocina. Su mente se había teletransportado al mural del salón. DNI. Iniciales. ¿Cómo había sido tan imbécil de no verlo antes?

Corrió hasta la pared, comprobó cada trío de letras, concordaban todas. Las últimas tres... No, no podía ser. ¿Dónde demonios había puesto su teléfono? ¿Y las llaves del coche?

¿Y su arma?

¿Cuándo iba a terminar todo aquello? Tanto tiempo esperando a que llegase su oportunidad, y ahora no veía el momento de que acabase de una puta vez. El pico ascendente de las estadísticas del blog había tocado techo y estas comenzaban a caer. Sin nuevos datos no podría mantenerse en el candelerero. Por no hablar de su cansancio y de hacer todos los días lo mismo. Sofía estaba harta de un caso que no avanzaba y que se repetía una y otra vez como el día de la marmota de esa jodida película antigua.

Captó una conversación por la emisora en la que hablaban de una huella dactilar encontrada en uno de los dos cuerpos del último crimen, pero ese avance era insuficiente para capturar al asesino con rapidez. Y su público comenzaba a cansarse de ver a vecinos indignados, mujeres llorando y fachadas de edificios donde se habían cometido los asesinatos. No tenía nada nuevo ni escabroso desde la entrevista al marido de la tercera víctima. Ningún familiar del resto de víctimas había siquiera contestado a su teléfono cuando intentó contactar con ellos. No podía reprocharlo, ella misma no concedería una entrevista de ese tipo ni por todo el dinero del mundo.

El video que estaba a punto de subir le daría unos cinco millones de visitas, una cifra de ensueño la semana anterior. Ahora eran migajas. Necesitaba carnaza de primer nivel o todo se derrumbaría, pero no tenía ni idea de dónde conseguirla. Una entrevista con el alcalde, el comisario o el propio inspector Navarro sería bienvenida, pero no se dignarían ni a saludarla. Solo invertían su tiempo en la estirada vendida de Laura Moreno. Cada día que pasaba tenía peor

imagen de ella, todo su éxito se basaba en contactos y suerte. Y pensar que la veía como el máximo referente del periodismo solo días antes, como su ejemplo a seguir.

Dio la última calada al cigarro y arrojó la colilla por la ventana, luego cerró la misma y pulverizó ambientador en el cuarto para que su madre no le diese la murga de nuevo con el tema de no fumar en casa. Comenzó a vestirse cuando vio que era la hora de salir de cacería. No tenía ni idea de lo que iba a hacer esa noche, pero se mantendría a la espera de que su vecino le notificase algún dato importante que descubriese la policía. Aquel receptor de emisora se había amortizado con creces, era su dispositivo más valioso. Cuando el caso de los homicidios terminase, buscaría algún sistema para poder oírlo desde cualquier punto de la ciudad en tiempo real; era cuestión de buscar por la red. De ese modo prescindiría de pagar cincuenta euros a un adolescente que rebuscaba en el cajón de su ropa interior cada noche, lo había notado cada una de las anteriores; y prefería no pensar en lo que haría allí a oscuras y a solas con sus bragas en la mano...

Dio el último mordisco al bocadillo que se había hecho una hora antes mientras subía el video del día. Cerró la tapa del ordenador portátil y buscó la mochila para meterlo, ¿dónde la había puesto?

<A todas las unidades, repito, a todas las unidades. Esto es una llamada de máxima urgencia para todas las unidades disponibles en la ciudad. Diríjense a la dirección Avenida Alcalde Federico Molina veintiséis. Repito, Federico Molina veintiséis. Es posible que la siguiente víctima sea Laura Moreno Sanchez; repito, Laura Moreno Sanchez>

Sofía estaba petrificada, no podía creer lo que acababa de oír. ¿Cuánta ventaja le sacarían las patrullas? Quizá nada, ella vivía a cuatro edificios de esa dirección, casi podría ir corriendo y llegar en dos minutos. ¡Joder, qué cerca vivían la una de la otra!

Ni se molestó en comprobar las baterías del equipo, ojalá se hubiera acordado de cargarlas, aquella era la noche más importante del caso. Aún no lograba creerse que la siguiente víctima pudiera ser Laura.

Salió a toda prisa sin siquiera decir adiós a sus padres.

La retransmisión fue todo un éxito, pero Laura regresó al coche con un malestar indescriptible en el estómago. ¿Qué demonios acababa de hacer? Ante la ausencia de nuevos datos por parte de la comisaría, decidió lanzarse a la piscina y buscar el máximo beneficio económico a sus intervenciones sin valorar las consecuencias que tendrían sus palabras. Los ciudadanos se volverían locos, si no lo estaban ya; Marcos la mataría; el comisario y el alcalde le retirarían la protección y privilegios en el acto. Sí que había elegido el símil más adecuado, se acababa de tirar a la piscina aún sabiendo que no había agua.

—¿Eso que has dicho es verdad? —Javi entró en el coche como un vendaval—. Hay que salir de aquí ya, no sabes cómo se está poniendo de caliente la calle.

A través de la ventanilla vio cómo los vecinos tiraban piedras a los dos policías, Fran y Jorge, mientras estos corrían a refugiarse en el coche patrulla. Salieron de allí a toda prisa y buscaron una cafetería apartada de las zonas más concurridas, acabando en una calle cercana a la Universidad.

—Esto va a suponer una revuelta, mañana habrá tumultos y manifestaciones por toda la ciudad —dijo Fran en voz baja. Los dos policías se habían sentado en la misma mesa que Laura y Javi.

—Es la verdad, y la gente tiene derecho a saberlo.

—Una cosa que nos enseñan en la academia en cuanto al trato con los ciudadanos, es que el individuo es sensato, pero la turba es peligrosa y pierde su capacidad de razonar —añadía Jorge.

—¿De verdad que ese tipo mata embarazadas? ¡Qué salvajada! —exclamó Javi. Laura y los policías le pidieron que hablase más bajo.

—Pues mejor no os cuento lo que hace con los embriones y fetos.

Todos se quedaron mirándola en silencio, como si no creyesen lo que acababa de decir. La pausa se extendió durante un minuto. Aprovecharon para tomar el café y unas porciones de tarta de chocolate con nueces.

—¿Te vas a comer tu parte? —preguntó Fran a su compañero. Jorge extendió el plato hacia él como toda respuesta.

—Supongo que esta es la única conexión prevista de la noche —dijo Javi—, pero, con el bombazo que has lanzado, no me extrañaría que nos pidieran hacer otra en una o dos horas, o cubrir los altercados que se produzcan en la zona del ayuntamiento.

—Pues van listos —respondía Laura—. He apagado el teléfono y pienso irme a dormir ahora mismo.

Abandonaron el local para marcharse a casa de Javi, allí él se bajó del coche y el resto continuó hasta la casa de Laura. Por el camino vieron grupos de personas reunidas bajo paraguas, aquello pintaba mal, se veía venir una manifestación espontánea, de las que colapsan una ciudad y provocan muchos daños materiales a comerciantes y empresas que no tienen culpa de nada. Llegaron a Federico Molina y Laura entró en el garaje de su edificio con el coche patrulla detrás, como siempre. Una vez que se aseguraran de que ella estaba bien y ya dentro de su casa, saldrían a la calle a vigilar las entradas del edificio y del propio garaje.

Ella apagó el motor del coche, enfrente esperaba la patrulla. ¿Dónde había metido el bolso? Nunca recordaba que lo había colocado sobre el asiento trasero. Mierda, no había cerrado la cremallera y todo el contenido estaba esparcido por el asiento. Encendió la luz del techo y comenzó a meterlo todo de nuevo.

POM POM POM

Los tres golpes en el cristal casi la hicieron gritar del susto. Adivinó el uniforme de policía al otro lado del cristal empañado y cubierto de agua y abrió el seguro de la puerta.

De una forma excepcional escribo hoy estas líneas al amanecer, tras una noche sin poder dormir por la emoción y para anticiparme al momento que tanto he esperado. El círculo está a punto de cerrarse y todo el esfuerzo y los sacrificios se verán recompensados tras años de penitencia.

La luz ciega cada vez con más intensidad mis ojos, cercana se adivina la puerta del Paraíso. La lluvia que envías con furia sobre la ciudad no logra aplacar mi apetito ni limpia de pecado el mundo con la eficiencia que lo hacen mis manos guiadas por Ti, mi Señor.

¿Quién sabe? Tal vez no pueda añadir estos pensamientos a mi diario esta noche. El cerco se estrecha a mi alrededor. Trato de estar a la altura, pero los... romanos persiguen a este cristiano con saña e indolencia. No siempre podré salir airoso de su ignorancia. Protégeme de ellos para seguir el camino que me has señalado. Soy tu siervo, tu brazo férreo en la tierra, tu miembro que castiga a los infieles. Soy yo, mírame y reconoce a tu servidor.

Debido a tu omnisapiencia, es inútil contarte lo que haré en las próximas horas, más cuando tú decides y yo ejecuto. Por eso estoy seguro de que desviarme del plan establecido ha sido una gran decisión y supondrá un paso importante en cuanto a la penitencia infringida a estas ramera de Satán.

Guía mi mano un día más para que pueda completar la misión con éxito. Guíala una vez más y no me dejes solo.

No me dejes solo.

Quedaba una hora y media para el veinticuatro de diciembre y no podía haber empezado de peor forma la que sería la nochebuena más inolvidable de las vidas de todos ellos.

En la comisaría se produjo una estampida por parte de agentes y oficiales hacia los coches patrulla del aparcamiento, no quedaron más que la recepcionista y dos agentes para atender llamadas de denuncias. Paco, sin despegar el teléfono móvil de su oreja, se unió al dispositivo de emergencia; primero intentó localizar a Marcos, no respondía al teléfono; luego movilizó a todas las unidades para que fuesen a su casa. Con un poco de suerte, tal vez el inspector y Laura aún estuviesen allí. Al recibir el reporte del agente que llegó primero al garaje del edificio, como un jarro de agua fría en la nuca, se vio obligado a optar por una dirección diferente, una que Cristina tuvo que buscar en la base de datos de la central. La subinspectora estaba más nerviosa que nadie del grupo, a escondidas trató de llamar a su novio, pero Fran tampoco descolgaba el teléfono.

Todo había cambiado para ellos en menos de media hora, justo desde que Marcos llamó a Cristina para contarle el descubrimiento de las iniciales de las víctimas y le dijo que no lograba hablar con Laura. Cristina tampoco localizaba a Fran y a Jorge. Nadie sabía dónde podrían estar. Llamó a las patrullas de la zona para que se acercasen al edificio donde residían la reportera y el inspector, tres minutos más tarde respondieron por radio, pero no a ella, sino a Paco directamente. El comisario, alterado como ella nunca antes lo había visto, pidió a Cristina que localizase una dirección a toda prisa, luego partieron hacia allá.

No podían pasar por la avenida de Andalucía para llegar a su destino final: la zona de los Rosales, ya que una manifestación convocada para protestar contra el asesino, y también contra la propia Policía, había cortado la calle. No eran más de doscientas personas refugiadas bajo paraguas negros y portando carteles

escritos a mano cuya tinta se había corrido, pero suficientes para impedirles el paso. Algunos manifestantes les arrojaban piedras y basura, les insultaban y se acercaban demasiado a los coches. No era momento de dialogar con ellos o repeler el ataque, tenían una vida que salvar. Tuvieron que dar media vuelta. Aquello no podía estar pasando. En lugar de arriesgarse a cruzar por Federico Molina, decidieron pasar a calles secundarias, podría haber más cortes en las arterias principales de la ciudad después de la emisión de Laura en directo. Qué irónico y macabro resultaba ese hecho...

Por todas partes se veía gente reunida en grandes grupos, algunos quemaban contenedores y rompían escaparates de sucursales de bancos y comercios, gritaban que la Policía solo defendía a los poderosos y dejaba que los ciudadanos fueran asesinados de forma impune. La ciudad se estaba colapsando justo cuando ellos iban a detener al asesino, en el momento en que más necesitaban las calles vacías para llegar lo antes posible y evitar llorar por una nueva víctima.

Cristina acompañaba a David, este arriesgaba su conducción al límite saltando semáforos y subiendo a la acera en los cruces más complicados. El subinspector prefería no pensar en que Marcos estaba solo y aquello podría convertirse en una carnicería si no llegaban a tiempo. La lluvia era más fuerte que nunca y el coche patinaba en cada curva, pero David no aminoró la marcha y pronto los coches patrullas que los seguían quedaron atrás. Cristina no podía contener las lágrimas ante la impotencia que sentía.

Solo un policía manejaba toda la información, ese era Paco, y no se sentía un privilegiado por ello, ni mucho menos.

—Por fin me coges el teléfono —dijo el comisario como saludo.

—Voy conduciendo y no veo nada con la lluvia —le devolvía Marcos—. No tengo tiempo de...

—Todas las unidades se dirigen hacia allí, no hagas una tontería, espera a los refuerzos.

Marcos ya había colgado.

Paco apremió al conductor para que fuese lo más rápido posible, el agente resopló, ya iba al límite de lo que podía por las estrechas y encharcadas calles.

No sabía cuánto tiempo llevaba inconsciente, tampoco reconoció el lugar a pesar de llevar varios minutos con los sentidos recuperados casi por completo. Lo último que recordaba era el momento en que él entró con una sonrisa en el coche, el frío inundó el habitáculo como si se tratase de un golpe en la cara, pero nada comparado con el puñetazo que recibió a continuación.

La nariz le dolía y casi no lograba respirar por ella, hacía mucho que no sentía con tanta claridad el sabor de su propia sangre, desde que era pequeña y se peleó con una compañera de clase que acabó por partírle el labio. En este momento era más intenso y desagradable aún. Su cerebro parecía a punto de explotar, o como si lo agitasen dentro de una coctelera y junto con piedras puntiagudas. No podía mover las manos y los pies ¿por qué no podía hacerlo?

Trató de ubicarse. A su derecha había un mueble cubierto por kilos de cera derretida, pensó en los años que habría tenido velas encendidas sobre él para lograr ese aspecto. Como si se tratase de un humilde altar, contenía varias estampas de santos muy envejecidas escoltando una figura de Jesucristo de palmo y medio de altura. Ocho velas de diferentes tamaños iluminaban el pequeño y lúgubre sagrario, provocando la anaranjada y escasa luz del dormitorio. Al lado del mueble había una puerta abierta que daba a lo que parecía un cuarto de baño. Aparte de eso, no vio más que un simple crucifijo de madera sobre el cabecero de la cama. El olor a cera y parafina era intenso, casi mareante, y desde la puerta entreabierta llegaba el sonido lejano de cantos religiosos.

Comprendió que estaba viviendo la peor pesadilla que pudiera imaginar. Lloró al verse desnuda y atada de pies y manos a los extremos de la cama. Forcejeó hasta sentir que se cortaba la piel con las finas ligaduras, pero no podía evitar seguir intentándolo, necesitaba encoger su cuerpo y abrazar sus rodillas, reducir esa sensación de impotencia y exposición. La luz de las velas creaba un baile de sombras sensuales, a la vez que burlonas, sobre su piel. Casi podía verse desde fuera, justo desde el resquicio de la puerta del dormitorio; ya había visto en sueños a una chica en la misma

situación dos días antes y sabía que el futuro que la esperaba no era muy agradable. ¿Cuánto le quedaba de vida? No podía contar con que la Policía la salvase, no lo había logrado las seis veces anteriores. Pero no los culparía por ello, ni a Marcos ni a sus compañeros, hacían todo lo que podían, más incluso.

¿Qué sería de la vida de su pareja tras su muerte? No sabía por qué pensaba en eso, pero no podía quitárselo de la cabeza. Ahora que Marcos acababa de saber que tendría un hijo, que formarían una familia, lo perdería todo de la peor y más cruel manera. No imaginaba el dolor que impregnaría su alma si tuviera que contemplar la escena de un crimen horrendo con el cuerpo de ella como protagonista. Él no merecía un golpe como ese. No... no lo merecía. Tras superar la muerte de su compañero, y la sensación de culpabilidad que lo había atormentado durante un año, hasta hacerle pensar en abandonar la profesión, tendría que vivir sabiendo que su pareja había muerto a manos de...

Un sonido tras la puerta la sacó de sus pensamientos. ¿Ya? ¿Había llegado su momento?

¡Menudo imbécil! Un idiota había estado a punto de atropellara justo cuando llegaba al edificio de la reportera. El coche salió a toda velocidad de una calle perpendicular y casi le pasó por encima. Sofía aún tenía las pulsaciones a mil por hora cuando se bajó de la moto, con las piernas temblando, y se quitó el casco para poder respirar mejor. Nunca antes había pensado en tal cantidad de insultos, estaba más que enfadada con el imprudente, y también consigo misma por ir más rápido de lo que debía.

En ese instante sonó su teléfono móvil. Pulsó el manos libres inalámbrico que llevaba constantemente en su oreja derecha y escuchó la voz de su vecino:

—... otra dirección...

—¿Cómo dices? No te oigo bien.

—Están mandando a todas las unidades a una dirección de la barriada de los Rosales. La policía ya no se dirige hacia ese punto que te dije antes.

—¡Joder! ¿Y a qué esperas? Dame esa nueva dirección.

Tras conocer el dato que necesitaba y colgar la llamada, se colocó el casco de nuevo y subió de un salto a la moto. Ya no recordaba siquiera el percance ocurrido un minuto antes en el que casi fue atropellada.

La avenida estaba parcialmente cortada, había dos centenares de manifestantes armando jaleo. Mal asunto.

«Puedo llegar en menos de diez minutos conduciendo en línea recta, pero esos de ahí enfrente suponen un problema si deciden cortarme el paso o atacarme. Menudo día habéis elegido para salir a la calle a pelear contra el sistema, hermanos».

Giró en redondo, derrapando sobre la acera, y se metió en dirección contraria por una calle estrecha y desierta, para tomar luego una ruta paralela y alejada del tumulto.

Solo diez minutos antes, tras llamar a Cristina y darle el dato de las iniciales de las víctimas, Marcos había salido corriendo a la calle con la esperanza de encontrar su coche, no recordaba bien dónde lo había aparcado cuando llegó a casa tras comunicarle Paco que estaba fuera del caso, parecía que hubieran pasado días desde aquello. Su coche era más viejo y menos valioso que el de Laura y solo disponían de una plaza de garaje en el edificio, así que casi siempre la ocupaba el coche de ella. ¿Dónde estaría la chica? ¿Adónde la habría llevado ese cabrón? ¿Por qué los dos policías que la custodiaban no habían impedido que se la llevase? ¿Cómo los habría pillado por sorpresa? Si le ocurría algo... si Laura se convertía en la séptima víctima, ¿cómo podría mirar a la cara a Fran y a Jorge? No, mejor no pensar en ello.

Encontró el coche, por suerte, y montó en él para dirigirse a la avenida principal, circularía despacio hasta saber adónde ir. La espera, aunque fuese de unos pocos minutos, acabaría con sus nervios. Sentía el corazón a punto de explotar y se secaba las lágrimas constantemente con la manga.

«No, no puede estar pasando todo esto. Paco, te juro que si le ocurre algo a Laura...».

Cristina llamó para informarle de una dirección, no le dio más explicación que ese dato. Marcos aceleró y entró en una calle desierta, solo se veían exaltados por las zonas céntricas y avenidas principales. Saltándose todos los semáforos, llegó en algo más de diez eternos minutos. Pisó a fondo el freno en cuanto vio el número sobre la puerta del edificio.

Bien, ya había llegado a su destino. ¿Debería esperar a Paco y a los demás? Ni por asomo haría algo así, ni se molestó en aparcar. Laura estaba en peligro, quizá fuese ya demasiado tarde. ¡No, no iba a pensar en eso! No tenía paciencia para esperar el ascensor, subió los escalones de tres en tres hasta llegar a la cuarta planta. A punto estuvo de disparar a una sombra que se movió ante él en la oscuridad.

—¿Qué coño haces aquí? He estado a punto de matarte.

—He llegado la primera, pero no sé qué hacer, la puerta está cerrada y no me atrevo a... Por cierto, bonito traje.

—Vete a tu casa. No es el momento ni el lugar.

—Puedo ayudar —suplicaba Sofía Vidal—, tengo una ganzúa y en menos de dos minutos podría abrir la puerta.

La puerta. Marcos miró la letra C plateada sobre la puerta de madera antigua y deteriorada, allí podría encontrarse el final de su camino, de su vida, pero ni lo pensó un momento. El corazón parecía a punto de estallarle en el pecho. ¿Qué encontraría al otro lado? ¿Sería un error y no habría nadie? ¿Una familia tranquilamente cenando? ¿A Laura siendo torturada y asesinada por un lunático peligroso?

—¿No me has oído? Digo que en menos de dos minutos...

¡Bang!

Fue una mala idea intentar acceder a Los Rosales por la avenida del Nuevo Colombino. El coche de David y Cristina no pudo pasar por la enorme acumulación de agua, solo un todoterreno equipado con un respiradero auxiliar para el motor podría hacerlo. Dieron la vuelta para intentar llegar desde la rotonda del MediaMarkt. David gritaba insultos sin parar por su mala suerte,

Cristina ya había agotado la batería del teléfono tratando de llamar a Fran.

No sabían dónde estaban Paco y los demás, seguro que atascados tras alguna manifestación, sumergidos en un enorme charco o vete a saber, pero eso no importaba ya. No los necesitaban para reducir al asesino, solo querían llegar lo antes posible y ayudar a Marcos, evitar la tragedia.

—No te agobies, Fran estará bien, habrá tenido algún problema, seguro que perdió el móvil, es lo más seguro. —David hablaba casi sin pensar, ya que se concentraba en no tener un accidente a esa velocidad.

—¿Y qué ha hecho durante tanto tiempo? Podía haber pedido prestado un teléfono a alguien.

—¿Estás de broma? Yo no me conozco de memoria ni el número de teléfono móvil de mi madre. Concéntrate ahora, casi hemos llegado y te necesito al cien por cien.

—Estoy contigo, descuida. —Cristina sacó su arma y comprobó el cargador y que el seguro estuviera quitado. Era la octava vez que lo hacía durante el trayecto.

La imagen del asesino frente a ella, en la puerta del dormitorio, desnudo y con guantes de látex en las manos, era sin lugar a dudas lo más aterrador que había contemplado en toda su vida. Su cuerpo estaba pálido como si jamás hubiera tomado el sol, era algo más alto que Marcos, casi metro noventa, y muy trabajado en el gimnasio. Su cabello pelirrojo y despeinado era el marco perfecto a un rostro desencajado por el sadismo que reflejaban sus ojos, casi jadeaba al verla y un hilo de baba caía por la comisura de su boca. Se estaba recreando tanto en lo que pensaba hacerle en unos minutos, que tenía una completa erección en la entrepierna.

Laura quedó muda, había llegado la hora tan temida y para la que nadie está preparado, la de una muerte lenta, despiadada y agónica. ¿Tenía alguna opción de salir de allí con vida? Lo dudó, pero debía tratar de hacer tiempo, tiempo para lo que fuera que pudiese ocurrir. No creía en los milagros, pero se encontraba en uno

de esos momentos en los que uno se hace creyente o se abandona. Y ella era de las que luchaban hasta el final.

—Veo que has despertado, me alegro. Ha llegado el momento de que nos divirtamos un rato.

Decirle cosas como «No es necesario que lo hagas» o «podemos hablar y seguro que todo tiene solución» era lo más ridículo que pasaba por su mente. No, ella no sería una víctima fácil.

—¿Faltarás al sexto mandamiento a cambio de castigar algo que no es ni siquiera pecado mortal?

Él se sorprendió ante esa pregunta. Se frenó y sonrió por la disposición de su víctima.

—La soberbia es el mayor de los pecados capitales. Una madre jamás debe anteponerse, ni valorar más sus necesidades y deseos que los de su futuro hijo, hasta el punto de asesinarlo.

—Pero yo no he abortado nunca.

—Seguro que has usado anticonceptivos, esa es casi una forma de aborto. Un hijo no entraba en tus planes y evitabas tenerlo. Además, la mentira... Las cosas que dijiste sobre mí en televisión. La mentira es faltar al octavo mandamiento, mereces más castigo que todas las demás. Por eso te he incluido en la lista, quería que recibieras tu merecido.

La estrategia no funcionaba; además, ella no conocía la Biblia como para poder rebatirle en igualdad de condiciones. Debía pensar rápido en otra alternativa para frenarle de nuevo.

—¿Qué pensará de ti tu familia? Apuesto a que no quieres que se avergüencen y pasen el calvario de ser señalados de por vida. Aún estás a tiempo de desaparecer, de huir antes de que te arresten. Incluso de decir, y sería un atenuante en un posible juicio, que te arrepentiste y no acabaste con la última víctima. Piensa en ellos y en lo que sentirán al saber lo que hiciste.

—No tengo a nadie, mi madre falleció hace muchos años.

—¿Y qué pensará ella mientras te ve haciendo esto desde el cielo? ¿Qué crees que sentirá al ver en lo que se ha convertido su pequeño? Ella querría lo mejor para ti.

—Ella odiaba ver cómo el pecado corrompía a los siervos del maligno. Murió sin útero por un cáncer enviado para convertirla en mártir. Un sacrificio más para un ser puro que padeció dolor y

penitencia cuando vosotras, ramera de Satán, abortáis, copuláis con cualquiera, usáis preservativos y seguís pudriendo este mundo que no merecéis. Ella me estaría alentando a terminar contigo lo más lenta y cruelmente posible.

No funcionaba, no había forma de frenarlo. Era un perturbado con las ideas grabadas a fuego en su cuerpo y su mente. Estaba perdida, no conseguiría ganar el tiempo suficiente para hacer que se arrepintiese o que apareciera alguien, como ocurrió con la última víctima; claro que se trataba del marido regresando a casa, y no terminó muy bien. Laura estaba en el piso del asesino, allí no llegaría nadie, tardarían horas en comprender lo que había pasado. Su cuerpo yacería mutilado y frío sobre aquella asquerosa cama cuando llegase la policía. Para Marcos sería muy duro el sobrellevar... ¿Duro? Miró una vez más la entrepierna de su verdugo mientras este se acercaba despacio.

—Un castigo ejemplar y especial no debería limitarse a hacerme lo mismo que ya has hecho a las anteriores. Tú lo has dicho, he faltado al octavo mandamiento y esas mentiras eran muy crueles. — Laura haría lo que fuese necesario para ganar tiempo, solo unos minutos ya merecerían la pena, aunque tuviera que destruirse a sí misma por dentro. Lo que fuese necesario...—. Una pecadora como yo debería recibir una sanción especial, y ¿por qué no? Ya de paso aliviar la tensión que cargas en tu mano ejecutora.

La chica observó que su tono lascivo y las miradas habían surtido efecto. Él comenzó a tocarse el miembro, primero despacio, como avergonzado, luego más rápido y sin reparos. Comenzó a sudar y jadear, cada vez más deprisa. Solo un minuto después parecía que los pulmones iban a estallarle dentro del pecho. Temblaba al mirar el cuerpo de la chica desnudo y tumbado a su merced, un pastel demasiado apetitoso al alcance de su mano, y además ofrecido por ella misma. Se acercó a la cama y tendió muy despacio su mano izquierda hacia el muslo de Laura, se seguía tocando con la derecha cada vez con más ansia.

Ella se lamía los labios para tratar de provocarlo, pero él no lo veía, se había concentrado en acariciar sus piernas, sin atreverse a llegar a la zona que más deseaba y que no paraba de mirar. La chica sentía una repugnancia indescriptible al notar el tacto áspero y

tembloroso de su mano, más aún con esa mirada de loco concentrada en su sexo. ¿Sería capaz de abalanzarse sobre ella? ¿Violarla? Tampoco le importaba. Solo pensaba en que estaba logrando que el asesino se distrajese de su objetivo principal. Incluso si llegaba a forzarla, a golpearla, nada importaría si conseguía salvar su vida y la del hijo que llevaba en su interior. El instinto de supervivencia había tomado el control. Si lograba salir con vida de allí, habría vencido; sin importar lo que tuviese que hacer. Ya buscaría la forma de vivir con ello.

El asesino se relamía las comisuras de los labios, temblaba y sudaba, incluso parecía tentado de subir a la cama para penetrar a la chica. Si optaba al final por ese camino, Laura ya tenía decidido que cerraría los ojos y pensaría en Marcos. Bajo ningún concepto debía sacarlo de aquel estado para que regresase a sus deseos de manejar el bisturí, ya le había visto usándolo con la quinta víctima en sueños y no deseaba correr la misma suerte.

El olor a parafina y cera, así como la música de los cantos religiosos, hacían cada vez más intensa la atmósfera, casi gelatinosa en sus sentidos bajo la penumbra de las llamas de las velas. Ningún infierno que pudiese imaginar se parecería a lo que estaba experimentando en aquel lugar, y eso que era consciente de que no había empezado siquiera a sufrir lo que ese enfermo tendría planificado para ella.

Comenzó a subir a la cama de forma muy torpe, seguro que debido a la excitación y... quizá fuese virgen, pensó Laura. Se portaba como un chico de instituto tratando de desabrochar el sujetador de su novia en la primera cita. Logró por fin colocarse sobre ella, de rodillas entre sus piernas abiertas. La observaba con un gesto de locura que no podría quitarse jamás de la mente, pero ella hizo todo lo posible por insinuarse con la mirada, cada segundo contaba. Él observaba su sexo a la vez que se frotaba cada vez con más fuerza el miembro.

—Tenemos toda la noche, no tengas tanta prisa. Podemos jugar a lo que tú quieras. No te lo he dicho antes, pero me pareces muy guapo y tienes un cuerpo increíble, debes de ir mucho al gimnasio.

Él dejó de mirarla a la cara y se concentró en la entrepierna y los pechos, no tardó mucho en estremecerse y gritar, a la vez que

salpicaba de semen los muslos de Laura. Se había acabado el tiempo para ella, ahora nada evitaría que la abriese en canal como a las demás.

La desesperación llegó tan rápido que sintió descender la luz y el volumen de la música a la vez, acababa de entrar en un túnel oscuro que solo podía conducir a una muerte horrible. Cuando aquel demente recuperase sus cinco sentidos, se abalanzaría sobre ella con mayor furia de la imaginada. Por lo pronto hizo todo lo contrario, se apartó torpemente y con un terrible gesto de vergüenza en su rostro. La lujuria había desaparecido por completo. Mala señal.

Laura ya no tenía más ideas para frenarle.

—No ha estado mal, ¿verdad? Te has portado muy bien.

—No, deja de entretenerme, no sabes el castigo que me supondrá luego el haber hecho esto —respondió el asesino con la voz aún entrecortada—. Mira lo que vas a obligarme a hacer.

Se dio la vuelta y Laura observó su espalda destrozada por años de castigo diario. Casi no tenía piel, era una costra sangrante que lo cubría desde el cuello hasta la mitad del trasero. Si ya se sentía desamparada antes, al ver lo que ese loco se hacía a sí mismo la hizo comprender que estaba perdida.

Fue a limpiarse al baño. El sonido del agua del lavabo, el frotar de sus manos, incluso el roce de la toalla al secarse. Laura lo percibía todo intensificado en su cerebro por el estado de alerta bajo el que estaba sumida. Entonces lo vio regresar con un bisturí en la mano. Tanto esfuerzo para nada.

Estaba desahuciada.

—Bien, se acabaron los juegos y las distracciones. Tenemos un ritual que completar.

Ella no pudo decir nada más, el destello metálico a la luz de las velas la hizo estremecer, tratar de soltar sus ataduras por última vez, en vano, y llorar desesperada.

—Veo que tienes una cicatriz interesante en el vientre. No seré el primero que te hace sangrar, pero te garantizo que sí el último.

Y clavó el bisturí en su vientre.

Un solo disparo bastó para volar la cerradura de la puerta. Quizá tuviese detrás una cadena o seguro acoplado, pero no resistiría una patada de alguien tan excitado y desesperado. Se rompería la pierna, el hombro o el alma, si fuese necesario, para salvar la vida de Laura.

—¡Joder, nunca había escuchado un disparo, creo que me he quedado medio sorda! ¿Tú también oyes ese pitido?

—Quédate aquí, es peligroso y no puedo estar pendiente de ti.

—¿Me dejarás luego que pase a...?

—¡He dicho que te quedes aquí!

No hubo más discusión, Marcos entró al pasillo oscuro que se abría ante él, cargado con un aire que no podía ser más nauseabundo. Trató de no respirar por la nariz mientras sujetaba el arma con las dos manos y caminaba despacio hacia el interior de la vivienda. Los nervios le impidieron buscar un interruptor para la luz, se limitó a dejar que sus ojos se adaptasen a la penumbra. Un reflejo anaranjado tintineaba desde el suelo del pasillo y se hacía más intenso al final del mismo, todo el piso estaba lleno de velas, la mitad de ellas encendidas. Oyó el sonido de fondo y sintió un escalofrío. ¿Cantos religiosos? ¿Había monjes cantando en el piso o era una reproducción en un equipo de música?

En el salón no había nadie, solo más velas por todas partes, de todos los tamaños y colocadas en el suelo y encima de muebles que se mostraban cubiertos de restos de cera y polvo. No había televisión ni sofá, nada más que un aparador con un pequeño equipo de sonido y un gran armario abierto que parecía contener cientos o miles de libretas. ¿Qué era eso de las paredes? Se acercó y pudo leer un pasaje bíblico, todo a su alrededor estaba lleno, de suelo a techo, con citas de la Biblia escritas a mano con tinta muy oscura. El lugar le daba escalofríos.

Allí no estaba Laura, tampoco el asesino, pero su sexto sentido le decía que seguían en el piso. ¿Habría llegado a tiempo? Más le valía a ese desgraciado, o le infringiría un castigo que no tendría descripción posible en este ni en ningún otro idioma. No le importaba perder la placa o ir a prisión veinte años. Si había tocado

a Laura, lo mataría aún más lenta y cruelmente de lo que él lo había hecho a las mujeres anteriores.

Por debajo de la puerta que tenía frente a él se filtraba algo de luz, allí había más velas, era su siguiente destino. Por su mente, que se había despejado gracias a la adrenalina del momento, pasaron varios escenarios posibles: el solitario cadáver mutilado de Laura, el asesino en plena tarea y ella sufriendo con la lengua cortada y cinta americana sobre la boca, el asesino parapetado tras la cama con un arma...

No había tiempo para pensar. Pensar era su punto fuerte, sobre todo bajo presión. Pensar le daba una ventaja con respecto a los criminales. Pero perder el tiempo pensando era lo último que podía hacer en ese momento.

Sabía que el disparo anterior, para abrir la puerta de la calle, había delatado su posición. Ya no había vuelta atrás. Suspiró hondo y se preparó para entrar en el dormitorio con la mayor precisión de tiro posible y tratando de evitar recibir un disparo.

Por mucho que David pisó a fondo el pedal del freno, el espacio para esquivar el coche de Marcos, parado en mitad de la calzada, fue insuficiente a esa velocidad y con el suelo mojado. No pudo evitar golpearlo con violencia. Por suerte, tanto David como Cristina llevaban colocados los cinturones de seguridad y los airbags no los aturdieron lo bastante como para impedirles salir a toda prisa del coche y subir las escaleras por las que Marcos había accedido solo dos minutos antes.

—Déjame ir delante —dijo David.

—Las estupideces machistas para otro momento —respondió Cristina.

—Soy más rápido que tú y disparo mejor.

—En tus sueños, no me hagas cabrear.

La chica llegó a la cuarta planta cuando David no había alcanzado aún la tercera. En el rellano había cuatro personas en pijama que se asustaron al verla llegar con el arma en la mano, si no

lo estaban ya por haber oído el disparo con el que Marcos había abierto la puerta.

Cristina respiró hondo, a pesar de no sentirse cansada, pero buscaba su máxima precisión en el tiro si tenía que usar el arma. Esta vez no sería ante un blanco de papel en la galería, sino contra un ser humano al que debía matar antes de que él la disparase a ella. Toda la formación de la academia pasó durante dos segundos por su mente, no había tiempo para más, y comprendió que la experiencia era infinitamente más valiosa que lo estudiado. Allí estaban Marcos, Laura, quizá sus compañeros Fran y Jorge; no habría lugar para un segundo intento. Tampoco lo necesitaría. A su espalda, David llegó resoplando por las escaleras cuando ella se adentró en las tinieblas del infierno.

El disparo lo sobresaltó hasta el punto de hacerle perder el bisturí de entre los dedos. Ni recordaba cuándo fue la última vez que algo lo pilló por sorpresa. Miró con asombro su herramienta ensangrentada sobre las sábanas. Imposible, era demasiado pronto para ser descubierto, aún quedaban días... Además, Marcos... No, estaba destituido del caso, él no podía haber adivinado tan pronto que...

Laura había contenido el grito de dolor al sentir el corte en su abdomen. Luego, la terrible quemazón de la piel se convirtió en una suave brisa de primavera tras escuchar el disparo que anunciaba la llegada de la caballería.

El asesino se repuso al instante y buscó su pistola en el cuarto de baño, volvió a salir al dormitorio, se parapetó tras la cama y apretó con su mano izquierda la boca de la chica hasta casi impedirle respirar. Se mostraba alterado por la intromisión, pero controlando la situación, como si aquello fuese algo que esperaba que llegase tarde o temprano y para lo que tenía una solución planeada.

Los pasos se oyeron por el pasillo, luego en el salón, iban mucho más deprisa de lo que había imaginado. Ahora es cuando la puerta se abriría y una figura aparecería frente a él, un estúpido

inconsciente que recibiría dos disparos en el pecho de una precisión asombrosa, la obtenida tras años de práctica.

Como si fuese un adivino ante un cataclismo, observó cómo la puerta se abría de una patada, pero no había nadie tras ella. Apuntaba con su arma al salón vacío de su vivienda. ¿Qué había salido mal? ¿Qué estaba pasando? Se levantó unos centímetros, aún desconcertado, y sintió el estruendo a la vez que la bala atravesaba su hombro.

El inspector había entrado agachado y la cama le impidió verlo. Al levantarse un poco, le había ofrecido un blanco perfecto a corta distancia. El impacto de la bala no había logrado que soltase su arma, pero ahora sentía un temblor en el cuerpo que eliminaba su ventaja de mejor tirador. Solo le quedaba una baza, un as en la manga...

—¡Suelta tu arma o le disparo!

Marcos vio la mano con la pistola apuntando la cabeza de Laura. Ya tenía prevista esa situación.

—¿Y si la matas, qué te quedará para salir con vida de aquí? Además de mí, te tendrás que enfrentar a dos docenas de policías que te impedirán salir del edificio.

—Me da igual vivir o no, estoy preparado para reunirme con el Altísimo. Acabaré con la séptima pecadora y seré recibido entre vítores por mi entrega.

—Serás acribillado a balazos y luego te quedará una eternidad en el infierno, puto tarado. No comprendo cómo la Policía ha aceptado en el cuerpo a un demente como tú, Jorge.

—¿Crees que tomaré eso como una provocación? No te parecía muy demente cuando decías que yo llegaría lejos en el cuerpo. Por cierto, no deberías insultarme cuando tengo la vida de tu querida novia entre mis manos. —Apretó el arma contra la cara de ella y la hizo gritar de dolor.

—¡Déjala ir y entrégate! Te prometo que nadie te hará daño.

—¿Daño? ¿Qué importa el dolor? El dolor es un peldaño que nos acerca a Dios, nos purifica y redime por las faltas y pecados cometidos.

Marcos estaba tumbado en el suelo y apuntando hacia al cama, aunque no podía disparar sin hacer daño a Laura, no sabía dónde

se encontraba el asesino ni qué torturas había infringido a Laura, pero sabía que ella estaba viva tras oírle gritar antes, eso le bastaba.

De repente oyó un susurro a su espalda, no se lo podía creer.

—No vais a creerlo, pero en este instante me encuentro en la casa del asesino, del Destripador. Observad la decoración de su salón, os garantizo que el hedor y la música religiosa hacen poner el vello de punta, ya no digamos que este tarado tiene escrita la puta Biblia entera por todas las paredes del piso; os acerco la cámara para que lo veáis. —Tras enfocar a duras penas la pared de enfrente, Sofía regresó a su monólogo—. En este momento, como podéis apreciar —dirigía ahora la cámara hacia la puerta de la habitación en la que Marcos permanecía tumbado—, el homicida está parapetado en un dormitorio, a punto de ser detenido por el inspector Marcos Navarro. ¿La séptima víctima? Es lo más asombroso de todo, se trata de la reportera del Canal Sur Laura Moreno. Aún permanece con vida, aunque no sabemos las heridas que le pueda haber ocasionado su captor. Siento que el enfoque de la cámara no actúe tan bien como debiera, pero hay tan poca luz...

Marcos no podía distraerse en un momento tan importante, luego ajustaría cuentas con Sofía.

La poca luz del dormitorio debía ser suficiente para garantizar su éxito. Como fuese. Aún perdiendo su propia vida. Quizá pudiera hacer enfadar a Jorge hasta que saliera de su escondrijo y dispararle, o salir él y tratar de ser más rápido.

Entonces ocurrió lo que ninguno de los presentes hubieran imaginado.

Observaba a un tipo en pijama y descalzo tumbado en el suelo, estaba tan oscuro y se sentía tan nerviosa que a punto estuvo de dispararle. Desde el salón le llegaba un extraño susurro mezclado con música religiosa. David intentaba avanzar por el pasillo pero ella se lo impedía con su cuerpo. Señaló al tipo en pijama, tratando de decirle con la mente: «Es Marcos» y David pareció entenderla.

La bloguera que el comisario había ordenado arrestar se encontraba arrodillada tras el sofá, parecía un murciélago asustado, aunque no dejaba de susurrar y mover la pequeña cámara de su mano para grabarlo todo. Cristina no le hizo el menor caso, había cosas más importantes en las que pensar. Llevaba su arma en la mano y se agachó muy despacio hasta colocarse de rodillas tras el inspector.

Cuando oyó la voz del asesino, imaginó lo que estaba pasando. Sin pensar en las consecuencias para ella misma, haciendo oídos sordos a todas las alertas que su cerebro le enviaba en ese momento, se adentró a toda velocidad en el cuarto para disparar tres veces, luego se tiró al suelo.

Jorge había permanecido parapetado tras la cama, a salvo del ataque. Entonces se levantó para responder con dos disparos hacia la puerta.

Marcos y Cristina oyeron el gemido, y luego el cuerpo de David desplomándose a sus espaldas.

«Hijo de puta». Marcos se mordió la lengua hasta hacerse daño. Aquello no podía estar pasando, ese cabrón acababa de abatir a su compañero, quizás estuviese muerto. Y no podía auxiliarlo sin descuidar su posición y poner en peligro a Laura y a Cristina.

—Ya habéis caído dos esta noche. Marchaos y no seréis cuatro. —Jorge se dolía del disparo en el hombro, pero no era peor que uno de sus castigos con fusta en una mala noche. Había aprendido a vivir con el dolor, era cuestión de segundos que lo hubiese anulado por completo de su mente.

—¿Dos? —preguntó Cristina—. ¿De qué coño hablas?

—Joder, es la famosa subinspectora Collado, qué honor que la flor y nata de la comisaría haya venido al completo a por un simple agente.

—¿Qué has querido decir antes? Dilo o te meteré una bala en la cabeza, enfermo de mierda.

Marcos le dio un codazo. La vida de Laura aún estaba en peligro, debían ser más cautos en cuanto a alterar al asesino.

—¿Aún no sabes de quién hablo? —respondía Jorge con un tono burlón—. De tu novio. Nunca podré olvidar el momento en que le corté el cuello.

—¡Mientes, cabrón!

—¿Tú crees? Estábamos en el coche patrulla en el garaje de la reportera, él hablaba de ti, de vuestra hija y del futuro en familia tras la boda. ¿Aún no te había pedido la mano? ¿Sabes que ya había comprado el anillo y lo llevaba siempre encima para elegir el momento adecuado? Cuando vio la sangre manar de su cuello, solo pudo llorar como una niña. Incluso trató de balbucear tu nombre antes de morir.

—¡HIJO DE PUTA!

Cristina se había puesto en pie como movida por un resorte, aun a riesgo de quedar expuesta, y comenzó a disparar cada bala de su cargador sin importarle las consecuencias.

El cargador se acabó y Jorge apareció tras la cama dispuesto a matarla, pero no contaba con que Marcos aguardaba desde la puerta. Un solo disparo y las paredes y techo de la habitación quedaron salpicados, por primera vez, con la sangre del asesino y no de sus víctimas. Un enorme agujero en el centro de la cabeza impidió ver su semblante antes de desplomarse sobre el suelo.

A pesar de la lluvia y de una docena más de contratiempos, por fin habían llegado a la casa del agente. El conductor pisó el freno a fondo y por poco no chocaron contra el coche patrulla de David y Cristina, que aparecía empotrado en otro vehículo. Paco gruñó al comprobar que se trataba del coche personal de Marcos. ¿Habrían llegado demasiado tarde? Se bajó del coche a toda prisa mientras escuchaba a su espalda los frenazos de las otras patrullas.

—Debería contratarla a ella —susurró al ver la moto de Sofía aparcada en la puerta del edificio.

—¿Cómo dice? —preguntó uno de los agentes.

—Que debería contratar a la chica rara esa del blog, ha llegado mucho antes que vosotros, inútiles.

«¡Joder, un cuarto piso! Habrá que hacer ejercicio, en este oficio no se puede perder un segundo». Hacía dos décadas que Paco no sentía las palpitaciones del corazón en el cuello y el cansancio extremo, además de los nervios que ahora lo atacaban con furia.

Tenía a tres de sus chicos, a los mejores, en aquel atolladero, y no se permitiría una baja más. Bastante duro sería informar a Cristina sobre...

Ya eran ocho los vecinos en pijama y bata que se asomaban desde el rellano por la puerta abierta. Algunos se asustaron al ver llegar más policías con sus armas en las manos.

—¿Qué coño hacen aquí? Vuelvan a sus casas.

Paco entró despacio y temeroso, el agente que había conducido el coche lo seguía. ¿Qué coño era ese olor a iglesia y esos cantos que percibía? ¿Qué clase de perturbado mental había trabajado desde hacía dos años a su cargo? Una luz al fondo se encendió y casi le da un ataque al corazón. Claro que la escena, llena de velas, no era más irreal que ver aparecer a Cristina con el rostro desencajado, precedida de Marcos en pijama, y luego observar a David abatido y ensangrentado en el suelo. Por si todo eso no fuese ya imposible de creer, la bloguera con pinta de vampiro estaba grabándolo todo con su cámara.

Un enjambre de agentes apareció como por arte de magia y Paco comenzó a gritar como si fuese a darle un ataque.

—¡Todo el mundo fuera, todo el mundo fuera! ¡Quiero una... dos ambulancias aquí en menos de cinco minutos! ¡Vamos, todo el mundo a mover el culo, joder! ¿Qué coño es esto? ¿Un circo? ¿Quién coño te ha dado permiso para estar aquí y grabar con esa cámara?

Sofía dejó de grabar y los agentes comenzaron a correr y cumplir las órdenes. David estaba inmóvil, pero mantenía las constantes vitales y permanecer inconsciente le favorecía para evitar desangrarse. Cristina le susurró al oído, aunque David no pudiera oírle, que se pondría bien.

Paco, tras organizar el trabajo de sus agentes, entró en la habitación y vio a Laura atendida por Marcos, la había envuelto en una sábana y la abrazaba, ella taponaba con sus manos el corte del bisturí, que por suerte no tenía más de tres centímetros. Marcos asintió en silencio ante las preguntas que Paco no llegó a hacer.

Al salir el comisario del dormitorio, sin querer ver siquiera el cuerpo del que había sido uno de sus mejores agentes, Cristina se

acercó a él y le hizo la pregunta más difícil de responder que jamás le habían hecho en toda su vida.

—¿Es cierto que ese cabrón ha matado a Fran?
Y Paco se derrumbó.

LUNES

24 de diciembre

Pequeñas luces navideñas parpadeaban en algunos balcones y tras las ventanas de las viviendas, aunque ninguna con la intensidad de los veinte vehículos oficiales que se agolpaban hasta cortar el paso por la calzada. Naranjas en las ambulancias pugnando contra las azules de la policía. Así comenzó oficialmente el día de Nochebuena para los vecinos, para el grupo del comisario Paco Hernández, para toda la ciudad.

La pesadilla había terminado.

Ahora tocaba pagar el coste por la hazaña.

Al menos, había dejado de llover.

David se encontraba estabilizado y aún dentro de una ambulancia. Había perdido mucha sangre, pero se recuperaría tras sacarle la bala y hacerle una transfusión. Como decía el médico que acababa de atenderlo: «la bala le ha perforado un pulmón, algo grave para cualquiera, pero no para un tío tan grande y fuerte como un toro. Pronto estará como nuevo y contándolo como anécdota». Como no podía ser de otro modo, el médico conocía al subinspector. Marcos y otros policías se alegraron de ver que recuperaba la conciencia y saludaba al verse rodeado y con tanta expectación. Prometieron ir a verle en solo unas horas, tras su operación y las horas de reposo.

Antes de que cerrasen la puerta de la ambulancia, David se despidió a su manera.

—Si no salgo con vida de la operación, juradme que me haréis incinerar y esparciréis las cenizas por las casas de las últimas novias que tuve.

—¿A qué viene esa chorrada? Le preguntó Marcos.

—Es por echarles el último polvo.

La puerta se cerró ante la mirada atónita del inspector, en el interior reía David entre aspavientos de dolor por la herida.

Cristina aún lloraba con la cabeza apoyada en el pecho de Nuria. No habían llegado los familiares de Fran ni los suyos, ambos estarían viviendo un calvario tras la llamada de la central para darles la noticia. Prefería no imaginar la cara de Irene al tener que dar la peor noticia de su vida. La resolución del caso no era consuelo alguno, ni siquiera saber que se había enfrentado al asesino de su pareja. Tampoco lo sería si lo hubiese matado ella misma. ¿De qué forma iba a decirle a su hija unos años después, cuando comenzase a hacer preguntas, que un maníaco homicida la había privado de su padre? Aún no había asimilado la pérdida, seguía conservando la sensación y esperanza de que aparecería un coche patrulla por la calle y Fran bajaría con su sonrisa burlona para decirle que estaba bien y que todo había sido una broma pesada; ella lo golpearía con fuerza para que aprendiese a no hacer el gilipollas.

Nuria no sabía qué decir, cualquier cosa quedaría tan forzado en esos momentos que prefería limitarse a ser un apoyo físico, un hombro en el que llorar y desahogarse, lo que Cristina más necesitaba en ese momento. Nuria recordó el día, y las semanas posteriores, tras dejar a Inma, su anterior pareja; fue muy doloroso y complicado, aún la echaba de manos a pesar del paso de los meses; pero perder a quien amas de un modo tan trágico y repentino... Prefería no imaginarlo.

—Deberíamos irnos a casa. Iré a pasar la noche contigo, ¿de acuerdo? Vamos, necesitas estar con la niña más que nunca, ella es la que te devolverá la sonrisa y las ganas de vivir que acabas de perder.

—No, quiero verle, quiero ir al hospital. Maite me dejará estar a solas con él.

—¿Estás segura? Puedo acompañarte, o puedo ir a tu casa y estar con la niña si los padres de Fran tienen pensado ir al hospital.

—Claro, querrán verlo también. Pero mis padres se harán cargo de Evita, tú no te separes de mí, por favor, aunque me siento

egoísta; acumulas docenas de horas de sueño que debes recuperar y esta próxima noche tienes cena con tu familia.

—No pienso molestarte en discutir, ni me separaré de ti hasta que me echés a patadas de tu lado.

Cristina apretó con fuerza el cuerpo de Nuria y esta exhaló un quejido de dolor.

Paco había pedido que se marchasen varios policías a patrullar y atender las llamadas que hicieran los ciudadanos, incluso apoyar a la Policía Local y a la Guardia Civil en la contención de las manifestaciones y destrozos que aún se producían por las calles. La intensa lluvia volvió a caer de repente sobre ellos, eso sería una gran ayuda para evitar que saliesen todos los ciudadanos a las calles; solo lo hacían por ahora unos pequeños grupos, pero se trataba de los más exaltados y violentos.

Había notificado al fiscal y al alcalde la resolución del caso, aunque lamentando la pérdida de un buen agente y tener heridos al subinspector David Sobrá y a la reportera a la que ellos mismos habían metido en la investigación. Ambos dijeron al comisario que habría ascensos y se les entregaría medallas al mérito a los policías al mando, incluida la reportera. No quedarían bien de cara a la opinión pública si ella filtraba que los datos que la llevaron a ser secuestrada y casi asesinada eran falsos e ideados para servir como cebo para atrapar al asesino.

Paco tenía una larga noche por delante, incluyendo la presencia para hacer bulto en una rueda de prensa extraordinaria a primera hora de la mañana, pero una tarea pendiente quemaba en su estómago y debía realizarla esa misma noche o no se lo perdonaría.

—¿Qué tal estás?

—Me preguntaba qué tendrá mi estómago para que todos los asesinos en serie con los que me cruzo quieran dejarme su firma en él. Al menos, me libraré de bailar contigo y recibir pisotones dentro de tres días, en la cena de fin de año de la comisaría.

A Laura le habían dado cinco puntos de sutura en la herida, que no era profunda ni había alterado su embarazo, y luego la habían vendado y puesto una inyección con antibióticos para evitar una infección. También le habían sacado una muestra de sangre para analizar un posible contagio de hepatitis u otras enfermedades, y le

pidieron que se pasase al día siguiente por el hospital para hacer más pruebas y estar seguros de que todo marchaba bien. Aún permanecía en la ambulancia, vestida con su ropa y abrigada con una manta térmica. A su lado se encontraba Marcos, que no soltaba su mano en ningún momento.

—Quería... —Paco balbuceaba.

—Vamos a hablar fuera —lo interrumpió Marcos—, si no te importa, claro —eso último se lo dijo a Laura.

Ella asintió con la cabeza y los dos policías se apartaron de la ambulancia, ambos bajo el gran paraguas del comisario. A su alrededor había más de un centenar de vecinos asomados tras los cristales de las ventanas.

—Dentro de la casa tenía docenas de libros de anatomía. Algunos editados hace diez años, se ve que estuvo tiempo mascando su venganza.

—Debía de tener motivos muy poderosos, o al menos eso pensaría él, para planificar y fraguar todo lo que ha hecho.

—Incluso se hizo policía para garantizar su éxito.

—¿Hablas en serio?

—Siendo policía tenía acceso a nuestros cortafuegos informáticos, solo necesitaba la contraseña de un sanitario del hospital y luego sacar un listado de pacientes por embarazo, además de sus historiales completos.

—Y el hospital tiene contraseñas de mínima seguridad. Seguro que eligió a Simón Díaz por tener antecedentes, supondría que sería arrestado e interrogado y así frenaba la investigación. Jugó con nosotros todo lo que quiso.

—Eso es.

—¿Qué más había dentro de la casa?

—Diarios, cientos y cientos de ellos. No tienen fecha, pero parecen ordenados por el momento en que los iba terminando.

—Eso llevará tiempo, seguro que Nuria se presta voluntaria para leerlos.

—No pienso destinar ni un minuto de mis agentes en algo tan absurdo. El tipo es el asesino y está muerto, caso cerrado. Quiero olvidarme de todo esto lo antes posible.

—Lo secundo —añadió Marcos mirando la ambulancia en la que Cristina aún lloraba su pérdida.

—No entiendo cómo he tenido a ese psicópata ante mis ojos durante estos años sin darme cuenta de...

—No te martirices —lo interrumpió—. Yo tuve las iniciales de las víctimas y no supe verlo, nos anunciaba en cada crimen quién sería la próxima y no logré descifrarlo antes para salvarlas. Ha sabido jugar con nosotros y a punto ha estado de ganar.

Paco asintió con la cabeza. Ambos permanecieron varios segundos en silencio bajo la lluvia, hasta que el comisario se decidió a soltar lo que llevaba dentro.

—Esto... Además, quería decirte algo... No sabes lo difícil que resulta... Es que yo nunca... Puf, no sé por dónde empezar.

—Supongo que un «lo siento» bastaría.

—Sí, eso quería decir. —No era capaz de mirarlo a la cara, le estaba costado una barbaridad disculparse.

—Quizá si te esforzases en no tener ese carácter, te ahorrarías las disculpas, o al menos muchas de ellas.

—Sí, claro... mi carácter, eso dice mi mujer... e Irene, también mis hijos, y también...

—Tanta gente no puede estar equivocada.

—¿Cómo dices? Ah, claro, comprendo, sí, tienes razón.

—¿Algo más? Me gustaría volver con Laura.

—Sí, quería que supieras que te agradezco que siguieses en la investigación a pesar de estar de baja. Sin descubrir lo de las iniciales no habíamos podido capturar a ese cabrón, ni tú salvar la vida de tu novia.

—Bueno, yo me alegro aún más.

—Ya. —Aún parecía tener algo dentro, miraba en todas direcciones, pero no fijaba la vista en ningún punto en concreto—. También... quisiera disculparme por meter a la chica en la investigación, usarla como cebo. Nunca me hubiera perdonado que...

—Ella es mayorcita, Paco, sabe dónde se mete y podía haberlo rechazado si hubiera querido. Aunque sí, me gustaría que me consultases la próxima vez, en la que te aseguro que te daré un puñetazo cuando lo propongas.

—Y no sabes lo merecido que lo tendré. Si puedo compensarte por ello, solo tienes que...

—De acuerdo.

—¿Cómo dices?

—Digo que sí, que quiero que me lo compenses. Y, además, quiero que sea ahora mismo.

—¿No estarás pensando en ese puñetazo?

—No, será algo que te costará mucho más. Quiero que la dejes marchar.

—¿Cómo? —Paco siguió la mirada del inspector: Sofía Vidal.

—No puedo hacer la vista gorda, se ha inmiscuido en una investigación policial, escuchas de la emisora, irrupción en escenas de asesinatos, y a saber qué más habrá hecho.

—Me da igual, me lo debes y lo harás.

—No sé cómo.

—¿Te refieres a justificarlo? Pon en el informe que la chica no estaba dentro de la vivienda. Que si grabó algo, lo hizo antes de que llegaras y no podías saberlo, así que no pudiste retenerla ni registrarla.

—¡Eso sí que no! ¿Estás sugiriendo que le devuelva el material que ha grabado? ¿Estás loco?

—¿Quién sabe? Quizá sí.

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué la ayudas?

—Me cae bien.

—¿Estás de broma?

—No, lo digo en serio. ¿Sabes que me llamó madero?

—Lo dicho, estás loco...

—Venga, Paco, vete a descansar; todavía puedes dormir unas horas antes de la rueda de prensa. Yo haré lo mismo, pienso quedarme en la cama con Laura durante tres días seguidos.

—Claro, pero en mi caso es diferente. ¿Acaso no has visto a mi mujer?

Tras las risas, que relajaron las tensiones entre ellos, Marcos regresó junto a Laura, la ayudó a bajar de la ambulancia y entraron en el asiento trasero de un coche patrulla. Un agente les llevó a casa.

—¿Sientes eso? —preguntó Marcos tras abrir la puerta de la vivienda.

—¿El qué?

—El olor de la casa, es un aroma indescriptible, maravilloso, no sabes cómo me gusta el olor de esta casa.

—No es tan bonita ni tan grande como la anterior.

—Eso no importa, lo que sí valoro es que esta sí la siento como mi hogar. Desde que vivimos aquí, cada día he estado esperando el momento de entrar por la puerta y poder verte, preguntarte cómo te ha ido el día y tumbarnos en el sofá abrazados. Y ahora sueño con ver pronto una personita corriendo por el pasillo para recibirme.

Laura lo observaba en silencio, emocionada por sus palabras.

—Me gusta la cocina —continuaba—, también el salón y el sofá en el que nos acurrucamos juntos para ver la tele o leer un libro. Siempre recordaré que aquí te engordó la tripa, que aquí vimos por primera vez a nuestro bebé, y que aquí fue donde te pedí que te casaras conmigo.

—Sabes que no es necesario que...

Marcos se arrodilló ante ella, aún permanecía en el pasillo de la casa y la puerta seguía abierta.

—No llevo anillo encima, así que tendrás que imaginártelo.

—¿Cómo yo quiera? ¿Puede ser con un diamante del tamaño de una uva?

—Pero no te pases, que las uvas más jugosas son las más pequeñas.

—Ja, ja, ja. Sí quiero. Ya lo sabes, tonto.

—Pues habrá que hacer una oferta al casero, quizá sea flexible y nos venda la casa.

A las nueve en punto de la noche comenzaron todos los informativos de la televisión. Reporteros y presentadores de canales locales, autonómicos y nacionales se abarrotaban en las puertas del ayuntamiento, ya lo habían hecho en la barriada de Los Rosales horas antes. Dos nombres repetían sin cesar: el del asesino y el de

la que podría haber sido la séptima víctima, sin contar al marido de la sexta embarazada.

Laura Moreno observaba desde el sofá, aún tenía el pijama y no pensaba cambiarse de ropa para la cena, a pesar de que vendrían la familia de Marcos y la suya. El piso no era tan grande como para acoger a tanta gente, pero ya se acomodaría como pudieran, lo importante era celebrar estar juntos un año más.

Marcos y ella habían pasado toda la noche y casi todo el día en la cama, como había pronosticado el inspector. Dormir más de ocho horas seguidas, hacer el amor y ducharse juntos era un ritual casi perdido, pero que se habían prometido solemnemente recuperar, al menos hasta que naciera el bebé. Luego, sálvese quien pueda.

—No me puedo creer que estés mirando a los reporteros informando de la noticia del año sin morderte las uñas por estar allí tomando el protagonismo. Apuesto a que el alcalde te habría concedido una entrevista en exclusiva en su despacho mientras los demás periodistas se quedaban en la calle preguntando a ciudadanos bajo la lluvia.

—Y lo hará, y también Paco y el fiscal. Incluso tú, que le darás algo de elegancia y belleza al reportaje.

—Ni lo sueñes.

—Tú le volaste la cabeza a ese enfermo, tu testimonio pagará un año de gastos del bebé.

—Ya sabes que el dinero no es tan importante para mí.

—Hablamos de seis cifras por un documental completo, cualquier canal pagará lo que sea por algo así. ¡Seis cifras!

—Eres incorregible.

—Lo sé.

Marcos se acercó para besarla y ella lo atrajo con fuerza. Tumbados en el sofá, él le preguntó si había tiempo y ganas de un último arrumaco antes de tener a la jauría de familiares en la casa.

El timbre del portero automático respondió por ella.

—¡Qué pronto! No pueden ser ellos.

—Puedes apostar lo que quieras —dijo Laura—. Te puedo asegurar que mi hermana Mariola les habrá metido prisa para llegar lo antes posible y así freírme a preguntas de lo más macabras.

—¿Y si no respondemos a la llamada y nos quedamos toda la noche solos? Quizá luego llegue mi familia y se vayan juntos a un restaurante.

—¿En serio quieres ver lo poco que tardan en derribar la puerta?

Los enanos casi echaron la puerta abajo, no querían esperar a que su abuela la abriese para correr al salón y observar los regalos que esperaban bajo el árbol. Su madre les había prometido que Papá Noel visitaría la casa de los abuelos y dejaría allí sus regalos, así que llevaban eufóricos todo el día. Ni siquiera le dieron un beso a la sonriente abuela, que llevaba desde las cuatro de la tarde en la cocina preparando la cena. Paco, su marido, había preparado la mesa del comedor y salido a la calle a comprar el pan, ya era mucho más de lo que se le podía exigir. De hecho, su mujer pensó que estaba más servicial que nunca; pero no quería abusar ante una noche tan especial. Su humor habitual podría arruinarlo todo.

Los niños llegaron corriendo al salón y Paco se puso en pie para recibir su abrazo, pero pasaron de largo y fueron a sopesar el tamaño y tonelaje de los regalos envueltos bajo el árbol, que parpadeaba a juego con las docenas de guirnaldas que la abuela había colocado por toda la casa.

—Quita ya la tele, que solo cuenta desgracias, y pon el disco de los villancicos que les gusta a los niños.

—Espera, que hablan del caso.

—¿Y van a contar algo los periodistas que no sepas tú?

—Pues es verdad.

El comisario apagó el televisor y puso el disco de villancicos en el equipo de música. Ese gesto le trajo el recuerdo cercano de los coros religiosos que sonaban por la casa del asesino, el caso tardaría en abandonar su memoria, si es que era capaz de hacerlo algún día. Cada vez que mirase a la cara a Cristina...

Parece que fue ayer cuando llegó Jorge Medina a la comisaría, un chico con notas de récord y una precisión de tiro casi olímpica. Su predisposición era aún más ejemplar. Solo Marcos había llegado a sorprenderle más con su talento y buen trabajo. Jorge era tímido

pero eficaz, tanto que lo imaginaba llegando a inspector en tiempo récord.

Paco se lamentó al comprobar que su instinto no era tan bueno como presumía. Al menos no se había equivocado con Navarro, incluso había seguido trabajando y resolviendo el caso cuando él lo había excluido, estando enfermo y enfadado con él. Eso sí era vocación. En tres años recibiría la tan ansiada jubilación y ya sabía que dejaría a un sustituto de primera en el cargo, a un policía mucho mejor de lo que fue él. Solo esperaba que el puesto no le agriara el carácter como lo había hecho consigo mismo.

A partir de ahora comenzaría a controlar su carácter y la forma de hablarle a la gente, no le costaría tanto pedir perdón y trataría de ser con quienes lo rodeaban como lo era con sus nietos. Estaba decidido, ese sería su único y valioso propósito para el año nuevo.

—Paco —lo llamaba su mujer—, lleva los cubiertos y el pan a la mesa.

—Estoy jugando con lo niños.

—No te llevará más de un minuto.

—¡Vete a hacer puñetas!

Rosa había traído pavo troceado al horno con tomillo y orégano sobre patatas asadas; Mariola, una enorme tarta casera de tiramisú. Marcos y Laura pusieron el fiambre y el marisco. La bebida estuvo a cargo de los padres de la chica. La mesa del salón para los mayores y la de centro, frente al sofá, para los niños. Por los altavoces se oían canciones navideñas americanas que Laura adoraba, Sinatra, Nat King Cole, Sam Cooke... Aunque a los niños no les hacía ninguna gracia y habían pedido en varias ocasiones que les pusieran el canal Boing en la tele.

Marcos no quitaba ojo a Laura, pendiente de ella hasta agobiarla en algunos momentos, claro que ella lo soportaba porque sabía que esa atención la echaría de menos con el paso de los años, incluso tras la llegada del bebé.

—Ya sé que hemos prometido no preguntarte nada —Mariola se mostraba algo azorada, pero todos la miraban como si hubieran

esperado durante toda la noche para que alguien se lanzase de una vez—, pero no puedes evitar que nos preocupemos por ti y lo que te ha pasado. ¿No vas a contarnos nada?

—No ha sido la mejor noche de mi vida, entended que no quiera hablar de eso delante de los niños y en plena cena de nochebuena. Os garantizo que os cortarían el apetito.

—Se podría resumir —Marcos salió en su auxilio— diciendo que el asesino era uno de los dos policías que la protegían, la secuestró tras matar a su compañero, un buen amigo nuestro, y la llevó a su casa, donde la hubiera torturado y matado si no hubiéramos llegado a tiempo.

—Si no hubieras llegado a tiempo —precisó ella mientras apretaba su mano y lo miraba con ternura y agradecimiento.

La familia les observaba en silencio y con un gesto de aflicción. Mariola se alegraba de tenerla a su lado tanto como se arrepentía de haberle preguntado, por mucho que la curiosidad la impulsara.

Cuando terminaron de cenar, fueron a sentarse al sofá y las sillas frente al televisor, los niños sobre la alfombra, tomaron unas copas y agradecieron estar juntos un año más, el primero antes de hacer crecer a la familia. Anunciaron que se casarían ese año y brindaron entre risas por la suerte presente y futura.

Con la excusa de ir a ver cómo estaba la niña, Cristina cerró la puerta del dormitorio y abrió la del armario, allí estaba colgado y metido en una funda de plástico el traje de gala de Fran, lo enterrarían dos días más tarde con él. Lo sacó de la funda y lo extendió sobre la cama con cuidado, observarlo fue una experiencia complicada, recordaba con claridad la última vez que se lo puso: para un desfile. Se tumbó sobre él y sintió la llegada de los recuerdos al percibir su olor. Se vio a sí misma acariciándolo mientras rodaban las lágrimas por sus mejillas. No, aquello no estaba bien, no se estaba haciendo ningún favor al dejarse llevar por el dolor, él no lo hubiese querido.

Quizá fuese casualidad, o tal vez una conexión entre ambas, pero la niña se despertó y comenzó a llorar. Aquello la sacó de sus

pensamientos y la hizo volver a la realidad. Cogió a la pequeña Eva en brazos y le susurró la nana que siempre le cantaba Fran, no tardó más de dos minutos en volver a dormirse. La dejó en la cuna, guardó el traje en el armario, lo tendría que planchar el día siguiente, y salió del dormitorio.

La silla vacía en el salón era como una brasa encendida entre sus manos, quemaba de una forma tan intensa que hasta lograba encoger su corazón, pero no era capaz de dejar de mirarla. Era la silla en la que se sentaba Fran para cenar cada noche. En esa silla tomaba en brazos a la niña y le daba el biberón con toda la paciencia del mundo. Fran miraba a su hija de un modo que no podrá olvidar; el amor y devoción por el bebé eran tales que Cristina solo podía babear ante la escena. En esa silla se sentó para hablar un año atrás de lo que sería su futuro, demostrando un amor y compromiso hacia ella que la hizo llorar por no haber confiado más en él. En esa silla debería estar sentado para cenar esta noche, contando chistes y anécdotas del trabajo a los familiares que se hubieran acercado.

El momento en que se conocieron en la comisaría llegó nítido a su mente, pero ella lo expulsó agitando la cabeza. Debía ser fuerte, no olvidarlo jamás pero sin dejar que su recuerdo la sumiera en la depresión que ya notaba colgando pesada de cada una de las células de su cuerpo. Su obligación, por la niña, sería centrarse en la vida que quedaba delante, no en lamentaciones por lo dejado atrás. Eso era más fácil decirlo que hacerlo, pero su gran fortaleza interior ayudaría a que pudiera centrarse en el trabajo y la pequeña.

Evita no había vuelto a llorar, dormía plácidamente en el dormitorio; tras recibir su baño diario y una toma de pecho, solía acabar rendida. Cristina tenía la sensación de que ahora buscaba algo con sus pequeños ojos azules, como si notase la falta de su padre. Tendría que aprender a vivir sin él, a las dos les tocaba esa dura tarea.

Se arrepentía por el tono brusco, incluso por los gritos que había tenido que usar para impedir que su familia, tanto la natural como la política, fueran a su casa a cenar con ella. Bajo ningún concepto pasaría la noche siguiente a la más funesta de su vida entre lamentos, frases hechas de apoyo y miradas de lástima. Prefería

hacerlo como un homenaje al chico que amaba y que le había dado a su pequeño tesoro.

Estaba ante una mesa casi vacía en el salón, sin decoración alguna y con la televisión apagada, cuando Nuria salió por la puerta de la cocina para traer dos platos. Los sirvió y se sentó a su lado.

—Aún no estoy segura de que esto haya sido buena idea —murmuró Cristina.

—Mira, yo no tenía la más mínima intención de pasar la Nochebuena con mis padres, hermanos, cuñados y sobrinos; tener que arreglarme para escuchar voces y consejos de que debo hacer algo positivo con mi vida y demás... Ya me entiendes. Así que aquí estamos las dos, tú en pijama y yo en chandal, el pavo asado comprado en el Carrefour dicen que es muy sabroso, y ya ves cómo huele. Así que déjate de tonterías y come, que lo necesitas.

—Si me hubieran dicho que pasaría la nochebuena contigo hace una semana...

—Pues hubieras pensado que eras muy afortunada, ¿quién mejor que una amiga para hacerte compañía en una noche tan importante?

Cristina sonrió ante la mano que Nuria le puso en el hombro. No podía admitirlo, aún estaba sumida en mil recuerdos y escalofríos que recorrían su cuerpo, pero la necesitaba más que nunca.

—Han mandado mensajes casi todos los de la comisaría, tus padres, suegros y resto de familiares y amigos también. Tienes a mucha gente que te quiere y entre todos te apoyaremos.

Cristina bajó la mirada y Nuria reaccionó con rapidez para evitar que su amiga se hundiese. En su estado, debería medir cada palabra antes de pronunciarla.

—Abrimos una botella de vino, no se puede cenar en Nochebuena con Coca-Cola ni agua.

—Tengo que dar el pecho a las tres de la madrugada.

—¿Tienes tomas de leche guardadas para la niña?

—Sí, hay dos biberones en la nevera.

—Me alegro, porque la borrachera de esta noche será recordada durante años. He traído dos discos de karaoke para la videoconsola y ya tengo listos los micrófonos sobre el sofá.

—Estás loca —dijo Cristina riendo.

—¿Tienes tu arma a mano?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Porque nos vamos a reír de lo lindo cuando vengan tus vecinos a protestar por el ruido de nuestros berridos desafinados y los recibamos en pijama y con las pistolas en la mano.

—Ja, ja, ja. Paco nos suspenderá un año entero de empleo y sueldo.

—Pues nos vamos con la niña de viaje al caribe. Necesito un dominicano con un rabo descomunal o una dominicana guapa y cariñosa que me quite las penas.

—Brindemos por ello.

Levantaron las copas de vino y dejaron que la noche siguiera su curso.

Aún estaba desnuda y envuelta en el albornoz. Sofía no deseaba vestirse ni salir a la calle durante un mes entero. El agotamiento físico y mental eran tan extremos que solo los nervios por lo vivido la noche anterior la mantenían en pie. O mejor dicho, sentada ante su ordenador portátil. No se había molestado en editar el vídeo del día, ni siquiera puso la cabecera o los anuncios, le importaba una mierda lo que protestasen los anunciantes.

Los siete minutos que duraba, los siete minutos de infierno desatado en aquel escenario que jamás olvidaría, se estaban viendo en todo el mundo. El contador, en solo tres horas, registraba más de ciento sesenta millones de reproducciones.

¿Y qué importaba todo eso? Tanto esfuerzo, tanto esperar ese momento, tanto éxito que la aguardaba a partir de ahora, y solo sentía un vacío en su interior.

Permanecía en silencio, hipnotizada ante el fotograma congelado en el que podía verse al inspector Marcos Navarro tumbado en el suelo en primer plano y la cama con el cuerpo de Laura al fondo tras la puerta, con poca nitidez. Una lágrima recorrió su mejilla. Cuando ya se veía como protagonista de esta historia, cuando todas las miradas iban a centrarse en ella, cuando el mérito iba a llegarle por

justicia... Laura volvía a colocar a cada una en su sitio. ¡Joder, cómo la admiraba!

Bajó la tapa del ordenador. Ya estaba bien por hoy. Sonrió de repente al pensar en Marcos y en lo que hizo por ella. «Al final va a resultar que no todos los maderos son unos fachas de mierda».

Necesitaba dormir durante dos días seguidos, pero no se marchó al dormitorio, sino al salón; entró despacio y en silencio y se sentó junto a su madre en el sofá, esta veía un programa navideño en la televisión mientras su padre roncaba a su lado, la abrazó con fuerza y se quedó dormida en su regazo como cuando era una niña pequeña.

16 años antes

Jorge regresa a su casa con una sensación extraña; su calle parece muy cambiada, la pendiente es más pronunciada y siente que las piernas están al límite de sus fuerzas. Ya debería haber llegado, son las cinco y cuarto de la tarde y su madre se enfadará si se entera de la tardanza. Comienza a correr, pero no sirve de nada, se cansa cuando aún no ha recorrido la mitad del camino. Mira el reloj de pulsera que le regaló ella en su primera comunión. ¿Las siete y media? Eso es imposible. El cielo se acaba de oscurecer de repente y él vuelve a correr a pesar del cansancio. Lloro pensando en el castigo. No le importa sentir las pulsaciones en el cuello y tras las orejas, está empapado de sudor y el calor comprime sus pensamientos y lo ahoga hasta hacerle sentir que se desmayará de un momento a otro.

Ya no hay luz en la calle, es completamente de noche, ni siquiera se ven iluminadas las ventanas de sus vecinos. Su madre lo matará. Se sienta en el borde de la acera, está aturdido y tiene muchísima hambre, pero no puede entrar en casa tan tarde, ni completamente empapado de sudor. Su madre pensará que ha estado jugando al fútbol con los amigos tras el colegio y le dará una paliza épica, ni

siquiera le permitirá seguir estudiando en el colegio. No, mucho mejor quedarse en la calle. Quizás algún vecino se apiade de él y le dé algo de comida y agua.

Se abraza a sus rodillas y vuelve a llorar de impotencia. Entonces lo siente, el tirón de orejas es tan fuerte que un latigazo recorre su columna vertebral. Su madre ha aparecido a su espalda y lo ha levantado del suelo por la oreja. Él suplica clemencia pero ella está fuera de sí. La mujer toma impulso con su mano derecha, la bofetada es tan fuerte que derriba al chico y este cae contra el suelo.

Y despierta.

Estaba empapado en sudor, incluso su respiración se había desbocado con la pesadilla. Por suerte, era todo un sueño y volvía a la realidad, a estar con su madre, que seguía dormida en la cama, fría y dura, pero era ella y eso es lo único que importaba.

¿Cuánto tiempo llevaban así? ¿Horas, días, semanas? ¿Qué importancia tenía?

«Solo nos tenemos el uno al otro, no lo olvides nunca, los dos solos y Dios observándonos desde el cielo. Nunca hagas nada que lo enfade, o me enfadarás a mí también». Solía decir ella a menudo.

El día antes habían vuelto a venir los médicos, querían ver el estado de su madre y suministrarle las medicinas. Él les dijo lo mismo que los días anteriores: «mamá se encuentra tan bien que ha salido a hacer la compra y visitar a los vecinos. Regresará en unas horas». Los enfermeros parecían confusos, aquella mentira no serviría durante mucho más, pero él no podía permitir que se la llevaran de su lado. Solo la tenía a ella, y ella solo lo tenía a él. Dios estaría contento al saber que se portaba bien.

—Tengo cáncer de útero —le había dicho en el hospital, justo cuando acababan de ingresarla.

—¿Qué es eso?

—Es una enfermedad que Dios me ha enviado para que yo pague por los pecados de todas las mujeres que han usado su cuerpo de la forma incorrecta. El señor se ha enfadado con ellas por su forma casquivana de vivir.

—¿Y por qué no las ha castigado a ellas?

—Porque Dios es sabio y usa una mártir para enseñar el dolor al resto del mundo.

—¿Eres una mártir?

—Sí, cariño, soy una elegida por Dios para expiar el pecado de la soberbia.

—Pero yo no quiero que sufras por culpa de las demás mujeres.

—Eso ya no está en nuestras manos, mi niño. Tú reza por llevar una vida ejemplar y servir a Dios en todo lo que él haya dispuesto para ti. Lo harás, ¿verdad, mi pequeño?

—¿Y cómo sabré lo que Dios quiere que haga?

—Te dejará mensajes. Los hechos más importantes que ocurran a lo largo de tu vida serán mensajes que te indicarán cuál es tu tarea.

Jorge, llorando, asintió y permaneció abrazado a su madre hasta que una enfermera le dijo que tendría que regresar a casa.

Nota de prensa aparecida en el diario La Crónica de Huelva el dieciocho de Junio de 2003:

«Las autoridades sanitarias del hospital Juan Ramón Jiménez hicieron un descubrimiento macabro en una vivienda del cercano pueblo de San Juan del Puerto. Tras varios días sin poder acceder a la vivienda de una enferma terminal de cáncer, se encontraron con que su hijo de trece años había ocultado su fallecimiento y el cuerpo se encontraba en avanzado estado de descomposición debido al calor del verano. Los sanitarios tuvieron que administrar un calmante al chico, que se mostraba fuera de sí, e ingresarlo en el hospital para ser tratado por psicólogos.

Uno de los técnicos que accedió a la vivienda nos ha asegurado que el chico apenas comía y que llevaba unos seis o siete días durmiendo abrazado al cadáver de su madre, día y noche. ¿Quién sabe lo que ha debido pasar por una mente tan joven como para tomar esa decisión? ¿Qué secuelas le quedarán al chico? No se le conocen familiares, así que pasará a disposición de los servicios sociales para su adopción»..

Agradecimientos:

«Tropecé y caí. El libro se rompió y se fue corriendo hasta el bosque. Gracias a todos los que me ayudasteis a ponerme de pie, sabéis quiénes sois. Por un momento pensé que no volvería. Pero sí volvió, queridísimo libro de las narices».

Ese comienzo en los agradecimientos de la novela Sacrificio a Mólek de Åsa Larsson es de los más originales y, a la vez, significativos que he podido leer. Refleja con exactitud la lucha, las decepciones, las alegrías y la fuerza necesaria para seguir adelante en un sector tan cerrado y complejo como el literario.

Gracias por seguir ahí.

David Sobrá, Cristina Collado y Laura Moreno son nombres prestados por buenos amigos, pero ahí se queda todo. Las personalidades, experiencias y decisiones tomadas por los personajes en las novelas son pura ficción. Si alguno de ellos se siente ofendido en algún momento por la dirección que decidí tomar para su personaje, le pido disculpas de todo corazón.

Cada lugar, sea calle, restaurante, cafetería, vivienda, comisaría... es totalmente real. Solo he inventado el nombre del periódico La Crónica de Huelva por cuestiones obvias. Un abrazo desde la distancia y el tiempo a Pedro Periañez y a su hijo Alejandro (Alex), que siguen regentando el mejor gimnasio de artes marciales del país: Tanave.

Gracias al inspector de la policía nacional Álvaro Tudela por los consejos y ajustes en los procedimientos. Nunca podría olvidarlos, menos aún cada vez que vea una botella de Acuaris vacía en un coche...

Gracias a la forense Aída Martínez por el detalle de procedimientos y productos empleados en las autopsias. Deja de fumar y de tomar café, te lo digo en serio...

Otra novela más, la número doce más uno, como dirían los supersticiosos. Otra historia que os traigo desde el rincón más oscuro y siniestro de mi enfermiza mente. Sigo centrado en la saga de Amurao por la aceptación asombrosa que está teniendo. Como lector de la misma, supongo que querrás originalidad y sorpresas en

la próxima entrega, así que gracias por invertir en mis libros y contribuir a que este sueño se convierta en realidad.

Y, como siempre, gracias a mis padres y a mi pareja, sin vosotros sería imposible.

Libros que te recomiendo:

Si esta es la primera entrega de Amurao que lees, no te preocupes, puedes leer las anteriores porque cada una cuenta una historia independiente de las demás, con el nexo de unión de los personajes que intervienen.

Si has leído todas las entregas, te recomiendo la **trilogía ALFIL** (también novela negra). Son tres novelas autoconclusivas que podrás leer en el orden que desees. Su nexo de unión es el protagonista, en este caso el asesino, viviendo los tres episodios más importantes de su vida. Cada novela posee una trama y un subgénero diferentes. La primera (Alfil negro) es una novela negra de asesinatos en serie. La segunda (Alfil blanco) es una doble precuela que explica los orígenes del protagonista, a modo de aventuras, intriga y romance. La tercera (Alfil rojo) es una novela de espionaje que retoma la historia unos meses tras el fin de la primera novela.

No se trata de descubrir al asesino. En estas novelas intentarás descubrir los motivos de sus acciones, a la vez que te sumerges en las aventuras, persecuciones y suspense de averiguar si sale victorioso o es atrapado.

Si te gusta el terror:

BLOODY MARY: 11 Relatos de horror y violencia.

¿Duermes bien por las noches? Eso es porque no hay fantasmas en tu mente, o que no les has permitido entrar aún.

Imagina la tortura de una hermana que llora por quien no pudo salvar de las tinieblas, pero le queda la venganza. Imagina el deseo de un asesino a sueldo que ansía dejar de matar pero no puede cuando se le plantea el caso más interesante y beneficioso de su vida. Imagina la libido de un violador y asesino que disfruta, en primera persona, de castigar a los niños que captura en su garaje. Y así hasta once relatos escalofriantes.

Un día te levantas y te encuentras en medio de una historia de esas que solo ocurren en las películas o en los sucesos de los informativos. Uno de esos relatos enfermizos del maestro Stephen

King. Todo puede suceder, todos somos vulnerables de protagonizar el suceso más espeluznante de la década, solo nos falta ese último empujón... En este libro tendréis once relatos medios de unas 9000 palabras cada uno, escritos y recopilados en la primera entrega de relatos sangrientos del autor. Todos con una temática completamente original. Sumérgete en la densa atmósfera y el ritmo acelerado que te provocarán todas estas historias.

BLOODY MARY 2: 24 Relatos de horror y violencia.

Incluye historias con distopía, época victoriana, vampiros, brujas, fantasmas, torturas gore, instintos humanos, ciencia ficción, etc. Rara vez consigue una segunda parte superar a la primera, pero os garantizo que esta es una de ellas.